

2

CRONOHISTORIA

INSTITUTO HIJAS DE MARÍA AUXILIADORA

INSTITUTO HIJAS DE MARIA AUXILIADORA

2

CRONOHISTORIA

El Instituto en Mornese
la primera expansión 1872-1879

A cargo de
Sor G. CAPETTI



EDICIONES DON BOSCO
BARCELONA

Con aprobación eclesiástica

ISBN 84-236-1419-0 (Obra completa)

ISBN 84-236-1456-5 (Tom. 2)

Depósito Legal. B. 4751-80

Printed in Spain

Escuela Gráfica Salesiana / Barcelona-Sarriá

Prólogo

Este II volumen de la *Cronohistoria* abarca el importante período de la vida del Instituto, que se extiende desde su fundación hasta la víspera del traslado de la Madre Mazzarello a Nizza Monferrato (agosto 1872-febrero 1879).

Son años de gran fervor y vitalidad, que señalan, en el florecer del primitivo espíritu, la sucesión de las primeras fundaciones, incluso fuera de Italia, y las dos primeras expediciones misioneras al Uruguay y a la Argentina.

Años fecundos, marcados por frecuentes lutos y pruebas no comunes que debían revelar, a través de las mismas insidias del enemigo, la gran misión bienhechora confiada al Instituto, y poner de manifiesto la admirable asistencia divina que lo acompañó desde los comienzos.

La narración está subdividida por años: los epígrafes con que se van señalando los varios acontecimientos o simples episodios, corresponden —como se ha hecho notar en el volumen anterior— a las notas marginales del original mecanografiado, puestas para facilitar la búsqueda.

La redacción fue revisada, y en parte reelaborada más de una vez, a medida que iban llegando nuevas noticias o aclaraciones a determinados hechos. Lo confirman las frecuentes correcciones y añadidos, y la ya mencionada correspondencia de la Madre Clelia Genghini con Don Amadei y Don Ccrista, conservadas en el Archivo.

La compilación fue hecha a base de documentos, que aún no se habían publicado, insertados más tarde en los volúmenes XI, XII y XIII de las *Memorias Biográficas* de Don Bosco. Se ha creído oportuno, pues, para no recargar demasiado la ya voluminosa sección de los «Anexos», no transcribir el texto íntegro de dichos documentos, sino remitir a las *Memorias Biográficas* mediante las indicaciones pertinentes.

En la revisión llevada a cabo antes de enviar este trabajo a la imprenta, se ha procurado conservar la debida fidelidad al texto original, salvo algunos retoques de forma y alguna ligera transposición impuesta por la exigencia de mayor claridad.

En una antigua memoria conservada en el Archivo, en la que se recuerda el deseo vivísimo de la Madre Catalina Daghero y de sus Consejeras de tener una, aunque sencilla, *Cronohistoria* del Instituto, se leen entre otras cosas estos criterios informativos para su compilación: «Servirse de todos los testimonios escritos o verbales, así como de todos los documentos esparcidos, desordenados o incompletos y, a veces, casi indescifrables de que se pudiera disponer, para sacar de ellos una relación lo más detallada posible, con el fin de poner de manifiesto la hermosa sencillez y la robusta virtud de los orígenes, y más aún, la dirección, el apoyo, el vigor paterno y materno de estas dos fulgidísimas figuras: Don Bosco y la Madre Mazzarello».

A estos criterios parece responder el presente volumen.

Sor GISELDA CAPETTI

Roma, 2 de febrero de 1976
Fiesta de la Presentación del Señor

El primer volumen de la *Cronohistoria* se cierra con la partida del obispo monseñor Sciandra (10 de septiembre), mientras el colegio volvía a su activa y serena regularidad, sostenida por la observancia de los deberes personales y comunitarios, por una ferviente piedad y por los alegres recreos cotidianos. Aún no se vislumbraban las nubes que ya empezaban a levantarse sobre el horizonte mornesino.

Esta segunda parte de la *Cronohistoria* se inicia con un particular, omitido anteriormente, que puede iluminar las habituales maniobras del enemigo del bien y resaltar el mérito de quien, en las inevitables luchas de los comienzos, procede con el espíritu anclado firmemente en la fe en la intervención del Señor.

No faltan las pruebas

No habían transcurrido más de diez o doce días desde aquel jubiloso 5 de agosto, cuando una carta del señor Arrigotti llamaba a su casa a Corina, entonces felicísima novicia, para visitar a su abuela enferma.

—¿Que Corina tiene que volver a su casa...?

—¡Dios mío! ¡A aquella casa...!

—¡Seguro que no la dejarán volver!

—Tendrá que dejar el santo hábito y vestirse quién sabe cómo...

—¡En cuántos peligros se va a encontrar!

Estas o parecidas eran las opiniones de la pequeña comunidad de Mornese. Y todas rezaban, como cuando se quiere evitar una desgracia.

Sor Corina estaba desolada, imaginando sin dificultad lo que le esperaba en su casa. Mas no podía rehusar la invitación de su padre, conociendo su carácter irascible, y, entre sollozos, suplicaba que no la dejaran ir sola, que la acompañara una Hermana.

La Vicaria había puesto al corriente de todo al buen Director, Don Pestarino, y éste, a su vez, al señor obispo. Se decidió, pues, de común acuerdo, que la acompañara la Maestra de novicias, Sor Felicina Mazzarello, deponiendo ambas el hábito religioso para atenuar los contrastes con la familia Arrigotti y facilitar en lo posible el regreso de Corina a Mornese.

El 20 de agosto, antes del alba, toda la comunidad estaba ya en movimiento, porque, además de amarse mucho entre ellas, ésta era la primera separación dolorosa después de la inolvidable fecha de la *Virgen de las Nieves*, y era casi seguro que la pobre Corina teudría que amoldarse a las exigencias de su padre y no ponerse más el hábito religioso.

En la despedida, hubo sólo silencio y lágrimas, pero la Vicaria, con la firmeza de su voluntad, supo sobreponerse en seguida a su dolor y al de las demás, exhortando a la oración unida a los pequeños sacrificios para obtener la fortaleza necesaria a la que se iba y a las que se quedaban.

Sí, también a las que se quedaban. Porque, aunque la presencia del obispo podía ser como las cenizas sobre el fuego del desasosiego mornesino, no faltaban razones para pronosticar que, después de la marcha de Monseñor, aquel fuego no quedaría por mucho tiempo oculto.

—Recemos y no perdamos la alegría, Hermanas. ¡El Señor y la Virgen están con nosotras...!, repetían, más que las palabras, la mirada y la actitud de la Vicaria. Y toda la casa quedó convertida en un cenobio en los momentos de oración y de trabajo, así como en un alegre centro de expansión en la hora de los juegos y de los cantos en el patio o en los corredores.

Las noticias procedentes de Tonco no habían sido realmente consoladoras, pero ahora —17 de septiembre— el inesperado y feliz regreso de Corina al colegio viene a dar un nuevo cauce, al menos por algunos días, a los pensamientos de la comunidad.

Había pasado lo siguiente: en la familia Arrigotti, según un plan establecido de antemano, todos habían rodeado a Corina de atenciones verdaderamente singulares. Pero al ver que ya no era la joven ligera y frívola de otro tiempo, comenzaron a sospechar la realidad y no escatimaron halagos, ni indirectas, ni órdenes tajantes para reincorporarla a las fiestas y reuniones mundanas del pasado y apartarla de las prácticas piadosas.

Pero tampoco podían negar sus progresos en el piano, en el canto, así como su desenvoltura en los trabajos domésticos y el buen trato social. Tanto es así que el mismo señor Arrigotti se gloriaba de ello con sus amigos. Y Corina, tomándolo en un buen momento, logró infundirle la idea de mandarla de nuevo a Mornese, para no interrumpir los estudios, y llevarse también a su hermanita Ida. Le tranquilizaba en el aspecto económico, asegurándole de que, a cambio de las lecciones de piano que ella daba a las alumnas, su hermanita no tendría que pedir un céntimo a la familia y, en cambio, se formaría bien en todo sentido.

Las motivaciones fueron eficaces y el colegio celebró con gran alegría el feliz retorno.

Pero aún queda algo por conseguir: la transformación de los ánimos y actuaciones de los mornesinos. Estos no han recuperado todavía su natural buen humor.

Durante la permanencia del obispo se limitaron a decir entre dientes: «Después de la función del día 5, ya veréis cómo el colegio es para ellas y nosotros quedaremos burlados».

Cuando partió monseñor Sciandra, las nuevas religiosas pasaron a instalarse a las nuevas dependencias del colegio, mientras Don Pesarino se establecía en la vecina casa Carante.

Entonces, los más atrevidos, prorrumpieron en abiertas y punzantes sátiras y en palabras realmente ofensivas.

—*¿Cuánto durarán aquellas allá arriba, tan solas y enclaustradas?*

—Ya veremos cómo dentro de poco las tenemos en sus casas, acosadas por el hambre y muertas de vergüenza. Entonces sería el momento de... poner a prueba la virtud de aquellas pobrecillas.

Aquellas «pobrecillas», en cambio, son felices con su hábito azul celeste que las asemeja un poco a los frailes mendicantes; y aman el velo azul que, durante la comunión y cuando salen a la calle, cubre su cabeza y es un recuerdo simbólico de su consagración a la Madre del Cielo.

Pero, de quienes las han visto siempre como unas sencillas campesinas y no las ven con buenos ojos vestidas de monjas, lo menos que se puede esperar es una sonrisa maliciosa, que las hace ponerse rojas como la escarlata.

De ahí que algunas preferirían una disciplina a tener que salir de casa por ningún motivo.

«Qué importa lo que digan»

La Vicaria no se intimida y, con benévola firmeza, repite a unas y a otras: «¿Qué importa lo que digan de nosotras? Ahora somos religiosas y debemos presentarnos como tales, sin fijarnos en nadie. Lo esencial es que demos gloria a Dios y nos hagamos santas...».

Hasta el vestido de faenas que Sor Teresa Pampuro y Sor Rosa Mazzarello se ponen, en substitución del de lanilla, para los trabajos caseros de los días laborables, suscita el sarcasmo de sus paisanos.

Sor Teresa es la encargada de hacer las compras de la comunidad y Sor Rosa, de los trabajos más humildes de la casa. Una y otra son, por lo mismo, las más expuestas a las miradas de las personas externas y de los obreros que van y vienen al colegio.

—Mirad —se dicen los amigos y los menos amigos—, éstas son las criadas y las otras, las señoras.

La primera conferencia semanal

Desde el 15 de septiembre, primer domingo después de la partida del señor obispo, la Vicaria empezó a poner en práctica el artículo de la *Regla* que prescribe la conferencia semanal a la comunidad.

Empieza diciendo, con su habitual humildad, que no sólo ella, pobre Vicaria, debía gobernar la casa según la *Regla* y los deseos de Don Bosco, sino que cada una de las Hermanas podía ayudarla y aconsejarla; y que, por tanto, cada una debía y podía manifestar sus propios puntos de vista y sus opiniones, a fin de que todo procediese mejor en todo sentido.

Con tal principio de fraterna libertad y filial apertura de corazón es natural que cada una le manifieste lo que siente en sí misma o advierte a su alrededor; y es así como Sor María puede darse cuenta de lo que sucede dentro y fuera de casa, sirviéndose de ello para bien de todas y de cada una.

Por consiguiente, a quien va a referirle que en el pueblo se dice y se desaprueba esto y aquello, o se critica lo que hacen o dejan de hacer, Sor María no le dirige más que unas breves y firmes palabras de confianza, animándola siempre a la constante alegría y al sacrificio, aun cuando la prueba se tornara más dura, porque el Señor y la Virgen no abandonarán nunca a los que rezan y trabajan fieles a la *Regla* y a Don Bosco.

La Vicaria sabe, mejor que ninguna otra, que los dardos más agu-

dos van dirigidos a Don Pestarino. ¿Qué importa lo que puedan decir de ella y de sus compañeras en comparación de lo que tiene que soportar su Director, tan amado hasta hace poco y blanco ahora de las iras de todo el pueblo? Dicen que no sólo ha engañado a sus paisanos con el «malogrado colegio», sino que ni siquiera abriga la ilusión de recibir un día algún provecho legando al pueblo parte de su patrimonio, pues todo lo emplea con esas «beatas». Por dedicarse totalmente a ellas —dicen—, acabará por no ocuparse de los demás, que si bien le deben mucho, también pueden alegar lo que han trabajado allí... por el bendito colegio...

Admirable prudencia de Don Pestarino

El pobre Don Pestarino procura llevar a los menos hostiles por caminos de fe, repitiendo que tanto él como Don Bosco no habían sido más que simples instrumentos en las manos de Dios, el cual había conducido por sí mismo las cosas a tal conclusión, absolutamente imprevisible también para ellos. Con los más exasperados hace como quien no sabe, o no ve, o no oye, porque cualquier explicación podría excitarlos más... y él los quiere a todos pacificados.

Sabe que una sola palabra bastaría para aclarar el equívoco y disipar toda sospecha de traición, pero habría que hablar sobre el *veto*..., y entonces la ira se desataría contra las autoridades que, inconscientemente, habían cooperado al cumplimiento del plan de Dios.

El mal, en este caso, sería peor que el remedio, y él prefiere cargar sobre sí las injurias y la responsabilidad de lo acaecido. Dios y su superior saben toda la verdad y esto le basta.

Esta extraordinaria virtud se comprenderá más tarde, hoy todavía no. Es verdad que no todos los mornesinos están en contra, pero los que se declaran enemigos se ponen tan furiosos que amenazan incluso con echarle las manos encima... y acabar de una vez con el *traidor*. No obstante, llegadas las cosas a este punto, los tímidos y silenciosos reaccionan y forman grupo y, para proteger la persona y el domicilio de su *prevín*, montan guardia día y noche, levantando de este modo el corazón de los buenos, especialmente de las Hijas. Con razón se piensa en el colegio que sus penas son rosas en comparación de las espinas que punzan el corazón del pobre Don Pestarino, y no cabe pensar más que en aumentar el fervor de la oración y el empeño en la práctica del bien.

La primera escuela de humildad

La nota disonante que meses atrás había sido causa de molestia para todas, había desaparecido: la maestra de Fontanile, poco maleable y conocida de todos, salía de Mornese cuando las Hijas abandonaban la casa de la Inmaculada¹. Eliminada la causa, eliminado el efecto.

Alguna se preguntaba casi con pena: ¿Quién nos dará clase ahora...?

Hacía dos semanas que Don Bosco había mandado de Turín a la señorita Angela Jandet, maestra. Y la Vicaria no tardó en consolarse y consolar a las demás.

—Esta puede sustituir a la otra —dijo.

En efecto, la puso en seguida a prueba encargándola de llevar algunas cuentas referentes a la casa o a los encargos que recibían, mientras estudiaba su carácter y su espíritu.

Pero apenas arreglada la casa, tras la marcha del obispo, recordando que Don Bosco había hablado de alumnas, también internas, para instruir y educar, siente el deber y la necesidad de que todas se preparen para esta nueva misión. Por consiguiente, establece el tiempo, el local y las Hermanas que deben recibir un poco de clase de Angela Jandet, ya profesa. Entre las alumnas se encuentra también ella, la Vicaria Sor María.

«La humildad nos hace bien a todos, especialmente a mí», se dice a sí misma.

Y no le irá mal a la nueva maestra que, entre los muchos dones de piedad y de buen trato, no carece de algún puntillo de orgullo.

Y ahí la tenemos, ante unas alumnas jóvenes y adultas, con hábito religioso y sin él, cada cual con su dosis de buena voluntad y también de orgullo; y la primera en el vencimiento propio, la Vicaria, que en la práctica de la escritura tiene la mano bastante torpe y rebelde.

Mas, a su lado, ¿quién no se siente impulsada a mortificar, como ella, la inteligencia, el corazón y la voluntad?

También esto puede ser de utilidad al Señor para disipar más pronto el rencor de los mornesinos, por lo que no se hace caso si se escapa alguna lágrima, entre las risas no siempre reprimidas de las alumnas cuando la maestra pone de relieve las faltas más señaladas en la lengua hablada o escrita.

Otra fuente de humillación y de sufrimientos se añade. Algunas madres, temiendo que Don Bosco se lleve a las jóvenes mejores

¹ Cf *Cronohistoria*, I, 199 y ss.

del pueblo para hacerlas monjas, dejan de mandarlas al colegio. Por consiguiente, disminuye el número de alumnas a quienes se puede hacer un poco de bien y de las cuales recibir algunas liras para aliviar un poco las estrecheces de la casa. También el tiempo de la recolección de la cosecha y de la vendimia contribuye a ello, en mínima parte.

Postulantes nuevas y pobreza antigua

De Turín y de otras partes llegan postulantes que deberían ensanchar el corazón, y realmente lo ensanchan. Pero... todas pobres también. De modo que el personal aumenta y los medios de subsistencia disminuyen. No hay más renta que la confianza en María Auxiliadora, en el querido «ecónomo» San José y en la virtud y en la palabra alentadora de Don Bosco. La Vicaria reaviva su recuerdo entre las Hermanas que, juntamente con ella, rezan con fervor cada día el *pater-nóster* a la divina Providencia.

—¿No tenemos trabajo?, dice Sor María, pues lo buscaremos, como hemos hecho otras veces. Y Sor Petronila, sola o acompañada, se presenta de nuevo a las mujeres que solían darle ropa para coser, o vestidos para hacer o reformar. Sigue llamando a las puertas de las familias que no saben mucho de costura y se queda el tiempo necesario para cortar o hilvanar camisas, faldas, vestidos de niño, etc., y no regresa nunca a casa con las manos vacías. Al mismo tiempo convence a las familias de que las Hermanas no han dejado ni dejarán nunca de amar al pueblo; que no son de clausura, y que harán todo lo posible para hacerse cada vez más útiles de Mornese.

Para Don Bosco no es ninguna incógnita la situación actual de sus hijas, por lo que les manda ropa nueva y vieja de sus jóvenes para preparar y repasar. Les manda incluso jergones, colchones y todo lo que le parece útil para las crecientes necesidades de la casa, animando siempre y recordando que la Virgen bendice y bendecirá cada día más a su nueva familia.

Pero Don Pestarino, que hubiera querido dar millones a Don Bosco, no puede ocultar su pena al verlo preocupado también por ellas. Su estribillo: «Pobre Don Bosco, con tantas necesidades como tiene ha de pensar en nosotros», es como una punzada en el corazón de la Vicaria y de sus primeras colaboradoras.

El cielo debe sonreír ante estas almas que sufren con amor y por amor, puesto que sin que ellas lo sepan, en otras partes se está hablando de ellas y de su halagüeño porvenir.

Consoladoras previsiones

En efecto, el 3 de noviembre, desde Turín, escribe la marquesa Fassati a su madre:

«... no sé si sabrá que Don Bosco se ocupa también de una fundación femenina. Parece ser que las niñas de aquella barriada, al verle pasar, le rodean para suplicarle: "Cúdate también de nosotras, como haces con los niños; ¡nadie se preocupa de nosotras...!"».

Desde hace dos años hay en Mornese un grupo de jóvenes que se forman en la vida religiosa y en el espíritu *bosquiano*. Don Bosco les ha dado unas Reglas, que está revisando y perfeccionando. Después hará construir para ellas una casa en la Plaza María Auxiliadora, y ellas harán por las niñas lo que los *bosquianos* hacen por los niños. Además se encargarán de la ropería de la casa de Don Bosco, el cual, sumando todas sus obras, se encuentra hoy al frente de seis mil doscientas personas...»².

Un precioso regalo del Niño Jesús

El año se cierra con un regalo del cielo: la entrada de la señorita Emilia Mosca, nieta del genial arquitecto Carlos Bernardino Mosca, quien, al construir el puente Mosca sobre el río Dora de Turín (1823-1830), conquistó el título de conde y la amistad del rey Carlos Alberto. Por parte de su madre, la señorita desciende de los condes Bellegarde de Saint-Lary.

Desde la infancia, Emilia desconoció la fortuna y ahora, 30 de diciembre, llega al colegio como profesora de francés. Tiene dotes exquisitas que revelan la finura de su educación. Lleva sobre la frente la señal de un pensamiento habituado a replegarse sobre sí mismo y en la mirada, el relámpago de la pronta y segura intuición. Tiene una sonrisa dulce, que templada la viveza de la mirada y revela una voluntad que es señora en las luchas sobre la naturaleza. El dolor, para las almas nobles, es el formador por excelencia y esta joven de veinte años ha tenido que sufrir siempre.

Yendo a Valdocco a ver a sus dos hermanos, alumnos del Oratorio, conoció a Don Bosco. Su padre le había pedido que le buscara una plaza a su hija como profesora. Y Don Bosco, por medio de Don Juan Cagliero, la encaminó a Mornese.

² Carta del 3 de noviembre de 1872 (original en francés en el Arch. Centr. Sales., Roma).

Hablando con ella, le había dicho bromeando: «A usted, señorita, ¿le agradaría ir allí? Tenga cuidado, porque corren unos aires... ¿No ha pensado nunca en hacerse religiosa?».

En el monótono viaje, desde Novi a Mornese, en un humilde jumento, con la única compañía del padre de *Cinina*³, la señorita Emilia recordaba con un poco de desasosiego las palabras de Don Bosco.

—¿Religiosa? —pensaba para sí. Yo no tengo ganas ahora de hacerme monja. Voy a dar clase para ganar algo con que ayudar a mi padre.

Nada más llegar al colegio, empieza en seguida a dar clase.

La Vicaria penetra el interior de Emilia Mosca

Cumplidora fiel de su deber y del horario de la casa, es siempre la primera en la iglesia y en la clase; modesta en el vestido, sencillo y exento de todo adorno; pero conserva un algo distinguido y señorial que hace parecer seda el algodón y le da una nota de elegancia hasta el más sencillo vestido, de modo que se distingue entre todas las demás.

Sor María Mazzarello, habituada a leer en los corazones y a obtener en ellos —aunque inconscientemente— victorias sobrenaturales, intuye al instante la profundidad de aquella naturaleza ardiente, mide su poder de elevación a las cimas de la perfección y, al cabo de algunos días, le pregunta bromeando, si no podría vestirse más sencillamente... «porque aquí, ¿quién la ve?». La Vicaria sabe por propia experiencia cuánto le cuesta a una jovencita vencer la inclinación natural a llamar la atención; y, como encuentra docilidad en Emilia, la conduce sin esfuerzo a reflexionar sobre la vanidad de los honores, sobre la utilidad de poner sólo como fundamento de la vida la fe, el bien y el agradecimiento a Dios por los bienes recibidos.

La joven maestra profundiza valientemente las reflexiones de la Vicaria y sabe apreciar lo que oye y las virtudes generosas que ve a su alrededor, aunque bajo humildes apariencias. Todo esto lo profundiza más de lo que se puede imaginar y, al cabo de un mes, pide a las Hermanas que la admitan como postulante.

³ *Cinina*: llamada así por el sobrenombre de su padre, *Cinin* (véase *Cronohistoria*, I, 221).

Aceptada, se encamina sin titubeos por el nuevo camino, manteniéndose muy asida al manto de María Auxiliadora, de quien saca fuerza para perseverar.

La novicia Clara Spagliardi se retira

La entrada de la joven Emilia viene providencialmente a llenar el vacío que ha dejado la novicia Clara Spagliardi.

Esta joven había recibido, como las demás, el hábito religioso de manos de Don Bosco. Había visto la virtud que reinaba en Mornese; había participado del fervor de las santas Hermanas que la rodeaban, pero no había sabido trabajar enérgicamente su naturaleza poco maleable y había encontrado demasiado duro el sacrificio.

Su precaria salud la indujo finalmente a deponer el hábito religioso y a volver con su familia. Evidentemente, su sitio no estaba en Mornese.

Sabio proyecto del Fundador

Si Mornese es un vivero de almas llenas de amor de Dios y de celo por el bien de la juventud, el disciplinado gobierno religioso femenino apenas es conocido, en teoría, ni siquiera por Don Pestarino; y Don Bosco piensa en ello.

Un buen día, el último domingo de enero, se presenta a la Madre Enriqueta Dominici, Superiora de las religiosas de Santa Ana de Turín, llamadas también de la Marquesa de Barolo, y le expone su proyecto: tener por algún tiempo en Mornese a dos de sus religiosas para hacer de hermanas mayores y de guías en la práctica de la disciplina religiosa a nuestras principiantes, llenas tan solo de buena voluntad ¹.

No le dice que no. A primeros de febrero, la Asistente y la Secretaria General del Instituto Barolo, la Madre Francisca Garelli, acompañada por Sor Costanza Gattino, es enviada a Mornese para ver de qué se trata y permanece allí dos o tres días sin que la comunidad sepa el motivo.

Los primeros cuadros del *via crucis* en el colegio

Ahora que la capilla de la casa posee el mayor tesoro, Jesús sacramentado, y las Hijas de María Auxiliadora realizan en ella todas las prácticas de piedad, se echa a faltar el *via crucis*.

A las Hermanas, especialmente a la Vicaria, este vacío le produce pena. Le parece que la Virgen de los Dolores se lamenta desde el altar: «¿Ya no recorreremos juntas la vía dolorosa? ¡Me dabais tanto consuelo cuando sabíais buscar diez minutos para acompañar conmigo a mi Hijo hasta el Calvario!»

¹ Anexo n.º 1.

Las buenas Hermanas no quieren dejar sola a la Virgen de los Dolores. Mas, como apenas les llega para el pan indispensable, piden a la Madre del cielo que provea Ella para poder comprar los cuadros.

Al comienzo de la cuaresma sus deseos son atendidos. El día 27 de febrero, el Guardián de los franciscanos, padre Cándido, del convento de Santa María de las Gracias de Gavi, viene a bendecir y erigir un modesto y devoto Via crucis que, con las «estaciones» colocadas alrededor de la capilla, atrae la mirada y el corazón de las religiosas hacia los padecimientos de Jesús². Así, la cuaresma de este año verá con frecuencia a las jovencitas, también externas, acompañar a esta o a aquella Hermana en el piadoso ejercicio; y a Jesús, recibir en el colegio una reparación amorosa por las muchas transgresiones al precepto de hacer penitencia.

En estos días Don Pestarino advierte a la comunidad que, por disposición de Don Bosco, llegarán en breve dos religiosas de Santa Ana para permanecer algún tiempo y enseñarles a organizar la vida religiosa de la comunidad.

Las Hijas de María Auxiliadora se quedan sorprendidas y piensan, con un poco de rubor, en su miseria, pero la Vicaria, con una de sus vivas exclamaciones: «¡Demos gracias a Dios! ¡aprenderemos a ser religiosas de verdad!», devuelve la calma a los espíritus y los prepara a una serena espera.

Con el comienzo de la cuaresma llegan las religiosas de Santa Ana: la Madre Francisca Garelli, ya conocida y apreciada, y Sor Angela Olloa.

Humilde cordialidad

Son recibidas con sentimientos de humilde gratitud, que se convierte en admiración cuando se sabe que la primera ha dejado sus no pequeñas ocupaciones para complacer a Don Bosco y ayudar a sus Hijas.

Tras los saludos cordiales del primer momento, se sucede una porfía general para pedirles parecer en esto o aquello, a lo que responden ellas indicándoles cómo proceder en la admisión de las educandas y de las postulantes; cómo disponer la ropa de las niñas y marcarla; cómo distribuirlas en el dormitorio, en el comedor, en la capilla y durante los paseos; cómo tratar con los padres de las alumnas; cómo regularse para la correspondencia epistolar, etc.

² Anexo n.º 2.

La primera en pedir consejo

La Vicaria está en todo, se interesa por todo, porque es su deber y porque Don Pestarino le repite con frecuencia que ella es la responsable. Pero lo que más le preocupa es su propia formación a la santidad y jamás hubo alumna más solícita que ella en preguntar y obedecer a su maestra.

Meditación, presencia de Dios, observancia de los votos, medios para hacerse humilde: éstas son las lecciones que le interesan; sobre estos temas fija su atención y la de las Hermanas. Entretanto da pruebas luminosas de humildad y de criterio; a cada nueva enseñanza, especialmente cuando es de orden material, dice sonriendo: «Si no fuéramos tan ignorantes, esto ya lo sabríamos. Yo no hubiera sabido hacer esto: culpa mía, porque soy tan ignorante... ¡Oh la ignorancia, cuántos disparates nos hace cometer!».

No se da cuenta de que las dos maestras están admiradas de su humildad, mientras queda patente que, en ella sobre todo, la falta de instrucción, en vez de disminuir el natural discernimiento, lo ha agudizado, llevándolo hasta donde tal vez no llegan personas de la más elevada alcurnia. En Sor María, la piedad y la finura de corazón suplen la falta de instrucción y de normas de cortesía.

Las Hermanas de Santa Ana lo ven y, aun deplorando la excesiva pobreza de vida y de enseres y la falta de una observancia reglamentada, reconocen la superioridad moral de la Vicaria.

Confesor extraordinario. Primera cuaresma en el colegio

Llega también el confesor extraordinario, el salesiano Don Juan Garino, enviado por Don Bosco, y las Hermanas de Santa Ana pueden admirar la seriedad con que todas cumplen este deber prescrito por la Iglesia. No se maravillan, porque ven cada mañana cómo hacen la meditación, recogidas y de rodillas, y cómo durante el día recuerdan el propósito de la misma. Ven que todas, incluidas las educandas, asisten a la misa con un fervor desenvuelto y se acercan al banquete eucarístico.

En todo este fervor descubren la secreta energía que mantiene serenas y alegres a estas nuevas religiosas en medio de tanto trabajo y de tanta pobreza.

Además, su ayuno cuaresmal es particularmente severo. Sor María,

que es siempre muy parca en la comida, parece que viva ahora del aire.

Por otra parte, ya es conocida de todas la confianza que un día hizo a Petronila: «En cuaresma, sólo me quito el hambre los domingos».

Para las Hermanas de Santa Ana, naturalmente, la comida se prepara en cantidad y forma distinta, según lo prescrito por sus Reglas, aunque coman en el mismo refectorio, en mesa aparte.

Primera semana santa en el colegio

Para Pascua, las Hermanas de Santa Ana deberán volver a Turín para sus Ejercicios Espirituales, y las Hijas de María Auxiliadora les recomiendan que vuelvan cuanto antes, «de lo contrario —concluye en nombre de todas la Vicaria— ¿cómo aprenderemos a hacernos santas como nos quiere nuestro Padre y Superior Don Bosco?».

La Pascua las encuentra, por consiguiente, solas, pero contentas de celebrar con las alumnas las fiestas litúrgicas de la semana santa.

El fervor de la pequeña comunidad se vuelca en la adoración a Jesús sacramentado en el *monumento* la noche del jueves santo. El Director les ha concedido sin ninguna dificultad una variación en el horario, mejor dicho, ha encendido en ellas este deseo, haciéndoles sentir que es muy justo que las almas consagradas a Dios pasen la noche en oración ante el *monumento*. También las novicias han pedido velar, y después, las postulantes, y las educandas...

De este modo todas permanecen en la iglesia una hora más después de las oraciones de la noche; luego se van a la cama las educandas; después las postulantes; más tarde las novicias y, por último, las Hermanas. ¿Cuánto tiempo permanece aún la Vicaria...?

Si Don Pestarino ha concedido la vela sin señalar la hora límite, por lo menos una vez ella permite un poco de desahogo a su ansia de permanecer en adoración delante de Jesús Eucaristía. Y se está horas y más horas. Según algunos testimonios, toda la noche.

Estos días son días de consuelo espiritual también para el Director. «El año pasado —recuerda—, durante la semana santa, la capilla estaba desierta, el local vacío, el corazón crucificado con el de Jesús, a la espera de los próximos acontecimientos. Ahora ya está todo cumplido; el deseo de Don Bosco se ha hecho realidad; las humildes Hijas de Mornese son Religiosas Salesianas, Don Bosco es su Padre y las asiste con corazón verdaderamente paternal».

El *Alleluia* es una fiesta. La buena Sor Corina toca sus mejores

acordes y Luisa Arecco explaya su hermosa voz en el canto de la alegría. Las alumnas externas presentes, partícipes de la alegría de la comunidad, se sienten cautivadas por un sentimiento nuevo de gozo espiritual.

Don Pestarino distribuye el horario de las funciones de manera que el colegio no sea obstáculo a la parroquia y, sin mirar a su conveniencia, sino al bien de las almas, acude a la parroquia para las confesiones y las funciones pascuales y procura hallarse a punto para las necesidades de las Hermanas y de los feligreses.

Estos han de darse cuenta, sin duda, de que su temor de perderlo era exagerado y de que su *prevín* sigue siendo el amigo fiel de sus almas. No obstante, la anterior simpatía hacia él no se ha recuperado.

Vuelven las Hermanas de Santa Ana

Después de Pascua, es decir, el 15 de abril, vuelven las Hermanas de Santa Ana, las cuales, para mayor provecho de la comunidad, piensan organizarse para lograr una ayuda y una orientación más eficaz: una enseñará prácticamente la manera de orientar a las postulantes en la disciplina religiosa, y la otra se ocupará de lo referente a la casa.

Así tienen ocasión de comprobar que las Hijas de María Auxiliadora son verdaderas abejas industriosas para ganarse lo necesario para la vida. En el colegio de Mornese se hace de todo, comenzando por tejer. En el silencio absoluto de la casa, el rítmico canto de la lanzadera semeja una voz de súplica que llama al corazón de Dios para pedir el pan cotidiano: el pan material y el pan espiritual.

El telar está instalado en la planta baja, no lejos de la puerta de entrada; desde las piezas de tela que salen de él hasta los vestidos confeccionados, las varias prendas de ropa blanca, las mantas de algodón e incluso acolchadas, todo se hace con el máximo cuidado y con la más cordial gratitud al Señor y a cuantos son instrumentos de su Providencia.

Ayudas providenciales

Es hermoso ver a las primeras compañeras de Sor María y de las demás Hermanas subir hasta aquí arriba con tela para un vestido o un par de sábanas, llevando en el delantal una pequeña porción de harina de maíz, judías o garbanzos; dirigirse luego a la puerta de la

cocina, antes de que la Vicaria las descubra, y dejar casi furtivamente la pequeña oferta: «Toma, Sor Teresa, son de los *Mazzarelli*... prueba si se cuecen bien». Y corren al taller a llevar su trabajo.

Pero Sor Teresa Pampuro tiene buenas piernas y le falta tiempo para ir a decírselo a Sor María, que da las gracias a la compañera con una cariñosa sonrisa: «¿Te ha dicho el ángel de la guarda que los necesitábamos?».

También el hermano menor de Sor María sube de vez en cuando cargado de provisiones, sin excluir alguna que otra botella de aceite y de buen vino. ¡Qué contento se pone cuando las Hermanas se apresuran a aligerarle de aquel peso y le regalan después una medallita o una estampa! Y más contento se pone aún cuando Sor María se entretiene un momento con él debajo del pórtico y le dice alguna de esas palabritas que ella sabe decirle y que le hacen portarse bien todo el día. «Pero tiene siempre tanta prisa su hermana María...!»

A veces se queda perpleja cuando ve lo que le trae de su casa:

—Pero es que somos muchas y esto no es suficiente. Vete de una corrida y díselo a la mamá, dile que...

Su hermano no la deja terminar. Echa a correr y, sin pasar siquiera por el pueblo, atravesando la viña y el bosquecillo de olmos que desde el colegio llega hasta la Vía Val Gelata, en un santiamén se planta en su casa a llevar la embajada.

Su madre suspira: «¡Pobres hijas! ¡Hay que pensar, ciertamente, que son muchas! ¡Y pensar que en casa no les faltaba de nada...!». Mientras tanto va llenando la cesta, llena asimismo los bolsillos del muchacho, se asegura de que no falta nada y le dice: «Vete, pero está atento... ¡Dales muchos saludos!».

También el hermano de Sor Petronila y los parientes de las demás Hermanas les llevan siempre algo, especialmente pan tierno y patatas. Pero, en proporción de las necesidades, son unas miguitas nada más.

Un temor

Las Hermanas de Santa Ana se dan cuenta de todo esto, admiran el fervor que reina, a pesar de todo, pero se preguntan preocupadas: «El buen espíritu de estas queridas religiosas de Don Bosco, deseosas de imitar a su Fundador y la natural actitud de Sor María para traducir su espíritu al naciente Instituto, ¿serán suficientes para conseguir el fin? Es imposible que las postulantes, especialmente las de

familia acomodada, puedan adaptarse a esta sencillez rural, a tanto trabajo, a tanto sacrificio». Y piensan hablar de todo esto con Don Bosco.

Primer mes de la Virgen en el colegio

Comienza el mes de mayo. El cuadro de María Auxiliadora está todo engalanado de flores del campo y del jardín y, además, de hermosos ramilletes espirituales, ya que Don Pestarino, después de la lectura de la tarde, propone una *floreilla* para practicar al día siguiente. Existe una verdadera porfía por ver quién embellecerá mejor el jardín de su propia alma con las flores más gratas a la Santísima Virgen.

Ninguna novedad, ningún aumento de oraciones: desde el momento de levantarse hasta el último instante antes de dormirse, todo se realiza con la mayor pureza de intención, exactitud y puntualidad. Así lo recomienda la Vicaria, la primera de todas en practicarlo.

La Virgen se complace en todo esto y se dispone a regalar a la casa una nueva flor: una postulante con una gran transparencia de espíritu. Se llama Enriqueta Sorbone y es de Rosignano Monferrato.

Cuenta ella misma: «Durante el mes de mayo, estábamos reunidas un grupo de amigas en casa de dos compañeras que tenían un hermano salesiano³. Llegó este hermano y empezó a contar cosas maravillosas de Don Bosco, de su santidad y de sus milagros. Yo, que conocía ya la fama de Don Bosco por haber oído hablar de él a mi madre, le escuchaba admirada y pensaba para mis adentros: Debe ser algo grande vivir tan cerca de un santo, pues de los santos sólo he oído hablar. ¡Sería una gran suerte poder verlo!».

Estábamos todos pendientes de sus labios cuando, de pronto, se le ocurre decir a sus hermanas:

—Tal día Don Bosco viene a San Martino; id allá y yo me encargaré de que lo veáis. Y dirigiéndose a mí me dijo:

—Ven también tú, Enriqueta. Borgo no está lejos.

—¿Yo? ¡Si mi padre no me deja ir ni siquiera a casa de mi abuelo...!

³ Angelina y Hermelinda Rossi, hermanas de Marcelo, salesiano coadjutor.

¡Ver a un santo vivo!

Sí. El deseo de ver a un santo era más fuerte que cualquier otra consideración; y por la noche, tanto le insistí a mi padre que, finalmente, dejó escapar un prometedor: «¡Ya veremos!».

Partimos Angeliua, Hermelinda y yo, hacia las tres de la madrugada, a pie. Llegamos hacia las siete a Borgo; fuimos a comulgar a la parroquia, tomamos después nuestro desayuno y nos fuimos al colegio de los Salesianos. Don Bosco no llegaba hasta las once. Rossi nos hizo pasar a una salita donde trabajaban algunas señoras encargadas de la ropería del colegio. Yo me imaginé que serían las religiosas fundadas por Don Bosco, y las observaba... pero no las veía de mi agrado.

A las once, empiezan a oírse las alegres notas de la banda, cada vez más próximas y clamorosas, y un gran movimiento por todo el colegio y en torno a nosotras, a quienes nos hicieron pasar a un corredor.

—Don Bosco —nos dice el hermano de mis compañeras— tiene que pasar por aquí y podréis verlo dentro de unos momentos y besarle la mano.

Desde donde estábamos nosotras se veía la calle, el amplio patio salesiano lleno de gente, los que lanzaban al aire su sombrero, los que aplaudían... Todos gritaban:

—¡Viva Don Boscooooo...!!

Parecían locos de alegría. Yo miraba con el corazón en los ojos: me parecía que iba a ver ¡qué se yo...! un milagro... Y a medida que Don Bosco se acercaba (lentamente, porque toda la gente lo apretujaba y quería besarle la mano y recibir su bendición...), yo me sentía más emocionada, presa de un estremecimiento nuevo, extraño; sentía escalofríos.

El encuentro deseado

Finalmente, llega al portón..., y al corredor, donde estábamos nosotras. Emocionada, le besé la mano sin poder decirle una palabra, pero sin dejar de mirarlo fijamente. Quería ver bien cómo era un santo vivo.

Don Bosco me miró, y señalándome con el índice me dijo:

—Tú vete a Mornese.

—¿A Mornese?! ¿Qué es eso de Mornese?

—Un bonito pueblo, ya verás. Y bajando un poco la voz prosiguió:

—Ahora vamos a comer; luego nos volveremos a ver.

Hacia las dos de la tarde me manda llamar y apenas me ve, me dice:

—¡Muy bien! ¿Cómo te llamas?

—Enriqueta Sorbone, de Rosignano Monferrato.

—¿Cómo estás?

—Bien, Don Bosco.

—¿Cuántos años tienes?

—Dieciocho cumplidos.

—¿Te gusta estudiar?

—Mi madre quería que fuera maestra, pero se murió y yo tengo que cuidarme de mis hermanitos.

—¿Cuántos son?

—Cuatro hermanas y dos hermanos...

—¿No has pensado nunca en hacerte religiosa?

—En realidad, mi santa madre ofreció su vida a Dios para que todas sus hijas se consagrasen a El.

—Bien, ya veremos, ya veremos... —y me miraba como diciendo que pensaría en mí—.

—Pero, Don Bosco —repuse yo—, mi párroco me ha prometido que, si me conservo buena y cuido de mis hermanos, él se preocupará después de mí. Le digo esto porque no quisiera tener el pie en dos zapatos.

—Vive tranquila. Ya me entenderé yo con el párroco.

—¿Y mis hermanitos?, ¿y mi padre...?

—La divina Providencia pensará también en tus hermanos. Mira: en Mornese tenemos el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora. Allí podrás estudiar.

—¿Y quiénes son las Hijas de María Auxiliadora? ¿Son religiosas?

Me vinieron a la mente las mujeres que había visto por la mañana repasando la ropa y repliqué:

—Pero es que a mí me gustan las religiosas vestidas de hábito, como se ven en las estampas.

Don Bosco se sonrió:

—Sí, sí; las de Mornese van como tú dices, ya verás. Cuando vayas allí estudiarás, y si eres buena, pasarás con las Hermanas y podrás hacer mucho bien.

Me dijo muchas cosas que entonces no podía entender por completo y que más tarde vi que se cumplían. Luego sacó de su bolsillo

un papelito azulado, escribió algo en él y me lo entregó diciéndome:

—Bien, de momento vuelve a Rosignano y llévale esto a tu párroco ⁴, pero vete pronto a Mornese; y, antes de entrar en aquella casa, deja tu voluntad a la puerta.

Guardo cuidadosamente aquel papelito y salgo, no sé si más feliz o más apurada. Al llegar a la puerta me vuelvo otra vez para saludarlo:

—¡Ciarea, Don Bosco!

El me miró con una sonrisa paternal y, de pronto, me dice:

—¡Dejemos este mundo traidor!

Parecía como si viera junto a mí a una fiera a punto de devorarme, y yo pensé entonces que el mundo debía ser algo muy malo cuando Don Bosco, tan manso y tan dulce, hablaba de este modo.

Eran las tres. ¡La conversación había durado, pues, una hora!

Después de mí, recibió a mis amigas. Al regreso, les pregunté si Don Bosco les había dado a ellas algún escrito para el párroco, pero al responderme que no, yo no dije nada más.

Consecuencias del encuentro

Apenas llegué a casa, naturalmente, me faltó tiempo para ir a entregar el billetito, y cuál no fue mi sorpresa cuando vi al párroco ponerse muy serio mientras lo leía y decirme:

—¡Está bien! Has querido obrar por tu cuenta, pues yo me lavo las manos.

De modo que me arrepentí de habérselo dado sin leerlo antes. A los pocos días, el párroco manda llamar a mi padre y le dice que ha llegado un original telegrama de Mornese: «Esperamos joven Enriquetta Sorbone posiblemente *por telégrafo*. Domingo Pestarino, *Pbro.* por *Don Juan Bosco*».

Pienso que Don Bosco le expondría a Don Pestarino las dificultades que se opondrían a mi salida y que Don Bosco querría evitar toda dilación con un telegrama.

Lo que siguió después, ya lo habrá visto mi querida madre desde el cielo, y con esto basta, pues no faltó lo esencial: *ir a Mornese*.

En Mornese, entretanto, se termina con fervor el mes de María y los corazones están cada vez más rebosantes de gratitud a la Virgen que ha querido que ellas, pobres, humildes e ignorantes, formen su corona en vez de otras con más cualidades y méritos.

⁴ Anexo n.º 3.

En junio no se hacen prácticas especiales para honrar al Corazón de Jesús, fuera de una lectura apropiada por la tarde. Pero, al igual que el Padre Fundador, también su hija primogénita está demasiado atraída por Jesús para no amar su Sacratísimo Corazón y desear que sea amado por todos; por lo que no cesan de brotar de su alma las jaculatorias y saca de la lectura no pocas aplicaciones prácticas para que toda la comunidad se mantenga estrechamente unida al Señor.

Enriqueta Sorbone en Mornese

El día 6, primer viernes, llega la esperada Enriqueta Sorbone. Su padre, bueno y fervoroso católico, no ha querido contrariar la vocación de su hija mayor después de que Don Bosco se preocupara de ella, y la acompañó él mismo en tren hasta Serravalle y después en *ómnibus*, desde Serravalle hasta Gavi.

En aquel último trayecto en *ómnibus*, el corazón del pobre padre tuvo que librar una amorosa batalla. Los ojos se le arrasaron de lágrimas y de sus labios salió esta frase: «Sí, tú vas a hacerte monja y no piensas que cuando llegues allí encontrarás escrito: "La que entra por esta puerta no sale más por ella, ni viva ni muerta"». La joven lo mira y calla. Escuchémoslo de ella misma:

«Sí..., el pensamiento de no salir más de allí, ni viva ni muerta, me daba un poco de susto, pero... desde que había hablado con Don Bosco estaba dispuesta a todo, incluso a morir.

Cuando llegamos a Gavi, fuimos a casa de la señora Jerónima Verdone. La señora *Momina* era hermana del mejor predicador de entonces, Don Verdone, que siendo ciego conducía a miles y miles de almas por el camino de la salvación eterna. Aquí, generalmente, hacían una parada los que iban a Mornese.

Fuimos recibidos con gran bondad y encontramos allí a *Cinín*, el recadero de las Hermanas, y a un óptimo señor protestante, a quien me confiaron, por orden de Don Pestarino. Mi padre me encomienda a él y regresa solo. ¡Pobre papá!

Cinín carga mi equipaje sobre el jumento y lo pone en marcha; nosotros lo seguimos a pie. El camino es largo. El señor que me acompaña no dice una palabra, quizá por respeto; de modo que tengo tiempo de volver sobre el pasado».

Evocaciones íntimas

«Si viviera mi madre —pensaba yo— qué contenta estaría. Me parece verla aún aquel día cuando, al volver de la escuela, corría yo como de costumbre a saludarla, habituada a que me recibiera con una dulce sonrisa y la hallé, en cambio, pensativa y triste.

—Toma, Enriqueta, toma tu merienda —me dijo poniendo en mis manos el panecillo y tratando de ocultar una lágrima furtiva—.

¡No fui capaz de tomar un bocado en aquel momento...! Clavé mis ojos en el rostro afligido de mi madre y la oí que decía, con los ojos clavados en el cielo y las manos en actitud suplicante:

—¡Señor, aquí me tienes! Acepta mi vida, pero no permitas que ninguna de mis hijas se quede en el mundo.

Yo sólo entendía que mi madre sufría, y sufría yo también. Pero aquellas palabras se quedaron grabadas en mi corazón.

Una vez le pregunté a mi madre:

—Mamá, ¿qué hacen las monjas?

—Renuncian a su propia voluntad, hija mía.

—¿Cómo?

—Por ejemplo: la superiora les manda traer agua en una criba o llenar de piedras un saco sin fondo... Si la Hermana hace callar su propio juicio y obedece, trae agua con la criba y piedras con el saco sin fondo. O bien: le ordenan cargar sobre sus hombros un saco muy pesado... Si la Hermana se niega a sí misma e intenta trasladar aquel peso, hasta las piedras pueden volverse ligeras como plumas.

Caminando hacia Mornese, ¡cuánto me hacían pensar estas palabras!

Recordaba también la recomendación de Don Bosco: "Antes de entrar en aquella casa, deja tu voluntad a la puerta". Y me decía a mí misma: también este santo está de acuerdo con mi madre. Pero... ¿tendré que trasladar piedras a hombros...? Me parece ir ya encorvada bajo ese peso... Me siento desfallecer... ¡Es preferible la muerte...! Y sacar agua y más agua con un cesto... ¿cuánta? ¿por cuánto tiempo? ¡Ay, es preferible la muerte!

El colegio de las Hermanas se divisa ya, pero Mornese todavía está lejos, se ha de subir aún mucho para llegar allá. Finalmente, el asnillo emprende el trotc y se detiene delante de una puerta. ¡Ya estamos! Yo me vuelvo hacia la izquierda de la puerta de entrada y, para obedecer a Don Bosco, musito a media voz:

—Te dejo aquí, voluntad mía, porque quiero entrar sin ti para abrazar sólo la de Dios.

Mas el corazón late terriblemente.

La famosa puerta se abre. Entro... ¿De veras que no saldré de aquí ni viva ni muerta? Después de unos breves minutos de espera, que se me hacen larguísimos, vienen a mi encuentro tres Hermanas, dos vestidas de negro, con una gran toca blanca (las Hermanas de Santa Ana), y la otra, de color café, con un velo de forma triangular, a modo de redecilla. ¿Qué significará esta diferencia?

Para sacarme de apuros, la que iba vestida de color café me pregunta, con un marcado acento genovés:

—¿Cómo te gusta más, así o así?

—Mejor así —y me acerco a ella—, porque se parecen a los frailes.

—Bien —me dijo la misma a quien yo me había dirigido—, sé bienvenida.

A la hora de la comida supe que aquélla era la Superiora de la casa, con el título de Vicaria, y en seguida me di cuenta de que tenía un gran corazón.»

Larguezas mornesinas

Es el primer viernes de mes, el día elegido para honrar en el colegio al Sagrado Corazón. En toda la casa se respira una atmósfera de fiesta; además, la Vicaria quiere que se celebre siempre la llegada de una postulante, a fin de que se encuentre en seguida en su propia casa. Por eso, a la hora de la comida, se dispensa también el silencio. A la recién llegada se le sirve hoy un huevo entero con unas pocas patatas fritas, que es el colmo de la posible largueza y golosina, la única, aconsejada por Don Pestarino.

La Vicaria reconoce la valía de Enriqueta y la prepara

A los pocos días Enriqueta recibe el encargo de asistir a las educandas. ¿Quién mejor que ella puede desempeñar este oficio? Desde hace cuatro años hace de madre a sus hermanos. Tiene ya mucha práctica. Su experiencia personal del alma infantil, su tacto psicológico ingenuamente exquisito y su temperamento jovial la revelan una educadora según el corazón de Don Bosco y de Sor María Mazzarello. Esta está segura de ella y admirada por la cándida apertura de esta alma sin repliegues, la observa desde lejos y la deja que actúe libre-

mente con las niñas y que, libremente también, hable con las Hermanas de Santa Ana, con las cuales conversa a menudo con toda confianza.

Heredado de su madre el gusto por la piedad y teniendo ocasión de observar a las Hermanas de Santa Ana cuando a determinadas horas se dedican a la oración, Enriqueta se siente atraída por su profundo recogimiento, y con el candor que le es característico les pregunta:

—¿Qué hacen cuando están allí, con los ojos cerrados, delante del altar?

—Escuchar al Señor.

—¿Cómo se hace para escuchar al Señor?

Ante esta santa curiosidad, que es un medio de formación para la vida espiritual, éstas satisfacen plenamente su curiosidad de modo que, sin que ella se dé cuenta, están adiestrándola en los caminos del espíritu.

Con el mismo interés de una madre, la siguen en la asistencia a las niñas en el recreo, en el dormitorio, en el taller; le dan consejos prácticos para conocer la índole y formar los caracteres, así como normas individuales para gobernar la ropería y para disponer el aseo personal de las alumnas y de la casa.

Enriqueta escucha con interés y atesora las mínimas enseñanzas, pero también se lo comunica todo a Sor María Mazzarello que, para probar mejor las disposiciones de la joven, le sale a veces con esta pregunta:

—¿Te harías religiosa de Santa Ana?

La respuesta, con afecto siempre creciente, es la misma:

—¡No, no, yo me quedo con usted en Mornese!

Verdaderamente, las Hermanas de Santa Ana se sentirían muy satisfechas de tenerla en sus filas, y Enriqueta lo intuye, aunque nunca, por delicada prudencia y religiosa rectitud, le hagan una invitación formal.

Propuesta de las Hermanas de Santa Ana

Se han ofrecido, en cambio, a hacerse cargo de sus hermanitas.

Enriqueta, por su oficio de asistente de las educandas, tiene siempre en la mente a sus hermanitas y, a veces, dice suspirando: «¡Qué desorientadas estarán! ¿Estará contento el Señor de que yo las haya dejado en el momento en que más necesidad tenían de orientación y

de guía? Es cierto que están mis otras hermanas, pero yo soy la mayor y era a mí a quien le correspondía sacrificarse por ellas».

Las Hermanas de Santa Ana, al verla un día más preocupada que de ordinario, le dicen muy caritativamente:

—¿Quieres que nos encarguemos nosotras de tus hermanitas? Ten por seguro que te las cuidaremos muy bien. Así no tendrás que preocuparte por ellas.

La propuesta es muy hermosa, tanto más que Enriqueta razona en su humildad: «A cuenta de esta casa ya estoy yo... Si estas buenas Hermanas se llevan a las dos pequeñas es una gran caridad para todos». Se lo expone, pues, a la Vicaria, que la mira conmovida y, sin dejarle siquiera terminar, le dice:

No, Enriqueta; dales las gracias a estas buenas Hermanas. Tus hermanitas —ya te lo dije— son nuestras. Estáte tranquila, Enriqueta.

Y Enriqueta, agradecida, está tranquila y contenta. Vencida completamente por la fascinación de Don Bosco y por la bondad de la Vicaria, ya es toda de María Auxiliadora. Y un episodio, desapercibido para algunas, pero muy importante para ella, la confirma en su predilección.

Humildad desenvuelta

Una noche, después de la cena, las Hermanas y postulantes se reúnen en el jardín formando un corro alrededor de las Hermanas de Santa Ana, que entretienen agradablemente a la alegre comunidad. Sin darse cuenta, la conversación desciende a recuerdos personales que dejan entender su pertenencia a familias acomodadas, con parentela de alcurnia y personal de servicio.

Sor María escucha con semblante sereno. Después, queriendo como siempre humillarse en presencia de todas, se sienta en una banqueta tan bajita que da la sensación de que está sentada en el suelo, y dice pausadamente:

—¡Pobre de mí! Yo, en cambio, no puedo decir lo mismo. Mi padre es un pobre labrador y mi madre, una santa mujer, que sólo sabe hacer las labores sencillas propias de la gente pobre, como nosotros.

Pero lo dice con tanta gracia que, sin herir a nadie, da otro giro a la conversación; y la atenta Sor Enriqueta, que no pierde una, se siente cada vez más atraída hacia la buena Vicaria, sencilla y humilde como su querida madre.

En previsión del regreso del obispo

Los preparativos para la próxima llegada de monseñor Sciandra, que ya el año anterior aceptó la invitación de volver a descansar a Mornese, nos traen otra vez a Don Bosco, invitado por Don Pestarino, para un mejor acuerdo acerca del apartamento destinado al Obispo en casa Carante.

La visita, muy breve por la urgencia de sus ocupaciones, permite no obstante, a Don Bosco, captar la temperatura espiritual que reina entre sus hijas. En efecto, el 3 de julio, escribiendo desde Mornese a Don Rúa, le da a conocer su impresión: «Aquí se goza mucho fresco, aunque es muy fuerte el fuego del amor a Dios ⁵».

Es probablemente de este período —en el que Don Bosco vino varias veces a Mornese, en preparación y después durante los Ejercicios Espirituales— una particular recomendación suya de *dar mucha importancia a la obediencia religiosa*.

No se ha conservado el texto de sus palabras, pero sabemos que Don Pestarino lo hizo objeto de una conferencia especial anotando los conceptos en el mismo cuaderno manuscrito de las Reglas, en dos paginitas de comentario ilustrativo, en proximidad a los Ejercicios Espirituales.

Había en Mornese postulantes, novicias y profesas jóvenes a las que había que explicar los contenidos de la vida religiosa, hasta con ejemplos prácticos, como resulta de los apuntes de Don Pestarino.

«¿Qué aviso o consejo ha dejado Don Bosco?

Que tenemos necesidad de personas que obedezcan y no que manden...; que no muestren descontento, sino que sepan hacer buena cara cuando se les corrige de alguna falta o defecto.

¿En qué ha de consistir la estima y el afecto a los superiores?

No en pretender que se acomoden a nuestro gusto o que accedan a nuestros caprichos, sino en reconocer que buscan el bien de nuestra alma, y en mantener el orden y el espíritu de Jesucristo por la mortificación. Se ha de tener en cuenta también que el afecto no consiste en manifestaciones externas, en cumplimientos mundanos, sino en sacrificarse por nosotros, en aconsejarnos y en emplear toda su vida en provecho nuestro.

¿Qué se ha de hacer en el nuevo Instituto?

Conocer y explicar las Reglas, tener espíritu de abnegación, de

⁵ Anexo n.º 4.

mortificación y de obediencia; estar unido a los superiores, que son los encargados de promover el bien del Instituto y que conocen la vida de comunidad, mientras nosotros no conocemos aún, o muy poco, este género de convivencia. Si se nos advierte de un defecto, hagamos caso de la observación y demos importancia al aviso.

En las cosas esenciales para la buena marcha de la casa y en el cumplimiento de las Reglas, obrar con espíritu de sumisión y de unión a la superiora, incluso en las cosas pequeñas. También las superiores en su modo de obrar pueden resultar poco agradables. Pero esto no nos autoriza a faltarles al respeto y a la obediencia, queriendo acomodar las Reglas a nuestro gusto. Correríamos el peligro de dar importancia a la vistosidad de la tela, sin reparar en su calidad ⁶.

Retiro espiritual en preparación a las nuevas profesiones y vesticiones

Hacia el 15 de este mismo mes, acogido con gran alegría, llega el obispo monseñor Sciandra. La noche del 29 comienzan los Ejercicios predicados por Don Andrés Scotton, arcipreste de Bregance y por el jesuita Don Luis Portulari, enviados ambos expresamente por Don Bosco.

Participan en ellos las once Hermanas profesas, las tres novicias que se preparan a los santos votos, las nueve postulantes que harán la vestición religiosa y unas diez señoras invitadas por Don Bosco y por los predicadores.

El obispo celebra todas las mañanas la santa misa para las ejercitantes y le emociona el canto del motete que elevan piadosamente al Señor después del *paternóster* en preparación a la comunión.

«Veni, sponsa Christi»

Don Pestarino quiere que en la profesión religiosa se cante el *Veni, sponsa Christi*, y nombra maestro de capilla a su sobrino. Nos lo narra el mismo Don José:

«Referente a la segunda profesión —5 de agosto de 1873—, recuerdo que mi tío me encargó a mí de preparar el canto. ¿Cómo hacer? El tiempo apremiaba y yo no tenía ningún motete adaptado

⁶ Original en Arch. Gen. FMA, Roma.

a la circunstancia, ni me quedaba tiempo para pedirlo a Turín. En buena hora cayó en mis manos un motete de comunión de Don Juan Cagliero con la letra *Veni, dulcis Jesu*, etc. Intenté adaptar la música a la letra de la antífona *Veni, sponsa Christi* y con gran satisfacción mía encontré que la letra se adaptaba perfectamente. Se entiende que el coro lo formaban las moradoras del colegio (no recuerdo bien si eran las educandas, las postulantes o las Hermanas), que sabían tanto de música como yo de sánscrito.»

Sabemos que para el canto estaban también algunas alumnas del taller, las educandas —entre ellas María Arecco con su aterciopelada voz de flauta— y la novicia Sor María Grosso, *in albis* de música, pero con un sentimiento vivísimo, y que, como María Arecco, daba a la voz todas las inflexiones del corazón.

Angustia y victoria de Sor Corina

Una de las novicias que se preparan para los votos es Sor Corina Arrigotti, la cual, cada vez más piadosa y ejemplar, no desea otra cosa que consagrarse a Dios. Pero acaba de cumplir los diecinueve años, y los superiores no la admiten a la profesión religiosa sin un permiso, al menos implícito, de su padre. Mientras ella se dispone a escribirle para pedirle el permiso —no para hacerse religiosa, sino para quedarse para siempre con las Hermanas—, llega su padre con su hermanita para llevársela a casa. Los superiores, aunque con dolor, le dicen que no le queda otro remedio que obedecer a su padre. Entretanto, tratan de hacerle comprender el deseo de su hija y lo persuaden de que cuando él se decida a dejar tranquila a Corina en el colegio la salud de la joven mejorará.

El padre accede y, tomando un papel, escribe finalmente: «Estoy conforme con lo que quiere mi hija».

¿Habría entendido bien el señor Arrigotti lo que quiere su hija y lo que él le consiente? ¿Se ha dado cuenta de que su hija lleva ya el hábito religioso y de que es novicia? Quizá no, pero esto es suficiente para que, después de irse los dos, Corina continúe los Ejercicios y sea admitida con general alegría a la santa profesión.

Llegada de Don Bosco

Para acrecentar la alegría, llega Don Bosco acompañado por Don Cagliero. Cuando se siente el chasquido del látigo, el toque prolon-

gado de la campana llama a la comunidad, que aún no se ha reunido para las prácticas de piedad, y todas corren con la mayor rapidez posible.

El buen Padre las saluda sonriente, baja del carruaje y, rodeado de su amada familia, sube a pie el trecho que lo separa de la casa habitada por Don Pestarino, que bien podemos llamar de los salesianos encargados del colegio. Sube despacito, dirigiendo paternalmente su palabra a unos y a otros, mostrándose más deferente que nunca con las dos óptimas religiosas de Santa Ana, las cuales participan cordialmente en esta fiesta de recibimiento.

Al llegar a la casa Carante, Don Bosco hace ademán de arrodillarse delante del Obispo, el cual, para impedirselo, lo abraza con efusión. Hermanas y niñas vuelven después a sus quehaceres, mientras en todos los rostros se transparenta la alegría interior.

Don Bosco, cual verdadero Fundador y Padre, quiere ver con sus propios ojos cómo marchan las cosas; por eso visita el colegio y, encontrando aquí y allá a alguna de sus hijas en el trabajo con vestido de faenas, en lugar del hábito de lana de color café, dice con cierta pena:

—¡No...! Mejor todas iguales... ¡*Todas iguales!*

Y en sus ojos se refleja una gran bondad.

Habla en privado con las que lo desean y recibe también la confesión de las que lo solicitan. Muchas quieren hacer la confesión general, entre ellas la postulante Enriqueta Sorbone, que se prepara para recibir el hábito religioso y que, aprovechando después un momento en que Don Bosco está solo, le pregunta:

—Don Bosco, ¿iré al cielo?

Don Bosco reflexiona un instante y luego, con su dulce sonrisa, le responde:

—Ya estás en el cielo: ya estás... ya estás...

También en el rostro de Emilia Mosca —la señorita que algunos pensaban que no podría adaptarse— lee el buen Padre la firmeza que hace a los santos y hasta descubre, quizá, el camino del alma heroica en la virtud. Silenciosa y humilde, Emilia ha pasado casi todo el tiempo de su postulantado dando clase a las Hermanas, postulantes y educandas, y corriendo, en cuanto tiene una hora libre, a desempeñar algún trabajo, el más humilde posible, o a hacer algún bordado delicado en blanco, para lo cual es habilísima, con el fin de contribuir a un poco de ganancia.

Tiene un solo empeño: humillarse, hacerse toda para todas, entretenerse preferentemente en el recreo con las postulantes más sencillas o con las Hermanas dedicadas a los trabajos más humildes. Su preocupación es una sola: evitar que le tengan atenciones.

La Vicaria, que la conoce bien y no le ahorra el pan de la humillación de la que está tan ávida, quiere, no obstante, que no abuse de sus fuerzas y, no pudiendo ofrecerle una comida que compense el cansancio de la enseñanza (y de aquella enseñanza), exige que se reconforte, al menos, con algún sorbo de vino.

Pero Emilia es abstemia.

—Vénzase, le dice la Madre.

Y comienza a hacerle tomar un poco de vino blanco; después, poco a poco, también algo de vino tinto, el buen vino de la Valpomasca. Y por mucho que la postulante trate de eximirse de esta excepción, Sor María Mazzarello se mantiene firme y Emilia obedece.

Don Bosco, con sus paternas palabras, aumenta el impulso de aquel carácter varonil, ofreciéndole a ella, lo mismo que a las demás hijas, el don de su caridad.

Don Bosco debe anticipar la partida

Pero no hay rosas sin espinas.

Mientras Don Bosco se dispone a conversar con las novicias y postulantes sobre la próxima función, recibe un telegrama que lo reclama en Turín. Y la conferencia se trueca en una despedida. El buen Padre les dice que los predicadores y el obispo les darán los llamados *recuerdos* y les enseñarán a ser buenas religiosas. Que para ayudarse a ser siempre generosas con Dios y serenas en medio de las dificultades, no olviden que *el mundo está lleno de lazos y que para mantenerse alejadas de él, incluso con el pensamiento, es necesaria la observancia de la Regla, la oración continua, la caridad y la humildad.*

Antes de la despedida, Sor María le presenta a una joven postulante en Mornese, Teresina Mazzarello, de quince años apenas, algo delicada de salud. La joven pide hacer la vestición, pero encuentra algún obstáculo en Don Pestarino y en ella, ya que no la ven bastante preparada para dar este paso.

Don Bosco la mira, le hace algunas preguntas, pide informes particulares a la Vicaria y, finalmente, concluye:

—Dejadla que haga la vestición. Si muere al poco tiempo, estará más alta en el cielo.

La corona de rosas

Se le confecciona en seguida el hábito religioso, pero no se sabe cómo hacer para conseguirle la corona de rosas blancas. Se han tejido ya ocho y no se dispone de una flor más ni de tiempo para mandar a comprarlas a Ovada. Se resuelve el problema quitando una rosa de cada corona: de este modo también Tercsina Mazzarello ostenta la cándida diadema de las vírgenes del Señor.

El uso de la corona es nuevo en Mornese. Quizá fue sugerencia de las Hermanas de Santa Ana, las cuales lo adoptaban en las vesticiones y profesiones religiosas: no la corona de rosas solas, sino alternadas con flores de azahar.

Don Bosco se despidió sin pronunciarse ni a favor ni en contra de esta novedad y sin decir una palabra acerca de la diferencia observada en la vestimenta de las encargadas de los trabajos domésticos. Quizá encontrara aceptables las razones presentadas, y dejaba a la experiencia la decisión.

Se inicia el primer aniversario con el «sermón de los recuerdos»

Don Bosco regresa con Don Cagliero la víspera de la clausura de los Ejercicios, después de haber asegurado a las Hermanas y novicias que el día de la profesión las encomendaría de un modo especial en la santa misa ante el altar de María Auxiliadora. Las ejercitantes reemprenden, aunque un poco apenadas, su sereno recogimiento.

¡Y llega el 5 de agosto!

Por la mañana, monseñor Scotton predica el *sermón de los recuerdos* en el cual, recordando que nuestro corazón es templo del Espíritu Santo, dice que hay que hacer con él lo mismo que con el templo material, esto es, limpiarlo muy a menudo y escudriñar bien todos los rincones a la luz de la divina gracia, para impedir que se formen telarañas que lo afeanarían y lo harían indigno de hospedar al Señor.

Nuevas vesticiones y profesiones. Las palabras del obispo

Después, el obispo, como de costumbre, celebra la santa misa y distribuye la comunión. A las nueve, aunque cansado y débil de fuer-

zas, quiere oficiar la ceremonia, que resulta más solemne con su presencia.

Y las nuevas postulantes, después de pedir en el formulario prescrito la admisión en el Instituto, van a cambiar su indumentaria secular por el hábito religioso, después de lo cual vuelven al altar para recibir de manos del obispo la medalla bendecida de María Auxiliadora. Las tres novicias de la primera vestición, Sor Rosina Mazzarello —sobrina de Don Pestarino—, Sor María Grosso y Sor Corina Arrigotti pronuncian la fórmula de los votos trienales y reciben de manos del obispo, primero el crucifijo y después, la corona de rosas rojas que las hace parecer otros tantos mártires dispuestos para el sacrificio.

El coro entona el canto festivo del *Veni, sponsa Christi, accipe coronam quam tibi Dominus praeparavit in aeternum*. Más de uno de los asistentes tiene los ojos llenos de lágrimas.

Cuando la música cesa, el obispo, visiblemente conmovido, toma la palabra. Después de exponer el paso evangélico relativo a Marta y María, dice que también ellas han elegido la mejor parte, la parte de María, la más agradable a Jesús, dejando la otra para las jóvenes del siglo.

Sor María Mazzarello ha estado atenta a todos los detalles, regulándose en parte por lo que se había hecho el año anterior en presencia de Don Bosco y aconsejándose también en parte con las Hermanas de Santa Ana. Con verdadera emoción ha acompañado a las tres nuevas profesas en el momento de pronunciar las sublimes palabras que las consagraban a Jesús.

A dos de ellas, Sor Rosina Mazzarello y Sor María Grosso, las ha seguido ella desde la infancia y han crecido en el taller; la otra, Sor Corina, es una conquista reciente de la Virgen y en su alma ha podido admirar el trabajo de la gracia.

Otras novedades

Al salir de la iglesia, a la alegría por las nuevas novicias, se unen los ¡oh...! sin fin por la novedad introducida durante la función.

Se había observado que eso de estar todo el día con la cabeza descubierta no parecía muy religioso; que el pañuelo de malla que se usaba para salir de casa y para estar en la iglesia requería mucho tiempo para su confección. Además, el velo color celeste se descoloría y se volvía feo; se pensó entonces adoptar un gorro negro, y las primeras en adoptarlo han sido las novicias.

Inmediatamente después, venía la Vicaria y después de ella todas las demás profesas y novicias. Las Hermanas encargadas de los trabajos más pesados lo usarán, aunque sólo los días de fiesta, junto con el delantal negro. ¡Y hoy es día de fiesta!

Después de la comida, ¡otra novedad!

El hecho de haber adoptado el gorro lleva consigo la necesidad de cortarse el cabello. Las religiosas de Santa Ana les han dado a entender que entre las renunciadas de su estado debe entrar también el desprendimiento de cualquier otra gala femenina, la primera de las cuales es el cabello. Todas están dispuestas a ofrecer a Dios este pequeño sacrificio.

Las coronas, a los pies de María Auxiliadora

Por la noche, después de las oraciones, la Vicaria reúne a las nuevas novicias delante del altar de Jesús, y tal como le fue sugerido por las maestras de vida religiosa, las anima a ofrecer a María Auxiliadora las coronas, para que la celestial Madre adorne sus corazones con las virtudes que agradan al Señor y les prepare una corona eterna en el cielo.

Al día siguiente la casa reanuda su marcha regular. Los dos predicadores firman también el acta de la función ⁷, después dejan Mornese y monseñor Scotton se acerca a Turín para informar a Don Bosco acerca de la función celebrada.

Visita pastoral y celebración de la confirmación

El obispo sigue celebrando la misa en la capilla del colegio y cuando va a la parroquia para alguna celebración, las Hermanas no dejan de participar en ella.

El día 19 de agosto, elegido por él para hacer la visita pastoral y administrar el sacramento de la confirmación, las Hermanas llevan también a las niñas y sucede un hecho que explica el aprecio del obispo por María Mazzarello. Las confirmandas están en perfecto orden, junto a su madrina; para algunas, reunidas en grupo, es madrina única la señora María Maccagno Roggero. El prelado, mientras adminis-

⁷ Anexo n.º 5.

tra la confirmación, se da cuenta del gran parecido de una confirmación con su madrina.

—¿Sois familia?, pregunta.

Al oír que son madre e hija, responde seriamente:

—No se puede.

Mira hacia la parte donde suelen colocarse las Hermanas, descubre a Sor María Mazzarello y la llama para que sea la madrina de la niña. La Vicaria obedece, contenta de participar en un sacramento, pero un poco confusa, ella, que es tan humilde, al verse antepuesta a otras, incluso señoras allí presentes, según ella, más dignas.

Primeros privilegios episcopales

El mismo día 19 de agosto, el obispo firma un decreto de los privilegios concedidos por él a Don Bosco y al Director *pro tempore* del Instituto de las Hijas de María Auxiliadora de Mornese. Con este acto, mientras define claramente las relaciones que deben existir entre el colegio y la parroquia, confirma una vez más su estima por la nueva institución, por su Fundador y por los miembros de la Familia Salesiana ⁸.

Exámenes y reparto de premios en el colegio de Mornese

A primeros de septiembre, el venerado Fundador, con otros sacerdotes llegados de Turín, asiste a los exámenes y al reparto final de premios de las alumnas, mostrándose muy satisfecho.

Pocos días después deja Mornese, con la promesa de volver en el período anual de las vacaciones de verano.

Partida de las Hermanas de Santa Ana

Poco después parten también las Hermanas de Santa Ana.

En Turín se presentan a Don Bosco, e interrogadas acerca de Mornese responden con deferencia, sin hacer la menor alusión a la extrema pobreza de la casa.

⁸ Anexo n.º 6.

«Sor María Mazzarello se basta por sí sola. Créalo, Don Bosco: en su humildad, es una santa.»

No ha pasado aún un mes desde que monseñor Scotton le dijo: «Don Bosco, aquellas hijas tuyas están muy atrasadas. Sor María Mazzarello es de una virtud excepcional y también las demás son muy buenas, pero están demasiado atrasadas. La casa está sin portería... con albañiles que van y vienen... Mejor es que usted no se meta en esto, no es posible que tire adelante».

Y Don Bosco:

—Bien. *Ya veremos lo que querrá hacer la Virgen. Mis casas nacen casi siempre en el desorden para entrar después en el orden...*

Ahora, dos religiosas modelo, que han vivido en la intimidad familiar con sus Hijas de María Auxiliadora, le aseguran que la primera de ellas es una santa, y una santa que resplandece por su humildad. ¿Acaso no es éste el fundamento de toda obra?

Sor María Mazzarello insiste en pedir que manden a la superiora

Sor María Mazzarello va de nuevo a insistir a Don Pestarino que haga lo posible para que Don Bosco les mande a la superiora: «Las Hermanas tienen necesidad de alguien que las dirija, lo necesito también yo».

Pero Don Bosco madura otra idea.

Todos alaban a María Mazzarello. El mismo se da cuenta de su correspondencia a los grandes dones de Dios; por esto cree deber adoptar con ella el sistema que Dios mismo emplea con sus elegidos y que ya en otros casos ha producido óptimos frutos entre sus salesianos, y que consiste en poner a prueba una vez más su humildad.

La primera prueba ha resultado bien. Las hijas han aprovechado en todo sentido la presencia de las buenas Hermanas de Santa Ana y Sor María ha dado una prueba luminosa de humilde deferencia hacia ellas y de sumisión sencilla y prudente a un tiempo.

Advierte, pues, a Don Pestarino que pronto llegará una señora, rica en virtudes y méritos, que podrá contribuir a una formación más completa de las Hermanas.

Sor María piensa en seguida que será la Superiora y, como a tal, se prepara para recibirla cordialmente. Don Pestarino, sin darle demasiadas explicaciones, la deja que crea lo que quiera, pero le ordena

continuar, como le ha dicho Don Bosco, haciendo de Vicaria, lo mismo que él continúa haciendo de Director espiritual.

Se propaga la noticia del internado de Mornese

La *Unità Cattolica*, entretanto, lleva en su número del 1.º de octubre la siguiente información:

«UN BUEN COLEGIO PARA NIÑAS — En Mornese, pueblo muy saludable de la diócesis de Acqui, fue abierto el pasado año, debido a la gran caridad del sacerdote Juan Bosco, un colegio en el que pueden ser acogidas y educadas cristianamente aquellas niñas que, por escasez de recursos, no puedan ser admitidas en otras casas de educación señorial. Los frutos recogidos superan toda expectación y han dado testimonio de ello los profesores que, desde Turín, acudieron a principios de este mes a examinar a las alumnas. Monseñor Sciandra, obispo de Acqui, quiso honrar con su visita este colegio, examinar a las alumnas en lengua francesa y asistir al reparto de premios, que fue amenizado con poesías, cantos e interpretaciones al piano, dando también una prueba del progreso de aquellas niñas en la música. Durante las vacaciones sigue abierto el colegio de Mornese. La pensión mensual es de veinte liras. Para más detalles, dirigirse al Director Don Domingo Pestarino, en Mornese (Acqui).»

—¿A quién se debe todo esto sino a nuestro buen Padre y a sus hijos?

—Es de Turín, sin duda, de donde nos viene la prueba de estas celestes bendiciones, para que nosotras, pobres hijas de este humilde pueblecito...

Así piensan la Vicaria y sus Hermanas. Y no se equivocan, ya que a él le deben el prospecto para su internado, ampliamente difundido entre párrocos y sacerdotes de los contornos del Piamonte, junto con una circular firmada por él mismo.

Turín, ... 1873

Muy Reverendo Señor:

Me tomo la libertad de presentar a Vuestra Señoría el *Prospecto del Internado femenino* establecido hace un año en Mornese.

Usted comprenderá, seguramente, que el fin de este colegio no

es otro que el de formar en la religión y en la moralidad a las niñas cristianas, por lo que confío en su bondad y le ruego que dé a conocer el presente programa y proporcione alguna alumna para esta nueva casa.

Lleno de confianza en su apoyo, le anticipo mi más sentido agradecimiento y pido al Señor para usted las mejores bendiciones del cielo, mientras con gran estima tengo el honor de profesarme de V. S. humilde servidor

JUAN BOSCO, Pbro.

La señora Blengini

Mientras en octubre las educandas van aumentando el número de las que ya pertenecen a la casa, llega de Turín la prometida y esperada señora, acompañada de su camarera. Es la viuda del abogado Blengini, mujer finísima y muy piadosa, deseosa de ser toda del Señor.

Por eso Don Bosco le propuso Mornese, no precisamente para hacer de ella una religiosa, sino para que su experiencia de vida religiosa —habiendo sido educada en un convento de Turín—, e incluso su trato, tan modesto y digno a un tiempo, fuera de ayuda a sus hijas, seguro de que la primera en servirse de ello sería la Vicaria.

Recibida con alegría y considerada casi como ama de la casa, la óptima señora no tarda en sentirse dueña del campo. Están reservadas para ella y para su camarera las habitaciones más amplias y mejor orientadas; durante algunos días se las sirve a las dos a parte «buenos pollos y buena carne» —dice Sor Petronila—. En espera de las órdenes precisas de Turín acerca del superiorato de la señora, Sor María le tiene todas las deferencias, le pide consejo para todo lo referente a la marcha externa de la casa y con el ejemplo y la palabra invita a las Hermanas y postulantes a acudir a ella con confianza.

Nada extraño, pues, si la señora se hace la idea de ser nombrada de este modo maestra espiritual.

Verdaderamente ella es de buen espíritu. Don Cafasso, su confesor, la ha formado fuerte en la virtud y en la piedad, sin pensar en absoluto orientarla a la vida religiosa cuando el Señor la privó de su esposo.

Como persona verdaderamente educada, la señora no se lanza demasiado, habla poco y no importuna con preguntas, pero observa mucho y después de algunos días empieza muy delicadamente a hacer sentir a Sor María que quizá fuera necesario introducir algún cambio, hacer alguna mejora.

¿Más tiempo de oración?

Le parece demasiado sencillo el modo de rezar de la comunidad, aconsejaría alguna práctica más. Y habla con tan amable autoridad que induce a creer que, de Turín, ha venido revestida realmente de poderes. ¿Pero cómo hacer para dedicar más tiempo a la oración? Don Bosco ha hablado, sí, de *oración continua*, pero al explicar su sentido ha hecho comprender que dicha oración *consiste en la recta intención de hacerlo todo por Dios con el fin de agradarle, con el corazón y el pensamiento puestos en Él mediante frecuentes e inflamadas jaculatorias...*, y ha determinado asimismo el tiempo que ha de emplearse en la oración en común. Además, si no se trabaja no se come, aunque, desgraciadamente, toda la buena voluntad de las Hermanas y postulantes, con la más estricta economía de Sor Juana Ferretino y de Sor Teresa Pampuro —que la ayuda en la administración—, no basten para disipar una pobreza rayana en la miseria.

Sor María Mazzarello se aconseja con Don Pestarino y, puesto que éste dice que se siga adelante como en el pasado, la señora debe contentarse con haber dicho buenas palabras y nada más.

¿Y para la comida?

Más tarde se toca el tema de la comida. En el refectorio de la comunidad, la Vicaria le cede en seguida el puesto de preferencia en la mesa y pone a su lado a Sor Emilia Mosca para que la sirva como ella sola sabe hacerlo. La señora pretende que Sor Emilia se sirva como ella, de pollo y verdura más fina, pero no lo consigue. La Hermana ama demasiado la vida común para renunciar a ella tan fácilmente. De este modo, a la señora no se le oculta que, especialmente las más jóvenes, se levantan de la mesa con apetito.

Por la mañana, el desayuno consiste siempre en una polenta de maíz muy clara y alguna vez, a falta de harina, se ha de renunciar también a esto y contentarse con pan escaso, puesto a remojo la noche anterior para aumentarlo de volumen, o con alguna patata hervida. A la comida, una buena polenta con algo de acompañamiento; a la cena, una sopa de legumbres, un poco de fruta del tiempo, y una pequeñísima porción de vino muy bautizado... Pero todo y siempre condimentado con la mayor alegría del mundo.

Mortificación y caridad

La ilimitada mortificación de la Vicaria, que muchas veces consigue privarse incluso de su plato de sopa para dárselo a los pobres que llaman a la puerta; su caridad, que se industria de todas las formas para hacer menos penosas las privaciones y llevar a escondidas un pedazo de pan a quien lo necesita, arrastra también a las demás. De aquí la industria de aquéllas que encuentran el modo de hacer más desagradable la ya escasa comida añadiendo un poco de ceniza—creyendo no ser observadas—, y la virtuosa indiferencia de quien, acostumbrada a otra clase de manjares, se habitúa serenamente a la cocina mornesina: se enciende entre todas una porfía de mortificación que parece deba superar las exigencias de la naturaleza.

La señora, si bien admirada de tanto fervor, se queda perpleja. Cuando una joven postulante o una novicia, animada por la Vicaria, va a aconsejarse con ella acerca de los caminos del espíritu, descubre en sus rostros la huella de una alimentación insuficiente.

Habla, por consiguiente, con la Vicaria, la cual comparte su preocupación, pero no puede poner remedio.

No puede. Y piensa que, cuando la Providencia las deja en tanta necesidad, será quizá porque quiere dar a entender que hay que santificarse con este medio. Por eso no se turba, aunque la señora se muestre inquieta.

La Vicaria, en sintonía con las ideas de Don Bosco acerca de la instrucción

Haciendo suyo el deseo de Don Bosco respecto a la necesidad de la instrucción, la buena Vicaria ha dispuesto que tengan todas, sin excluirse ella, alguna clase, como antes; que haya clase regular para las alumnas internas y externas y que Sor Emilia Mosca y Sor Enriqueta se preparen para los exámenes de magisterio elemental. Las ayudarán a prepararse Sor Jandet y una maestra, la señorita Rosa Sala, mandada expresamente de Turín, que vivirá en el colegio y será retribuida con los honorarios convenientes. Sor María vigila para que todo proceda con orden y que los estudios no perjudiquen la buena marcha material, disciplinar y moral de la casa.

Una sorpresa

«Una mañana, sin previo aviso —cuenta Sor Petronila—, la señora Blengini se presenta en el taller vestida como nosotras, las Hermanas, pero con una variante: la gorra blanca en vez de negra. ¡Qué sorpresa y cuántas ganas de reír nos entraron a todas! Pero Sor María se contuvo y... sonrió tan respetuosamente que impuso silencio en todas nosotras.

La señora no se dio por ofendida, pero después de algunos días volvió a vestirse de seglar.

Con aquel intento, quizá, quería ver qué acogida se le dispensaría el día que mostrara su deseo de ser religiosa.

La señora Blengini y Don Bosco

No obstante, convencida de poder y deber ayudar al nuevo Instituto con alguna reforma, siente la necesidad de explayarse con Don Bosco: primero con una carta, que no obtuvo respuesta; después personalmente, yendo ella misma a Turín a pasar las fiestas navideñas y el invierno, siempre riguroso en todo el Piamonte pero más riguroso aún en Mornese donde las Hermanas no conocen otra calefacción fuera del amor de Dios.

Se presenta a Don Bosco y le hace sus propuestas. El la escucha con bondad hasta el final. Y acaba diciéndole que sus hijas deben ser sencillas en todo, también en la piedad, para no cansar a la juventud con devociones más propias de enclaustrados que de religiosas de vida activa, y que deben presentarse tan sencillas y desenvueltas que no infundan excesivo respeto a las niñas que han de educar en las virtudes cristianas.

No aprueba, pues, las ideas de la buena señora. Y ésta se va, no muy dispuesta a cambiar de parecer.

La primera misa del gallo en el colegio

La víspera de Navidad —en una carta escrita por Don Rúa, firmada por Don Bosco y acompañada de la aprobación de monseñor Sciandra— Don Pestarino recibe el permiso de celebrar las tres misas de Nochebuena⁹. ¡Imposible explicar la alegría de la comunidad!

⁹ Anexo n.º 7.

Casi todas, desde niñas, han asistido a la alegre celebración anual, en la propia parroquia; y ya pensaban, con pena, que se verían privadas de ello este año, como el pasado.

Las niñas no saben cómo manifestar su alegría por la novedad, y en la casa el *¡Deo gratias!* más festivo brota de todos los corazones.

Pero Sor María no se detiene en el privilegio obtenido; después del comentario del buen Director Don Pestarino, hace que las Hermanas sepan apreciar la paternidad del Fundador el cual, obtenida para sí y para sus casas la preciosa facultad de las tres misas de Nochebuena, piensa en seguida en hacer gozar también de ellas a sus hijas. Por eso el *Deo gratias* de las Hermanas asume el doble carácter de gratitud filial a Dios y a Don Bosco.

La primera tumba

El 29 de enero, cuando en casa se pensaba celebrar por primera vez la fiesta de San Francisco de Sales, los corazones deben suplicar, en cambio, al Santo de la dulce fortaleza, que les ayude a soportar con mérito la primera baja en sus filas: ese mismo día muere la querida Sor María Poggio, la humilde cocinera que, aun faltando tan a menudo lo necesario, no se había turbado nunca y había acogido a todas edificándolas con su paciente sonrisa. Hablaba poco, pero qué generosa y ejemplar era.

La misa de sufragio *praesente cadavere* tiene lugar en la capilla del colegio, gracias al decreto de monseñor Sciandra del pasado mes de agosto, relativo a los privilegios otorgados por él al Instituto.

Su caridad había sabido proveer a tiempo para confortar este primer luto de las Hijas de María Auxiliadora.

Duda angustiosa

Esta muerte pone a la Vicaria en una angustiosa duda. Ha cuidado a la queridísima difunta con la ternura de una madre, pero... esta prematura muerte, ¿no da la razón a las observaciones de la señora Blengini acerca de la escasez de alimentos...? Lloro en lo íntimo de su alma con un desgarró que se aproxima al remordimiento y habla de ello con Don Pestarino, tan afligido como ella e igualmente preocupado por las actuales estrecheces de la casa.

Provee a continuación añadiendo un poco de leche por la mañana para las Hermanas menos fuertes de salud, o menos habituadas a aquel clima y a aquella vida. A pesar de todo, el temor no desaparece, y propone nuevamente al Director si no convendrá servir a todas un

poco de café con leche al desayuno, para impedir que otras se debiliten sin remedio.

Detalles seguros sobre el tema, con oportunas añadiduras, son suministrados por la relación de Don Pestarino, preparada probablemente en la primera semana de febrero. En efecto, el número de profesas, novicias y postulantes que consta en la relación, corresponde exactamente al que resulta esa misma semana con la entrada de la joven Paulina Guala —3 de febrero— en sustitución de la llorada Sor María Poggio.

Relación de Don Pestarino

«En la casa de las Hijas de María Auxiliadora de Mornese hay trece profesas (eran catorce: una pasó, como esperamos fundadamente, a la vida bienaventurada del Paraíso), ocho novicias, ocho postulantes y diecisiete educandas. No encontramos en todo más que motivos para bendecir y dar gracias al Señor.

Es para mí un verdadero consuelo descubrir en las Hermanas, profesas y novicias, según su capacidad, el verdadero espíritu del Señor y el empeño por formarse en el espíritu de las Reglas y según los santos recuerdos enviados por el gran Pío IX por medio del Superior Mayor Don Bosco: la uniformidad en el vestido, en la comida, en el descanso, en los trabajos, en los permisos y en no buscar excepciones.

Pero hace unas pocas semanas, Sor María me pidió consejo sobre si estimaba conveniente que se diera un poco de café con leche, temiendo que algunas postulantes que están acostumbradas a ello sintieran la falta de un poco de leche caliente. Yo accedí y ella, en la conferencia, me hizo esta proposición delante de todas. Yo les hice saber que me parecía muy bien, más aún, que lo había pensado varias veces y lo veía bien.

Comenzaron las maestras y después todas las demás, a pedirme que aguardara un poco, que ellas se encontraban bien de salud y con buen apetito; que al desayuno no sobraba ni una miga de pan y que, más bien estableciera la polenta y las castañas cocidas, desayuno que a todas les apetece y les sentaba muy bien.

Yo no añadí muchas palabras. Dije a la Vicaria que, de momento, lo dejara todo como estaba y que se estudiaría mejor si convenía o no.

Lo que se nota con más satisfacción es la verdadera unión de espíritu y de caridad, la armonía jubilosa y la santa alegría que reina entre todas durante el recreo, donde se divierten siempre fraternal-

mente unidas; todas gozan de estar unidas incluso en el juego y en el descanso.

En la piedad son edificantes también para mí, lo mismo en el recogimiento que en el fervor al acercarse a los sacramentos, en el rezo del Oficio divino y en otras oraciones y funciones. Fue algo conmovedor el acompañamiento de su hermana difunta al cementerio.

Muchos del pueblo lloraban; hasta los muchachos decían que era realmente extraordinario ver su compostura y su modestia libre de afectación, hasta el punto de que las jóvenes del pueblo decían entusiasmadas: "¡Queremos ir todas al colegio!".

Se observa en todas ellas un verdadero desprendimiento del mundo, de los parientes y de ellas mismas, en cuanto es compatible con la humana fragilidad; tan atentas y asiduas a los trabajos que nunca he observado la más mínima muestra de desagrado, y espontáneamente velan por los intereses de la casa.

Hay que decir que reina el buen ejemplo entre las maestras, aunque hay una externa para la instrucción de las niñas y para preparar a las Hermanas a los exámenes: también ella es ejemplar en la piedad, humilde y respetuosa con todas. Parece, incluso, animada a quedarse con las Hijas de María Auxiliadora, cuando en otros conventos donde ha estado, de haber sentido deseos de hacerse monja se le hubieran quitado; aquí, en cambio, después de venir sin ninguna intención y para poco tiempo, siente cada vez más fuerte la idea de quedarse aquí para siempre.

De salud están todas bien, aunque haya ocurrido esta desgracia. Tampoco en lo referente a las educandas hay nada que lamentar: a todas se las ve entregadas a la virtud y respetuosas; algunas ya destacan por su piedad e incluso por el deseo de hacerse Hijas de María Auxiliadora.

Debo repetir que estoy satisfecho y contento y que es para mí un gran consuelo verlas con un espíritu tan alegre y siempre deseosas de que les dé la conferencia y les diga alguna cosa. Hasta las mismas pequeñas, si se dan cuenta de que hay *buenas noches*, no quicren irse a dormir, por el deseo de que el Director les diga alguna buena palabra.

Se ven palpables los frutos de la bendición del Señor, de la Virgen y del Superior. Una sola cosa desean: la visita del Superior.

Lo que no marcha tan bien es la economía. Son pocas las educandas y, por consiguiente, tenemos *déficit*; por esto viven tan pobremente, aunque el alimento es sano.

Parece que tengan más bien deudas que créditos. Esperamos que

el Señor resolverá también esta parte por medio de Don Bosco y de Don Rúa... y de los colegios con los cuales, poco o mucho, estamos en relación por las deudas contraídas.»

Episodio significativo

Don Pestarino declara que todas reciben de buen grado las castañas del desayuno. Sor Enriqueta cuenta: «Al salir de la capilla, después de la misa, es una verdadera tentación el buen olor de la polenta, del pan recién hecho, o de las castañas cocidas. Hay que pasar lo más lejos posible de la cocina para no ceder a una tentación de glotonería; y cuando se va al comedor, sobre todo si hay castañas, se siente casi la necesidad de abstenerse para mortificar la gula. Y si conseguimos obrar por nuestra cuenta, alguna vez salimos de allí como hemos entrado, es decir, en ayunas. Pero a la Vicaría no le pasa inadvertido. ¡Tiene unos ojos...! Una mañana, apenas salgo del comedor, me para y me dice:

—Enriqueta, ¿cómo estaban las castañas? ¿Estaban buenas?

—¡Muy buenas y muy hermosas!

—¿Las has comido?

—¡Oh...! ¡qué buen premio para nuestras pilluelas!

—Pero tú ¿las has comido?

—No señora.

—Pues bien, como la más pilluela eres tú, vuelves ahora al comedor y... ¡que te aprovechen!

No me lo hice repetir dos veces, pero dije para mí: ¡Nos recomienda que seamos mortificadas y luego no quiere que suframos!

Precisamente era así: Sor María es fuerte y quiere hacer fuertes a sus Hermanas con el ejemplo de la mortificación; pero luego es tan tierna que sufre cuando no puede dar a cada una cuanto le es necesario o conveniente.

Los «recuerdos» del Santo Padre

Pasan enero y febrero. Don Bosco está todavía en Roma por cuestiones importantísimas —según se dice— para bien de la Iglesia y de la Pía Sociedad Salesiana; parece, incluso, que tardará aún en dejarse ver por el Oratorio.

—Pidamos mucho por él —sugieren Don Pestarino y la Vicaria a la comunidad. Pidamos también mucho por el Santo Padre, para que pueda tener algún consuelo en medio de tantas tribulaciones como ha de sufrir en estos tiempos tristes y difíciles. ¡Quién sabe si Don Bosco le hablará de sus humildes hijas de Mornese!

¿Si le hablará? Ya le ha hablado.

Desde Roma —como se sabe— mandó los preciosísimos *recuerdos* del Santo Padre, expresamente para las queridas Hijas de María Auxiliadora:

Uniformidad en la comida - uniformidad en el vestido - uniformidad en los permisos - huir de las excepciones - práctica de las Reglas.

Sor María, en medio de la alegría de las Hermanas, dispone que las palabras del Pontífice se expongan en murales en los sitios más frecuentados: en el taller, en las escaleras, en el comedor, en los dormitorios y corredores de paso, a fin de que sirvan de recuerdo y de continuo incentivo a la perfección religiosa.

Pero la reiterada palabra *uniformidad... uniformidad...* ¡cuánta incertidumbre pone en la Vicaria!

Por consiguiente, descartado el vestido de faenas; por consiguiente..., las pequeñas concesiones a las más jóvenes, a las más vivarachas...

¡Basta, Sor María! Tú, de momento, haz lo que el Director te dice que hay que hacer; después, cuando veas a Don Bosco, o cuando llegue la Superiora de la casa... La dichosa Superiora... ¿vendrá pronto o no?

Próxima visita de Don Cagliero

—El que vendrá pronto —anuncia Don Pestarino— será Don Cagliero. Nos lo manda Don Bosco como confesor extraordinario, habiendo pasado ya las *Cuatro Épocas*, y para un triduo predicado a las educandas en preparación a las fiestas pascuales, como se acostumbra en las casas salesianas. Por él podremos saber otras cosas: por ejemplo, si la señora Blengini volverá o no volverá entre nosotros.

Don Bosco, desde Roma, había escrito a Don Rúa: «Si la señora Blengini no ha ido aún a Mornese, dile que esté tranquila, que poco a poco las cosas se arreglarán. Ya le he escrito sobre el particular; le espera una carta allá ¹».

¹ MB X 659.

La segunda semana de marzo llega Don Cagliero, siendo recibido con gran fiesta.

«Profesas y novicias —cuenta Sor Enriqueta— nos reunimos a parte, "para un acto especial de presentación", como dice la Vicaria.

Estamos todas en perfecto silencio cuando entran Don Pestarino, Don Cagliero y Sor María.

El primero está emocionado; el segundo no hace más que frotarse las manos como para alejar la timidez, y la tercera parece que no sepa qué hacer, si sonreír o estar seria. El que rompe el silencio es Don Pestarino, quien en nombre de Don Bosco presenta a Don Cagliero como su *lugarteniente*, para solucionar mejor y cuanto antes las necesidades del Instituto. Añade que de este modo cada una de nosotras podrá exponer libremente a Don Cagliero todo lo que le diría a Don Bosco. Y termina con un ahogado sollozo:

—Ahora ya puedo morir sin causar daño a ninguno.

Y se va para dejarnos a solas con Don Cagliero.

Este, para disipar la idea y el sentimiento de la última frase y de la retirada de Don Pestarino, vuelve la mirada conmovida a nuestros grupos —novicias y profesas— y dice graciosamente: "¡Ya! Son todas *masnà* (= pequeñas, niñas). Pero para dar consejos servirán también las novicias".

La Vicaria sonríe y sonreímos también nosotras, conteniendo las lágrimas; y Don Cagliero, fijando su mirada en mí y después en Sor Emilia —a quien no había reconocido en el primer momento—, nos dice unas palabras hablándonos de Turín, de Don Bosco y de lo que estima provechoso para la comunidad.

Primeros Ejercicios Espirituales de las alumnas

Es la primera vez que las educandas hacen Ejercicios Espirituales, pero en seguida se dan cuenta de la importancia de los mismos y no pierden el tiempo.

La llegada de Don Cagliero señala una nueva conquista: la joven Rosalía Pestarino, la conocida sobrina del Director, hace algún tiempo que está en Mornese, dudosa aún del camino que ha de elegir. Las pláticas de Don Cagliero le confirman las palabras dichas por Don Bosco en mayo de 1870: «Hazte religiosa»; se siente afectada y va a aconsejarse con él; después entra como postulante (15 de marzo), con gran alegría de su tío, que encuentra en ello un poco de alivio a tantos dolores.

A su hermano Don José, que le pregunta extrañado: «Pero ¿cómo quieres hacerte de esas, si ni siquiera son monjas?», ella le responde sencillamente: «Son tan fervorosas...».

Pero desde el primer día asegura que no se confesará *nunca* con su tío; por lo demás, se adapta relativamente bien a la vida religiosa, aunque de vez en cuando se ría alegremente de lo que todavía no es capaz de entender.

«En el confesor está Dios»

Durante algunas semanas, la Vicaria pide al buen párroco que venga al colegio y Rosalía puede confesarse, pero después...

—¿Crees tú que se puede ir adelante con esta singularidad? Hazte fuerte y vive de fe; piensa que en el confesor está Dios, y preséntate al Director, como hacemos todas. Si tienes otras dificultades, ya veremos de solucionarlas.

Viene el día de la confesión; pasan las Hermanas, las novicias, las postulantes, las educandas. Rosalía no se mueve. La Vicaria se ha dado cuenta: se acerca a la postulante y le dice: «Animo, preséntate; si no quieres confesarte, paciencia; irás luego a otro, pero entretanto conseguirás esta victoria; el Señor lo tendrá en cuenta».

Rosalía se acerca, pero cuando está para hablar, se escapa corriendo. Don Pestarino, al ver que no queda nadie más para confesarse, se levanta y se va a la sacristía.

La Vicaria se acerca a la postulante confusa: «Has conseguido media victoria, pero no basta. Ahora llamo yo a Don Pestarino y vuelves». Rosalía inclina la cabeza. Abrirse la ventanilla, hacer la señal de la cruz y olvidar completamente quién está a la otra parte es todo uno.

Hecha la confesión con singular facilidad y cumplida entre lágrimas la penitencia, le dice a Sor María Mazzarello: «¡Es verdad que en el confesor está Dios! ¡Soy feliz!».

Disposiciones paternas

La buena novicia Enriqueta Sorbone, que por consejo de Don Bosco y de Don Pestarino había sido encaminada al estudio en compañía de Sor Emilia Mosca, no resiste esa vida de aplicación continua; aunque tenga disposiciones para ello, especialmente en la parte de ciencias, en lo que supera a Sor Emilia, pide insistentemente y obtiene

volver entre sus niñas y a su taller, donde con menos trabajo puede hacerse útil. La maternal Vicaria no ha olvidado la angustia de este joven corazón por sus dos hermanitas pequeñas que se han quedado en casa sin ella; habla sobre este particular con Don Cagliero e invita después a la novicia a presentarse a él. Este la interroga paternalmente y, conocida su pena, le dice:

—¿Te gustaría tener aquí contigo a tus hermanitas?

—Sí, padre.

—Si te las traigo, ¿me prometes que te harás santa?

—Sí, padre.

—Pero... ¿de verdad que te harás santa?

—Sí, padre, de verdad.

Don Cagliero le promete que le traerá a las dos pequeñas.

En lugar de Sor Enriqueta pone a estudiar a la joven postulante Rosalía; comprobado que la maestra seglar, la señorita Cándida, que sucedió a la señorita Sala, no está en condiciones de preparar a las dos alumnas para conseguir el título de maestra elemental, promete que mandará de Turín los programas y los textos correspondientes. Y viendo que Sor Corina está fuerte en piano y Sor Grosso y Sor Arecco con voz capaz de sostener el canto en la capilla, se pone de acuerdo con Don Pestarino y con la Vicaria para que se impartan lecciones de música no sólo a las educandas, sino también a las Hermanas que ofrezcan garantía de buen resultado.

Para todo lo demás se reserva hablar con Don Bosco; sólo en relación a la original vestición de la señora Blengini, con el detalle de la gorra blanca, Don Cagliero da a entender su propia opinión: «¡Verdaderamente con algo blanco no estaríais tan negras!».

En una de sus instrucciones a la comunidad y en respuesta a la pregunta de Sor Petronila, Don Cagliero aclara el tercer recuerdo del Santo Padre: *uniformidad en los permisos*.

«Esto —dice— se refiere a los superiores, los cuales no deben permitir a uno lo que no consentirían a otro. Por ejemplo, una de vosotros querría ir a visitar a la familia: si en las mismas circunstancias la Superiora lo concediera también a otra, dirá sí, de lo contrario, no.»

Después de escuchar a todas las que han querido hablar con él y conocer las particularidades y necesidades de la casa, Don Cagliero da por terminada su misión. Pero, en el momento de la despedida, la Vicaria se arrodilla a sus pies y le pide delante de todas que ruegue a Don Bosco que mande pronto a la Superiora: ya se ha podido dar cuenta de lo poco que vale y de cómo por su gran ignorancia no pue-

de estar al frente de un Instituto que está formándose para la enseñanza.

—¿Conocéis los misterios de nuestra santa religión?

—Sí, por la gracia de Dios me los enseñaron de niña. ¿Quién no los sabe?

—Entonces ya sabéis bastante. A Don Bosco, por de pronto, le basta con esto y con que seáis obediente.

Sor María se da cuenta de que su petición no encuentra apoyo en Don Cagliero y se queda mortificada. Las Hermanas, en cambio, reavivan la esperanza de tenerla por Superiora definitiva, especialmente por haberle oído decir a él en estos días: «¡Sí, sí, llamadla Madre Vicaria...! Y si se os escapa, incluso sólo ¡*Madre!*!».

Don Bosco para la aprobación de las Constituciones

Nada más partir Don Cagliero, llega de Roma una carta de Don Bosco. Hela aquí:

Amadísimas Hijas en Jesucristo y María Auxiliadora:

El día 24 de este mes será una fecha memorable para nuestra Pía Sociedad.

Nuestra Congregación ha sido aprobada definitivamente con decreto del 1 de marzo de 1869; ahora se trata de la aprobación definitiva de las Constituciones.

A este fin ha sido elegida por el Santo Padre una congregación de cardenales para que expresen su parecer sobre este tema, que es de los más importantes para nuestro presente y para nuestro futuro.

Las oraciones frecuentemente recomendadas hasta ahora iban dirigidas a este fin. Debemos, por consiguiente, redoblar nuestras súplicas ante el trono divino, a fin de que Dios misericordioso disponga que todas las cosas se ordenen a su mayor gloria y provecho espiritual nuestro.

Unámonos, por tanto, en el espíritu de viva fe, y todos los Salesianos, con las Hijas de María Auxiliadora y las alumnas confiadas a ellas por la divina Providencia, formen un solo corazón y un alma sola para implorar las luces del Espíritu Santo sobre los eminentísimos purpurados, mediante un triduo de oraciones y de ejercicios de piedad cristiana. A fin de que haya uniformidad en nuestras súplicas a la divina misericordia, se establece lo siguiente:

1.º Comenzando desde el 21 de este mes, durante tres días, todas las Hijas de María Auxiliadora harán ayuno riguroso.

La que por motivos razonables no pudiera ayunar, que rece el *Miserere* y tres *Salve regina* a la Virgen Auxiliadora con la jaculatoria *Maria Auxilium Christianorum, ora pro nobis*.

Cada una añadirá las oraciones y mortificaciones que crea compatibles con sus fuerzas y con los deberes de su estado.

2.º Invítese a las alumnas a frecuentar lo más posible los sacramentos de la confesión y comunión.

Por la mañana comiencese con el canto del *Veni Creator Spiritus, Emitte Spiritum tuum*, etc. y con el *oremus: Deus qui corda fidelium...*

Las oraciones, el rosario, la misa y la meditación, diríjase a este fin.

3.º Durante el día, las Hijas de María Auxiliadora pasen todo el tiempo que les sea posible delante del Santísimo Sacramento.

La lectura espiritual y todas las oraciones ordinarias háganse en la iglesia.

4.º Por la noche, a la hora más cómoda, se reunirán en la iglesia y con la máxima devoción, después de rezar el *Veni Creator* como por la mañana, se hará la acostumbrada práctica de reparación por los ultrajes que recibe Jesús en el Santísimo Sacramento; después del himno *Ave Maris Stella*, se dará la bendición con el Santísimo.

Nuestras humildes súplicas a la bondad del Señor comenzarán el 21 y continuarán hasta el 24 por la mañana.

La gracia de nuestro Señor Jesucristo esté siempre con nosotros.
Amén.

Afmo. en J. C.
JUAN BOSCO, Pbro.

Roma, 16 de marzo de 1874

N. B. El señor Director Don Pestarino leerá y explicará la presente a nuestras Hermanas y dará comunicación también a las alumnas, del modo y con las palabras que se estime más oportunas.

Noble porfía

La carta llega con el tiempo justo para que cada una pueda hacer todo lo que viene ordenado por el Fundador, y nunca obediencia alguna encontró unos corazones tan deseosos de cumplirla:

«¿Qué son para nosotras tres días de ayuno? ¡Y qué consuelo poder hacerlos para obtener a Don Bosco especiales bendiciones!» Además, las visitas a la iglesia... Era ya una saludable costumbre de todas ir con frecuencia a recordarle a Jesús los nombres de Don Bosco y de los bienhechores, de rezar por los pecadores y por todos los necesitados. No se concedían más de dos minutos a estas habituales visitas espontáneas, para no sustraerse a las obligaciones del trabajo y a los recreos comunitarios.

Pero si el tiempo es limitado, no lo es la medida y la intensidad del fervor. Sor María Mazzarello es un vivo ejemplo; durante el día se detiene poquísimo, pero está en adoración delante de Jesús Sacramentado sin pestañear, sin mover siquiera los labios. Y fuera de la iglesia revela todo el gozo espiritual exclamando a veces ingenuamente: «¡Se está tan bien unos momentos a solas con Jesús!».

Durante estos días los ratos de oración se prolongan: y se entabla una noble porfía, también entre las niñas, para ver quién insiste más sobre el Corazón de Jesús. Se espera con espíritu festivo el 24 de marzo. Y seguras de ser escuchadas se festeja afectuosamente.

¡Pobre Corina!

Pero, precisamente la noche de este día afortunado, llega el padre de Sor Corina, impetuoso como siempre y en el colmo de su ira. Había escrito que quería a su hija en casa y como ésta le respondiera pidiéndole permiso para continuar donde era tan feliz, se presenta sin dilación con la ropa necesaria para que se vista y parta inmediatamente.

La pobre hija está como aturdida; llora, suplica, pero el padre enfurecido no atiende a razones, prorrumpe en palabras brutales, amenaza con provocar un gran escándalo y sólo después de la insistencia de Don Pestarino se resigna a esperar dos días.

El buen Director, para aplacarlo, mediante un acto de caridad suyo característico, lo hospeda, lo invita a comer junto con otros buenos señores de Mornese y entre todos lo colman de atenciones y le hacen razonamientos para inducirlo a más suaves determinaciones.

Pero él no atiende a razones: dice que en su casa no ha habido nunca religiosos y que antes de que su hija sea religiosa prefiere verla muerta.

Don Pestarino cree conveniente dejar que Sor Corina se someta a su padre y cuando ésta va a exponerle las dificultades que encontrará en su casa para la observancia de los votos, él, para tranquilizarla, le dice que si quiere puede ser dispensada. Pero no, Sor Corina ama demasiado los votos que la ligan a Jesús para consentir en romperlos.

Y con la Virgen de la Anunciación, abandonada en la Providencia de Dios, repite: *Ecce ancilla Domini! Fiat mihi secundum verbum tuum!* ¡Adelante, hasta la muerte si es preciso! Verdaderamente parece que camine hacia la tumba y toda la casa está bajo un peso angustioso.

Sor Felicina, Maestra de novicias, y Sor Juana Ferrettino tratan de dar un poco de ánimo a aquel pobre corazón; la Vicaria le repite todo lo que en aquellos momentos de prueba puede sugerirle su experiencia de la vida y su amor hacia aquella pobre víctima que no entiende ya nada, encerrada en su dolor.

Cuando llega el momento de deponer el hábito religioso, Sor Corina no mueve un dedo. Se deja quitar y poner; se deja arreglar la cabeza con la trenza de una novicia que con delicada atención se ha cortado para ella, a fin de que su padre no la regañe por haberse cortado el cabello; se deja poner a la cabeza un pañuelo de seda... Todo como quieran los demás; ella parece estar ausente.

Llegada la hora de la partida, sigue a su padre, acompañada por las lágrimas de todas las Hermanas y, durante un trecho del camino, también por sus compañeras de noviciado.

Ha pasado dos noches llorando y en oración; ahora ya no le quedan fuerzas para caminar. No obstante, apenas salen del pueblo, su padre y su hermanita Ida montan sobre el jumento alquilado por Don Pestarino para Corina, que está con fiebre, y la pobrecilla debe seguirles a pie.

Este día 26 de marzo —jueves de la semana de Pasión— es más doloroso para el colegio que aquel otro en que la muerte les arrebató a la querida Sor María Poggio; ésta iba en brazos de la divina misericordia; la buena Sor Corina va donde un falso orgullo paterno quiere a toda costa disputársela a Dios.

Via crucis entre lágrimas

Todos los viernes de cuaresma la comunidad ha hecho el *via crucis* en vez de la lectura espiritual. Hoy, último viernes antes de la semana santa, para mayor solemnidad, lo dirige Don Pestarino, revestido de roquete y estola. Comienza con aparente calma, pero en seguida empieza a conmoverse. Le tiembla la voz y a la cuarta estación el primer sollozo le ahoga las palabras y debe hacerse una gran violencia para evitar las lágrimas; al final, no se puede contener, porque la imagen viva de la Madre divina camino del Calvario lo enternece de tal modo que tiene que suplirlo una novicia, Sor Enriqueta Sorbone, emocionada también ella como todas las presentes.

También el jueves santo de este año se alterna la comunidad para la adoración a Jesús Sacramentado durante todo el día y toda la noche. La Vicaria es la más constante, la más fervorosa en hacer compañía también durante la noche del viernes al divino Salvador y a la Virgen Dolorosa. Reviven en su fervor los primeros impulsos de niña y de jovencita.

El pensamiento de Corina

La Pascua tiene un tinte doloroso: el lugar vacío de Sor Corina disminuye la alegría de la mesa, hoy menos pobre que de ordinario. Cada corazón vuela a la pobre compañera, que escribe secretamente noticias desoladoras.

Mártir de la tiranía paterna, está firme, no obstante, como una roca; y no falla un ápice al programa de retiro que se le ha trazado en Mornese, dispuesta a morir antes que faltar a sus votos religiosos.

La Vicaria le contesta, a través de una tía de Corina —para evitar a ésta las furias de su padre— y entre otras cosas le dice para darle ánimos: «Aquí rezamos mucho todas a Jesús Sacramentado, delante del cual siempre hay alguna pidiendo por ti». Le comunica también que, habiendo sabido por una postulante que Santa Filomena concede victorias rápidas incluso de almas endurecidas, las Hermanas han hecho una novena a esta santa, y hasta alguna ha ayunado para obtener la conversión de un padre tan obstinado y duro.

Noticias de familia

El día de Pascua —5 de abril— entra definitivamente como postulante la joven Teresa Laurentoni, de Massignano (Ascoli Piceno), que desde hace tiempo está viviendo en Mornese, con las educandas primero y después con la comunidad, para un primer período de prueba. Hija de un coronel pontificio tiene un espíritu ingenuo, que la hace abierta, franca, agradable y de una vivacidad tan exhuberante que le dará no poco quehacer.

El día 6 Don Pestarino va a Valdocco y al día siguiente llega de Cumiana (Turín) la postulante Rosina Daghero, acompañada por el coadjutor salesiano Scavini, que trabaja de carpintero en el colegio. Una carta de Don Pestarino, enviada con él, anuncia que el Director volverá dentro de dos días.

El 16 por la mañana Don Pestarino sale de Mornese con dirección a Alessandria, donde espera encontrarse con Don Bosco, de regreso de Roma y contento por haber obtenido cuanto deseaba: la aprobación definitiva de las Constituciones de la Pía Sociedad Salesiana. Pero a causa de un retraso no se efectúa este encuentro y el Director escribe a su sobrino Don José, que se ha quedado en el colegio haciendo sus veces.

Aprobación de las Constituciones Salesianas y consecuencias para el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora

Turín, 17 de abril de 1874

Queridísimo sobrino:

Don Bosco llegó a Alessandria a las seis de la mañana y se presentó en Turín de improviso. A las ocho estaba yo esperándolo en Alessandria, donde encontré al Director de Sampierdarena, a las señoras Pastore y Farina, de Valenza, y Guala, de Acqui; estuvimos juntos hasta la una y media en que partí para Turín, donde lo encontré (a Don Bosco) en la habitación con todos los Directores, despedidos los cuales hablamos largo rato los dos a solas.

Dijo que el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora ha sido incorporado a la Congregación aprobada de San Francisco de Sales: tuvo muchísimos obstáculos, contradicciones y guerras terribles que no se pueden escribir ahora y no se creerían si no se vieran escritas. El

Señor apoyó su obra: basta decir que ya está concluida. Antes de partir (Don Bosco), fue a despedirse del Santo Padre y a darle las gracias. Al ver a Don Bosco, Pío IX se puso a aplaudir exclamando: ¡Viva Don Bosco!

Después le preguntó:

—Don Bosco, ¿está contento?

—Contentísimo, respondió Don Bosco.

—También yo estoy contento. ¡Viva Don Bosco!, repitió el Papa.

El resto lo contaré en casa. He recibido las cartas de *Cilin*²; de Corina³, todavía nada; mañana le escribiré. Don Bosco y todos los demás me hablaron de ella y tienen esperanzas. La señora Blengini aún no se ha dejado ver: ya veremos. Escribiré pronto. El domingo día 19, fiesta en honor de Don Bosco.

Saludos para todos y para todas

Tu afmo. tío

DON DOMINGO PESTARINO

P. S. Acuérdate de mandar a Lerma: si hay algo, escribid.

Por consiguiente, en la Congregación Salesiana y como cosa salesiana, está comprendida también la segunda Familia de Don Bosco, o sea, el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora⁴.

Es imposible explicar la alegría que esta carta produce en el colegio.

El regreso de Don Pestarino está lleno de alegría, sea por la narración que hace del portentoso arco luminoso sobre el Oratorio, visto dos veces por todos —incluso por él— el día de la llegada de Don Bosco⁵, sea por la noticia de que Don Bosco vendrá pronto a Mornese, puesto que lo ha prometido formalmente: «Iré y formaremos un verdadero Capítulo».

A estas palabras, mientras cada una da libre curso a la alegría, Rosalía Pestarino se vuelve a Sor Petronila y le dice: «Entonces saldrá elegida Superiora la Vicaria; y usted ocupará su puesto».

Pero la expresión cae casi en el vacío, porque las Hermanas, cu-

² *Cilin* era un sobrino suyo, hermano de Don José.

³ Sor Corina Arrigotti.

⁴ Anexo n.º 8.

⁵ JUAN BAUTISTA LEMOYNE, *Vita del ven. servo di Dio Giovanni Bosco* (Torino, SEI 1930) II, 143.

riosas por saber cómo se desarrolló en Turín la historia Blengini, asaltan con preguntas, también privadas, la condescendiente bondad del Director.

La señora Blengini no volverá a Mornese

A pesar del poco o ningún deseo de tenerla como superiora, la comunidad no ha dejado de reconocer los méritos personales de la buena señora, y especialmente su deseo de ayudar al naciente Instituto. Además, es fácil suponer que volvería con gusto a Mornese, donde tiene con las educandas a una sobrinita, un verdadero ángel de inocencia y de piedad. Por esto se desea saber algo más de ella; deseo nacido, sobre todo y a pesar de todo, de la estima, del agradecimiento y de un reverente afecto.

Se viene luego a saber que a la señora se le hacía ya larga la espera en Turín; y cuando Don Cagliero, después de haber informado a Don Bosco sobre Mornese y después de los nuevos acuerdos con Don Pestarino se presentó a ella para agradecerle, en nombre de Don Bosco, todo cuanto había hecho por las Hijas de María Auxiliadora, añadiendo que por el momento no hacía falta que se molestara, ella se mostró pensativa y casi afligida ⁶.

«La estancia de la señora Blengini entre nosotras —dice Sor Petronila— no ha estado exenta de buenos frutos, porque nos ha hecho ver más claramente aún las ventajas de la educación en el trato y en las palabras; nos ha hecho apreciar mejor el espíritu de Don Bosco, ligándonos más fuertemente a él y a nuestro Instituto. Y hasta puede que nos regale... algo blanco —por lo que nos dijo entre broma y serio—, para parecer menos negras.»

Don Pestarino advierte privadamente a la Vicaría que Don Bosco no desaprobaba algo blanco en el hábito religioso de las Hijas de María Auxiliadora con el fin de que no parecieran tan negras, como dice Don Cagliero. Además, después de las últimas noticias de Mornese, no le parecería mal que se introdujera de verdad —y con cierta largueza— un poco de café con leche para el desayuno; si no para todas, de momento, al menos para las de constitución más débil y delicada.

En cuanto a la superiora, cree que la Vicaría puede y debe actuar, ordenando y disponiendo respecto a las Hermanas y a la casa como mejor le parezca en el Señor, dejando incluso que la llamen Madre

⁶ Anexo n.º 9.

las que lo hacen ya espontáneamente. Luego, cuando venga Don Bosco, se tomarán las decisiones convenientes.

La carta de la humildad

La Vicaria, dejando a Don Pestarino y siguiendo la inspiración del momento, aleja al instante la voz del amor propio para dar paso libre a la humildad, y manda su primer ensayo de correspondencia epistolar a Don Cagliero. Dice así:

«Esta carta mía, sin muchas palabras, le dirá que no soy capaz ni apta para el oficio de superiora, como desea nuestro veneradísimo Padre Don Bosco. Juzgue usted por este escrito, que hasta vergüenza me da enviárselo.

Mi instrucción, mi letra, que parecen garabatos de gallina, las faltas gramaticales y de ortografía, son peores que las de una ignorante campesina; y ni siquiera sé coordinar los pensamientos como es debido para enviarlos a los Superiores. Dígale a Don Bosco que no soy capaz de dirigirme a mí misma y mucho menos de dirigir a los demás ⁷.»

Otras postulantes y las pequeñas Sorbone

Durante la confiada espera de la respuesta, aumenta la familia. El día 25 llegan las dos hermanas Rossi, Angelina y Hermelinda.

Las dos hermanas habían ido a Borgo San Martino con su amiga Enriqueta Sorbone a ver a Don Bosco.

Como se ha dicho, a ellas no les había apremiado el Fundador para que entraran postulantes, antes bien, al pedirlo, le había dicho a la mayor: «No, todavía no; quedaos con vuestra madre». Pero después, los buenos oficios de su hermano Marcelo habían abreviado el tiempo de espera.

Llegan a Mornese acompañadas por su hermano y por su madre. Llevan también a su hermana Cecilia, que entra como educanda, y a las dos hermanitas Sorbone: Marieta y Angelina. Por lo que se ve, Don Cagliero no ha olvidado la promesa hecha a Enriqueta, más aún,

⁷ La carta de la Madre Mazzarello se ha perdido. A ella alude expresamente un manuscrito autógrafo de monseñor Cagliero, Delegado Apostólico en Centro América, en preparación a los procesos para la Causa de la Madre Mazzarello, en el cap. *De humilitate*, pág. 24, VII bis (original en el Arch. Centr. Sales.).

apenas ha podido tener una entrevista con Don Bosco, ha intercedido en su favor. Marcelo Rossi ha recibido del mismo Don Bosco la orden de ir a Rosignano y conducir a todo el grupo a Mornese cuanto antes. Pero... así, tan de repente, sus hermanas no estaban preparadas, y la salida hubo de retrasarse algunos días.

También el señor Constantino Sorbone acompaña a la comitiva hasta Serravalle Scrivia, contento de mandarle las dos pequeñas a Enriqueta, pero conmovido por tener que separarse de ellas. Para proseguir hasta Mornese, se ha alquilado un jumento para montar a las pequeñas: a Cecilia Rossi y a Marieta Sorbone se las acomoda una a cada parte en las alforjas; Angelina, en una cesta bien asegurada en lugar de la silla; los demás siguen a pie y Marcelo vigila al asnillo para que no dé en tierra con la preciosa carga.

Sor Enriqueta, al momento de la llegada, se queda sin palabras, lo mismo que sus hermanitas, a quienes les cuesta reconocerla vestida al estilo de los frailes y con aquella gorra negra; pero pronto se impone el corazón y las Hermanas, que aprecian mucho a Sor Enriqueta, siempre alegre, siempre activa y entregada día y noche al bien de las niñas, sonríen emocionadas ante tanta ternura por ambas partes.

La acogida de la comunidad a las recién llegadas, especialmente a las pequeñas, no podía ser más cordial.

De las pequeñas se encargará la Vicaria

Sor Enriqueta podría hacer nuevamente de mamá a sus hermanitas. En cambio no: por temor a dejarse llevar de una excesiva indulgencia y quizá también por no despertar celos en las otras pequeñas, le dice a la Vicaria: «Pero yo no me encargaré de ellas ¿verdad?».

La Vicaria aprueba, toma a su cargo a las dos pequeñas y, sin más, empieza a agenciarse una camita para Angelina, tan pequeñita y tan viva que tendrá que pensar cómo protegerla con una baranda.

Se sirve de una especie de tinaja, hallada en el trastero de casa Pestarino, la acolcha bien por dentro, le prepara un colchoncito a medida y antes de que llegue la noche sus hábiles manos tienen a punto una camita blanda y segura también para Angelina.

Vuelve Corina

Finalmente el cielo escucha las oraciones y devuelve al redil a la pobre Corina, la oveja alejada a la fuerza, ¡pero... en qué estado!

Toda la dureza que un padre obstinado pueda emplear contra una hija, la ha empleado aquel pobre señor con Sor Corina: bofetadas, humillaciones, palabras ofensivas, hambre, prohibición de acercarse a la iglesia, de rezar y de escribir a Mornese. Realmente, de haber durado un poco más la prueba, hubiera acompañado a su hija al cementerio.

Sor Corina no ha puesto los pies fuera de casa ni para dar un paseo; no ha recibido visitas; ha estado aislada de todos dentro de la propia familia, y la gente se preguntaba extrañada cómo Sor Corina no iba ni siquiera a misa. Entretanto el buen Dios la consolaba otorgándole la gracia de asistir a su abuelo moribundo y disponerlo para recibir los santos sacramentos antes de morir.

Además, y es lo que más importa, ahora la ha devuelto al amado Instituto por medio de aquel mismo tío del que se sirvió para internarla por primera vez en Mornese.

Avisado por Don Pestarino de lo mucho que sufría Corina, se dirigió a Tonco y logró rescatarla de las garras de su padre, aduciendo razones de censura así como de interés económico. El padre, al doblegarse, declaró que no la reconocería nunca más por hija y ni siquiera se conmovió al verla arrodillada a sus pies pidiéndole perdón y prometiéndole que rezaría siempre por él. La pobre mártir está ahora aquí, pálida, consumida: es la imagen viva del dolor.

Contenta de volver, no quiere pensar siquiera en el mal que la mina por dentro. Al oír que las Hermanas están ensayando todavía la misa de la Santa Infancia, muestra deseos de ayudarlas. ¡Santo deseo! No tiene fuerzas ni para ponerse de pie; no puede hacer el menor trabajo; no puede recibir alimento; y para hacer los cortos paseos que le ordena el doctor, casi hay que llevarla, porque está siempre sumida en una especie de torpeza de la que intenta liberarse en vano. El sufrimiento la ha minado casi por completo, pero las Hermanas esperan que María Auxiliadora en su hermoso mes la cure. Rezan con fervor y se industrian para ofrecer por ella las flores de sus virtudes.

Una postulante particularmente amada por Jesús

La Virgen da una prueba de su complacencia enviando una nueva postulante: la joven Elisa Roncallo, que llega el 12 de mayo acompañada por Don Agustín Mascardi.

Este buen amigo de Don Pestarino deja como regalo una planeta morada, de la que el colegio tenía necesidad, y acepta gustoso la in-

vitación del Director, que quiere que coma con él y con la postulante. La joven, tímida y pensativa, apenas dice una palabra: es posible que piense en las palabras de su madre al despedirla: «Encontrarás allí una superiora, pero ¿sabrá comprenderte? Acuérdate: más arriba está la Virgen: ¡Ella te hará de madre!». Al acercarse Sor María Mazzarello, se serena al instante, en la seguridad de que también la nueva madre de aquí abajo sabrá comprenderla.

Alegría que entenece

La fiesta de la Ascensión —14 de mayo— asume un carácter nuevo de solemnidad. Las Hermanas cantan la misa de la Santa Infancia y Don Pestarino está profundamente conmovido. En el sermón le sale espontáneo hacer alusión a la rápida expansión del Instituto (no tienen más que una casa y ya hay un Director General) y de elogiar a las Hijas y a las *hijitas* por el empeño de cada una en el propio deber, que hace visible el progreso en todo. Repite con nueva unción la expresión más de una vez repetida: *Flores apparuent in terra nostra*, aplicándola especialmente a las Hermanas, a las que llama «flores de su inmortal corona». La voz termina aquí en un sollozo; el buen padre suspende el sermón y se va, más emocionado que nunca, a volcar delante del Señor el torrente de sus afectos.

El director deja la tierra por el cielo

15 de mayo. Ayer todo era fiesta; hoy, luto general. El Director bueno, el padre de todo Mornese, ha dejado la tierra por el cielo; ha ido a recibir el premio de tanto bien sembrado aquí abajo.

Esta mañana, como siempre, ha ido a la parroquia al toque del *avemaría* a confesar y dar la comunión a los que sabía que le esperaban; después ha vuelto al colegio a celebrar la misa de la comunidad y ha leído la breve meditación del *Mes de mayo* de Muzzarelli, como solía hacer en las novenas. Es una página sobre la muerte, y al leer la frase: «puedo ser yo, podéis ser vosotras», no ha podido seguir, ahogado por el llanto. Después de serenarse y de dar la bendición con la reliquia de la Virgen⁸, se dirige a casa para escribir una carta, que entrega después al muchacho encargado de llevar la correspondencia

⁸ Cf a este respecto *Cronohistoria*, I 110, nota 11.

a Castelletto d'Orba y, cosa insólita, pide un poco de café, cuando su desayuno ordinario es cosa sólida o polenta.

Hacia las diez, de vuelta al colegio y pasando por la clase de las educandas, el taller y el huerto, da a entender a la Vicaria que tiene algo que decirle y mirando detenidamente a su alrededor se dirige a la planta baja donde trabajan los salesianos carpinteros Scavini y Vigna. Después de intercambiar con ellos algunas palabras, se detiene a leer una carta, pero al llegar a un punto vacila y cae pesadamente en brazos de los dos, que corren a sostenerlo.

Acude también el clérigo José Campi, que manda inmediatamente a las Hermanas en busca de un cordial. Don Pestarino, al oír esto, murmura: «No digáis para quién es, se asustarían», pero la lengua encuentra dificultad para articular las palabras.

¿Ocultarlo? El caso es tan inusitado que la cocinera, Sor Rosina Mazzarello, quiere a toda costa saber quién es el que está mal; y la agitación del carpintero y la orden de retirarse todas no deja lugar a duda de la gravedad del caso.

Su sobrino Don José que llega corriendo, se da cuenta inmediatamente de que se trata de apoplejía. Hace trasladar a su tío en un sillón a la habitación de la planta baja de casa Carante y manda llamar a su padre, médico. Este se ha ido al campo a visitar a un enfermo, pero avisado sin pérdida de tiempo vuela junto al amado enfermo.

Ordena que se le apliquen sanguijuelas detrás de la oreja izquierda, hielo en la cabeza y sinapismos en los pies; acude también el doctor Paolo Parodi, el más renombrado de los contornos, el cual aprueba el diagnóstico y el tratamiento.

—Todo lo que se podía y debía hacer se ha hecho —dice—; veremos si hará falta repetirlo.

La noticia se difunde rápidamente y produce también en el pueblo una gran consternación; entre las Hermanas hay quien corre presurosa a la iglesia a rezar; quien, a ver si se le puede aliviar en algo o prestar algún servicio; se procura darle a entender que se reza por él, que la comunidad entera está delante de Jesús Sacramentado.

El pobre Director ya casi no puede hablar, pero cuando siente a su lado a Sor María Mazzarello y a Sor Petronila, abre los ojos, las mira turbado y fatigosamente les pregunta:

—¿Dónde están las hijitas?

—En la iglesia rezando por usted, señor Director.

—Sí, rezad, rezad.

En un momento rodean al enfermo, además del párroco, los sacerdotes de los pueblos vecinos, el notario Traverso y muchos amigos

fieles. Pero el mal no cede, antes bien, su palabra se vuelve cada vez más torpe, hasta que ya no puede más. Hacia las tres se repite el derrame cerebral; todo su cuerpo se estremece, como oprimido por un gran peso, y su alma generosa vuela al Creador.

Son las tres de la tarde del viernes: el día de los más grandes misterios de nuestra fe; la hora en que el santo difunto solía derramar en compañía de la Virgen Dolorosa lágrimas de emocionado dolor recordando la agonía del Salvador divino.

Y comienza hoy la novena de María Auxiliadora, la dulce Virgen de Don Bosco, por la que Don Pestarino tanto ha trabajado y sufrido, preparando corazones que la alabarán eternamente.

Este año, el mismo día, comienza también la novena del Espíritu Santo. Por consiguiente, es el día que compendia las devociones preferidas del celoso sacerdote, y él va a recibir el premio eterno. Las Hermanas, postulantes y educandas, lloran y rezan. La Vicaria, con ansiedad, pregunta a menudo: «¿Cómo está el Director? ¿Habla? ¿Vuelve en sí?».

Ninguno tiene el valor de decirle la verdad, y sus ojos, velados por el llanto, le impiden leerla en el rostro de los presentes.

Pero al cabo de un rato las campanas dan la dolorosa noticia: el Director bueno está allí, exánime, sereno, como en un sueño reparador; Sor María se acerca y lo mira como si fuera un sueño; después dirige al cielo los ojos llenos de lágrimas y adora en silencio la voluntad de Dios.

Pasado el primer aturdimiento producido por la desgracia, su sobrino y el clérigo Campi se disponen a amortajar el cadáver y aparece ante sus ojos atónitos un clavo debajo de la sotana, en substitución del botón que le falta, y que explica el habitual espíritu de pobreza y de mortificación del santo sacerdote.

Ni siquiera hace falta cambiarle la ropa interior, tal es el orden de toda su persona.

Después de este acto de piedad filial, su sobrino envía un telegrama al Obispo y otro a Don Bosco, rogando a este último que envíe cuanto antes un sacerdote salesiano para las diligencias necesarias, y manda llamar a un fotógrafo para conservar el retrato del querido extinto el cual, en su humildad, no había pensado nunca en dejárselo impreso en tela o fotografía a quien tanto lo apreciaba y amaba.

Alrededor del santo sacerdote la muerte parece haber perdido su horror; y las educandas obtienen, al igual que las Hermanas, el poder pasar algunos momentos en oración ante aquel lecho que parece un altar.

Bueno incluso después de la muerte

La Vicaria siente que también en este momento, ahora más que nunca, puede pedir una ayuda a la caridad del Director; por eso toma consigo a la querida Marieta Sorbone, que desde que llegó a Mornese tiene los ojos hinchados y tan rojos e inflamados que ha de permanecer en absoluta oscuridad, y le dice:

—Vamos a que Don Pestarino te cure.

La conduce junto al venerado cadáver y llorando y suplicando le pasa delicadamente por los ojos la santa mano que durante la vida se había levantado siempre para bendecir y hacer el bien.

Al instante la hinchazón disminuye e incluso desaparece; Sor María, segura de lo que hace, toma un pañuelo empapado en la sangre extraída a Don Pestarino en el vano intento de salvarlo, y venda con él los ojos de la niña.

—Ya verás cómo Don Pestarino te curará.

Las pobres Hermanas, como si un rayo hubiera echado abajo la casa, se preguntan: «¿Qué será de nosotras ahora que nuestro primer padre ha dejado de existir? ¡Cuánta paciencia tenía él con nuestra ignorancia! Además, bajo la corteza un poco áspera, ¡cuánta compasión y previsión paternal ocultaba!».

También las educandas están consternadas. Cuando se divulgó por toda la casa la noticia de la desgracia, la pequeña Angelina —sola fuera de la iglesia— estaba sentada en un escaño canturreando una canción aprendida quizá en Rosignano. Pero, aun sin saber lo que era la muerte, comprendió que algo malo le había ocurrido al buen Director y prorrumpió en un fuerte y copioso llanto. ¿No lloran todas sus compañeras? Y se dicen unas a otras: ¡Ya no oiremos más aquella voz que nos llamaba cariñosamente! ¡Ya no le oiremos llamar más por la ventana a la hora de comer, cuando con amor de padre entregaba a nuestra asistente Sor Enriqueta un poco de fruta, de la que él se privaba para dárnosla a nosotras! Ya no podremos darle la sorpresa, cuando llamaba, de aparecer de repente, en vez de Sor Enriqueta, para darle las gracias. ¡Cuánto disfrutaba con ello aquel santo sacerdote! ¡Pero ahora se ha acabado para siempre...!

Primera fotografía de Don Pestarino

16 de mayo: el fotógrafo llega de Ovada y realiza magistralmente su difícil operación.

Fotografía al difunto en dos poses: de perfil y de frente. Para esta segunda prueba hace trasladar la cama con el cadáver delante mismo de la ventana, y ordena levantar la cabecera medio metro. Don Pestarino sale de cuerpo entero en el abandono de la muerte, pero con un parecido perfecto ⁹.

Enviado por Don Bosco llega el mismo día Don Bodrato, ex-maestro de Mornese, amigo, confidente y ex-secretario del difunto. En momentos como éstos, ninguno más apropiado que él por estar al corriente de todos los intereses de Don Pestarino, y capaz de tratar las cosas con desenvoltura.

Pasan por sus manos y ante sus ojos los diversos papeles que llenaban el escritorio del difunto; y se encuentra también allí la carta que estaba leyendo en el momento en que se desplomó al suelo: es de Sor Jandet, siempre impaciente consigo misma y con las demás, y siempre necesitada de ánimos especiales. Otra contiene la última petición del Oratorio de Turín para que se salde por lo menos una parte notable de la deuda de las Hermanas, encontrándose los Superiores en necesidades muy especiales.

Esta había llegado el día anterior, pero Don Pestarino no había dicho una palabra a la Vicaria, carente como él de la más mínima reserva de fondos y, como él, empeñada también en la oración para obtener la ayuda de la divina Providencia y poder saldar las deudas con el Oratorio de Don Bosco ¹⁰.

Con Don Bodrato se acuerda todo lo referente al funeral, que Don Bosco quiere que sea solemne, y para el cual se espera también a Don Cagliero.

Llegada de Don Cagliero

Don Cagliero llega el día 17, al atardecer, llevando consigo a los cantores Don Lazzerio y Gastini para la misa y las exequias.

Tiene el consuelo de poder ver el cadáver, ya que estaba con la penosa duda de llegar demasiado tarde. Don Pestarino no parece que esté muerto: nada más expirar recuperó sus facciones naturales, tomando el aspecto de quien descansa después de un largo trabajo; y ya han pasado más de cuarenta y ocho horas después de su muerte...

⁹ De las declaraciones de Don José Pestarino, Molare, octubre 1924 (Arch. Gen. FMA).

¹⁰ De los testimonios de Don Campi y de Sor Rosalía Pestarino (Arch. Gen. FMA).

Don Cagliero, apenadísimo también él, es portador del aliento de Don Bosco y del pésame de todos los salesianos, cariñosos admiradores del Director difunto.

—Estoy yo aquí, hijas, estoy yo aquí, enviado expresamente por Don Bosco —dice al primer grupo de Hermanas que sale a su encuentro—.

Al verse delante a la Vicaria y todos aquellos rostros desolados, intuye el dolor de las hijas, que han quedado repentinamente privadas de su Director y añade:

—¡Animo, ánimo! Don Bosco quiere que os exprese su participación en vuestro dolor, pero quiere también que estéis tranquilas. Don Bosco, ¿no es acaso vuestro Padre? No temáis. El Instituto seguirá adelante. Don Bosco cuidará de él. Y para lo que haga falta, aquí estoy yo... Vendré siempre que me necesitéis, y se os mandará un sacerdote a la medida de vuestros deseos y necesidades.

Las entretiene con pensamientos de fe; después, cuando las ve un poco más animadas, para confortarlas, les dice que «lo mismo que Jesús, viendo a los apóstoles demasiado apegados a su Humanidad los había dejado y había subido al cielo, así les ha quitado a ellas a Don Pestarino, porque quiere que sean religiosas desprendidas de todo y de todos, abandonadas únicamente en la divina Providencia».

Funeral

El 18 por la mañana —cuarto día después de la muerte— tiene lugar el funeral. Este último homenaje no puede ser más solemne. Se sienta al órgano el mismo Don Cagliero, que acompaña la misa fúnebre y canta la parte del segundo tenor.

Intervienen las Hermanas, las educandas, las alumnas externas del taller y las oratorianas: todas han sido guiadas por Don Pestarino por los caminos del Señor.

No faltan las *Nuevas Ursulinas*, que habían permanecido siempre adictas a su Director y a las Hermanas; no falta casi nadie del pueblo y de las aldeas vecinas, con clero y población, incluso de Ovada y de Acqui. De no ser por el llanto general, se podría pensar que aquello era una procesión más que un acompañamiento fúnebre.

Cumplidas sus incumbencias, cuando ve a las Hermanas un poco más animadas, Don Cagliero se va con la promesa de regresar pronto, pero está muy lejos de sospechar que el ángel de la muerte volverá presto a entrar en casa.

Muere la educanda Emilia Chiara

Después de algunos días de enfermedad, que no parecía despertar alarma, el día 22 muere la educanda Emilia Chiara, sobrina de la señora Blengini.

Llamados con urgencia los familiares al agravarse el mal, llegan cuando su hermosa alma ya ha volado a Dios.

A su llegada como educanda, le había regalado a la Vicaria la reliquia de la Santa Cruz en una teca de plata. Don Pestarino la había hecho montar para la bendición, pero no la habían usado aún: de este modo el relicario quedaba en el colegio como un grato recuerdo de dos corazones fervorosos que gozan ya del premio eterno.

El nuevo Director

El 23, víspera de María Auxiliadora, llega de Varazze el nuevo Director Don José Cagliari, primo del Director General.

Las Hermanas lo reciben con alegría, pero su aspecto enfermizo no deja de suscitar algún temor: ¿Podrá resistir este clima tan riguroso?

Pero él pone en seguida manos a la obra con gran celo; hay mucha necesidad de su ayuda: la pobre Sor Corina decae cada día más, sin que responda a ningún remedio.

También Sor Corina se va al Cielo

Su letargo es ya un verdadero sueño del que se despierta tan solo unos minutos y a la fuerza. A veces, la Vicaria le manda hacer alguna cosa con el fin de mantenerla despierta un poquito, pero sin resultado: se ha quedado dormida en el instante mismo de pasarle un ladrillo a una Hermana y, en la cocina, en el momento de responder a una pregunta de Sor Pampuro. El médico dice que ha sufrido demasiado y que no podrá recuperarse.

Escribió a su padre nada más volver a Mornese; escribieron después para dar noticias de la hija enferma, pero no se recibió respuesta alguna.

La fiesta de María Auxiliadora resulta devota, pero llena de tristeza, con tres tumbas, sobre las cuales no ha nacido aún ninguna flor, y a punto de abrirse la cuarta.

Sor Corina está siempre serena, contenta de haber vuelto al colegio y contenta también de morir para ir con Jesús, con la Virgen, con su madre. Pide que comuniquen a su padre que ella lo ha olvidado todo y que en el cielo pedirá por él. Intenta levantarse por las mañanas, aunque no pueda dar un paso sin ser sostenida. Tiene una agonía larga, dolorosa, con convulsiones que la hacen sufrir mucho, pero no habla, no da señales de entender más que cuando el sacerdote le lleva a Jesús y la Vicaria o la Madre Maestra le acercan el crucifijo para besarlo, y cuando se le administra el óleo de los enfermos.

Todo el día 5 de junio permanece inconsciente. Finalmente, al atardecer, cesan las convulsiones. Una gran paz aparece en su rostro de cera; en sus labios se dibuja una sonrisa; su cabeza se inclina a la derecha con un leve suspiro... Sor Corina ya está en los brazos de Dios.

En la misa de *requiem* cantan las alumnas externas, porque nadie de la casa es capaz de emitir una nota; Hermanas y educandas se sienten ahogadas por el llanto y hasta el párroco Don Valle, que ha venido a celebrar, está conmovido.

También esta vez el pueblo entero toma parte en el cortejo fúnebre de Sor Corina, conocida de todos por la bondad de su carácter, por sus angelicales virtudes y por sus sufrimientos.

Con ella ha muerto la primera maestra de música y la primera que llevaba también un poco de contabilidad y de secretaría en el Instituto.

Don Bosco viene personalmente a confortar a sus hijas

El Señor, siempre misericordioso, no deja por mucho tiempo a sus hijas sumidas en el dolor.

Antes de los funerales de trigésima de Don Pestarino, Don Bosco llega a Mornese con Don Cagliero.

Los amigos salen al encuentro del buen Padre, pero la emoción les corta la palabra, por lo que llegan al colegio casi en silencio. A la puerta de entrada se encuentra un gran letrado con estas palabras: «Entra, oh Padre, en estos muros; tus hijas te esperan como se espera el sol después de una terrible tormenta».

En el interior del patio, diversos escritos de bienvenida expresan el espíritu de gratitud y el sufrimiento de todas: «Venga, venga oh amado Superior, y como buen pastor traiga la alegría a nuestros co-

razones, que hundidos bajo el peso de la aflicción tienen necesidad de ayuda y de consuelo».

«¡Viva Don Bosco, viva nuestro Superior Mayor que viene a consolar a sus apenadas hijas! ¹¹»

Don Bosco lo lee emocionado. Volviéndose a la gente que lo acompaña, inclina tristemente la cabeza y pregunta: «¿Qué queda aún de hermoso en esta casa?». Muchos ojos, como los suyos, brillan por el llanto: el buen Padre los saluda a todos, más con el gesto que con las palabras, y se retira. Poco después aparece de nuevo entre sus hijas.

¡Qué consoladora es esta visita para las Hermanas! El Padre sabe encontrar palabras suaves y fuertes para hacerles apreciar el dolor y para asegurarlas acerca del porvenir. Pero siempre humilde y siempre fiel a su programa de no ensalzarse a sí mismo, les dice a las Hermanas reunidas: «He venido también para presentaros personalmente a Don Cagliero, que será ahora vuestro Director General y que, desde que os lo presentó en mi nombre el inolvidable Don Pestarino, se ha tomado muy en serio vuestro bien.

Ahora, como ya os anuncié, haremos la profesión y las vesticiones. Hay algunos obispos que preguntan si nuestras Hermanas están preparadas para hacer el bien a las jóvenes: es preciso que nos apresuremos a contentarlos».

En estos días, Don Bosco, aunque recibe a algún amigo de Mornese, está totalmente a disposición de sus hijas. Confiesa, habla en particular, visita la casa. Dice unas palabras a las alumnas, a las que ve buenas y numerosas y muy adictas a las Hermanas; observa el patio, donde los saltos, los juegos y la familiaridad entre Hermanas y niñas le aseguran que va realizándose el fin del Instituto y que la juventud femenina encontrará cada día mejor la formación necesaria. Visita el taller y las clases: aprueba, aconseja, conforta, consuela y anima.

Primera alusión a Borgo San Martino y a la elección de la Superiora

Durante estos días, mientras tienen lugar los Ejercicios Espirituales en la forma que permiten las circunstancias, Don Bosco encuentra también un momento para reunir a las profesas y decirles que, siendo

¹¹ De los testimonios de Sor Luisa Boccalatte.

ya un buen número, parece llegado el momento de extender las alas para emprender algún pequeño vuelo: para comenzar efectivamente, se podrá llegar hasta Borgo San Martino, donde el Director solicita la ayuda de las Hermanas para la cocina y la ropería.

—Y como allí, y luego en otras partes —dice con paternal bondad— tendréis que haceros cargo de la ropería, os pido que os preparéis bien y os arméis de gran paciencia para no hacer como las mujeres que trabajan a jornal, que rompen y tiran una prenda en cuanto la ven un poco rota o deteriorada. No, no hagáis nunca así. Zurcid y remendad lo que haga falta. A veces, las prendas bien arregladas duran más que las nuevas. Y además, hay que observar también el voto de pobreza.

—Iremos pronto, pues, a Borgo San Martino —sigue diciendo Don Bosco—, pero antes haremos lo que os prometí el pasado mes de abril, por medio de nuestro querido Don Pestarino: esto es, haremos la elección de la Superiora y de las que deben ayudar en el gobierno del Instituto. Haremos vuestro primer Capítulo ¹², a fin de que todo proceda según las intenciones de la Iglesia.

Por lo mismo, todas las oraciones, las mortificaciones y el trabajo de estos días serán para obtener una elección que corresponda al divino querer, para el mayor bien de la comunidad.

Las Hermanas se sienten conmovidas. La idea de la próxima partida les asusta: ¿A quién le tocará irse? ¿Quién tendrá que dejar aquella querida casa donde viven tan felices y tan unidas al Señor? Y las que queden ¡cuánto sentirán también la falta de las Hermanas!

Les consuela el pensamiento de las elecciones, porque están seguras de que el voto será para la Vicaria, la cual repite con los labios y con la mirada: «¡Esta vez nos pondremos en regla y tendremos todas quien nos pueda guiar!».

El enemigo no duerme

En estos días ocurre algo nuevo en el colegio: una señora que viene cada año a veranear a Mornese y que tiene fácil entrada en la casa, por estar recomendada por algún sacerdote, se entera de que el próximo domingo, 14 de junio, la postulante Teresa Laurentoni

¹² Al principio —como para los salesianos— se indicaba con este término el Consejo Superior del Instituto (hasta 1906).

vestirá el hábito religioso, y siente por ella una gran compasión. «¡Pobre muchacha!, no podrá soportar las privaciones de este Instituto...» —se dice la señora—. Y secundando los impulsos de su corazón se industria para hablar con la postulante y aconsejarla que espere, que elija más bien otro Instituto. Le regala un reloj y algunos objetos preciosos; le insinúa que Don Bosco atrae a la juventud para aprovecharse de su trabajo; que lo que busca es dinero y más dinero...; que ella, pobre infeliz, no debe dejarse engañar, etc. La jovencita, aun sin darle crédito, no se atreve a refutar tales insinuaciones y acusaciones; acepta los regalos pensando que habrá tiempo de entregarlos y sale de aquel coloquio sin resolver nada, sólo con la promesa de no decir una palabra de cuanto ha oído.

Nada más salir se encuentra con la Vicaria, que le habla de la vestición; la joven, bajo el influjo de la conversación, se muestra perpleja y pide tiempo para reflexionar. Mas se queda sumamente sorprendida cuando la Vicaria le repite las mismas palabras y los mismos razonamientos que le ha hecho poco antes la señora. Sor María no añade ningún comentario y la acompaña al Director General para que se lo cuente todo a él.

Don Cagliero escucha, sonríe y aconseja a la postulante que lleve al altar de la Virgen los regalos recibidos, repitiendo muy despacio y meditando bien estas palabras: «Mundo, tú ya no eres para mí ni yo soy para ti...», y que vaya después a prepararse para la vestición prometiendo a María Auxiliadora que será una verdadera religiosa.

La postulante obedece y descende a su espíritu la paz prometida a los sencillos de corazón.

Almas sencillas

Con Teresa Laurentoni deben tomar también el hábito Rosalía Pestarino y Angela Rossi. Esta, que había llegado de Rosignano no hacía aún dos meses, estaba muy lejos de pensar en la vestición, aunque le habían dicho que asistiera a las pláticas que daba el Director.

Se hallaba, pues, en su trabajo, es decir, vigilando a los albañiles que estaban finalizando un ala del edificio, cuando la llaman y le dicen que se prepare el vestido mejor para la función del día siguiente. El hábito religioso de color café se lo prestará una Hermana para el acto de la ceremonia; después irá vestida lo mejor que se pueda. La disposición general de la *uniformidad en el vestido* no puede actuarse todavía, sea por la extrema pobreza de la casa, sea por la necesidad

de destinar a algunas de las Hermanas a trabajos que deteriorarían lastimosamente aquel tejido de lanilla, tan precioso para ellas y de color tan delicado.

Las pequeñas pruebas mornesinas

Angelina, feliz por el don que quiere hacerle la Virgen, va derecha a donde sabe que hay un vestido nuevo, bien hecho, indicadísimo para la función. Pero busca y rebusca y el vestido no está. Acude a la Económa, le pregunta si sabe... y ésta le responde dulcemente: «Ten paciencia: lo hemos vendido para comprar pan». Sin decir una palabra más va, toda mohína, a arreglarse lo mejor que puede. La Virgen la mirará con más complacencia al verla tan pobre.

Hay novedades también para Rosalía Pestarino. Dejemos que ella misma nos las cuente:

«Me encontraba sola, esforzándome por fijar la atención en un libro para alejar de mí un pensamiento que en aquel momento no estaba dispuesta a aceptar, cuando me veo delante de mí al Director Don José Cagliero, que me pregunta:

—¿Qué haces aquí tan sola?

—Pensando.

—¡Rápido, rápido! Vete tú también a la iglesia a hacer la vestición: las demás ya están allí.

Veo en ello un mandato de Dios y sin más, tal como estoy, me voy a la capilla. No había ensayado ni una sola vez las respuestas del formulario, pero con la ayuda de Sor Felicina y un poco de amor propio, consigo seguir a las demás. ¡Si hubiera estado presente mi tío, Don Pestarino! Pero lo estaba, sin duda alguna... ¡Y desde el ciclo debía gozar inmensamente!»

Las nuevas novicias son trece; las profesas, ocho. Deberían haber sido nueve, pero una, Angela Porotto, tuvo que volver con su familia. Entre las nuevas profesas están Sor Emilia Mosca y Sor Enriqueta Sorbone: dos figuras diferentes, en torno a las cuales trabaja asiduamente la Vicaria para formarlas en su mismo espíritu de trabajo y mortificación.

La palabra del Padre

Don Bosco preside la función ayudado por los dos Cagliero, Don Juan y Don José. Terminado el canto del *Veni, sponsa Christi*, Don Bosco pronuncia la breve plática de ocasión y, explicando el paso del Evangelio: «Ninguno que pone la mano en el arado y mira atrás es apto para el reino de los cielos», toma ocasión para animar con santo afecto a sus hijas a proseguir, firmes y serenas, el camino emprendido. Entretanto, con la prudencia y la dulzura habituales en él rebate las acusaciones insinuadas en el alma candorosa de Teresa Laurentoni.

Otra modificación en el hábito religioso

Esta función se distingue también por una pequeña modificación en el hábito: El gorro negro —de *dolorosas*— se substituye por una gorra blanca que rodea el rostro, fruncida por delante y cubierta con un velo de forma rectangular. Al salir de la iglesia, se hace gran fiesta a las nuevas Hermanas, novicias y profesas por la originalidad del velo sobre la gorra, al que Don Bosco ha dirigido una sonrisita, como queriendo decir: «¡Durarás poco!».

La señora que, por compasión, había tentado a Teresa Laurentoni, hace todo lo posible por acercarse a ella para reprocharle el haber faltado a la palabra dada. Ante la afirmación de la novicia de que había sido la Vicaria la que se había anticipado a decirle todo lo que había prometido mantener en secreto sin que ella pronunciara una palabra, exclamó: «Habrás estado escondida en algún rincón y lo habrás escuchado». Y se va a hacer una minuciosa inspección: pero no saca sino mayor confusión, por lo que concluye que si Sor María Mazzarello ha conocido por celestial inspiración su comportamiento, es señal de que tiene a Dios de su parte.

Por la tarde, Don Bosco sale un momento al patio, donde descubre con agrado, entre las oratorianas, a alguna *Nueva Ursulina* que ha venido a saludar a sus antiguas compañeras; la manera con que lo reciben lo persuade de que también ellas lo veneran como Padre.

Don Bosco y los mornesinos

El 15, lunes, día de trigésima, Don Bosco va a celebrar la misa por Don Pestarino en la parroquia, acompañado por todos los buenos mornesinos, que lloran todavía la muerte de su *prevín*, tan vivo en los corazones hoy como ayer, cuando dispensaba tanto bien a su querido Mornese. Todos se muestran conmovidos y confortados al ver que Don Bosco no los abandona, sino que vuelve a su lado en la dolorosa prueba, siempre pródigo en alientos, sonrisas y, sobre todo, en caridad.

En efecto, cada vez que viene admite gratuitamente a algún muchacho como artesano en Valdocco o en alguno de los colegios salesianos como estudiante.

Por eso, terminada la misa, se le acercan y le acompañan a casa del párroco; todos querrían tenerlo en su casa para darle las gracias y pedirle que esté más tiempo con ellos, él, que tanto los ha amado siempre y que al igual que el difunto Don Pestarino procura el bien de sus hijos.

Don Bosco a la señora Pastore

De regreso al colegio, llena el alma de tristes recuerdos, escribe la siguiente carta reveladora de su gran amor al difunto:

Muy apreciada señora Pastore:

Que la gracia de nuestro Señor Jesucristo esté siempre con nosotros.

Estoy en Mornese procurando llenar el vacío dejado por el llorado Don Pestarino, pero es muy difícil. Uno solo hacía mucho y ahora muchos hacen poco. Confiamos en Dios.

Se nota un gran fervor en las profesas, en las probandas y en las educandas y esto es una buena garantía. El Director actual es uno de mis sacerdotes, de óptimas cualidades, José Cagliari. Llevaba dos años de Director espiritual en nuestro colegio de Varazze y todos están contentos de él.

Tengo verdadera necesidad de hablar con usted. Si por algún motivo tiene que ir a Turín, avíseme: procuraría estar en casa; de lo contrario, tendremos que dejarlo para los Ejercicios Espirituales, en los que espero que participará usted, ¿no es cierto?

Estoy empeñado en esta obra y con la ayuda de Dios espero po-

derla llevar a un estado regular, pero tengo necesidad de su apoyo material y moral, y especialmente de la ayuda de sus santas oraciones. Que Dios la bendiga y le conceda salud y la gracia de días felices. Créame siempre, con verdadera estima y gratitud, su humilde servidor.

JUAN BOSCO, Pbro.

Mornese, 15 de junio de 1874

P. S. Ayer tuvimos trece vesticiones y nueve profesiones.

Primeras elecciones y primer Capítulo

Ese mismo día Don Bosco reúne a las Hermanas y les dice que ha llegado el momento indicado y anunciado para proceder a la elección regular de la Superiora y de sus ayudantes; que todas han tenido ocasión de conocer a la que puede dirigir las mejor. Por consiguiente, que cada una piense seriamente a quién considera capaz de hacerlo, y después, una tras otra, se acerquen a él para decirle el nombre.

Manda colocar sobre la mesa un crucifijo con dos velas encendidas: se reza el *Veni Creator* y luego, de una en una, las Hermanas se acercan a él, le dicen en voz baja un nombre (ya que no todas sabrían escribirlo) y él lo anota. Resulta elegida Superiora Sor María Mazzarello, que tiene a su favor todos los votos menos el suyo.

Las Hermanas están radiantes de alegría. Si la presencia de Don Bosco no las contuviera un poco, ¡con qué entusiasmo expresarían su alegría! Y cuando se les dice: «Ahora sí que podéis llamarla *Madre*», les parece que ya no les queda nada que desear. Como se ha dicho anteriormente, muchas le daban con frecuencia este título, sugerido más por su corazón que por la espontánea imitación de las religiosas de Santa Ana, las cuales lo tenían de Regla, pero... en resumidas cuentas, no estaba determinado aún por la obediencia. Ahora, en cambio, sentirán un gran consuelo al decirlo y al darlo, y todas dan gracias al Señor por ello; sólo a la nueva elegida se la ve con aire resignado: mira a Don Bosco, como pidiendo piedad; mira a las Hermanas y les dice con voz apagada: «¡Si lo quieren... ya saben bien lo que valgo!».

Se procede con el mismo sistema a hacer las demás elecciones: Vicaria, Sor Petronila Mazzarello; Economa, Sor Juana Ferrettino; Asistente, Sor Felicina Mazzarello, hermana de la Superiora; Maestra de novicias, Sor María Grosso.

Don Bosco, satisfecho de la unión que ha habido en la elección de las Superiores, dice sonriendo: «Me congratulo con todas vosotras, que habéis estado tan concordes en la elección de vuestra Superiora. Se ve que esa es la voluntad del Señor. Yo no puedo estar más contento».

Disposiciones reglamentarias y disciplinarias

Don Bosco continúa dando algunas normas prácticas.

«Me parece muy bien —dice— que llaméis a la Superiora General con el nombre de *madre*, y que ese mismo título se lo deis también a las nuevas elegidas, pero seguido del respectivo nombre de pila, o mejor aún, de oficio; así se dirá: Madre Vicaria, Madre Economa, Madre Asistente, Madre Maestra».

Por último señala el oficio de sacristana, debiendo ser una sola la encargada de las cosas de la iglesia y de los sacerdotes; el de portera, a fin de que una —y no todas— sean la que reciba a los que vienen y lo comunique a quien convenga; y el oficio de ropera, para que haya una responsable del orden e higiene de la casa y esta tome el aspecto de una verdadera casa religiosa.

«También conviene pensar en las confesiones —continúa Don Bosco— para que se hagan siempre de día. Si fuera necesario prolongar el horario de noche, por la estación invernal o por la presencia de mucha gente (como en las grandes solemnidades de la Iglesia y por María Auxiliadora), procúrese que haya luz suficiente para poder leer con comodidad y verse unas a otras.

Al toque para la cena, que nadie se quede en la iglesia y después de las oraciones de la noche que nadie hable, a no ser en casos muy excepcionales. Voy a contaros un hecho que me ocurrió a mí.

A mi regreso de Roma, encargado de asuntos importantes de parte del Sumo Pontífice para la superiora de un monasterio de cierta ciudad por la que había de pasar, llamé a la puerta, pero era casi de noche, por lo que me dijeron que volviera al día siguiente, ya que a aquella hora no podían recibir a nadie en el locutorio. Teniendo que partir de buena mañana, rogué que me atendieran en cualquier otro lugar. Entonces la superiora reunió el Capítulo para deliberar si convenía o no hacer una excepción. Me respondieron que no, y yo admiré a aquellas religiosas tan observantes de sus Reglas.

Por consiguiente, deseo que después de las oraciones de la noche se observe silencio riguroso; que nadie hable, excepto en el caso de

que la Superiora encargue alguna comisión, en cuyo caso se hablará en voz baja; fuera de esto, nunca».

La preciosa conferencia termina con el *tedéum*, y es la hora de comer.

Una conferencia a las Superiores solas

Por la tarde reúne a las Superiores solas; las anima a no desalentarse por las muertes ocurridas y a considerarlas como pruebas del Señor y fuente de futuros consuelos para la casa; se muestra contento al ver en todas un gran deseo de santificarse; les da preciosos avisos, deteniéndose particularmente en éste: «Os exhorto a secundar lo más posible la inclinación de las novicias y de las Hermanas en cuanto se refiere a las ocupaciones. A veces, se piensa que es virtud contrariar la voluntad con éste u otro oficio contrario al propio gusto y de ello se deriva, en cambio, un daño para la Hermana y para la Congregación.

Sea vuestro empeño enseñarles más bien a santificar y sobrenaturalizar estas inclinaciones, teniendo por mira en todo a Dios solo».

Después repite que, no pudiendo ocuparse personalmente de las necesidades de la comunidad, tanto más que el Instituto está llamado a extenderse mucho y muy pronto, ha elegido a Don Juan Cagliero para que haga sus veces y que, por consiguiente, tanto ellas como las Hermanas se dirijan directamente a él y le den trabajo sin miedo a molestarlo demasiado.

Don Bosco se va, por lo que toda la comunidad y las educandas están reunidas para besarle la mano y recibir su bendición. El Padre sonrío, recomienda que se preparen bien para los Ejercicios Espirituales y después de impartir de corazón la bendición de María Auxiliadora regresa a Turín con Don Cagliero.

A Turín para los exámenes...

Dos días después —el 17—, nuevas salidas. Sor Emilia Mosca y la novicia de tres días Sor Rosalía Pestarino se trasladan a Turín. Serán huéspedes de las religiosas de Santa Ana, con las cuales podrán prepararse también mejor a los exámenes. Las acompaña una buena mujer de Mornese, a quien se le hacen mil recomendaciones; y ellas, las primeras del Instituto que salen del nido materno, son también las primeras en salir a probar suerte en un examen de magisterio. Van en nombre de la obediencia, abandonadas en Dios.

A su llegada encuentran esperándolas en la estación a algunas señoras cooperadoras, entre las cuales está la condesa Corsi, de Nizza Monferrato.

Al llegar al Oratorio, sale a su encuentro Don Cagliero, quien las presenta en seguida a Don Bosco y les hace servir una buena comida, mientras les da las normas para los meses que tendrán que pasar en Turín.

Los primeros días, como las religiosas de Santa Ana tienen la casa ocupada por Hermanas suyas que están haciendo una tanda de Ejercicios, van a dormir a casa de la condesa Corsi; después, para todo lo demás, con las Hermanas.

A su regreso, no tienen palabras para elogiar a las religiosas de Santa Ana, que las han ayudado tanto en los estudios y las han asociado a todos los actos de la comunidad, aunque en el refectorio tuvieran lugar las llamadas penitencias; y explican la bondad de Don Bosco que las acogía siempre con atenciones conmovedoras. Si lo hubierais visto —dice Sor Emilia— levantarse para salir a nuestro encuentro y hacernos sentar en el sofá; si lo hubierais visto preguntar qué podíamos necesitar y recomendarnos a Don Cagliero, a la condesa Corsi y a los profesores. Nosotras, felices y emocionadas de tanta bondad, no sabíamos qué hacer. Al pasar por el patio, todos los muchachos nos saludaban, y cuántas veces oíamos que decían: «¡Estas son nuestras monjas!»¹³.

El presidente del tribunal era el profesor Cavalleri y afortunadamente habían estudiado su libro de historia. Todo fue bien, menos el examen de matemáticas, por no haber podido prepararse convenientemente en tan poco tiempo ellas solas. Pero Don Bosco les dijo que estuvieran tranquilas; él se encargará de enviarles un salesiano durante las vacaciones para prepararlas a los exámenes de septiembre.

Nuevas preocupaciones

Don Bosco no sólo piensa en esto, sino también en propagar la noticia de que en Mornese, en la segunda quincena de agosto, se repetirá la tanda de Ejercicios Espirituales para señoras. Escribe también a Don Rúa, desde San Ignacio, para que mande a alguno a Mornese, donde el nuevo Director Don José Cagliero está ya enfermo¹⁴.

¹³ De las declaraciones de Sor Rosalía Pestarino (Arch. Gen. FMA).

¹⁴ Anexos n.º 10 y 11.

Esta nueva pena para la casa y para todos alarma un poco, según parece, a las autoridades civiles y sanitarias de la provincia, porque da motivo a una investigación de carácter general encomendada al alcalde de Mornese acerca del colegio, sus orígenes, sus clases, su dependencia de Don Bosco, etc. Por fortuna se reduce a una simple molestia, pero es siempre una molestia más entre las que no faltan nunca a quien no busca otra cosa que hacer el bien ¹⁵.

Un regalo de la Asunción

Como un regalo de la Asunción al cielo llega —el domingo día 16— otra postulante de Cumiana, Catalina Daghero, prima de Rosa Daghero, que había entrado en abril.

Huérfana de madre y crecida bajo la sabia dirección de su padre, manifiesta cierta reserva en sus modales, acompañada de una piedad vivida y de laboriosidad hogareña. La acompaña su padre y un tío suyo, sacerdote salesiano; por eso el Director invita a los tres a comer con él.

Es la primera que recibe la Madre después de su elección como Superiora y tiene con ella especiales atenciones. Desde que Don Bosco habló del gran bien que haría el Instituto, la Madre tiene en el corazón y en las palabras un creciente fervor por la conquista de las almas y la gloria de Dios.

Los Ejercicios Espirituales

El sábado, día 22, tal como había prometido Don Bosco, comienzan los Ejercicios Espirituales dirigidos por el Director General Don Juan Cagliero, y por el vicario foráneo de Canelli Don Mallarini.

Son propiamente Ejercicios para las Hermanas, pero Don Bosco, con su carta-invitación, reúne un discreto número de piadosas señoras, sea para hacerles el bien, sea para que, conociendo el Instituto, se hagan sus protectoras y propagandistas.

La casa está a punto para recibir las.

¿Qué importa si para esto se ha de dormir en el suelo? La Madre, basándose en las palabras de Don Bosco, anima a todas a mayores sacrificios: su deseo de soportar cualquier incomodidad por las almas,

¹⁵ Anexo n.º 12.

parece que se encienda con una nueva llama cada vez que Don Bosco expresa o deja entrever un deseo suyo. La voluntad del Padre se hace voluntad suya y desea que lo sea también de las Hermanas.

Las señoras vienen de Acqui, de Turín y hasta de Milán.

Aunque las pláticas tengan por fin la formación de las religiosas, los dos predicadores dirigen también de vez en cuando la palabra a las señoras: explican los deberes de una persona buena que vive en el mundo y durante los recreos alguna superiora, casi siempre la Madre, se entretiene con ellas.

Crece la familia

La clausura de los Ejercicios —29 de agosto— lleva consigo la grata función de dos profesiones y cuatro vesticiones: entre las nuevas profesas está la vivacísima Sor Teresa Laurentoni, que no ha perdido nada de su candorosa jovialidad, aunque trate de mitigarla con cierta gravedad religiosa.

Es tan joven y su alegría tan atrayente y comunicativa que cautiva los corazones.

El Director General entrega el hábito religioso, recibe los santos votos en presencia de las señoras y pronuncia la plática de ocasión. Sus sabios consejos, dados con unción y firmeza al mismo tiempo, impresionan tan eficazmente que hacen patente toda la razón de las palabras dichas por Don Bosco en el mes de junio: «De no haberse fundado el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora para otros fines, lo hubiera fundado para los Ejercicios de las señoras».

El Director, gravemente enfermo

Mas todas estas alegrías quedan amortiguadas por el dolor. El buen Director de la casa, Don José Cagliero, está en unas condiciones de salud cada vez más alarmantes. Esperaba poderse rehacer con estos aires saludables, que resultan en cambio demasiado fuertes para un organismo débil como el suyo; de modo que no sólo se siente obligado a permanecer en cama, sino que el médico dice que tendrá a lo sumo para pocas semanas, si no es para breves días.

El Director General, su primo, está aún en casa, pero debe partir dentro de poco. Durante su permanencia ha hablado a las Hermanas y a las postulantes.

Vocación probada

La Madre Petronila, que en su calidad de Vicaria está en todo, ha querido presentar al Director General a la postulante Catalina Daghero. Es algo distinta de las demás y le preocupa un poco.

No la conoce aún: tanto silencio, ¿será fruto de recogimiento o de cerrazón de espíritu? Esa humildad que la retiene de presentarse, de adelantarse, mientras que cuando quiere tiene tanta gracia y tanto agrado, ¿será de buena ley? ¿Y qué decir de lo que le cuesta adaptarse a la nueva vida? ¿Dará buen resultado?

Realmente Catalina, tímida y de pocas palabras, parece como perdida en medio de las demás y ha manifestado reiteradamente su deseo de marcharse, porque le parece que no está llamada a este Instituto donde hay siempre tanto movimiento que no se puede rezar cuando se quiere. ¡Ella rezaba mucho más y mejor en su casa!

Los primeros días, para hacer comprender que no pensaba quedarse, se las arregló para que su equipo permaneciera en la portería, sin tocarlo para nada. La Madre, que por un don especial del Señor tiene un ojo clínico para discernir las vocaciones, ha intentado con mil piadosas industrias hacerle entender que Dios la quiere precisamente en Mornese.

—¿No has venido con el fin de hacerte religiosa?

—Sí, pero no aquí.

—¿Quieres que te diga una cosa?

—Sí, dígamela.

—Me parece que el Señor te quiere precisamente aquí, en la casa de María Auxiliadora. Si te vas, perderás la vocación y un día tendrás que dar cuenta a Dios.

—Pero es que yo no estoy a gusto aquí, por muchos motivos.

—En esos *muchos motivos* no debes pensar ahora; no pienses siquiera que estás aquí para quedarte; imagínate que has venido a pasar un mes de vacaciones.

—¿Un mes? ¡Es demasiado!

—¿Demasiado? Pues bien, hazte la cuenta de que vas a estar hasta la noche. Un día se pasa pronto y uno tras otro pasarán los demás sin que te des cuenta.

Al cabo de unos días la Madre vuelve a la carga.

—Catalina, ¿tienes ganas de escribir a tu padre?

—Sí, Madre, si a usted le parece bien.

—Siéntate aquí y escribe que estás bien y contenta.

—¡Pero eso es una mentira!

—¿Una mentira? ¿No estás contenta acaso de hacer lo que el Señor quiere de tí? ¡El Señor te quiere aquí! Ahora no puedes verlo claro, porque tienes todavía el corazón en tu casa, pero... escribe lo que yo te digo y estarás contenta de haber obedecido.

Al poco tiempo, la postulante Catalina continuaba en su propósito de decirle a su padre que quería volver a su casa, pero Sor Rosalía Pestarino, que tenía a su cargo la clase de las postulantes, se lo advirtió a la Madre, presentándole la carta.

—¿Que venga dentro de quince días? ¡No, no! Dentro de tres meses —decía sonriendo la Madre—, y Catalina corregía al instante suspirando profundamente.

¿Ir ahora a hablar con Don Cagliero? La voluntad está pronta pero, al abrirse la puerta, la joven se echa atrás.

También el Director se queda perplejo al juzgar el caso, tanto más que el baúl sigue en la portería. Al marcharse a Turín, le dice a la Madre: «El tiempo y la oración decidirán».

Muere Don José Cagliero.

El Director General vuelve a Mornese

El 5 de septiembre muere Don José Cagliero, después de haber dejado, tanto en Mornese como en Varazze, en sólo tres meses, luminosos ejemplos de virtud.

Llamado con urgencia llega el Director General, pero desgraciadamente no a tiempo para asistir al querido Don José.

Ante esta nueva tumba las Hermanas sienten más vivamente la ausencia de Don Pestarino. El Director General, sumido también él en el dolor, procura animarlas y les promete quedarse unos días en Mornese, a pesar de haber sido nombrado Catequista de la Pía Sociedad Salesiana.

Y la buena Vicaria, la Madre Petronila, le dice con sencillez: «Podría quedarse usted de Director nuestro...».

Don Cagliero la mira con aquella sonrisa suya paternal y pícara a un tiempo y contesta: «Tendría que dejar otras obligaciones. Contentaos con lo que puedo daros... ¡Haremos muchas cosas, ya veréis!».

Y las hace realmente. Está en todo. Ordena las ocupaciones según los deseos de Don Bosco; da un vistazo a los estudios; se interesa por la música; está con frecuencia en los recreos con las Hermanas y las niñas para alegrarlas al estilo de Don Bosco, y no deja de aparecer

incluso cuando permite a la comunidad ir a pasar una media hora larga en la viña de Don Pestarino.

En una de estas ocasiones —cuenta Sor Enriqueta— nos mandó sentar en el suelo y se puso a contarnos algunos hechos y entre otros, que en su primer año de misa, una mañana, mientras celebraba, se dio cuenta de que el monaguillo que le ayudaba se ponía pálido y tembloroso. Vuelto a la sacristía, el pequeño acólito, impresionado, lo tomó de la mano y le dijo:

—Don Cagliero, ¿se encuentra mal? En el momento de la elevación salía sangre del cáliz y le chorreaba por las manos.

—Esto sucede todas las mañanas y tú ¿cómo es que sólo lo has visto esta vez? ¡Si fueras más bueno lo verías siempre!

—El niño se tranquilizó, sin hacer realmente ningún acto de soberbia.

Nosotras queríamos saber quién era aquel monaguillo y decíamos nombre tras nombre, pero Don Cagliero respondía siempre: ¡No, no!

Finalmente sale el nombre de Don José Cagliero y entonces el Director General se levanta de pronto diciendo: ¡Hijas, hijas! Por esto comprendimos que habíamos acertado y que, ya desde niño, Don José Cagliero era un verdadero santito.

Don Cagliero admira la intuición espiritual de la Madre

Entreteniéndose tan afablemente con las Hermanas Don Cagliero tiene ocasión de convencerse cada vez más de que María Mazzarello, a las dotes naturales de piedad y de intuición educativa, une un gran interés por imitar en todo a Don Bosco.

Ve ahora muy claro lo que la Madre había dicho un día, cuando el Instituto estaba aún en sus comienzos y su porvenir era bastante incierto: «Si por un imposible Don Pestarino abandonara a Don Bosco, yo me quedaría con Don Bosco».

Y entiende por qué Don Pestarino gozaba de tanto desprendimiento previendo el bien que María Mazzarello podría hacer, también por esto, en manos de Don Bosco; ella, que tan enteramente penetraba su espíritu.

Pero con toda su buena voluntad Don Cagliero no puede permanecer mucho tiempo en Mornese, especialmente en este tiempo de Ejercicios Espirituales; por eso Don Bosco manda a substituirlo a Don Cipriano, el prometido profesor de matemáticas, el cual, como

buen salesiano, hace las vacaciones de verano cambiando de ocupación y mientras respira los sanos aires de las colinas mornesinas llena un hueco en el colegio y da clase al clérigo Campi y algunas horas diarias a las dos estudiantes Sor Emilia y Sor Rosalía.

Al despedirse el Director General les dice a las Hermanas: «De momento habéis sido complacidas; para después voy a buscaros uno de los que entran pocos en libra. Vosotras rezad mucho y ya veréis cómo Don Bosco encontrará una vez más el apropiado para esta casa».

El nuevo Director Don Costamagna

El día 6, primer martes del mes consagrado al culto de los Angeles custodios, llega el nuevo Director que deberá ser el ángel tutelar visible de la casa: Don Santiago Costamagna.

En los Capítulos que han tenido los salesianos este año en Lanzo, Don Bosco, de tanto en tanto, se detuvo en un pensamiento y dijo: «Hay que resolver lo de Mornese». Cuando fue a Lanzo para los Ejercicios Espirituales y vio el fervor de sus hijos, llamó a uno de los directores y le dijo:

—¿Te has fijado en Don Costamagna? Serviría muy bien para Mornese.

—¿Le parece? ¡Pero... es tan vivo...! Y estar allí él solo... No obstante, si usted lo manda él irá ciertamente. Aquí lo hace bien: es el predicador ordinario de esta zona y el teólogo Albert, vicario de Lanzo y sabio valorador de los hombres, se sirve de él con gran provecho.

Don Bosco escuchó y después lo expuso en el Capítulo para tomar una decisión. No obstante, en una cosa de tanta importancia, quiso oír también el parecer de Don Costamagna. Y he aquí que un día, paseando tranquilamente por una de las hermosas alamedas que dan al valle del Stura, Don Bosco se detiene y volviéndose a Don Costamagna, que está a su lado, le dice:

—Don Costamagna, ¿irías a Mornese?

—¿A qué?, ¿a morir? (Por la muerte de Don Pestarino y después de Don Cagliero, por aquellos días solían decir bromeando: «¿Qué se hace en Mornese? ¡No se hace más que morir!».)

—Esto será cuando Dios quiera. Por ahora tengo que decirte que *multa tibi debentur certamina!* ¡Aún tienes que librar muchas batallas...! ¿Has estado ya en Mornese?

—Hace diez años, cuando fuimos de paseo por primera vez: des-

pués, para mi primera misa, con Don Fagnano; después, en mayo de 1870, para la primera misa de Don José Pestarino.

—¿Y si tuvieras que ir de Director?

—Pero... Yo creo que causaría aquí un poco de trastorno.

—Para Lanzo se puede proveer fácilmente; lo importante, por ahora, es mandar uno seguro en todo sentido a Mornese. Yo creo que tú lo harías bien.

—Si así lo cree usted, lo creo también yo y no opongo ninguna dificultad.

Don Bosco escuchó con complacencia este lenguaje tan resuelto y sumiso y después, recomendándole que rogara al Señor, le dijo que estuviese preparado ¹⁶.

Ahora Don Costamagna viene de I Becchi, donde ha ido a predicar la novena y fiesta de la Virgen del Rosario, y acompaña a una sobrina del Fundador, María Bosco, que se quedará como educanda.

«Esperamos —se dice en Mornese— que venga aquí no para morir, sino para vivir.»

La pobre Sor Rosalía, en cambio, está nerviosísima. ¿Cómo se presentará delante del Director? Es aquel Don Costamagna a quien, siendo niña, hizo entrega del famoso paquete de caramelos de carbón y de quien recibió aquella amenaza en San Silvestre: «¡Me las pagarás!». Ahora es su superior y ella escapa en cuanto lo oye llegar. Pero sus temores cesan pronto. El Director, o se ha enterado de su temor por otros, o lo ha advertido él mismo; por eso, en cuanto tiene ocasión de visitar la clase donde ella estudia, le entrega una estampita del buen Pastor y le dice: «Mira, esta ovejita eres tú».

También con otras deberá ejercitar casi en seguida su oficio de consolador.

Don Bonetti, en Mornese

Don Bonetti, Director de Borgo San Martino, llega a Mornese para ver si las Hermanas asignadas a aquella casa están preparadas. Desde que Don Bosco habló de esta primera casa que se ha de abrir, mostrando con su paternal bondad la utilidad de la presencia de las Hermanas en una casa salesiana y cómo la Hija de María Auxiliadora

¹⁶ Cf G. B. FRANCESA, *Suor Maria Mazzarello e i primi due lustri delle FMA* (S. Benigno Canavese, Libreria Salesiana Editrice 1906) 235-237.

debe sentirse contenta de poder trabajar por las almas evitando a los sacerdotes preocupaciones de orden material, la Madre eligió a las Hermanas y se encargó de proveerlas al menos de las cosas más indispensables.

Ya está todo a punto, pero el momento de la separación será doloroso, ya que todas sienten esta despedida como un gran acontecimiento.

Don Bonetti ha hecho la descripción lo mejor que ha sabido: que la cocina es amplia, muy iluminada y ventilada; que Don Bodrato, como buen Ecónomo, les ha preparado una hermosa residencia; que esta primera casa es el primer anillo de una gran cadena...

Lloran las que han de partir y se conmueven todas las demás.

Don Bonetti parte de nuevo recomendando que se den prisa, porque desea que los jóvenes lo encuentren todo a punto cuando lleguen.

Hacia la nueva colmena

Don Cagliero, cuando llega él mismo para acompañar a las Hermanas a su destino, alegra un poco los ánimos diciéndoles: «Aquí sois ya demasiado numerosas; las destinadas a Borgo San Martino son el primer enjambre que sale en busca de una colmena. Pero vosotras la colmena la encontráis ya preparada y ¡con qué esmero! A Don Bodrato ya lo conocéis, es de Mornese; en Don Bonetti tendréis un experto director espiritual. Os encargaréis también de la cocina y de la ropería de los alumnos, pero podréis abrir también un taller para las niñas y el oratorio festivo; habréis de pensar en la catequesis. ¡Aniuno!, yo mismo os acompañaré hasta allí...»¹⁷.

Las elegidas son, por ahora: Sor Felicina Mazzarello como Directora, Sor Angelina Deambrogio y Sor Carlota Pestarino. En cuanto estas estén orientadas y se den cuenta de las necesidades, irán otras.

La Madre les enseña también aquí con el ejemplo cómo debe comportarse una religiosa a la hora de la separación: «¿Don Bosco lo quiere? Lo queremos también nosotras», y la marcha queda fijada para el día 8.

La Madre precede a las Hermanas en la salida del colegio y las acompaña hasta Gavi, hasta la carretera de la Virgen de la Guardia. Está emocionada, pero no deja de recomendarles el respeto a los su-

¹⁷ Anexo n.º 25 a, b.

periores, el ver en todos ellos a Don Bosco, el trabajar y sufrir de buen grado y el conservar el espíritu de sencillez y de pobreza.

Don Cagliero, según lo prometido, las acompaña a su destino y con bondad y con sus atenciones parece que quiera recompensar el haber cooperado a arrancarlas de Mornese. En la estación está Don Bonetti esperándolas y en cuanto llegan a casa les sirve un refresco y llevando él mismo la luz, pues ya es de noche, las conduce a visitar sus dependencias. El Director General cena con ellas¹⁸.

Nuevas separaciones

En Mornese, donde se sufre incluso por la salida de una postulante, es muy sentido el vacío de las Hermanas de Borgo con las cuales se tienen estrechas y continuas relaciones caracterizadas por el afecto fraterno.

Apenas colocado en su sitio y ordenado lo más indispensable, la Directora de allí escribe pidiendo Hermanas que ayuden en el excesivo trabajo. La Madre le asigna la novicia Inés Ricci, más aún, la acompaña ella misma a últimos de octubre. Van también con ella las dos Hermanas que han de desplazarse a Turín para los exámenes de otoño, y no falta la compañía del Director Don Costamagna.

Por un retraso del tren llegan a Borgo cuando en el colegio duermen todos. Don Costamagna se ve obligado a llamar reiteradamente, y hasta a armar un gran barullo para despertarlas. ¡Qué alegría para las Hermanas cuando oyen en la calle la voz de la Madre!

La Madre, por primera vez en Turín

A la mañana siguiente, la pequeña comitiva, sin Sor Ricci, parte de nuevo para Turín: a las dos estudiantes les urge llegar pronto y quitarse de encima a ser posible el peso de las matemáticas.

La Madre va finalmente a contemplar la hermosa Virgen de Don Bosco, Madre suya y del Instituto, a la querida Auxiliadora, tantas veces soñada en sus efusiones de oración filial; habla con el Fundador, que le enseña la casa y después, con las dos Hermanas, va a hospedarse a las religiosas de Santa Ana. No las ha vuelto a ver desde que salieron de Mornese y la acogida es efusiva por demás.

¹⁸ De las declaraciones de Sor Carlota Pestarino, de otras Hermanas y del mismo cardenal Cagliero.

En el santuario de Valdocco hubiera querido tener a su lado a todas sus hijas. Con gran fervor ruega por ellas a la Santísima Virgen en aquel mismo sitio donde tuvieron lugar las prodigiosas apariciones al Fundador y las conmovedoras manifestaciones de su poder y de su amor maternal.

A su regreso a Mornese es recibida con todo afecto por la comunidad, que por primera vez se había quedado unos días sin su Madre amadísima y aplaudía a las primeras Hermanas que habían conseguido el título de maestras. La Madre, con el alma llena de todo cuanto ha visto y oído, lo explica a sus hijas y reparte a cada una un recuerdo de Turín: la medalla recibida de Don Bosco y algunos caramelos de las Hermanas de Santa Ana.

La alegría brilla en sus ojos con solo nombrar la iglesia de María Auxiliadora, el Oratorio, al Fundador y Padre, y algunas sabias disposiciones revelan todo lo que ha captado en su estancia en Valdocco.

Los exámenes han ido muy bien; las dos maestras atribuyen el mérito a la ayuda de María Auxiliadora y se disponen a ordenar las clases como desea el Director.

La primera Hija de María Auxiliadora nombrada maestra del pueblo

Sor Emilia Mosca se encargará de la clase de las educandas y de las Hermanas que tienen que prepararse para los exámenes, continuando Sor Jandet con las menos preparadas. Sor Rosalía Pestariuo tendrá la clase de las externas y será de hecho la primera maestra nacional del Instituto, no bastando ya Angela Maccagno para todas las alumnas; entretanto se pide y se obtiene para Sor Emilia Mosca el nombramiento de maestra del pueblo para las clases obligatorias.

Fiesta de Todos los Santos: un pensamiento de la Madre

La fiesta del primero de noviembre le ofrece a la Madre una nueva ocasión para exhortar a sus hijas a la santidad: «También nosotras, mis queridas Hermanas, estaremos un día en la gloria», dice con frecuencia, y añade: «¡Qué consuelo tan grande poder tener también nosotras un corazón para amar al Señor y demostrarle que lo amamos sufriendo con paciencia y de buen grado las pruebas de la vida!».

Las Hermanas están de tal modo conquistadas por el entusiasmo de la Madre que a su vez lo comunican, dentro y fuera del Instituto, repitiendo casi las mismas expresiones de la Madre: En una carta a su madre, Sor Elisa Roncallo se refiere explícitamente a las palabras de la Madre: «Es verdad, mamá. Mire, usted puede demostrar a Jesús su amor ofreciéndole con paciencia y de buen grado sus dolores. Sí, únalos siempre a los dolores que sufrió Jesús por nosotros en el Calvario y entonces se encontrará al final de la vida llena de méritos para el cielo»¹⁹.

Un decreto episcopal

Antes de terminar el mes, el Director Don Costamagna notifica a la comunidad que por benévolo decreto de monseñor Sciandra —de fecha 15 de noviembre— el párroco de Mornese podrá recibir también las confesiones de las Hermanas y de las educandas²⁰; por lo que si alguna, para prepararse mejor a la fiesta de la Inmaculada o de Navidad, lo desea, no tiene más que comunicárselo a la Madre y en seguida será satisfecha.

La Madre aprovecha esta ocasión para poner de relieve la bondad de la divina Providencia que se adelanta a nuestras necesidades y deseos, y despierta en cada una sentimientos de gratitud a Dios y a los Superiores.

Novena y fiesta de la Inmaculada

La novena de la Inmaculada es fervorosísima. La Madre recuerda a las Hermanas que puesto que la Virgen es la verdadera Superiora de la casa hay que prepararse a festejarla en su primer privilegio de un modo digno de tan excelsa grandeza. Su amor a la Inmaculada sabe elevar a las Hermanas y a las niñas, completando la obra del Director, que enciende en santos propósitos los corazones de todas.

La fiesta externa será trasladada para esperar a Don Cagliero, que llegará para las próximas vesticiones.

Con su llegada —10 de diciembre— comienza el triduo predica-

¹⁹ Carta de Sor Elisa Roncallo a su madre, del 22 de noviembre de 1874 (Arch. Gen. FMA).

²⁰ El documento original, *Praesentibus nostris litteris facultatem damus*, se conserva en el Arch. Gen. FMA.

do. Dirigiéndose más particularmente a las Hermanas, el Director General desarrolla estos tres puntos: *hacer, sufrir, callar*.

El día de la fiesta —día 13— la capilla se viste con sus mejores galas y en el altar sonríen las bellas corolas salidas, diríase, vivas y frescas de las hábiles manos de la novicia Sor Teresa Preda, florista de profesión.

El Director General realiza la función de la vestición religiosa de siete novicias: entre estas está Catalina Daghero.

La Madre Vicaria y la Madre Maestra no se habrían opuesto a dejarla volver con su familia, dado su carácter bastante cerrado aún, pero la Madre, interrogada por el Director y por Don Cagliero, respondió: «Ya lo he dicho: esta joven debe quedarse aquí, porque *está llamada a hacer mucho bien a las almas*».

Don Costamagna le dijo entonces que se preparara, y esta mañana, Sor Catalina, silenciosa y humilde, al vestir el santo hábito ha recuperado el brillo de sus ojos y la serenidad de la mirada, de aquella mirada que tenía cuando llegó y cuando las dudas y perplejidades no habían empezado a torturar aún su mente.

La plática de clausura remachó la idea de que la verdadera superiora de la casa, según el deseo de Don Bosco, es la Virgen y de que todas deben vivir por consiguiente bajo su dependencia de amor, mostrándose con ella cual hijas tiernas y dóciles que quieren imitarla en la pureza de corazón y en la humildad de espíritu.

Novena y fiesta de Navidad

El Director General se va; sus preciosos consejos: *hacer, sufrir, callar*, escritos en murales, colgados acá y allá en los dormitorios, son un continuo recuerdo de los propósitos hechos durante estos días. Don Costamagna continúa su ferviente trabajo con las almas que le quedan confiadas.

También la novena de Navidad se distingue por un aumento de fervor: Hermanas y niñas preparan con florecillas espirituales la cuna que deberá recibir al Niño Jesús en la santa noche, y la espera de todas está animada de santo afecto. Se exhibirá la estatuita que durante muchos años fue objeto de las más afectuosas atenciones de Don Pestarino, la que el día de los Santos Inocentes, después de la comunión general, solía llevar el querido difunto por todo el pueblo durante la procesión de los adscritos a la Obra de la *Santa Infancia*. Era él el que la había introducido en Mornese y de cuántas industrias se había

servido para hacer amar al Niño Jesús y suscitar el celo por la salvación de las almas. Ahora les toca a las hijas.

En la breve plática de la noche de cada día de la novena, el Director desarrolla los siguientes pensamientos: «Si la Virgen es la superiora de la casa, Jesús es el director. Dejémonos pues dirigir por él; dejemos que nos forme en la sencillez de los pastores y en la inocencia de los niños. ¿No es de ellos el reino de los cielos? Y como para ello necesita ser dueño absoluto de nuestro corazón, amemos a Jesús. Sí, bendito sea siempre el amable Jesús; sea de todos amado, pero amado con un corazón de preferencia, más aún, amado de tal suerte que todos los demás amores se apaguen en nuestro corazón».

Con esta preparación y con las tres misas de la fiesta, la Navidad trae la más sincera alegría, aunque el pensamiento vuelve a menudo a las queridas Hermanas de Borgo San Martino.

Pequeñas industrias de Sor Enriqueta y graciosos episodios

Para alimentar el fervor, Sor Enriqueta Sorbone, de acuerdo con la Madre, concede como premio a las educandas el poder llevar, sin ser vistas, su pequeño obsequio de dulces (en estos días todas reciben alguno) o de fruta a la cuna del Niño Jesús. El ángel del pesebre se los presentará después en su nombre. Una Hermana, más tarde, lo retira todo para distribuirlo nuevamente como postre a las mismas educandas o como regalo a las oratorianas.

Y he aquí un gracioso episodio. Una noche Angelina se dejó llevar de un fuerte capricho y como en estos días el mayor castigo para las educandas era el de privarlas de hacer este ofrecimiento a Jesús, su golosina esta vez no puede ir al pesebre. De ahí los llantos, las consideraciones y la consiguiente enmienda.

Cuando el dolor llega a su colmo y se traduce en promesas, Sor Enriqueta se mueve al perdón y acompaña a su hermanita a la capilla para que haga su ofrenda. Los pequeños dones de las compañeras —tranquilas ya en la cama— han desaparecido de los pies del Niño Jesús y la niña, más mortificada aún, teme que el ángel no vuelva por ella sola, que ha sido mala. Se detiene en oración al fondo de la capilla, cuando he aquí que la sacristana —el ángel sin alas— se acerca para arreglar la cunita y al ver otro dulce más se lo lleva.

Angelina abre desmesuradamente los ojos y se pone a llorar. «¿Cómo...? ¿se lo lleva una Hermana? Entonces... ¡no es verdad que

viene el ángel a recoger nuestras florecillas..., no es verdad que las ofrece por nosotras...!»

Interviene la Madre que, seria y dulce al mismo tiempo, mira fijamente a Angelina desolada y le dice al oído: «El ángel ofrece al Niño Jesús las ofrendas de las niñas buenas, no las de las caprichosas. Jesús no está contento cuando las niñas son caprichosas». Un gran suspiro, con la más sincera promesa, y la fe queda a salvo.

Una noche —estamos a fin de año— las educandas quieren ir todas juntas, como los pastores, a llevar los regalos a Jesús. Se da cuenta de ello el Director, le parece bien y queriendo tomar parte también él en este homenaje de inocencia, en cuanto las pequeñas entonan la canción, añade él el acompañamiento con las más dulces notas del armonio.

De todo sabe sacar ocasión el Director para afirmar el espíritu y dar al colegio un parecido a Valdocco. Joven, culto y lleno de vida, con ansias de santidad y de apostolado, está en todo: piedad, estudio, trabajo, formación religiosa.

La Madre ve en él a Don Bosco, como lo veía en Don Pestarino y en Don José Cagliero, y respeta incluso sus deseos. Pero si alguna vez descubre en él un excesivo transporte de celo, con la sencillez de los santos y el respeto de una humildísima hija, no deja de dárselo a entender.

El saludo religioso

El año nuevo trae a las Hermanas una hermosa novedad.

Un fraile mendicante de Voltaggio le contó al Director que cuando los frailes se encuentran entre ellos, dicen: *Vivat Jesus!* y la respuesta es: *in cordibus nostris semper*.

Este saludo agrada al Director y como es también la jaculatoria de San Francisco de Sales, el gran modelo de Don Bosco, anima a las Hermanas a que la hagan suya, modificándola tal vez o sustituyéndola con otras expresiones más o menos equivalentes, acompañadas por una inclinación de cabeza, ya sugerida por Don Bosco¹. Así, pues, al encontrarse, dirá una:

—¡Viva Jesús!

—¡Siempre en nuestros corazones!, responderá la otra, o bien:

—¡Viva siempre Jesús en nuestros corazones!

—¡Viva María nuestra esperanza!

O todavía más sencillo: ¡Viva Jesús! ¡Viva María!

Y para empezar a saludarse de este modo elige el día del santísimo nombre de Jesús, en señal de mutuo respeto religioso y como homenaje al divino Director de la casa.

Las Hermanas comienzan de buen grado y la primera de todas, la Madre, que en esta breve jaculatoria encuentra un medio fácil para reavivar en los corazones el amor de Dios.

Ella, que va cada día a visitar a sus Hermanas en sus ocupaciones, tiene muchas oportunidades para dirigir su saludo ¡Viva Jesús!; y las Hermanas del taller, con la cabeza inclinada sobre el trabajo, se sienten felices cuando la Madre abre la puerta, las observa un momento y, acercándose ora a esta ora a aquella, dice: «¡Viva Jesús!, ¡Viva María! ¿Has hecho algo que no sea por el Señor?».

¹ *Cronohistoria*, I 251.

Y esto en la cocina, en el comedor, en el huerto...; con ella y por ella el ¡Viva Jesús! da la vuelta a la casa, llevando muchas veces la serenidad a algún rostro un poco preocupado o cansado.

También para ganarse el corazón de las postulantes y novicias, el saludo ¡Viva Jesús! le va de maravilla. En cuanto recibe de ellas la respuesta, y una sonrisa filial, procede sin vacilación alguna y va inmediatamente al pensamiento que las puede dominar, especialmente cuando están menos alegres o apegadas todavía al recuerdo de la familia:

«¿Qué pensabas en este momento...? ¿Recuerdas todavía la meditación de esta mañana...? ¿y el propósito?»

La interrogada la mira con alivio y se prepara a responder, mas la Madre ha seguido ya su camino: no ha esperado la respuesta, pero ha obtenido el fin de dirigir el espíritu ajeno y el suyo a cosas santas.

A veces pregunta: «¿Qué hora es?», y al oír que le contestan: «Madre, no tengo reloj», añade con una dulce sonrisa: «Respóndeme que es hora de amar al Señor». Y si alguna cambia la palabra *el Señor* por *Jesús*, ella añade: «Bien, amémoslo cada vez más».

La Madre observa, trabaja y consuela

Después de visitar a cada una en su lugar de trabajo, como puede hacerlo una tierna madre, se sienta también ella en un rincón del taller y cosiendo con toda diligencia, deja entrever que sigue siendo siempre la misma María del taller de casa Bodrato: diligente, exacta, recogida.

Cose faldas, vestidos, corpiños y amontona trabajo sobre trabajo: ¡benditos encargos que proporcionan el pan a la comunidad! Como aún no cuenta con una habitación particular, sigue escuchando en lugares de trabajo a las que sienten necesidad de una buena palabra, especialmente a las postulantes.

¡Pobrecitas! Acaban de dejar a sus madres y quiere persuadirlas de que también en la vida religiosa pueden encontrar mucho afecto.

Una de ellas, admirada de haber encontrado tanto consuelo y descanso al hablar con la Madre, va a contárselo a Sor María Gastaldo y a Sor Carlota Pestarino, y tanto una como otra le contestan: «También a mí, al principio, me costó mucho habituarme a la vida religiosa; más aún, sentí muchas veces la tentación de volverme a mi casa; entonces me desahugué con la Madre, y una palabra suya me devolvió la paz del corazón. Como las postulantes y novicias de mi

tiempo, tampoco tú tardarás en convencerte de que confiar nuestras preocupaciones a la Madre es como liberarse de ellas».

Durante este mes llegan tres nuevas postulantes. Desde que Don Bosco dijo que hace falta acudir solícitamente al campo del trabajo para hacer guerra al pecado, la Madre reza e invita a rezar para que vengan muchas postulantes. Cada vez que llega una la recibe con particulares muestras de benevolencia y hace lo posible para que no se quede triste y pueda aligerar en seguida su pena, comunicándose con las demás.

Pero a las jóvenes les cuesta habituarse. Algunas se imaginaban una vida menos activa, de más oración, en una palabra, más noncal. Otras, y son las más, sufren por la escasa alimentación y querrían volverse atrás, pero si pueden hablar con la Madre, verla en el recreo, oír sus palabras incisivas y dulces al mismo tiempo, quedan como atadas y piensan que vale la pena sufrir un poco de hambre con tal de permanecer junto a una Superiora tan santa y tan profundamente serena.

Acostumbra a preguntarles: «¿Cómo has venido aquí? ¿Quién te dijo que aquí había religiosas? ¿Hace mucho que querías hacerte religiosa? ¿Qué trabajo te gusta más?».

La postulante habla, se anima, y sin darse cuenta se manifiesta a sí misma, sus costumbres, sus inclinaciones. La Madre sabe cómo tratarla para hacerle amar la nueva vida y sacar el mayor fruto posible de su actividad. Lo mismo recomienda a la Madre Petronila, encargada de las postulantes: «Deja que los primeros días hablen un poco de su familia, de lo que hacían, y tú pregúntales más bien: "¿Cómo es la iglesia de tu pueblo? ¿Se hacen procesiones? ¿Quién es el santo patrono?". Déjalas hablar, hazles hablar y escúchalas con atención».

Frutos de imitación

Las jóvenes, llenas de buena voluntad, se ponen en seguida a imitar a las primeras que han llegado.

Sor Rosalía Pestarino, de postulante, admiraba el fervor de las Hermanas, pero no podía dejar de sentir hambre. Una vez se permitió agenciarse un pedazo de pan, a escondidas, luchando después «como un león», según cuenta ella misma, para acusarse a su tío, el confesor de la comunidad.

¡Pobrecito! ¡Saber que su sobrina pasaba hambre!

«En cambio, cuando se lo dije, hizo como si no lo hubiera entendido, pobre santo.» Pues bien, a Sor Rosalía, ahora, no sólo le basta con lo que le dan, sino que se ha propuesto imitar a Sor Enriqueta Sorbone. Esta come como un pajarito y para seguir un consejo de Don Juan Cagliero se deja siempre un pedacito de pan. Sor Rosalía, a quien se le sirve un poco más porque da clase todo el día, se siente en el deber de dejar un pedazo más grande para no apartarse demasiado, como ella dice, de la mortificación general.

Hace de modo que nadie vea lo que deja, creyendo no ser observada, porque cada una, en cuanto a mortificación, se regula libremente entendiéndose en privado con quien debe. Es casi un hecho ordinario en la comunidad echar agua a la sopa para hacerla menos gustosa y añadir de cuando en cuando un poco de ceniza para expiar alguna falta personal ².

Echar agua fría en la sopa: es lo menos que hace a diario la Madre, con el pretexto de que no la puede tomar tan caliente; y si ella o hace no hay razón para que se abstengan de ello Sor María Grosso y sus novicias.

¿Y beber el agua en la que se han lavado los platos? Cosa repugnante, pero ¿no lo ha hecho también Sor Enriqueta, imitada por Sor Emilia, que parece no darse cuenta siquiera de lo que le ponen en el plato?

Con espíritus de esta talla tiene razón Don Bosco en decir que el Instituto se extenderá y hará un gran bien.

Pobres, pero alegres

Ahora la Virgen permite que sus hijas pasen estrecheces, pero no las abandona. A veces, la Madre dice a la comunidad: «Hermanas, no hay en casa ni pan ni trabajo: pidamos a Dios que nos mande lo uno y lo otro». Casi siempre, el mismo día o al día siguiente exclama contenta: «Hermanas mías, alegrémonos, la Providencia ha llegado, demos gracias al Señor».

A veces el trabajo es urgente y alguna querría ausentarse del recreo comunitario para adelantarlo, pero la Madre quiere que todas participen en él de forma activa. Otras veces la Providencia deja los ánimos en suspenso: el pan que traen de Gavi no llega a tiempo para la comida. La Madre se muestra apenada y rememora con tal efica-

² Anexo n.º 25 c.

cia las palabras de Santa Teresa: «¿Y si un día fuera a la mesa y me encontrara sin pan?», que suscita en las Hermanas el deseo de sufrir hambre antes que verla preocupada por ellas.

Como en una buena familia, van todas juntas a fregar la vajilla, haciendo cada cual su parte, incluso canturreando; se prepara el comedor y después, todas acuden debajo del pórtico, si brilla un buen sol, o en el corredor de la planta baja, a saltar y a jugar. La primera es siempre la Madre.

Un día observa que una novicia está apoyada en la pared de la capilla sin participar en el juego. La Madre se le acerca y le pregunta:

—¿Qué haces aquí?

—Madre, pienso en Jesús, que está tan solo en la iglesia.

—¿Solo? Si están los ángeles adorándolo, y todos los santos, y su Madre, la Santísima Virgen...

A nosotras el Señor nos pide ahora que hagamos el recreo, quiere que nos recreemos. ¡Animo!, ven con nosotras y haz como hacen todas.

¡El poder de la Regla! La que siendo «Hija de la Inmaculada» sacrificaba a gusto no sólo los recreos, sino incluso el sueño para pasar un rato con el Señor, forma ahora a las demás a la renuncia de esa satisfacción en aras del cumplimiento de un acto de comunidad.

La obra del Director

El Director ha comprendido el tesoro que Dios regala a Mornese en la Madre y se propone pulirla como un diamante.

Conoce su sed de humildad y no le ahorra humillaciones: por una nonada, la reprende delante de las Hermanas con una viveza que molestaría a cualquier otro carácter, ya templado, que no fuera el de la Madre, tan llena de respeto hacia el sacerdote y hacia la autoridad.

Pero el Director debe haber tomado por programa insistir siempre en la sencillez fuerte y humilde, porque esto es lo que quiere de todas, Hermanas y niñas. Le es habitual el estribillo «¡Todo por el Señor!» y cuando le parece que los labios de alguna, si no el corazón, se resisten un poco a repetirlo con el mismo abandono suyo, llueve entonces «una solemne filípica —dice Sor Rosalía Pestarino— para hacernos comprender que todo, absolutamente todo, debe hacerse por el Señor».

Por Sor Rosalía Pestarino tiene un cuidado especial. Convertida de hecho, no por nombramiento, en maestra del pueblo, dando clase

en las mismas dependencias del colegio, le cuesta todavía un poco estar en contacto directo con niñas a veces poco aseadas y muy frecuentemente con nidos de parásitos en la cabeza. Los primeros días se mantenía un poco a distancia de las niñas, pero después sintió remordimiento y fue a acusarse al Director. «Ese es tu puesto —le dijo—; éstas deben ser tus preferidas. ¡Pobre de ti si muestras repugnancia por estas cosas! ¿Qué importan los parásitos? Las niñas tienen un alma hermosa; busca las almas y no pienses en lo demás.»

Y como queriendo recompensarla de este sacrificio, no pequeño para ella, le enseña a hablar filialmente con la Virgen. Más aún, para hacerle más sensible esta devoción quiere que todas las mañanas, antes de la clase, abra la puertecita de la hornacina donde hay una virgencita de yeso y le encomiende a sus alumnas; que ofrezca después durante el día algunas comuniones espirituales, en agradecimiento por la comunión sacramental de la mañana, y por la noche se despidá de la Virgen y cierre la hornacina.

«El celoso Director —añade Sor Rosalía— quiere que se hagan muchas comuniones espirituales. ¡Pobres de nosotras si pasa el día sin que hayamos hecho al menos cinco por la mañana y otras tantas por la tarde! Hasta de noche, según él, debemos despertarnos para unirnos espiritualmente a Jesús, y nos indica el medio de hacerlo. Así es que también yo me metí palos en la cama y Sor Teresa Laurentoni se puso una tira de ladrillos para que le hicieran de despertador.»

Don Costamagna no descuida nada: sumamente activo, con una vida exuberante y necesitada de expansión, trasladado de un colegio de niños a dirigir a unas Hermanas llenas de muy buena voluntad, pero inexpertas en muchas cosas, mete mano a todo: ejercicios de piedad, clases, higiene, urbanidad.

Hasta ahora, las Hermanas rezaban el *tedeum* al levantarse, en acción de gracias por la vida y los dones recibidos del cielo; ahora, el Director les enseña una oración más breve: el *benedicamus Domino*.

Variaciones en las prácticas de piedad

Se había abolido la costumbre del rezo de las tres avemarías junto a la cama antes de acostarse y esto había suscitado un poco de pesar en algunas. El Director, en compensación, dispone que, por la noche, en el dormitorio, reciten en voz alta, a dos coros, una oración especial por diez veces consecutivas. Uno de los coros dice: «Dios mío,

me ofrezco toda a vos para que hagáis de mí lo que os plazca», y el otro coro responde: «Todo nuestro amor sea por vos». Sigue, en vez del *gloria patri*, la jaculatoria: «Bendita sea la santa e inmaculada Concepción, etc.». Así por cinco decenas, como un rosario.

El libro de oraciones continúa siendo para muchas *Un libretto ed un tesoro*, o sea, *La figlia devota di Gesù Sacramentato e di Maria SS.ma e amante della propria perfezione*, de Carlos Fogliano. Se usa para las oraciones de la visita al Santísimo Sacramento y para las reflexiones e intenciones piadosas que, sabidas ya de memoria, resultan fáciles incluso para las que todavía leen con dificultad.

Con el consentimiento de Don Bosco se introduce una pequeña variación en las prácticas de piedad: por la mañana, al entrar en la iglesia, el rezo de las oraciones en común; al final de las mismas, la santa misa seguida en silencio hasta el *pater noster*; luego, un canto de preparación a la comunión. A la misa le sigue la meditación, que se concluye con la conmemoración del primer dolor de la Virgen y el canto de la jaculatoria *Os doy el corazón y el alma mía, Madre de mi Jesús, Virgen María*.

La Madre Petronila dice: «En Mornese se dio siempre mucha importancia a la conmemoración de los dolores y gozos de la Virgen, en las horas establecidas, porque Don Bosco dijo que nos la había fijado para determinados momentos del día, con la intención de que pudiéramos unirnos a la oración que hace la Iglesia en las llamadas Horas canónicas y que, por lo tanto, esta oración adquiere mayor valor, ya que se hace en unión de los sacerdotes, de los canónigos de las catedrales y de los religiosos de coro».

Por la tarde, la visita de regla se hace a continuación del recreo del mediodía; la lectura, a las 4,30 y el rosario, antes de la cena. El Director se encuentra siempre presente en la iglesia, y si algún fallo se escapa en la oración o el tono de la voz no es el que él desea, la corrección es inmediata y en presencia de Jesús mismo.

Esto, naturalmente, las mantiene siempre atentas a todas, incluso a las niñas, que se vuelven cada vez más recogidas y piadosas, sin perder por esto nada de su vivacidad. «Las hijitas —así las llama la Madre— podrían ser todas postulantes, de tal manera viven la vida de familia y toman parte en toda clase de trabajos.»

A lavar al río

Van también al Roverno una vez al mes para la colada, contentas de la diversión y felicísimas de poder conseguir un puestecito junto a la Madre, la cual, cuando falta *Cinín*, conduce ella misma el borriquillo cargado de ropa, y es siempre la primera en empezar y la última en dejar el trabajo, a menos que no se encargue ella de preparar la comida, y entonces es una fiesta.

En el pueblo nadie echa cuenta, por el contrario...

En la alquería más próxima al molino piden prestada alguna cazuela y cuando se necesita, también la olla de barro para la polenta y la madera para hacer los *gnocchi* *. Sí, la bondad de la Madre llega hasta esto: no sólo soporta, como las demás, el cansancio del camino, que es largo y difícil, y el peso del lavado, inclinada sobre la piedra, restregando la ropa bajo los rayos del sol; quiere también restaurar las fuerzas de sus hijas con una comida mejor de lo acostumbrado, preparada al aire libre. Las educandas encienden el fuego, pelan las patatas, ayudan a la Madre a hacer la masa... y, entretanto, cantan con ella las bonitas canciones que les ha enseñado el Director.

Al anochecer, regresan felices al colegio, precedidas por *Cinín*, que guía el jumento cargado con la ropa ya seca y doblada; las acompañan y siguen las oratorianas, que al enterarse de la excursión bajan al Roverno para ayudar, o salen a su encuentro contentas de ver una vez más a la Madre y a las Hermanas y de acompañarlas hasta el colegio, para jugar y saltar un poco en el patio, fuera de horarios y de programas.

El carnaval santificado

El carnaval, como todo lo demás, se santifica con un especial empeño. No se habla ya de bailes, sino de comuniones, de oraciones, de adoración a Jesús Sacramentado. Por la tarde, cantos y juegos en el oratorio, siempre concurridísimo, y bromas, y *carreras de sacos*...

Todo sirve para mantener alegres a los de corazón sencillo: una nonada le basta a quien sabe que es amado de verdad, y las niñas de Mornese están tan seguras de sus Hermanas, que prefieren incluso los *agnolotti* (especie de ravioles) del oratorio a los de su familia. Las mayores, las Nuevas Ursulinas, que han contribuido más que ninguna a llevar alguna cosa para estar y hacer estar alegres, dicen a veces bromeando a Sor Teresa Pampuro y a Sor Rosina Mazzarello, las coci-

* Pasta, a base de patata hervida, harina y huevo.

neras: «Estos *agnolotti* no están buenos..., les habéis puesto demasiada berza...». A veces recurren a la Madre, su antigua compañera: «*Main*, Sor María..., Madre, ¿por qué no has mandado poner huevo en los fritos...?», y mientras tanto comen, cantando y ayudando a conservar en los debidos límites la alegría del grupo.

Otras postulantes.

Vocación de obediencia

Marzo comienza con la entrada de una postulante: Ana Tamietti, hermana de un salesiano. ¡Da gozo ver llegar a Mornese a las parientes de los hijos de Don Bosco! ¿No será una señal más clara aún de que la Virgen considera las dos instituciones suyas como una sola cosa y que las dos ramas son igualmente agradables a su corazón?

El día 10 viene a engrosar las filas de las postulantes la hermana de Sor Rosina, y sobrina de la Madre Petronila, Teresina Mazzarello.

Teresina es una flor cultivada por el Director General Don Cagliero. Estando él en Mornese, por la fiesta de la Inmaculada, al pasar una mañana por delante de la casa de Petronila vio a la puerta a Esteban, hermano de ésta, en compañía de su hija Teresa y, bromeando, le dijo: «Esteban, danos también a esta hija tuya para la Virgen». Esteban, con toda humildad, le contestó: «Sí señor... si la Virgen la quiere...».

Al llegar al colegio, Don Cagliero llama a Sor Petronila:

—Vete a casa de Esteban y tráete a tu sobrina.

—¿A Teresina? ¿Para qué?

—Para hacerla Hija de María Auxiliadora.

—¡Es muy joven! Aún no tiene los quince años.

—¡Vete a por ella y tráemela cuanto antes!

Petronila va y la encuentra abrevando los bueyes.

—Deja eso y vente al colegio.

—¿Para quedarme allí?

—Sí, para quedarte. Lo ha dicho Don Cagliero.

La joven deja el pozal y va a arreglarse un poco, mientras su tía, con el permiso de la madre de Teresina, se va al arcón a proveerla de un poco de ropa.

Por el camino, Teresina no pone más que una objeción:

«Voy muy a gusto, pero me da vergüenza. Vosotras ahora sabéis muchas cosas... y yo no sabré siquiera cómo comportarme en la mesa.»

Desde el pasado diciembre (1874) ha estado en el colegio, junto

a su tía, ayudando aquí y allá a las Hermanas: ahora ha adquirido las costumbres del Instituto y lleva al postulante su candor y su gozosa obediencia.

Novena de San José. Una rosa para el cielo

Este mismo día 10 comienza la novena a San José y la Madre aconseja a la comunidad que la haga con mucho fervor para obtener dos gracias: la mejoría, si es posible, de la buena Sor Rosa Mazzarello, que está muy enferma, y que el pródigo San José, aceptando el cargo de ecónomo del Instituto, ayude a pagar las deudas que se acumulan cada día más.

El lunes, 15, la querida Sor Rosa Mazzarello despliega el vuelo para la eternidad, que es su único deseo. En la breve enfermedad, la Madre ha permanecido a su lado continuamente, con todas las industrias de su corazón de superiora y amiga: hubiera querido ofrecerle todo lo que pensaba que podía aliviarle el sufrimiento, pero la querida enferma no tenía nunca necesidad de nada, todo le parecía demasiado y decía que tenían con ella excesivas atenciones. ¡Y eso que en su familia había gozado de cierto bienestar!

Era Hija de la Inmaculada, una de aquéllas que, atraídas por el fervor de *Matín*, la habían seguido en nombre de Don Bosco y de María Auxiliadora. Humilde y activísima, cuando gozaba de buena salud, fue siempre un brazo fuerte para la Madre y para la comunidad: en la enfermedad enseñó cómo se santifican los sufrimientos y cómo la religiosa de buen espíritu espera con ansia la muerte, que debe unirla a su Jesús.

Su muerte es realmente envidiable, pero estos vuelos son demasiado frecuentes y las que se quedan, sufren mucho.

También los mornesinos lo sienten, porque era conocida y amada por todos.

Nuevas perplejidades

En casa vuelve a repetirse la pregunta de si estas muertes no serán debidas a la excesiva escasez de alimentos. Desde Turín, Don Bosco escribe diciendo que se estudie si no será el caso de conceder algo más y mejor en la comida.

La Madre Superiora no quiere sustraerse al consejo de Don Bosco, pero tampoco quiere abrir camino a exigencias materiales que puedan denotar un cierto debilitamiento del espíritu, y recurre a un expediente que, al tiempo que exprese a Don Bosco la buena disposición general de las Hermanas, no disminuya en ella el mérito de la obediencia.

Escribe, por tanto, una carta a Don Bosco, y después de haber consultado a cada Hermana la invita a firmar, si es que lo aprueba. Une a su carta el folio de las firmas y lo envía todo a Turín.

Fiesta de San José

La fiesta de San José encuentra los corazones bajo el peso del reciente dolor; no obstante, las funciones de iglesia son solemnes y se reza al poderoso santo con el afecto acrisolado por la fe y por la necesidad.

También las funciones de la Semana Santa, oficiadas por el Director y el clérigo Campi, son ricas de fervor, y no son pocas las lágrimas derramadas el Viernes Santo, cuando el Director hace el *via crucis*. Todavía están llenos los corazones del recuerdo de Don Pestarino y el dolor se ha acrecentado por la reciente muerte de Sor Rosa, cuya presencia sigue viva en el ánimo de todas.

Marzo ha traído cinco postulantes, que se añaden a las cuatro que llegaron en enero y febrero, pero el Director dice que Don Bosco necesita muchas más, porque hay muchas obras que esperan a las Hermanas.

María Belletti, postulante

Estamos apenas en el tercer día de abril y entra como postulante María Belletti, una educanda por la que la comunidad tanto ha temido y rezado. Sólo tiene dieciséis años y medio. Entró como educanda el 3 del pasado noviembre, a disgusto, porque se había forjado otras ilusiones. Huérfana y rica repentinamente, por la herencia de unos parientes, se entregó al lujo y a la diversión, y hubo quien se atrajo en seguida su corazón con aficiones terrenas. Pero el Señor, que había puesto su mirada paternal en la huerfanita, dispuso providencialmente que los suyos, preocupados, la condujeran al colegio de Mornese para mejorar su educación y apartarla de los peligros.

Por sus costumbres mundanas se dedujo en seguida que la formación costaría mucho trabajo, ya que su corazón, aunque no corrompido, se mostraba reacio a la devoción y contrario a una vida ordenada y virtuosa. La disciplina colegial le pesaba; en el taller perdía el tiempo, y cuando se acercaba la Hermana ocultaba con presteza lo que tenía entre manos para tomar entonces el trabajo, que descansaba siempre en su falda. El estudio no le gustaba; en la iglesia estaba de mala gana y con aire distraído. La comida no era de su agrado, pero se resarcía después con la fruta que un individuo, que se hacía pasar por primo, le mandaba continuamente en grandes cestas bien provistas y que representaban una buena ayuda para todas.

Se tenían con ella algunas atenciones, porque el tutor así lo quería correspondiendo con una buena pensión mensual, pero hubo un momento en el que se creyó necesario devolverla a la familia para que su ejemplo no perjudicara a las demás.

Sor Enriqueta, que ahora más que nunca se encarga de la disciplina de las niñas, empieza a seguirla con particular atención día y noche, y se gana su afecto, mientras la Superiora ordena oraciones especiales a San José para obtener luces al respecto. El Director añade su palabra: «San Francisco de Sales dice que cuando hay fuego en casa se echa todo por la ventana: procuremos encender en ese corazón el fuego del amor de Dios y habremos ganado la causa».

María Belletti no sabía nada de esa piadosa conjura y continuaba con sus ligerezas; pero una noche oyeron que lloraba entre sueños y, despertándose, empezó a gritar de tal modo que asustó a las compañeras y a las Hermanas: quería confesarse y, además, en seguida.

Había soñado que el demonio quería estrangularla a causa de sus pecados y no se calmó hasta que le concedieron lo que deseaba, a pesar de la hora intempestiva.

Terminada la larga confesión, siguió llorando el resto de la noche.

A la mañana siguiente, la Madre le habló con dulzura; consiguió calmarla y guiarla acto seguido a la reforma de sí misma, permitiéndole aún muchas cosas y secundándola incluso en su vanidad, hasta donde era posible sin perjuicio de las demás.

La joven obedecía con empeño y trabajaba enérgicamente sobre sí misma, de modo que en breve, por convicción y espontáneo razonamiento, abandonó el lujo, las vanidades, las locas fantasías y se entregó al bien con todas sus fuerzas.

Rehuía, no obstante, a las Hermanas, «porque (confesaba a alguna) podría venirme la vocación y yo no quiero. Buena y seria, sí; pero monja no, eso nunca». Este temor era ya una llamada, y la Madre

hizo, junto con Sor Petronila, una novena a San José, a fin de que diera luz y fuerza a la buena jovencita.

Un día, la arrepentida se presenta al confesor y le dice que le parece ser llamada a la vida religiosa, pero —como ella misma contó a la asistente— la respuesta fue ésta: «No pienses en ello siquiera. Eres muy ambiciosa y no te admitirían».

Tanto mejor, eso es lo que ella quería. Pero la llamada interior se hace más fuerte y la pobrecilla recibe del confesor una segunda y tercera negativa, aunque acompañada esta última vez de un rayo de luz: «Haz una novena a San José y aconséjate después con la Madre».

Comenzó la novena. Al tercer día, María va a confiarle a la Madre su deseo de una manera inusitada en el colegio. Entra donde están reunidas las Superiores, se arrodilla delante de la Madre y le dice llorando: «Madre, soy indigna de ello, pero se lo suplico, acépteme entre sus hijas, sea madre también para mí, verá cómo repararé el pasado y procuraré dar gloria al Señor por todo lo que le he ofendido hasta ahora».

Antes de que la Madre, sorprendida e iudecisa, pueda decir una palabra, de un tijeretazo se corta la hermosa trenza que le cae por la espalda. Las Superiores están conmovidas. La Madre besa la frente de la pequeña Magdalena y le dice con afecto: «Si quieres ser mi hija, yo seré para ti una verdadera madre».

A la pobre joven no se le han ahorrado pruebas... y ahora —3 de abril— se le concede el suspirado ingreso. Un regalo, pues, de San José.

Las llaves de la casa, a María Auxiliadora

El Director quiere que todo este mes sea una preparación para el mes de mayo y para la solemnísimas fiesta de María Auxiliadora.

Quiere emular a Valdocco y para ello ha encargado una estatua de María Auxiliadora para colocarla en la hornacina que la piedad de Don Pestarino ha hecho colocar entre plantas y flores, junto a la capilla. Dispone entretanto a las Hermanas para recibirla con honores de reina, mientras la Madre exhorta a tener a punto la llave del propio corazón para ofrecérsela después, como a Superiora aclamada por la comunidad. Ella misma presentará, además, las llaves de la casa, para que María Auxiliadora sea la dueña absoluta. Como aprobación de todos estos preparativos, la Virgen satisface el deseo general de tener muchas postulantes.

Postulantes de Sondrio... y de Turín

Llegan, en pequeña colonia, de Sondrio. Son jóvenes de aspecto bueno y sencillo, encaminadas al Instituto de Don Bosco por el santo sacerdote Don Guanella. Nunca, hasta ahora, había llegado un grupo tan numeroso, ni de tan lejos: la Madre goza de esto como de una bendición.

Las nuevas postulantes aportan también una ayuda en las estrecheces materiales del momento.

Llega también de Turín una señorita de 63 años, María Bacchialoni: Don Bosco no ha podido denegarle hacer la prueba, por la relación y la amistad que lo une a un hermano suyo, profesor y bienhechor insigne. Con ella llega también una sobrina suya. Las educandas la miran asombradas...; la gente se sonríe cuando la ve salir de paseo en compañía de Marieta Rossi, que apenas tiene quince años. ¿Podrá resistir a esa edad?

La respuesta de Don Bosco

Llega en estos mismos días la respuesta de Don Bosco a la carta sobre el tema del desayuno, acompañada de la firma de las Hermanas. La Madre dice: «Sí: le agrada a Don Bosco la buena voluntad de las Hermanas de mantenerse en su estado de mortificación, pero se muestra paternalmente propenso al desayuno de café con leche. ¿Don Bosco lo quiere así? Pues nosotras tomaremos café con leche al desayuno. Todas, si Don Bosco lo quisiera, estaríamos incluso dispuestas a tomar un pollo y cualquier otra cosa ordenada por él. Somos pobres, pero si obedecemos, la Providencia no nos abandonará».

Piensa, por consiguiente, en la manera de conseguir la cantidad necesaria para comprar una vaca, porque la que les habían prestado por caridad, de la noche a la mañana, ya no sería suficiente ³.

Providencia de Dios. Con la cantidad entregada por las postulantes de Sondrio tiene lo suficiente para comprar la vaca; y cuando se ha hecho la compra (¡cuesta once marengos!), quiere que se la reciba con algo de fiesta y se encargue de ella a la postulante Ana Succetti, que la cuidará con Sor Asunción Gaino. Así, por la mañana, hay leche para todas. La Madre sabe serlo también en este caso. En casa hay algunas debiluchas y enfermizas: pues bien, ella descrema

³ Anexo n.º 13.

un poco la leche para hacer mantequilla para los estómagos más necesitados. La comunidad no se resiente por esto. La caridad y la mortificación se observan y la obediencia está a salvo.

La primera estatua de María Auxiliadora en Mornese

Hacia últimos de abril llega el cajón con la esperada estatua de María Auxiliadora. Hermanas, postulantes y educandas están todas alrededor para abrirlo, para sacar con cuidado la paja del embalaje, a porfía para ver quién será la primera en contemplar el rostro de la Virgen.

Hela aquí. No se puede decir que sea hermosa, pero ¿eso qué importa?; el corazón la ve perfecta, encuentra en ella todas las grandezas reales, y la ama no por lo que es, sino por lo que representa. Todas juntas entonan un canto en su honor y la acompañan procesionalmente a la hornacina, hoy toda adornada de flores.

La flor más hermosa

Llega el hermoso mes de mayo, portador siempre de un aumento de alegría. La Madre, invitada a darles una florecilla, ha respondido: «La florecilla más bonita y más agradable a la Virgen en su mes es renovarse en el espíritu como las plantas en primavera, haciendo con mayor atención y empeño las prácticas de piedad de cada día, sin añadir otras cosas, comenzando desde la señal de la cruz que se hace al levantarse, hasta la última que se hace al acostarse».

El Director ha sugerido que durante la misa se canten los motetes compuestos y ensayados por él.

La serenata a María Auxiliadora

Por la noche, en vez de lectura, él mismo hace una platiquita sobre la Virgen, da la bendición y luego toda la comunidad, si el tiempo es favorable, acude al patio delante de la estatua de María Auxiliadora y canta un motete, acompañado al armonio, medio oculto entre los árboles que sombrean la hornacina. A veces, mientras las Hermanas forman un coro junto a la estatua, las educandas, a cierta

distancia, responden, y el eco expande las dulces notas por los valles, formando una armonía conmovedora.

La novena asume así particular importancia y despierta especial fervor, sirviendo también de preparación para las afortunadas que el día de María Auxiliadora vestirán el santo hábito.

Por un hábito más alegre

Una vestición que trae otras novedades. Cuando Don Cagliero vio a las Hijas de María Auxiliadora con aquella gorra negra, esbozó, como Don Bosco, una sonrisa que quería decir: «¡Hum, veremos lo que dura!». Cuando la vio transformada en blanca, bajo un velo negro, dijo entre dientes: «Eso... ya está un poco mejor». Pero cuando, para empeorar la situación, el hábito de color café, por la acción del sol y de los trabajos se volvía todo rayas y manchas, no pudo por menos de decirle a Don Bosco con su habitual confianza filial: «Don Bosco, si las Hermanas fueran tan feas por dentro como lo son por fuera, ¡pobres de nosotros! ¡La mayor parte de las religiosas de Turín visten de negro!». Don Bosco, con una sonrisa bondadosa y asintiendo con la cabeza, como era habitual en él, respondió: «Se podría probar también esto».

Don Cagliero le había referido el caso a la Madre que, naturalmente, se prestó a hacer la experiencia. Sin dar lugar a gastos, imposibles por entonces, pensó hacer la prueba en la primera vestición.

Utilizó la tela negra de los vestidos recuperables de las postulantes, tiñó de negro los vestidos de color; con la ayuda de un poco de *tibet* de los equipos mejor provistos, la Madre logró confeccionar los hábitos para las nuevas novicias.

El hábito blanco para la vestición

Habiendo teñido de negro los vestidos mejores, ¿cómo hacer para la primera aparición en la iglesia?

Don Costamagna dice que en muchas Congregaciones se viste a las postulantes todas de blanco para la función. Y la Madre resuelve la dificultad con una de sus ocurrentes salidas: «Una enagua blanca, incluso con encajes, se encuentra y también una chambrá. Un velo blanco y la corona lo completan. Todos saben que somos pobres y, además, estamos en Mornese... Probemos».

Una tonsura y una primera misa (23 de mayo)

Gran fiesta desde la víspera, porque habrá también la tonsura del clérigo Campi y la primera misa de Don Modesto Davico, llegado de Sampierdarena.

Por la noche, en el jardín, delante de la Virgen, tiene lugar una bonita iluminación con disparo de cohetes, que llevan la hermosa noticia a todo el pueblo y a sus alrededores, preparando los corazones para el día siguiente, que el Director quiere realmente «portentoso».

Por la mañana, durante la misa, cantos devotos y comuniones, también de las alumnas externas del taller y del oratorio.

Después, la misa cantada de Don Davico. Lo acompañan los acordes magistrales que el Director arranca del armonio y el coro de las alumnas internas y externas ayudadas y sostenidas por las voces de Luisa Arecco y de Sor María Grosso.

En medio de tanta alegría, es imposible dejar de recordar a Don Pestarino, que habría gozado inmensamente en la *primera misa* cantada en su capilla. Y ya ha pasado un año.

El hábito negro

Las doce postulantes vestidas de blanco despiertan la admiración de los presentes, congregados en gran número por ser domingo. Realmente están bien. El recogimiento y la felicidad de su rostro iluminan la sencilla vestimenta. Cuando vuelven después, vestidas de negro, la gente se estremece de emoción y en los contenidos cuchicheos se oye repetir: «Están mejor así».

La ceremonia de la vestición está presidida por el párroco Don Valle, asistido por Don Davico y por el Director, porque la fiesta de María Auxiliadora retiene en Valdocco a Don Bosco y a Don Cagliero. Entre las nuevas afortunadas que hoy empiezan a formar parte de la familia de María Auxiliadora, están la querida y feliz María Belletti, María Bacchialoni —también hoy al lado de Marieta Rossi—, y una tal Luisa Bagliardi, buena y juiciosa, pero algo misteriosa y melancólica, sobre la cual Don Bosco advertía: «¡Probadla bien!». No falta la joven protegida por monseñor Sciandra, Luisa Arecco, resuelta a trabajar provechosamente su carácter difícil pero generoso, para corresponder a los cuidados de la Madre.

Noche espléndida

Por la noche, se repite la ceremonia de la víspera, añadiendo la elevación de globos aerostáticos con las cartas que las hijas han escrito a su Madre María Auxiliadora.

De todo el pueblo han acudido a contemplar el espectáculo y recordarán siempre esta noche de fiesta y de oración.

El trabajo de la Madre en las almas

Para Sor Marieta Rossi también la ceremonia de la vestición ha presentado la ocasión de una victoria sobre sí misma. Se ha puesto su hábito religioso, con la falda toda de añadidos y el corpiño mitad de lana y mitad de forro; con el delantal corto y de un negro a flores —todavía apreciables— y el hermoso velo relativamente amplio y nuevo. Pasadas dos horas, la Madre la llama y le presenta, en sustitución de éste, un velo viejo y remendado que apenas le llega a los hombros. La novicia no pierde por eso nada de su alegría, procurándole, en cambio, mucha a la Madre.

Pero la Madre estaba segura de esta victoria, por haber recibido ya varias pruebas durante el postulante.

Sor Marieta misma nos cuenta: «Yo debo mi vocación a la bondad de la Madre. Mis dos hermanas eran ya religiosas en Mornese y las había visto alguna vez; un día escribí a la Madre si me permitía ir a verlas. Recibida la respuesta afirmativa, me presenté allí con mi madre. Llegado el momento de regresar a mi casa, la Madre me propuso quedarme ocho días más. Así —me decía— si te gusta, podrás quedarte con nosotras y si no, te vuelves a tu casa. Pasados los ocho días, gozando de la benevolencia de todas, la Madre me pregunta:

—¿Te gustaría quedarte?

—Con mucho gusto —respondí yo, sin tener entonces idea alguna de hacerme religiosa—; contenta de estar con mis hermanas, no pensaba en nada más. Pero no así la Madre, la cual, sin que yo lo advirtiera, me observaba, y de tanto en tanto me hacía algunas pruebas para ver cómo las soportaba. Pasaron así algunos meses, y un buen día la Madre me llama, me hace sentar a su lado en las escaleras y me pregunta:

—¿Estás contenta de estar aquí?

—¡Mucho!

—¿Te gustaría quedarte para siempre?

—¡Oh, sí, con mucho gusto!

—Pues bien, te hago ahora mismo el examen de vocación: si te mandara lejos, a una casa donde no estuvieran tus hermanas, ¿irías?

—¡Sí señora, iría!

—¿Y si... y si...?

—¡Sí señora! —respondía siempre a sus propuestas, algunas hasta de difícil ejecución.

—Pues bien —fue la conclusión—, prepárate que también tú harás la vestición.

A la Madre le era suficiente encontrarme dispuesta a todo.

Sor Emilia Mosca es la más culta de la casa y todas recurren a ella, ora para una carta, ora para un consejo sobre la manera de corregir a esta o a aquella niña. Esto es muy del agrado de la Madre y agrada también a Don Bosco, porque aprecian el deseo de las Hermanas de progresar; pero la atenta Madre Superiora (éste es el título más usado desde que tuvo lugar la elección del pasado junio) se pregunta: «¿No habrá que custodiar un poco esas dotes tan brillantes?». De ahí que, aun confiándole tareas delicadas y sirviéndose de ella para la correspondencia privada, la Madre no dirige nunca a Sor Emilia palabras de elogio, no demuestra apercibirse de su valer, de la ayuda que le da, de las esperanzas que despierta; por el contrario... no es raro el caso de que, al repasar una carta, le advierta: «No has entendido mi pensamiento», y luego se la haga repetir a otra, llamando después a Sor Emilia para que la copie. Sor Emilia la copia serenamente, como si no hubiese sido herida lo más mínimo en su amor propio; esto proporciona una doble ventaja: el aumento de su humildad y la común edificación, ya que todo se desarrolla en el ámbito del taller, donde la presencia de la Madre es motivo de serenidad y, para todas, un constante reclamo al deber de la unión con Dios.

Sor Enriqueta, con su candor y su juiciosa actividad, siempre pronta a complacer a las Hermanas y a las alumnas, se ha convertido en el alma del internado. Mcte mano en todos los trabajos necesarios, trabajando y enseñando y, sin perderse en bordados y encajes, hace a sus niñas ordenadas, amantes de las sencillas labores domésticas, capaces y deseosas de saberse cortar y coser su ropa personal y sus vestidos.

De ese modo, espontáneamente, pone en práctica la recomendación de Don Bosco de preparar a las familias y a la Iglesia una juventud laboriosa, piadosa y humilde.

Fuera de clase no abandona nunca a las niñas; en el taller, en el comedor, en el recreo, en el dormitorio..., siempre está con ellas Sor Enriqueta, como buena hermana mayor con las hermanitas; y ellas van, vienen, trabajan, estudian y rezan sin preocuparse de otra cosa que de su deber.

A veces la Madre llama a alguna Hermana, especialmente a las que más les cuesta adquirir esa amabilidad alegre y enérgica al mismo tiempo, que es propia de la educadora salesiana, y acercándose al taller les dice, con gesto materno: «Mira cómo hace Enriqueta». Pero luego, a Enriqueta, sabiendo de quién se trata y lo que quiere conseguir de esta hija suya, le hace incluso observaciones fuertes, a veces en presencia de las alumnas mismas, reservándose después el decir a éstas y a las Hermanas: «Aprended cómo se reciben las correcciones».

Un «postulante» rechazado

En junio, el señor Constantino Sorbone lleva al pequeño César a ver a sus cuatro hermanas. Es un niño que llena de alegría el corazón de todos.

A la hora de partir, no aparece: se le busca, se le llama, se le vuelve a buscar... y se le encuentra llorando, escondido en la garita del perro. Ante la sorpresa de sus hermanas y de la Madre, declara que no quiere irse, porque «quiere hacerse monja» también él.

¡Costó mucho persuadirlo! Sólo lo consiguió la Madre, haciéndole comprender que un niño no puede ser monja; y lo calmó con la promesa de interceder ante Don Bosco para que lo recibiera en el Oratorio y, en vez de una monja, hiciera de él un cura.

Dos nuevas Hermanas estudiantes a Turín

Después de un año de estudio privado bajo la guía del Director Don Costamagna y de Sor Emilia Mosca, en proximidad a los exámenes de magisterio, parten para Turín Sor Enriqueta Sorbone y Sor Elisa Roncallo. Van a probar suerte —como se suele decir—, pero entre las buenas religiosas de Santa Ana, siempre tan benévolas y llenas de caridad con las hijas de Don Bosco y de María Auxiliadora, podrán estudiar con más tranquilidad y salir, quién sabe, favorecidas por la suerte.

No obstante, la esperanza no excluye el temor, ante el cual el

mismo Don Bosco, aunque las anima, tiene expresiones que equivalen a: «Quiere decir que si para vosotras dos no es éste el momento bueno, esperaremos tranquilamente otro».

Primera visita de Don Rúa

El venerado Padre las anima con la promesa de su próxima visita a Mornese para los Ejercicios, y les comunica que enviará algunos días a Don Rúa.

Ninguna noticia mejor que comunicar en seguida a la Madre.

Don Rúa llega, en efecto, y en su calidad de Prefecto de la Congregación Salesiana se interesa en particular de la marcha material: revisa todos los registros, que han pasado a la muerte de Sor Corina a Sor Jandet, ayudada por la postulante Adela David que posee particulares aptitudes para este trabajo.

Don Rúa revisa página por página los bienes inmuebles, las entradas por dotes, por trabajo, por industrias; las salidas por comestibles, por trabajos de albañilería, etc.; hasta redacta el prospecto para la aceptación de las postulantes y de las educandas.

Y, según el caso, orienta y corrige. Al requerirle también su aportación espiritual, confiesa, habla a las Hermanas, hace de vez en cuando una plática en sustitución de la meditación y, por la noche, vuelve a la capilla para dejarles un buen pensamiento después de las oraciones. ¡Qué prácticas son sus palabras, que descienden con tanta eficacia al corazón de las Hermanas!

Gratas visitas

Durante la estancia de Don Rúa, llega de Sampierdarena el Director Don Pablo Albera con Don Guanella; éste viene a ver a su pequeña colonia de postulantes, que son buenas y dóciles en su sencillez, pero les cuesta mucho ambientarse. ¿Será por el clima o por la comida?

Los dos sacerdotes se alternan también ellos para hacer a las Hermanas alguna meditación sobre el Corazón de Jesús, dar la bendición por la noche y hacer a la comunidad el sermoncito de las *buenas noches* en la capilla, conforme a la costumbre de Don Bosco en sus casas.

Después, parten todos; pero ¿cómo dejar de mencionar lo ocurrido a su llegada? Al verlos la Madre acalorados y cansados, le salió

espontánea esta pregunta: «¿Qué podemos ofrecerles?». Y Don Albera, tímido y bueno contestó: «Un poco de café, quizá».

Y llegó el café, el mejor de la casa, no ciertamente de Moka ni de Puerto Rico, sino producto de los campos mornesinos: garbanzos y cebada tostados, y no muy bien. Los dos pobrecitos lo tomaron, pero no lograron disimular su esfuerzo para tragar aquel brebaje caliente, y, comentándolo después con Don Rúa, no podían por menos de repetir, entre risas y compasión: «¡Pobre café, y pobres hijas!».

Un paseo

El mes de junio termina con un paseo al santuario de la Guardia, en Gavi.

Esta meta no es nueva. La devoción de la Madre a la Santísima Virgen la lleva con frecuencia a visitar sus santuarios; se parece también en esto al Fundador del Instituto que pone siempre por meta de los paseos con sus jóvenes, y de su primera visita al entrar en alguna ciudad, un santuario de la Virgen. La novedad está en el hecho de que el Director se encontrará allí para celebrar la santa misa; entonces, el paseo dura todo el día, que transcurre por los montes, en alegre conversación y piadosas canciones, mientras las manos de las más activas, como la Madre, hacen punto de media y otras labores.

Las Hermanas de Borgo San Martino

Las afortunadas Hermanas de Borgo han recibido la visita de Don Bosco, con ocasión de la fiesta de San Luis. No ha podido entretenerse apenas con las Hermanas, pero ha celebrado la misa para ellas, y antes de marcharse ha pasado a saludarlas. Una Hermana tenía necesidad de hablar con él y se lo había dicho también al Director, pero no tuvo oportunidad. Don Bosco, al vérsela delante, leyó en su mirada la pena espiritual que la angustiaba y, sin decirle nada, sólo con mirarla paternalmente, la hizo desaparecer.

«Sólo con la mirada de Don Bosco se disiparon las nubes —declara la Hermana— descendiendo la paz a mi corazón.»

Alguna nube en la comunidad

Aun dentro de un clima de gran fervor de oraciones y de obras, no faltan en la comunidad motivos de inquietud y malestar por las difíciles condiciones de vida.

Son pequeños hechos, quejas mal disimuladas, que no cesan ni aun cuando se hace lo posible por mejorar un poco la comida. La Madre no se turba: y como las medias palabras y los consejos susurrados en tono de superioridad intelectual parecen provenir especialmente de María Bacchialoni, mujer culta y experimentada en las costumbres del mundo, ella cree que realmente Don Bosco ha mandado a esta señora para hacerla Superiora y, en lo que puede, sin faltar a la Regla, trata de secundarla.

También las dos hermanas Arecco, Felicitas, profesa, y María, todavía novicia, propagan un cierto malestar en casa: encuentran defectos y lagunas en las determinaciones de la Superiora y tienden a insinuar el descontento en toda ocasión. Las Hermanas más sensatas y maduras no se dejan sugestionar, pero alguna más desprevenida sí.

El «avemaría» por la paz en casa

Hay que darse prisa en poner remedio y, ante todo, implorarlo del cielo.

Por eso la Madre, al saber por el Director que Don Bosco, en casos semejantes, había dispuesto que toda la comunidad rezara un *avemaría por la paz en casa*, se decide por esta importante adición a las oraciones de cada día. La Virgen, como verdadera superiora, proveyerá.

Por su parte, la Madre no deja de insistir en la necesidad de ser humildes y sumisas. Lo recuerda sobre todo en la conferencia dominical, a la que es puntualísima y en la que quiere que cada una exprese con libertad lo que crea útil para la casa y para las almas.

La platiquita de las «buenas noches» en el jardín

Además, comienza a hacer más regular la platiquita de las *buenas noches* a la comunidad reunida antes de entrar en la capilla para las oraciones. Los sacerdotes, en cambio, era costumbre entonces que dicran las *buenas noches* en la capilla, después de las oraciones.

Ahora que el tiempo es bueno, una vez fregada la vajilla y hecho el recreo, reúne a las Hermanas en torno suyo, delante de la imagen de María Auxiliadora del bosquecillo. Es el momento de los eventuales avisos para el día siguiente; recuerda a algún bienhechor, para rezar por él; expone las necesidades más apremiantes; recomienda este o aquel punto sobre el que la comunidad debe vigilar particularmente. Insiste, sobre todo, en la preparación devota a la santa comunión, en la correspondencia a la gracia de la vocación, y en el deseo que debe animar a toda Hija de María Auxiliadora de hacerse cada día más apta en el desempeño de su misión con la juventud.

Humillación ahorrada

A mediados de julio, sin ser esperadas, regresan Sor Enriqueta y Sor Elisa, *alicaídas*, por el fallo del intento, pero a pesar de todo serenas.

—¿Vosotras aquí? ¿Cómo es esto? ¿Venís con una hermosa calabaza o con la palma de la victoria?

Las dos se apresuran a contarle todo en presencia del grupo festivo que ya les ha hecho corro.

—Perdónenos, Madre —comienza la humilde Sor Enriqueta—; después de haber hecho todo lo posible para confortarla con dos nuevos títulos...

—Don Bosco —continúa Sor Elisa, para dar tiempo a la primera a enjugarse un grueso lagrimón—, nos mandó a decir por el maestro Dogliani que no nos presentáramos a exámenes, porque el tribunal no estaba dispuesto a ayudarnos.

—Y así, concluye la Madre, Don Bosco os ha ahorrado una humillación. ¡Qué Padre tan bueno es Don Bosco para con nosotras! ¿Fuisteis, al menos, a darle las gracias?

—¡Sí, sí! Y nos repitió que estemos alegres, que todo sucede para bien; y al entregarnos este sobre para el Director, nos dijo: «¡Hasta pronto!»⁴.

Ejercicios Espirituales

Don Bosco ha recomendado por escrito al Director que prepare bien a las Hermanas para los Ejercicios Espirituales, que invite a mu-

⁴ De las declaraciones de Sor Elisa Roncallo, Sor Enriqueta y Sor Carolina Sorbone (Arch. Gen. FMA).

chas señoras; y pone los nombres de los predicadores designados.

El Director General llega el 21 de agosto con el Padre Emiliano, Carmelita, y comienzan los Ejercicios.

Están presentes también las Hermanas de Borgo San Martino y muchas señoras.

Don Bosco anuncia los votos perpetuos

En los últimos días viene también Don Bosco y, siempre padre, recibe en confesión y en coloquio privado a todas las que se presentan a él. Después les da una gran noticia. Dice que la Regla manuscrita no habla de ello todavía, pero que está en la intención de la Iglesia el que las Hermanas, después de un trienio o dos de prueba, se consagren a Dios con votos perpetuos. Ahora bien, habiendo transcurrido un trienio para las primeras profesas, al final de estos Ejercicios, con la función de vestición y profesión, habrá también votos perpetuos para aquellas que lo deseen y las Superiores juzguen poder admitir; las demás podrán renovar los votos, aunque alguna...

Se deduce que el Fundador sabe que hay algo de malestar en casa, y quiere hacer comprender el valor de la vida religiosa, de los votos y de la autoridad.

Las Hermanas trienales acuden a él para pedir ser admitidas a los votos perpetuos; y con la Madre Petronila, él, después de exponerle su parecer, concluye: «Pero conviene que oigáis el parecer de vuestra Madre Superiora».

El sábado, 28 de agosto, Don Bosco mismo, asistido por el Padre Emiliano y por sus dos hijos, Don Juan Cagliero y Don Santiago Costamagna, oficia la hermosa función. Da el hábito, negro también esta vez, a quince postulantes, entre las cuales están Adela David y Teresina Mazzarello, cuya conmovedora prontitud en obedecer recuerda Don Cagliero. En el grupo estaba también Magdalena Martini, conocida de Don Bosco, que poseía la preciosa carta autógrafa que aquí transcribimos:

Querida hija en Jesucristo:

Tu ida a Mornese ha dado tal bofetón al mundo, que éste ha mandado al enemigo de nuestras almas para inquietarte. Pero tú escucha la voz de Dios que te llama a salvarte por un camino fácil y llano y desprecia todas las sugerencias en contra. Más aún, está contenta de las molestias e inquietudes que sufres, porque el camino de la cruz

es el que conduce a Dios. Por el contrario, si desde el principio hubiese estado alegre y contenta, sería de temer algún engaño del enemigo. Recuerda, pues, lo siguiente:

- 1.º No se va a la gloria si no es con gran esfuerzo.
- 2.º No estamos solos. Jesús está con nosotros. San Pablo dice que con la ayuda de Dios todo lo podemos.
- 3.º Quien abandona patria, parientes y amigos por seguir al divino Maestro, se asegura un tesoro en el cielo que nadie podrá arrebatarse.
- 4.º El gran premio que nos espera en el cielo debe animarnos a soportar cualquier pena en este mundo.

Por consiguiente, ten ánimo. Jesús está contigo. Cuando tengas espinas, únelas a las de la corona de Jesús. Te encomiendo a Dios en la santa misa. Tú pide también por mí, que me profesó en Jesucristo tu humilde servidor.

JUAN BOSCO, Pbro. ⁵

Turín, 8 de agosto de 1875

Primeras profesiones perpetuas Otras profesiones temporales

Después de las vesticiones, tienen lugar catorce profesiones: y es conmovedor oír la alegría que vibra de conmoción en la voz de Sor Catalina Daghero, contenta ahora de haber seguido la llamada de Dios. Siguen los votos perpetuos, a los que son admitidas nueve de las once primeras: faltan Sor Angela Jandet, que los renueva, y Sor Felicina Arecco, que no ha sido readmitida. A aquéllas se añaden: la Maestra de novicias Sor María Grosso, de la primera vestición, y Sor Virginia Magone, Sor Teresa Mazzarello, Sor Emilia Mosca y Sor Enriqueta Sorbone, de la segunda.

Las Hermanas de este segundo grupo no han cumplido el primer trienio, pero Sor Grosso es Maestra de novicias, Sor Emilia Mosca y Sor Enriqueta Sorbone desempeñan un oficio muy importante, gozan de ascendiente moral y ayudan a las superiores; las otras dos son muy ejemplares... y, por otra parte, el Instituto tiene tanta necesidad

⁵ Original en el Arch. Centr. Sales.

de miembros absolutamente suyos que Don Bosco cree poderlas admitir, como una excepción.

La Madre es feliz. Hace muchos años que está entregada a Dios con voto perpetuo, pero el hecho de proclamarlo así a la comunidad, parece que haga más estrecho y más sagrado el vínculo, más perfecto el don de sí.

Los «recuerdos» de Don Bosco

Cuando el eco del canto, a través de las ventanas abiertas, comunica a los más cercanos que María Auxiliadora cuenta con un buen número de nuevas hijas, el Fundador pronuncia su discurso, que es al mismo tiempo el sello de los santos Ejercicios y de la hermosa función.

Habla del gran don de la paz, concluyendo que, para estar en paz con Dios y con el prójimo, hace falta primero estar en paz con nosotros mismos. Para conseguirlo, exhorta a no aguardar a un determinado día o a un momento de mayor inquietud o necesidad para pedir un consejo, hacer una advertencia, o manifestar una pena, sino que es necesario que las superiores a las Hermanas, éstas a las superiores, y las Hermanas entre sí, se digan vez por vez las cosas, con respeto, calma y serenidad.

Palabras del Fundador acerca de la clausura

Antes de partir reúne a toda la comunidad —como solía hacer otras veces por estas fechas— y les dice que le parece haber llegado el momento de recomendarles la exacta observancia de la clausura.

«Hasta ahora hemos ido a la buena en cuestión de clausura, porque erais más una familia que una comunidad en toda forma, y había que pensar en los albañiles, etc. Pero ahora es preciso que nos pongamos en regla también en esto. Y además, con toda la juventud que tenéis en casa y la que tendréis muy pronto, conviene que las puertas del exterior estén siempre cerradas y que haya una Hermana encargada de las llaves y de recibir a las personas externas que vienen a hablar.

En los conventos de clausura no entra nadie sin grave necesidad y sin permiso. Hasta cuando va el confesor para atender a alguna enferma, le precede una hermana tocando la campanilla. Vosotras no

estáis obligadas a la clausura monacal, vosotras tenéis que estar siempre en contacto con la juventud y, con frecuencia, también con personas externas, pero conviene que en las habitaciones reservadas a las Hermanas, como dicen vuestras Constituciones, no se introduzcan personas externas sin una verdadera necesidad y sin una Hermana que las acompañe.

Que ninguna salga sola, por ningún motivo, y no permanezca fuera de casa al hacerse de noche; después del toque del *avemaría* de la noche, no se reciba a nadie en casa.

Las que habéis estado en Borgo San Martino, habéis visto que, para mandar lo necesario de la cocina al comedor de los superiores y de los niños, así como de la ropería a los encargados de la distribución, está el llamado *torno*, de modo que la Hermana puede atender a todos sin necesidad de ver, ni ser vista.

En Mornese, por ahora, no hay torno para el servicio a los sacerdotes, aunque, como dije hace tiempo al clérigo Campi, también aquí, con el tiempo, habrá que ponerlo. Entretanto debéis estar atentas a observar, también en esto, la clausura, que significa reclusión, separación.

Vuestras Reglas dicen también que las Hermanas no frecuentarán las casas de los señores párrocos, o de otros sacerdotes, ni en ellas prestarán servicios. No os encontráis todavía en este caso, pero cuando se presentase...; hagamos como está prescrito en las Reglas: la Regla es la voz de Dios.»

Don Bosco no desaprueba el nuevo hábito negro y, recordando las razones de Don Cagliero al respecto, y de la Madre en Turín, añade: «Sí, id haciéndolos negros a medida que podáis, sin demasiado gasto. Las Hermanas que no están en contacto con los externos, pueden aprovechar su hábito de color café.

Hemos de procurar, sí, la igualdad en el vestido, pero aquí se trata de echar cuentas con la señora pobreza. Después, poco a poco, iréis todas del mismo color... ¿de acuerdo?»⁶.

Don Bosco revisa en Ovada las reglas de las Hijas de María Auxiliadora

Don Bosco parte con el Director General y el local: se detendrá algún día en Ovada para las fiestas centenarias de San Pablo de la

⁶ De las declaraciones de Sor Juliana Prevosto (en Arch. Gen. FMA).

Cruz, reteniendo a Don Costamagna para trabajar con él en la revisión de las Reglas del Instituto, que habrán de presentarse al obispo diocesano para su aprobación.

De regreso a Mornese, el Director Don Costamagna, dice a las Hermanas que ha estado en Ovada los días 29, 30 y 31 con Don Bosco, huéspedes de Don Tito Borgatta; que le hubiera gustado que hubieran visto todas cómo ocupaba Don Bosco el tiempo, casi siempre para ellas.

«Aprovechando el tiempo en que toda la gente corría detrás de los nueve obispos presentes para las grandes fiestas centenarias de San Pablo de la Cruz, mientras que en casa gozábamos de una gran tranquilidad, el buen Padre, terminadas sus prácticas de piedad en la iglesia, trabajó incansablemente en la revisión de vuestras Reglas.

Yo se las iba leyendo lentamente, artículo por artículo; él corregía, ampliaba, añadía..., y yo le volvía a leer luego el artículo tal como él lo había corregido. Ahora vuestras Reglas responden más que antes al espíritu salesiano. Ya lo veréis»⁷.

Angelina Sorbone conquistada también por la bondad de la Madre

Octubre nos trae a la quinta de las hermanas Sorbone.

Angelina Sorbone era la que más resentida estaba contra su hermana Enriqueta, la cual, dejando la casa y arrastrando también a Carolina, la había obligado a ella no sólo a asumir la responsabilidad de la familia, sino a abandonar con esto su acariciada esperanza de estudiar. Ir a Mornese para expresarle sus motivos de protesta no había querido hacerlo, a pesar de la reiterada invitación de sus hermanas e incluso de la Madre. Pero, al fin, interviene con su autoridad el párroco de Rosignano, y Angelina se decide a hacerles una visita de varios días. Viendo que puede gozar de sus hermanas a placer, se queda más días de los proyectados. ¡Se ve rodeada de tanta bondad! La Madre dispone que Sor Enriqueta sea su compañera de habitación, y que tenga con ella todas las atenciones y le demuestre todo su afecto, para quitarle la duda de ser menos amada y de que el hacerse religiosa lleve consigo el desamor a los parientes.

Al ver a su hermana Carolina dedicada a los estudios y saber que también a ella la harían estudiar, si quería un día ser maestra, se con-

⁷ De las declaraciones de monseñor Santiago Costamagna, Turín 3 de diciembre de 1910 (original en Arch. Gen. FMA).

vence de que el Instituto, en vez de contrariar o cortar las buenas inclinaciones, las refuerza, educándolas y orientándolas al apostolado. Entonces se decide a escuchar la llamada interior de secundar la maternal invitación de la Madre, y pide ser postulante.

De este modo, las cinco hermanas Sorbone están ya bajo el manto de la Virgen, y Sor Enriqueta se alegra en su interior.

Noviembre: partida de Don Cagliero para América

En noviembre se toma parte en las funciones en sufragio de los difuntos y en la visita al cementerio. Reposan allí miembros muy queridos de la familia del colegio, y si de la Madre dependiera irían a gusto con frecuencia —incluso cada semana— a rezar ante aquellas tumbas queridas y a depositar una flor de especial gratitud en la de Don Pestarino. Pero el camposanto está ordinariamente cerrado.

Para aumentar la pena de la comunidad, se añade la inesperada partida de Don Cagliero para América.

Al fallar el jefe asignado a la primera expedición misionera, Don Bosco tiene, naturalmente, una gran preocupación para encontrar otro en tan poco tiempo.

Esto no le pasa desapercibido a Don Cagliero, que con su característica generosidad se ofrece a Don Bosco y es aceptado; es un verdadero sacrificio para el buen Padre, a quien se le va el brazo derecho.

Entretanto, por la escasez de tiempo, no le es posible despedirse de las hijas de Mornese antes de partir. Y cuando la noticia llega a ellas, el buen Director cruza ya el Océano.

Por María Bacchialoni, la Madre va a Borgo y a Turín

Quien más siente esta partida es la Madre, que más que ninguna ha experimentado su eficaz apoyo moral, y sobre cuyos hombros pesan las dificultades del momento.

María Bacchialoni no se somete en modo alguno: trata de conquistar a sus ideas alguna «cabecita» y, al no recibir apoyo de quien no se lo puede dar, pide ir a Borgo San Martino con la esperanza de encontrar allí a Don Bosco con ocasión de la fiesta de San Carlos. Va a Borgo y vuelve con peores disposiciones.

«Conviene que decidamos —dice Don Costamagna—, tenemos que ir también nosotros a hablar con Don Bosco. Si no está en Borgo, iremos a Turín, y obtendremos el doble fin de dar una alegría a aquellas Hermanas y de volver aquí para hacer lo que haya que hacer...»

La Madre acepta, y vuelve con la respuesta del Superior: «Las que yo mando a Mornese, las mando para obedecer, no para mandar»,

Se van los albañiles

El mes de diciembre trae una liberación. Los albañiles, que bien puede decirse que desde 1864 no habían dejado casi nunca el trabajo, han terminado y se han ido.

Hay muestras de agradecimiento mutuo, pero las que están más contentas son las Hermanas. Los albañiles iban con gusto al colegio, donde levantaron la cerca del patio, el arco de entrada, la parte de la capilla reservada a las educandas, el comedor contiguo a la sacristía, las escaleras y los dos pisos superiores. Les han ayudado, como peones, algunas Hermanas de las cuales el jefe hizo un buen día este elogio al Director:

—No he visto nunca Hermanas como éstas que nos manda la Madre. ¡Si las viera!

—¿Qué hacen?

—Si se pregunta: «¿Cómo se llama? ¿De qué pueblo es usted? ¿Le gusta estar aquí?», o hacen como si no hubieran oído, o bien responden con una sonrisa que no significa nada. Pero si pedimos piedras, ladrillos, agua, parece que vuelen, de rápidas que están para obedecer. No hemos visto nunca gente semejante. No dicen una palabra, ni levantan los ojos; nunca saben nada de lo que pasa dentro o fuera, pero trabajan todo el día, como si no sintieran el cansancio.

Verdaderamente las Hermanas dedicadas a estos trabajos eran modelos de virtud y, además, con energías físicas y voluntad: Sor Asunción Gaino, Sor Angela Denegri y Sor Angela Rossi.

Es un alivio verse libres de albañiles: ahora será también más fácil la clausura, como ha recomendado Don Bosco.

Fiesta de la Inmaculada. Don Rúa, Director General

La fiesta de la Inmaculada se solemniza también este año con profesiones y vesticiones: pero será trasladada. El Director comienza el

9 de diciembre los Ejercicios Espirituales que servirán de preparación inmediata a las nuevas religiosas. El fuego de su palabra es tan comunicativo que las Hermanas, las postulantes, y hasta las educandas, esperan la función de clausura con santa impaciencia.

Don Rúa llega el día 10 y visita la casa, atiende a las Hermanas, se informa de todo. Se comprende que él suple en el Instituto al Director General que está tan lejos.

El domingo, día 12, resulta verdaderamente hermoso, con música selecta, ensayada y dirigida por el Director Don Costamagna, que acompaña la misa con el armonio.

Don Rúa, en nombre de Don Bosco, asistido por el Director, preside la función para quince vesticiones, entre las cuales se halla una de las primeras educandas del colegio, Juana Borgna (natural de Buenos Aires), y las seis profesiones trienales entre las que se cuenta Sor Rosalía Pestarino.

Después de hablar de la Inmaculada, Don Rúa termina recomendando a las Hermanas que sean las vírgenes prudentes que salen a cada hora al encuentro del celestial esposo mediante el cumplimiento exacto y amoroso de todos sus deberes, el desprendimiento del mundo, y el pensamiento de la muerte, como día de entrada en la celeste eternidad.

Una defección

Don Rúa marcha el día 14. Parte también para Turín María Bacchialoni, que ha despuesto el hábito.

Pero no disminuyen las murmuraciones de las Arecco. No valen las solícitas atenciones de la Madre hacia las dos pobres hermanas para ayudarlas a enmendarse. Una ya es profesa: ¿qué dirán en Mornese en el caso de su defección?

El 21, mientras la comunidad está de paseo, María Arecco depone el santo hábito y vuelve a su casa, provista caritativamente de un poco de todo para hacer frente a las primeras necesidades.

Primera misa de Don Campi Primeras comuniones en Navidad

Como para apartar los ánimos de tan dolorosas reflexiones, llegan los preparativos para la primera misa de Don José Campi y para las primeras comuniones de cinco educandas.

Las dos pequeñas, María y Eulalia Bosco, escriben a sus padres el 22 de diciembre en estos términos: «... Dichosas de nosotras que se acerca Navidad. ¡Qué consuelo siente nuestro corazón al recordar el nacimiento del Niño Jesús! ¡Qué día tan feliz!: Iremos a postrarnos a los pies del divino Niño y le abriremos de par en par nuestro corazón. Le pediremos muchas gracias para nuestro papá, para nuestra querida mamá, hermana y hermano, en fin, para todos. Nuestro querido Niño Jesús es tan bueno que no sabe negar nada. Por eso esperamos que acogerá nuestras peticiones. Le pediremos también que nos ayude a crecer en las virtudes, para ser vuestro consuelo. Le diremos que os conceda una larga vida y os colme de felicidad».

El día de Navidad, a Sor Enriqueta se le ocurre una bonita iniciativa: las educandas entran en la iglesia y cada una lee una promesa, que coloca luego a los pies de Jesús, para que El la bendiga y las ayude a ponerla en práctica durante todo el año siguiente.

La promesa hace relación al defecto en que cada una cae con más frecuencia, y las niñas lo hacen con seriedad y amor.

Las Hermanas se quedan un poco mortificadas de que las niñas se les hayan adelantado en una práctica tan útil, pero el Director les da una solución: «¡Está bien! Si no lo habéis hecho hoy, podéis hacerlo otro día. Para fin de año, por ejemplo. Sí, preparaos, la haremos para el fin de año las postulantes, novicias y Hermanas.»

Después les enseña y les hace cantar a coro esta fervorosa jaculatoria:

*«Bambinello Gesù, Sposo d'amore,
deh, vieni a riposar dentro il mio cuore;
e dammi tanto amor, caro Bambino,
che mi strugga d'amore a te vicino!» **

También la segunda de las Arecco

Al divino Niño le agrada esta común aspiración y procura alejar a quien podría seguir siendo obstáculo para la paz de la comunidad.

El día 27 también Felisa Arecco deja el Instituto y se une a su hermana María.

* Oh Niño Jesús, esposo amante — ven, ven a descansar en mi pecho; — y dame tanto amor, querido Niño, — que de amor se consuma junto a ti.

Las dos hermanas, en lucha con su propia conciencia, recurren a su prima, la maestra Angela Maccagno, que sigue siendo priora de las Nuevas Ursulinas; pero ésta, disgustada por su conducta, no las admite, antes bien, les hace sentir toda la responsabilidad de la vocación traicionada, y les advierte que no serán admitidas ni siquiera en la casa de la Inmaculada ⁸.

Las dos vírgenes necias se hospedan entonces, provisionalmente, en casa de una antigua compañera.

La amputación de un miembro enfermo es la salvación del resto del organismo, la recuperación de sus fuerzas, pero la operación es dolorosa y en el colegio no se sufría tanto cuando se lloraba sobre una tumba querida.

El año termina bien

El año ha señalado un aumento notable de postulantes y de educandas. También el oratorio ha adquirido mayor vida: el canto cultivado por el Director y las fiestas cada vez más solemnes, atraen constantemente a la juventud. Las Hermanas rebosan de alegría y Sor Elisa Roncallo, que ha hecho la profesión el pasado 28 de agosto, no puede por menos de escribirse a su madre:

¡Viva Jesús Niño!

Queridísima madre:

... Nuestra comunidad aumenta continuamente. Ya somos más de ciento treinta, sin contar las trece Hermanas que los superiores han mandado a Borgo San Martino a fundar una nueva casa. El mes que viene se fundarán dos más: una en Turín y otra cerca de Ventimiglia; probablemente, dentro de pocos meses, la tercera en Alassio...

⁸ Después de la muerte de Don Pestarino, la casa de la Inmaculada quedó, por testamento legal y por testamento fiduciario, para Angela Maccagno, como primera contribuyente, pero con la cláusula de que a su muerte pase a otra *Ursulina* y de esta a otra, mientras haya una que la quiera habitar. Después de lo cual, no siendo de propiedad privada de ninguna *Ursulina*, podrá ser destinada a beneficio común de Mornese.

Una carta de la Madre a Don Cagliero

También la carta de la Madre a Don Cagliero y un escrito de Don Costamagna aportan preciosas informaciones sobre el clima de la casa de la Virgen, en Mornese, al final del año.

¡Viva Jesús Niño! ¡Y vivan quienes lo aman! Allá donde se encuentren.

Reverendo señor Director General y mi buen Padre:

Si estuviese más cerca le felicitaría estas fiestas, pero cuando lleguen las felicitaciones al Nuevo Mundo nos habremos ya olvidado de la Navidad. Esto no nos impide felicitarle igualmente y aún más fervidamente, si fuese posible. ¡Oh, sí! Que Jesús Niño bendiga sus sacrificios y sus desvelos con una bendición tal que estos últimos produzcan copiosos frutos, de modo que, a su entrada en el cielo, (que esperamos sea muy tarde) le salgan a recibir los miles de almas salvadas por usted. No sólo en estos días de gracia, sino cada día pedimos al Señor por nuestros hermanos misioneros, y especialmente por el pronto regreso de nuestro buen Padre.

Nos parece que hace un siglo que no le vemos ni recibimos carta suya; cada día le seguimos en sus viajes en el mapamundi y nos lo imaginamos ora aquí, ora allá, por el movedizo elemento. Pero ahora esperamos que con la ayuda de Dios habrá llegado ya felizmente al puerto, y esperamos ansiosas una larga carta con detalles de su viaje, de cómo se encuentra, etc., etc. y de cuándo irán ahí las Hijas de María Auxiliadora. Cuando nos escriba díganos si no les parece raro celebrar las fiestas navideñas y comenzar el año en verano. A mí me parece que no serán tan bonitas estas fiestas en esta estación, ¿será verdad? La nieve que cubre nuestros campos y el silencio que reina por doquier dan una clara idea del Niño Dios reclinado en un pescibre, abandonado de todos y tiritando de frío. Pero, a pesar de esto, si Dios quisiera que alguna de nosotras fuera a celebrar el nacimiento del Niño Jesús en esa lejana tierra que se llama América, iríamos todas con mucho gusto.

Ahora paso a darle noticias de la casa; algunas son consoladoras, otras tristes. Empecemos por las alegres: el primer domingo después de la fiesta de la Inmaculada el Rvdmo. Sr. Don Rúa se dignó venir y dio el hábito a quince postulantes que son éstas: Beatriz de Pocapaglia (única superviviente), María y Luisa (de Alessandria), Celestina

Riva, Justina de Mornese, Orlandi, Ursula, Lucía y Lucrecia de Caramagna, Vicentita de Santa Margarita, Juana Borgna, Mina, Luisa de Lu, Carmela de Ovada, Dominga Roletti, también de Caramagna. En el mismo día hubo también seis profesiones: Sor Rosalía pecadora (que soy la que escribo), Sor Tamiatti, Sor Clara, Sor Nasi, Sor Luisa de Valenza y Sor Josefina.

Pasemos ahora a las tristes: pocos días después de las vesticiones vinieron las desvesticiones: Sor Angela Bacchialoni fue la primera, y el día 14 de diciembre partía para Turín con Don Rúa. El martes, 21 del corriente, dejaba el santo hábito y volvía a su casa Sor María Arcecco; Sor Felisa aún está aquí, pero antes de fin de año se irá con su hermana, y después al Cottolengo, si la admiten. Pero todo esto se ha hecho serenamente y sin estridencias; las dos primeras se fueron pacíficamente y la tercera está dispuesta a hacer lo mismo. Esto es lo que hay respecto a las desvesticiones.

Como el Niño Jesús nos ama mucho, además de los *confetti* mencionados, nos obsequió con la grave enfermedad de dos Hermanas: una es Sor Teresa Laurentoni, que desde hace un mes está en cama y va cada día peor. El martes, 21 del corriente, se le administró la Extremaunción.

La otra es Sor Cassini, que también se ha agravado mucho, pero con esta hay un poco de esperanza, mientras que a la otra esperamos cada día que Jesús y María vengan a buscarla. Las dos están resignadas a la voluntad de Dios y mueren felices. Tienen razón de estar contentas, ¿quién no lo estaría? Preparadas como están, y por lo mismo seguras del cielo, ¿quién tendría miedo de morir? Lo único que sienten es no haber amado más al Señor. Tenga la bondad de recordarlas en la santa misa.

Hace pocos días me ocurrió un milagro: me había quedado tan sorda que por mucho que me acercaba al altar no oía nada del sermón sobre el Niño Jesús. Apenada por verme privada de este consuelo, pedí al señor Director que me diera una bendición. En cuanto la recibí, quedé libre de la molestia y pude oír todos los sermones; dé gracias al Niño Jesús por mí.

Comencé esta carta antes de las fiestas de Navidad, pero como no tuve tiempo de terminarla la termino ahora, después de pasar las fiestas. Le aseguro que estas fiestas no podían haber sido más hermosas. La primera misa de medianoche fue cantada con acompañamiento de música y la celebró Don José Campi; cinco internas tuvieron la dicha de hacer en ella su primera comunión. ¡Cuántas cosas le dijimos esa noche al Niño Jesús! Está de más añadir que todas im-

petramos las mejores bendiciones para usted y para nuestros hermanos misioneros.

El día de San Juan, Sor Felisa dejó el santo hábito y abandonó la Congregación. Otras novedades no las hay, aparte de que tenemos dos postulantes de Castelnuovo; una es la hermana del pobre Don Cagliero y la otra Clotilde Turco.

Me olvidaba decirle que la enfermedad de Sor Cassini es una fiebre gástrica, parece que va mejorando; la de Sor Teresa, los médicos no saben diagnosticarla. Comenzó hace dos meses a salirle sangre de la nariz varias veces al día, hasta quedarse debilitada de fuerzas y ya lleva un mes en cama sin poderse mover.

Excepto estas dos, las otras están bien físicamente, y espero que también lo estén espiritualmente; estos días el Niño Jesús ha encendido el fuego y espero que lo mantendrá. Pero usted recuerde de vez en cuando que tiene un centenar de hijas en un lugar llamado Mornese y que entre estas hay alguna (especialmente la que escribe) no muy buena; cuando el obedientísimo Jesús descienda a sus manos, dígame una de esas palabras que todo lo obtienen. Pídale especialmente que en esta casa no se le ofenda, ni siquiera venialmente, a ser posible.

Mientras yo escribo, usted estará seguramente en la cama, ya que aquí son las diez de la mañana. Las niñas, al oír esto, se ríen, y quieren que le diga algo de su parte; en primer lugar le diré que son veinticinco, más buenas de lo que se puede imaginar, es decir, quieren serlo, y por esto se encomiendan también a sus oraciones, prometiendo no olvidarle en las suyas. Preparen una casa muy grande para nosotras, ya que las educandas también quieren hacerse misioneras.

Otra noticia. Al oír hablar siempre de la bondad del Sumo Pontífice, le hemos escrito felicitándole las Navidades.

Tenga la bondad de mandarnos pronto los libros de español para poder estudiarlos y estar preparadas a la primera llamada. Quisiera poder mandarles un poco del fresco que aquí tenemos en abundancia, pero, como no es posible, esperamos que usted nos envíe por el Ángel de la guarda mucho calor de ese que irradiaba el Niño Jesús.

Escríbanos pronto, no nos olvide en sus oraciones, acepte nuestros respetuosos saludos extensivos a todos los *pequeños misioneros* y créame en el Corazón de Jesús

humildísima hija en Jesús y María
Sor MARÍA ⁹

Mornese, Casa de M. A., 29 de diciembre de 1875

⁹ Original en el Arch. Centr. Sales.

En su innata sencillez, el alma de la Madre revela el tesoro de amor que la abrasa.

Hija de Don Bosco, ha sentido la necesidad de presentar al Santo Padre las felicitaciones de Navidad, expresión espontánea de la devoción de toda la comunidad.

La Madre arde en celo por la extensión de la fe en tierras lejanas, donde Dios no es conocido ni amado: quiere que sus hijas ardan del mismo fuego y se hagan solícitamente capaces de trabajar en esta obra de santa propagación. Está convencida de que la lengua es el primer medio de comunicación: de ahí su petición de libros españoles.

¿Quiénes son estos *pequeños misioneros* a los cuales envía sus saludos? Quizá hijos de emigrados italianos, que conociendo un poco la lengua italiana y también un poco de castellano, les permitían el poder relacionarse con los niños y jóvenes del lugar. Es, ciertamente, un delicado interés por su parte y una expresión de gratitud hacia cuantos, pequeños o grandes, cooperan a la extensión del Reino de Dios.

A propósito de esta carta, Sor Rosalía Pestarino recuerda que, al igual que otras veces, la había escrito al dictado de la Madre: «... como de costumbre, la Madre, no contando con el tiempo necesario durante el día, también el otro día ha tenido que resignarse a llamarme por la noche. No se podía retrasar más la carta a Don Cagliero: y había que escribirle una carta larga que le hiciera parecer que aún no había salido de aquí; yo tenía mucho sueño, y hacía mucho frío. ¡A últimos de diciembre, no se bromea...! Se lo digo a la Madre y ella me encuentra solución: "Mira, haz así: quítate los zapatos, siéntate en mi almohada y mete las piernas dentro de la cama. Verás cómo entras en calor". Lo hice así y la carta salió».

Escribe también Don Costamagna

Antes de partir, la carta fue apostillada por el Director.

Queridísimo Don Cagliero:

Hemos recibido las buenas noticias del feliz viaje, de las misas celebradas y de las pláticas improvisadas por Vuestra Reverencia a la multitud bajo la capa del cielo; pero nos quedan, quizá, miles de

cosas por saber y vivimos aquí siempre en ansiosa espera. ¡Oh si un megáfono llegara de aquí hasta allá! ¡Oh si pudiéramos elevarnos por encima de las nubes para ver a nuestros queridísimos hermanos!

Mentiría si dijera que le olvidamos un solo día en nuestras oraciones. Venga pronto.

¡Venga pronto! Aquí en casa todo va sobre ruedas, como una balsa de aceite; tal es el fuego del amor de Dios que arde en las santas fiestas navideñas. Las noticias principales se reducen a estas: 15 vesticiones - 6 profesiones - 3 desvesticiones. La señorita Bacchialoni me ha hecho pasar malos días...; tenía una serpentina soberbia que no tiene nombre. Figúrese...; no quiero decir nada. *Deo gratias! In saecula saeculorum!* Don Campi cantó misa. Sor Rosalía ha cambiado, y me da grandes consuelos; que Dios la conserve siempre así.

Dentro de poco se abrirá la casa de Turín: Directora, Sor Elisa; maestras, Sor Rosalía y Sor David. A Bordighera va Don Cibrario (más tarde), Sor Ursula de Caramagna y Sor Daghero de Cumiana. A Alassio no ha ido todavía ninguno. Las dos enfermas parece que van mejor.

Ahora tendría que emplear cuatro folios para escribir la conmoción de las hijas al saber la noticia de la partida, que nos llegó por los periódicos; y lo mismo de la cantidad de calurosos saludos que le mandan todas, desde la Superiora a la *Cinina*, así como del párroco de Tognin, Don Campi, Cravero, Don José, etc., etc. A nosotros nos parece que cada día nos va a llegar una carta de Buenos Aires que nos diga muchas cosas... y nos prometa que volverá pronto.

N. B. Sale la carta. A aquella persona, Angela Poggio de Venecia, que me recomendó, no pude verla, a pesar de las tres cartas que le escribí. Ahora estoy esperando el efecto de la tercera. Tuvo líos de familia. Le escribiré más tarde sobre el mismo asunto, si lo desea.

Tenga la bondad de saludarlos a todos, de mi parte...; que escriban. Que el buen Jesús le bendiga en todo momento.

Su hermano, Don SANTIAGO COSTAMAGNA

Decreto de aprobación de las Constituciones ad experimentum

El trabajo del Fundador en Ovada ha dado sus frutos, puesto que las Constituciones, con los últimos y preciosos retoques del Padre y con la humildísima petición para la aprobación, han obtenido un decreto que llena de alegría a toda la comunidad de Mornese.

El decreto lleva fecha del 23 de enero ¹.

El Director, al recibir la noticia con una copia del mismo, hace un comentario que entusiasma a todas.

«El obispo —dice— aprueba las Constituciones del Instituto, lo cual significa que las encuentra aptas para santificaros, para hacer mucho bien a las jóvenes..., y recomienda el Instituto a los obispos. Ved cómo comienzan a cumplirse las palabras de Don Bosco: *Yo os puedo asegurar que el Instituto tendrá un gran porvenir...* Pero... ¡atentas!: Don Bosco añadió a continuación: *si os mantenéis sencillas, pobres y mortificadas...* Y lo seréis y queréis serlo todas ¿no es verdad...? Y entonces... ¡oh, entonces, qué cosas, qué cosas! ¡Qué grandes cosas también para las Hijas de María Auxiliadora!»

El fervor de las Hermanas no puede por menos de contagiar a las educandas: en efecto, las dos hermanitas Eulalia y María escriben a Don Bosco (al que llaman con deferencia «Muy reverendo tío»):

... estamos contentas de estar en esta casa santa. Pero, ¿qué le vamos a decir? Míre, querido tío, estamos buscando una cosa y no podemos dar con ella: ¿tendría la bondad de ayudarnos a buscarla?

Pero —dirá usted—, ¿de qué se trata?

¹ Anexos n.º 14 a, 14 b.

Se la decimos en seguida: nuestro corazón iutenta continuamente encontrar a Jesús para entrar dentro del suyo, y no sólo nosotras, sus sobrinas, sino también nuestras compañeras y la Hermana que está con nosotras. Sí, todas quisiéramos encontrar a Jesús. Así es que tenga la caridad de decirle una palabra particular por nosotras a la Virgen, para que nos ayude a conocer a su amado Niño Jesús: dígame que tome nuestros corazones y los conserve siempre puros como lirios y los inflame en un santo y sincero amor, para que, amando mucho a Jesús y a María en esta vida, podamos todas unidas, sin faltar ninguna, ir a gozar con él en el cielo.

...

Sus humildísimas sobrinas
EULALIA y MARÍA

Mornesc, 28 de enero de 1876

Sor Laurentoni enferma de nuevo; otras empeoran

El día 29, fiesta de San Francisco de Sales, cuando nada más salir de la iglesia vuelve cada una sobre los pensamientos meditados para una tácita confrontación de sí misma con el santo que Don Bosco ha elegido por modelo, la pobre Sor Teresa Laurentoni, que después de recibidos los santos óleos se había recuperado un poco, se siente atacada de improviso por un extraño mal.

Se llama en seguida al médico, quien declara tratarse de un ataque apoplético que le ha afectado a las piernas; y así tenemos ahora clavada en el lecho —y quizá para mucho tiempo, si no para siempre— a la que representaba en casa el movimiento perpetuo y la perpetua alegría.

También la Maestra de novicias Sor María Grosso tiene que guardar cama definitivamente. Hacía un tiempo que se la veía decaída y extenuada de fuerzas, pero sin que creyera necesario cuidarse; le parecía un exceso.

También la querida Sor Antonia Cassini, la novicia que no cuenta aún los diecisiete años, está ya a las puertas de la muerte.

Para poner un dique al protestantismo

El mes de febrero pone a toda la casa en movimiento para una nueva expansión del Instituto. Esta vez el vuelo es más largo, por lo

que se han de fortificar bien las alas e implorar más intensamente la ayuda necesaria del cielo.

Se trata de alargarse casi hasta los límites entre Italia y Francia, al Torrione de Bordighera, pequeña ciudad de la costa de la Liguria occidental, a cinco kilómetros de Ventimiglia. Visto desde Mornese, el lugar equivale poco más o menos al fin del mundo...

El clima es bastante suave. Hay grandes palmeras que dan al conjunto el aspecto de un pueblo oriental. Hasta en el corazón del invierno crecen allí con profusión flores de los más vistosos colores. Los ingleses hacen de él su lugar preferido; pero con los ingleses ha penetrado también el protestantismo.

Monseñor Biale, obispo de Ventimiglia, sumamente preocupado por la salvación de las almas, se había dirigido reiteradamente a Don Bosco para contener la expansiva ola de herejía y, finalmente, consigue a los Salesianos y a las Hijas de María Auxiliadora ².

Las primeras «cuarenta horas» en el colegio

Dada la dificultad de la nueva misión, el Director Don Costamagna establece que durante los días 6, 7 y 8 se haga la adoración llamada de las *cuarenta horas*. Es la primera vez que se ve a Jesús expuesto en la capilla durante tanto tiempo; y también las jóvenes externas participan en ellas con sumo gusto.

El día 7 la casa parece como envuelta por una nube de dolor. La buena Sor Cassini está agonizante y desde su lecho se consagra a Dios con los santos votos.

El día 8 la novicia Sor Ursula Camisassa es admitida a pronunciar los santos votos trienales, a los cuales se ha preparado con un triduo de ejercicios privados. Cuenta apenas 56 días de vestición, pero por su edad —34 años— y por su virtud y experiencia, y sobre todo por la necesidad urgente, se hace una excepción, habiendo sido elegida Directora del grupo destinado a Bordighera: era necesario para ello haber hecho la profesión religiosa.

Un hecho extraordinario

Para no interrumpir el trabajo, y sobre todo para asegurar la continuidad de la adoración, se establecen grupos de Hermanas para tur-

² Anexos n.º 25 b, 25 c.

narse en la capilla a las horas establecidas. Los relevos han ido bien hasta ahora, pero hoy le debe haber costado mucho a la buena Sor Asunción Gaiño, la sencilla y fervorosa guardiana de la vaca, observar el horario fijado.

Contenta de poder permanecer largo rato con su amado Jesús, no ha apartado los ojos un instante de la Hostia santa. A la señal de relevo, se ha levantado con visible esfuerzo, se ha postrado en tierra sin apartar la mirada de la custodia y ha salido caminando hacia atrás para no dar la espalda al Santísimo. Al llegar a la puerta, se la ha visto extender los brazos en señal de dolorosa despedida.

Después ha ido a comer con las demás. Al llegar al comedor rompe a llorar y cae desvanecida. La comunidad, de momento, no sabe el porqué.

Salida para Bordighera

Se ha fijado el día 9 para la salida de las tres Hermanas de Bordighera: Directora, Sor Ursula Camisassa; maestra, Sor Rosalía Pestarino, y la novicia Sor Agustina Calcagno para los trabajos de casa.

La Madre las ha preparado ya para la misión mediante breves conferencias particulares: ahora las acompaña con Sor Petronila hasta el santuario de la Virgen de Gavi, a pesar de que el camino está cubierto de nieve y el frío es intenso. Su amor la conduciría hasta Bordighera, pero la pobre Sor Cassini está ya en las últimas.

Por el camino va haciendo a las tres hijas, desconsoladas por tener que dejarla, las últimas recomendaciones sobre la observancia de la Regla y la necesidad de mantener el espíritu religioso. Añade pequeñas sugerencias sobre el modo de atraer a las jóvenes para llevarlas a Dios y de oponerse sin temor, pero con la debida prudencia, a la acción de sus vecinos los protestantes. Era de esperar que ellos, por su parte, hicieran todo lo posible por impedir que las niñas acudieran a la escuela católica.

La buena Madre no deja de recomendarles que tengan un razonable cuidado de la salud, tan necesaria para hacer el mayor bien posible. Les recuerda asimismo el deber de enviar noticias a Turín para tener siempre a Don Bosco al corriente de todo.

Cuando, desde el camino, comienza a divisarse el santuario de la Virgen de la Guardia, la Madre dice resueltamente: «Puesto que tenemos que separarnos, hagámoslo aquí, bajo la mirada de la Santísima Virgen, la verdadera Madre Superiora que va con vosotras. Pidá-

mosle su santa bendición, rezando juntas el avemaría, y animémonos».

Las tres Hermanas lloran; también la Madre está conmovida: se vuelve para mirar de nuevo a sus hijas, a la par que apresura el paso movida por el deseo de volver al colegio a ocupar su puesto junto a la querida Sor Cassini.

Muerte de Sor Cassini

Pero durante su breve ausencia, el ángel de la muerte ha conducido ya a la piadosa religiosa a las bodas eternas.

Ha muerto como ha vivido, en un effluvio especial de amor y con tales actitudes de reverencia y de alegría que hacen sospechar que algo sobrenatural y visible estaba presente para acompañarla al trono de Dios.

Una vez más la Madre no puede por menos de repetir: «Vos, Señor, nos la disteis y vos nos la habéis quitado: hágase siempre vuestra voluntad».

Secreto revelado... a medias

En Sampierdarena, Don Costamagna presenta a las tres Hermanas a Don Cibrario y a Don Albera. Delante de ellos, en el momento propicio, dice: «Ahora que vais lejos y estoy seguro de que no lo referiréis tan pronto en Mornese, voy a deciros la gracia grande que el Señor hizo ayer a la casa. Durante la adoración de las *cuarenta horas*, Sor Asunción Gaino vio al Niño Jesús en la Hostia santa. Por esto se conmovió hasta el punto de caer desvanecida nada más salir de la iglesia. Mirad, Sor Asunción es la más humilde de las Hermanas; el mundo diría de ella que es la más despreocupada de sí, la más indiferente a cuanto la rodea; en cambio Dios la ha elegido, precisamente a ella, para demostrar su misericordia. ¡Haced tesoro de ello!».

Después las deja con la promesa de volverlas a ver a la mañana siguiente, pero por la mañana, cuando la comunidad está en la oración, él va ya de camino hacia Mornese.

Sor Magdalena Martini, maestra comunal

El día 10 toma a su cargo la escuela externa, en el puesto de Sor Rosalía, Sor Magdalena Martini, que ya ha dado pruebas de saber estar con las niñas y de tener especiales aptitudes didácticas.

La nueva maestra ha sido orientada en la preparación por Sor Emilia Mosca y por Don Miguel Fassio, salesiano, también él maestro comunal.

El Director, de regreso de Sampierdarena, trae noticias de las tres Hermanas, a quienes ha dejado serenas, fuertes, dispuestas a sufrir cualquier cosa por la gloria de Dios. En Bordighera empezarán en seguida con el oratorio festivo y con la escuela elemental gratuita.

Bordighera

Al cabo de algunos días llegan las primeras noticias de Bordighera.

El obispo monseñor Bautista Biale ha querido que fuera todo el grupo, es decir, Don Cibrario —que será el párroco del Torrione— y las tres Hermanas a comer al obispado.

Se interesa por los más mínimos detalles y no acaba de dar gracias a Dios por haber conseguido que los hijos e hijas de Don Bosco fueran a Bordighera.

Por la tarde los acompaña él mismo al Torrione, a su alojamiento, alquilado al señor Francisco Lavagnino, a razón de setecientas liras anuales, incluida la capilla y el local para las clases; los habitantes los han recibido con fiesta.

El 13 de febrero el canónigo Viale, secretario del obispo, bendijo la capilla provisional, del todo inadecuada para el culto, pero mejor que nada de momento, y la dedicó a María Auxiliadora.

El 14 tuvo lugar la apertura de las clases. Entre las muchas alumnas que acudieron, sólo faltaron aquellas a las que sus padres, protestantes o ligados al dinero protestante, les habían prohibido acudir.

También se ha iniciado el oratorio... No se dispone de momento de jardín ni de patio: las Hermanas han repetido y repetirán —quién sabe hasta cuándo— lo que hacía María Mazzarello en Mornese cuando era jovencita: reunidas las niñas, un poco de catecismo y algún agradable paseo con un descanso en el lugar más apropiado para cantar y jugar. Después, a la capilla para las funciones dominicales y, antes de anochecer, a casa, con una estampita o un librito de regalo.

Los más ancianos del pueblo aseguran que el lugar donde se le-

vanta la iglesia de los salesianos y la vivienda de las Hermanas fue bendecido por el Papa Pío VII, de paso hacia Liguria el 11 de febrero de 1814.

Delante de la casa de Lavagnino la población acudió a recibir al Papa con toda la solemnidad posible, para recibir su bendición.

El les preguntó:

—¿Qué pueblo es éste?

—El pueblo está en el interior del valle, Santidad, le respondieron.

Y el Pontífice se volvió en aquella dirección para bendecirlo con paternal efusión.

El buen Aprosio Battista, que estuvo presente en aquella circuns-tancia, asegura que la pequeña iglesia de María Auxiliadora se alza exactamente en el lugar bendecido por el Santo Padre.

Las Hermanas de Bordighera, al referir la noticia, deducen del hecho los más serenos auspicios, en la renovada certeza de la constante protección de María Auxiliadora: aunque presienten que tendrán que afrontar dificultades y privaciones.

Experiencia frustrada

Una carta de carácter distinto anuncia la gravedad de la ex-novicia Luisa Bagliardi, que volvió a su casa por motivos de salud y por otras razones particulares. Había vivido cerca de siete meses con su marido, enfermo de tuberculosis, y al quedar viuda y sola obtuvo de la gran caridad de Don Bosco el poder probar la vida religiosa como Hija de María Auxiliadora.

Don Bosco había aceptado esta experiencia para ver si se podía imitar también en esto a su patrono San Francisco de Sales, por eso lo había mantenido en secreto.

Después, por dificultades surgidas, la novicia comunicó espontáneamente a la Madre su situación y volvió con sus parientes. El Señor debió quedar satisfecho de los buenos deseos de aquella piadosa alma abreviando su destierro: en efecto, recibidos los últimos auxilios de la religión, recibe también ahora el mérito de haber deseado la vida religiosa.

El 8 de marzo se da gracias a San José por la salida de la novicia Catalina Canale, de Cumiana, devuelta a la familia porque no es susceptible de formación según el espíritu del Instituto. Es un desprendimiento penoso, pero... necesario.

Libradas de un peligro

El 20 de marzo por la mañana, la Madre ha tenido que ir a Gavi y la han acompañado varias Hermanas un buen trecho del camino. Al regreso, en un punto en el que la carretera no ofrece posibilidad de escape, ven correr hacia ellas un caballo desbocado, escapado del control del conductor.

Asustadas por el peligro inminente invocan con fe a San José y el caballo pasa junto a ellas, mas sigue adelante en su loca carrera sin causarles ningún daño.

Finalmente, la casa para niñas en Valdocco

Desde enero hasta julio del pasado año de 1875, Don Bosco había luchado contra muchas dificultades para adquirir un edificio próximo a la iglesia de María Auxiliadora³. Era una auténtica boca del infierno, que desde hacía veinticinco años impedía el comienzo de los trabajos delante de la iglesia de María Auxiliadora.

Ahora Don Bosco puede comunicar finalmente a la condesa Callori que ha firmado ya el contrato de compraventa.

El fin de Don Bosco era, sobre todo, sustituir aquella casa por un centro de reparación y de salvación en favor de las niñas de la barriada de Valdocco.

Cuántas veces lo habían detenido por la calle preguntándole: «¿Por qué no se cuida también de nosotras como hace con los muchachos?».

Obtenida, pues, tras reiteradas instancias, la necesaria autorización de la competente autoridad eclesiástica⁴, Don Bosco escribe a la Madre para que mande seis o siete Hermanas para la Obra de que le ha hablado y que tiene tan a pecho⁵.

Fundación importante

El 29 de marzo —era un miércoles— parten para Turín Sor Elisa Roncallo como Directora, Sor Catalina Daghero como Vicaria, Sor

³ Cf MB XI, 367-369: Circular de Don Bosco a los Cooperadores, 20-1-1875; carta a la ilustre señora Angelina Dupraz; carta a la condesa Callori 21-7-1875.

⁴ Anexo n.º 15 a, 15 b, 15 c, 15 d (original en el Arch. Centr. Sales.).

⁵ Anexo n.º 25 b.

Carlota Pestarino para la cocina, Sor Adela Ayra para los trabajos de casa y Sor Luisa Rubassa, para encargarse de la lavandería de los salesianos. A ellas se une Sor Enriqueta Sorbone, que intentará de nuevo con Sor Elisa Roncallo la obtención del suspirado título. Parte también Sor Josefina Pacotto, a quien se piensa enviar como Directora de la casa que se abrirá próximamente en Alassio. Podrá ayudar también en las clases la novicia Sor Adela David, que se encuentra en su casa por motivos de salud —en la misma zona de Valdocco—, en la impaciente espera de ser admitida de nuevo en comunidad.

Por esta salida no hay sombra de tristeza en Mornese. Turín es tan querido de todas que les parece tenerlo a la vuelta de la esquina, y hasta envidian a las afortunadas que van a trabajar tan cerca de Don Bosco.

Noticias de Turín

No tardan en llegar las noticias de Turín. Escribe Sor Catalina Daghero: «En la estación nos esperaban la madre de Don Rúa y Sor Adela David, vestida de seglar. En seguida nos acompañaron a Valdocco, a los salesianos, donde nos recibió nuestro mismo Padre Don Bosco, quien muy contento, nos presentó a la condesa Callori di Vignale, su bienhechora.

Nos sirvió la comida la condesa Callori, estando presentes Don Bosco y el Prefecto de Valdocco.

Después de comer, la condesa vino personalmente a acompañarnos a nuestra casita; todos los inquilinos se asomaban a las ventanas para «ver a las monjitas».

Los salesianos, de momento, se encargarán de proporcionarnos todo lo necesario, incluso la comida, porque la casa carece hasta de cocina. Don Bosco, siempre padre, nos ha asignado ya como Director a Don Rúa, que será también nuestro confesor. Don Bosco mismo espera poder darnos la conferencia mensual. Empezaremos en seguida el oratorio, las clases, el taller y la catequesis.

Sor Catalina Daghero será la primera maestra. ¡Figuraos qué maestra! Y será adiestrada por la señorita Querubina Sala, hermana del salesiano Don Sala. Residirá y comerá en nuestra casa, y no parece que vaya a sernos causa de dificultad o molestia.

Nuestra casa se llama de *Santa Angela Merici*, porque —según se dice— Don Bosco quiere demostrar con esto su gratitud a la señora Angela Bianco, esposa del abogado Bianco, su bienhechor. En la ca-

pillita hay un gran cuadro de San Carlos Borromeo, que hizo poner Don Bosco en honor de la condesa Callori di Vignale, que se llama Carlota.

Así es que nuestra casa se puede llamar la "casa de la gratitud".

La capilla para nuestro uso fue bendecida a la mañana siguiente de nuestra llegada; en ella podemos encontrarnos siempre espiritualmente con la querida familia de Mornese.

Las Hermanas de Santa Ana no podían hacer mayor fiesta a la Directora y a Sor Enriqueta. Mas esta, pensando ya en el aún lejano examen, corrió a buscarse un escondite donde poder atender con mayor tranquilidad a sus libros, y más de una vez ha repetido también aquí: "¡Bendito estudio que no se me va de la cabeza! Pero si la obediencia lo quiere así, también lo quiero yo".

Salida de Sor Jandet

Entre la ida de las Hermanas a Turín y las primeras noticias de estas, Sor Jandet ha colmado la medida de su impaciencia. La mañana del 30 de marzo, cuando la comunidad se acerca a la santa comunión, sale secretamente de casa andando hasta Gavi... a casa de la señora Momina Verdone, a que le preste dinero para proseguir su viaje. Pero la buena señora comunica lo acaecido a la Madre, que manda a buscar a la oveja descarriada, ya en actitud arrepentida aunque no convertida.

Después de haber hecho a Don Bosco la petición de la dispensa de votos, no espera a que esta llegue; depone el hábito y se va.

La Madre escribe a Don Cagliero

La Madre da a Don Cagliero una relación muy sintética y muy expresiva de todos estos hechos en la siguiente carta, de fecha 5 de abril de 1876, en la que se descubre no sólo el corazón de la superiora sino también el de la hija que habla de sí misma y de sus cosas al superior y padre con ese respeto que no impide las típicas expresiones de su agudeza de carácter.

La carta está escrita por Sor Emilia Mosca, al dictado de la Madre.

¡Viva Jesús en Italia, en América y en todo el mundo!

Reverendo Padre Provincial:

¡Qué alegría podernos entretener un poco con nuestro buen Padre! ¡Quisiéramos decirle tantas cosas...! Pero cuando el corazón rebosa, no se sabe por dónde empezar, ¿verdad?

¿Recibió la carta que le escribí a principio de año? Espero que sí, aunque no haya contestado. Las cosas pasadas ya no se las digo. ¿Por dónde empezar: por las noticias alegres o por las tristes...?

Como es mejor tomar primero lo amargo y después lo dulce, empezaré por los lutos.

1.º El día 9 de febrero, la pobre Sor Cassini moría de consunción. Su muerte fue como la de quien vuela al paraíso. Ahora tenemos a la Madre Maestra con la misma enfermedad; ya está desahuciada por los médicos y probablemente cuando usted reciba la presente, ya habrá dejado este destierro. ¡Quién lo hubiera imaginado! Ella, que parecía un coloso de salud, está a las puertas de la eternidad. Es verdad que la muerte es como un ladrón que viene cuando menos lo pensamos. Esto nos hace meditar seriamente.

La pobre Sor Teresa Laurentoni sigue en cama. El día de San Francisco, a las ocho de la noche, le dio un ataque de apoplejía y le dejó medio cuerpo paralizado. Tal vez viva algunos años, pero clavada en la cama para siempre.

Ella y la Madre Maestra se encomiendan a sus oraciones para vivir resignadas a la voluntad de Dios.

Sor Luisa, de Alessandria, tuvo que volver con su familia, porque también ella estaba tísica y me ha mandado a decir que está muy mal y que ya ha recibido los últimos sacramentos. Pero no es de extrañar que haya adquirido esta enfermedad, pues su marido murió de lo mismo y ella estuvo a su lado siete meses.

Ahora voy a darle la noticia más triste: el día 30 de marzo todas las Hermanas buscaban, unas por aquí, otras por allá ¿adivina a quién...? A Sor Angelina Jandet. Y ella se había escapado del convento durante la comunión. Al llegar a Gavi, fue a casa de la señora Verdone, a pedirle dinero para irse a Turín, pero esta la retuvo y se la quedó en su casa. El verdadero motivo de esta fuga no se lo sabría decir: los habituales caprichos de la maldita soberbia.

El señor Director fue allá para predicar la Cuaresma y la convenció para que volviera. Volvió, pero sin arrepentimiento de lo que

había hecho. En resumidas cuentas, después de unos días dejó el hábito; se pidió a Don Bosco la dispensa de los votos y antes de que le llegara la dispensa salía para Turín. Allí la admitieron en el Cottolengo, donde no estuvo más que tres días, y salió diciendo que no podía resistir aquello. Ahora pide volver a entrar y Don Bosco me ha dicho que reúna el Capítulo y que se haga lo que éste decida; me temo que la respuesta será negativa.

También Bacchialoni desearía volver bajo el manto de María Auxiliadora, pero... hay sus peros... También Sor Canale dejó el hábito ⁶.

Gracias a Dios no hay más noticias tristes. Pida a Dios Nuestro Señor la santa perseverancia para todas, que por ahora ya hay bastantes desvesticiones. De ir siempre a este paso ¡pobre casa de María! En pocos años se quedaría desierta.

Diga, pues, al Jesús que está en América, que nos dé las virtudes necesarias para ser buenas religiosas, especialmente la humildad y la obediencia; que haga de nosotras lo que quiera, pero que no permita que ninguna Hermana, especialmente las que ya somos profesas, deje el hábito y abandone la casa de María.

El mismo día de la muerte de Sor Cassini, partían para Bordighera Sor Rosalía, Sor Agustina, llamada Justina, y Sor Ursula, de Caramagna. Esta última hace de Directora. ¡Dichosas de ellas que tienen campo para hacer mucho bien! Desde los primeros días tuvieron muchas alumnas. Toda aquella buena gente aprecia a nuestras Hermanas y las quiere mucho.

A Alassio, como las Hermanas no tenían aún local, no han podido ir, pero creo que a finales de mayo todo estará a punto.

En cambio fueron a Turín Sor Elisa (Directora), Sor Enriqueta (estas dos para estudiar; después del examen espero que Sor Enriqueta volverá a Mornese), Sor Catalina Daghero y Sor David para dar clase, Sor Carlota para la cocina, Sor Adela Ayra para remendar la ropa de las Hermanas (roperas) y Sor Luisa de Lu, encargada del lavadero.

Entretanto con las internas, en el puesto de Sor Enriqueta, está Sor Mina, que es muy buena, siempre alegre y contenta de ser Hija de María.

Cagliero y Turco también están tranquilas y contentas. En fin son veinticinco postulantes y esperamos que casi todas den buen resultado.

⁶ Véase pág. 147.

Ahora que le he dado noticias de la casa le pongo los nombres de las que quieren ir pronto a América: yo ya quisiera estar allí, la Madre Vicaria, la Madre Economa, Sor Mina, Sor María Belletti, Sor Josefina, Sor Juana, Sor *Emilia*... muy de veras, Sor... no acabaría nunca si tuviera que poner los nombres de todas las que desean ir. Así es que prepare pronto un puestecito para nosotras y después venga a buscarnos, porque nosotras no sabremos ir, y podría suceder que algún monstruo marino que no hubiese comido aún se sirviera de nosotras para saciar su apetito.

Acuérdese de que le esperamos para los Ejercicios, no nos desilusione. En estos días tenemos por (confesor) extraordinario a Don Ghivarello, pero este verano es preciso que venga nuestro antiguo Padre Provincial.

Me olvidaba decirle que Sor Magdalena Martini da clases en la escuela del pueblo; es también muy buena y da gracias al Señor por haberla llamado a este estado; también ella desea ir a América.

En general todas son buenas y están alegres y serenas; sólo un pensamiento nos turba un poco: el señor Director ha hecho la petición para ir a América. Ahora que tiene práctica de la casa y que nos conoce a todas a fondo, tenerlo que cambiar de nuevo es un poco duro. Usted que es padre demuéstrenoslo en esta circunstancia, no permita que se vaya. No somos dignas de tener tan buen Director, es verdad, pero tenga compasión de nosotras pobrecillas, y no nos lo quite. Acuérdese alguna vez de sus pobres hijas y encomiéndelas a Jesús y a María para que todas amen mucho a Dios.

¿Quién sabe si en medio de tantos trabajos se acuerda aún de Mornese? Esperamos que sí. Tenga cuidado de su salud. No la derroche inútilmente, piense que es padre de muchas hijas que le esperan con vivos deseos. Cada día pedimos al buen Jesús que lo conserve por muchos años, que le dé fuerza y santidad para llevar muchas almas a Jesús y finalmente que vuelva pronto, pues nos parece que hace mil años que no le vemos.

Cada Hermana quisiera decirle muchas cosas, pero para no hacerle perder tiempo leyendo, termino pidiéndole una especial bendición para cada una de nosotras, y yo me encomiendo de una manera especial a sus oraciones que, se lo aseguro, las necesito mucho ahora que va en aumento cada día el número de hijas.

Bendígame, pues, y créame su humildísima hija en Jesucristo

SOR MARÍA MAZZARELLO

Casa de María Auxiliadora, 5 de abril de 1876

Todas las muchachas quieren venir con usted en Buenos Aires (añadido por Don Costamagna en español).

La carta que nos escribió la hemos recibido; si tiene tiempo escribanos, que nos da mucha alegría.

Sor María Grosso deja la tierra por el cielo

En casa, se sufre también por la enfermedad de Sor María Grosso. Su lecho es una escuela de santidad. Nunca sale de sus labios una palabra de cansancio o de pena: es feliz de poder sufrir algo y pide padecer aún más para estar más unida a su celestial esposo y para obtener gracias para su amado Instituto. No suspira más que por el cielo.

Las Hermanas, y especialmente las novicias, le dicen que piden mucho por su curación, pero la buena Maestra les reprocha: «¿Por qué me queréis impedir que vaya pronto al cielo? ¿No se dirigen allá, acaso, todos nuestros deseos?».

Sus padres ya han venido varias veces a verla. Ella los recibe con alegría, les da siempre las gracias por todo lo que han hecho por ella, sobre todo por haberle concedido vivir desde jovencita al lado de María, su buena Superiora, a quien atribuye el mérito de la calma que disfruta en el lecho de muerte. Anima a todos a ser constantes en la fe y a practicar lo más posible la caridad por amor de Dios.

A veces, especialmente las superiores, le dicen que quizá ha abreviado su vida por no alimentarse suficientemente para dar a esta o a aquella novicia más necesitada parte de su ración ya tan restringida; y la querida enferma responde: «¡No, no! No me he privado nunca de lo necesario. ¡Dichosa de mí si muriera víctima de caridad! Sería mártir de la caridad, pero no lo soy desgraciadamente. Un poco de penitencia tenía que hacerla. ¡He cometido tantos pecados!».

La Madre está continuamente a su lado. Cuando puede, la sigue ella misma y mantiene su espíritu elevado en la visión del premio eterno, de la felicidad de unirse a Dios para siempre y de ver a la Virgen.

¡Qué bien se entienden entre ellas, incluso con una sola mirada, estas dos almas privilegiadas de madre e hija!

La querida enferma es una de las primeras alumnas del pequeño taller; era entonces muy niña, pero tan encariñada que cuando su madre le preguntaba: «¿Qué harás cuando seas mayor?», respondía resueltamente: «Quiero ser toda de Dios con María Mazzarello».

Con María Mazzarello entró en la casa de la Inmaculada; con María Mazzarello leyó y abrazó la Regla de Don Bosco; con ella fue también una de las primeras quince Hijas de María Auxiliadora.

Desde aquel día ¡cuántas gracias derramó el Señor sobre ella y sobre la que fue su maestra en la vida religiosa!

Las funciones de la semana santa ocupan el corazón y el tiempo de las Hermanas, pero el jueves santo, esperado con ansia, trae el llanto al colegio: Jesús llama a sí, precisamente en el día consagrado a la santísima Eucaristía, a la querida Sor María Grosso (13 de abril).

Se mantuvo calma y serena hasta el último instante: recibió todos los consuelos espirituales. A las seis y media de la tarde sintió que le faltaba la vida y dirigiéndose a la Madre le dijo: «Madre, se hace oscuro... ya no veo nada... ¡paciencia...! ¡Hágase la voluntad de Dios!». Y con su característico fervor repitió varias veces, cada vez con voz más débil: *Fiat voluntas tua... Fiat voluntas tua...* hasta que, con esta jaculatoria en los labios, se encontró con su Jesús.

No se debería llorar cuando un alma elegida alcanza su meta. En cambio todas lloran. También en el pueblo la muerte de Sor María Grosso produce un gran dolor. De San Estéfano Parodi acuden parientes y amigos al funeral, que es un triunfo. ¡Una vida tan pura apagada antes de cumplir los veintiún años!

Rasgo visible de la protección del cielo

El mes de la Virgen comienza con un rasgo visible de la protección de la Virgen a sus hijas.

El primer día del mes, mientras la Ecónoma ordena el patio, un andamio de los albañiles le cae fatalmente encima. Su crucifijo destrozado por el golpe es señal inequívoca de que podía haberse lesionado seriamente. Pero la Hermana, al caer al suelo, invoca a María Auxiliadora y se levanta incólume.

La Madre va a Turín

El señor Sorbone escribe diciendo que Cesarino no quiere saber nada de quedarse solo en casa y que, sin ninguna hermana que lo vigile, el niño no le da más que preocupaciones.

La Madre hace contestar en seguida para decirle que se encuentre

en Valdocco, con Cesarino, entre el 18 y el 20, que ella irá también. Y parte para Turín con la novicia Sor Carolina Sorbone, que deberá quedarse allí por razón de estudios.

La Madre tiene algunos problemas importantes que someter al parecer de Don Bosco: la admisión de algunas postulantes a la próxima vestición, sobre las cuales hay algún interrogante; la aceptación de la colonia balnearia de Sestri Levante, la cual, apartándose de las habituales obras del Instituto, produce un poco de temor.

¡Con cuánta alegría acogen a la Madre las Hermanas turinesas! En un momento salen de todas partes y de todos los rincones Hermanas y niñas. No se oye más que una exclamación: «¡La Madre! ¡Viva nuestra Madre!».

Hay una pequeñita, Felicina Gastini, que habiendo quedado huérfana de madre en semana santa, la habían acogido en casa por un mes hasta que los familiares pudieran hacerse cargo de ella.

Ahora está en el oratorio de la mañana a la noche y no acierta a comprender la razón de tanta alegría: de todas recibe la misma respuesta: «¡Está la Madre!».

Al final, también ella empieza a gritar: «¡Viva la Madre!». Y se pone a su lado para contemplar cómodamente a esta Madre, tan esperada por todas.

La Madre tiene también un gran deseo de ver la casa, ella, que tiene siempre los ojos del alma fijos en Don Bosco para descubrir en él la voluntad de Dios, y espera aprender muchas cosas.

María Auxiliadora, naturalmente, ha recibido el primer saludo de la Madre y la primera admiración es para la capilla, tan bien adornada durante su mes.

Por la noche, con el corazón reanimado después de un largo coloquio con Don Bosco, de quien ha recibido las normas que deseaba, participa con gozo en las sagradas funciones. Sabía que los turineses visitan el santuario, pero nunca hubiera imaginado tanta asistencia. Sabía que a Don Bosco le gusta la solemnidad para su Virgen, pero tanto fulgor y tanto orden en el clero infantil y tanta belleza superan su imaginación. Y, recogida, con los dedos estrechamente entrelazados y el corazón palpitante, parece querer saciarse de lo que ve y de lo que oye para no olvidarlo nunca.

A la salida expresa su felicidad con esta frase: «¡Qué hermoso será el paraíso cuando aquí hay tantas maravillas!».

Cuando se encuentra sola con las Hermanas les pregunta:

—¿Viene a menudo Don Bosco a veros?

—No mucho, Madre. El primer mes, un poco más; después, sólo

en casos extraordinarios. Prefiere que dependamos de Don Rúa, ahora que Don Cagliero está en América, y de sus otros hijos encargados por él, pero si lo necesitamos nos recibe él mismo ¡y hay que ver con qué atención!

—Nos escucha como un verdadero padre. A mí, inexperta como soy —añade Sor Elisa—, me da muchos consejos y me recomienda siempre el amor a las Hermanas, que cuide de su salud, y también de la mía, porque dice que necesitamos trabajar mucho y que, sin salud, no se puede hacer nada.

Se interesa por todo: al saber que por la noche no nos íbamos a acostar a la hora establecida a causa de los dichosos estudios, me dijo que limitara el tiempo a una hora escasa: no más tarde de las diez y media, a descansar.

«También vosotras —concluyó— haced por vosotras mismas lo que haríais por una Hermana vuestra, tanto en cuanto al descanso como en lo tocante a la comida.»

¡Si viera, Madre, la bondad que tiene con los bienhechores! El mismo me da las direcciones de las señoras que de algún modo, aunque mínimo, se interesan por nosotras. Y cuando es el onomástico de alguna, me lo comunica, encomendándome tener un recuerdo por ella en las oraciones de la comunidad, hacerle una visita o escribirle una cartita u ofrecerle un regalito apropiado, aunque no sea más que la primicia de unas flores o fruta de nuestra casa. Es un santo, un verdadero santo muy amable y muy querido.

También con nuestras familias tiene atenciones particulares. Cuando mi mamá me manda naranjas, limones o higos... —y nosotras le mandamos los primeros a Don Bosco para que los pruebe—, el amado Padre demuestra agradecerlo infinitamente y no se cansa de repetirme: «Son buenos y dulces como la mamá de Sor Elisa».

Y como conoce su gran deseo de venir a verme, figúrese, Madre, me ha ofrecido hasta los billetes a mitad de tarifa para que venga con menos gasto de viaje y con mayor gusto espiritual para las próximas fiestas de María Auxiliadora. Hace lo mismo con todos los padres de las Hermanas y de los salesianos: se interesa por su salud, por su trabajo, por los hijos que tienen todavía en casa, en fin, por todo. A los padres los invita a comer con él y a las madres las manda con nosotras, recomendándonos que las atendamos bien, que las acompañemos a visitar a María Auxiliadora...; después los consuela y los bendice como a nuestros primeros bienhechores, de modo que se van satisfechos de haber dado sus hijos a Don Bosco y al Señor.

La Madre escucha con el alma palpitando en la mirada. Todo cuanto oye decir del Padre responde plenamente al concepto que ella tiene de él. Las normas que le ha dado infunden en su corazón una gran luz para el gobierno del Instituto en el verdadero espíritu del Fundador. Muchas veces le sale espontáneo: «Eres muy afortunada, Sor Elisa. Sois muy afortunadas las que estáis en Turín. ¡Atentas a no desperdiciar nada de la gracia que tenéis, para hacernos partícipes también a nosotras!».

También el señor Constantino Sorbone se conmueve al verse acogido con tanto afecto por las Hermanas, especialmente por sus hijas.

Sabedor por la Madre de que en Valdocco lo esperan para cerrar un trato, se presenta en el Oratorio. A la hora de comer, hacen pasar a Cesarino al comedor, a la mesa de los Superiores. El niño cautiva por su aspecto ingenuo. Alguien le dice sonriendo: «Mira, si adivinas quién es Don Bosco te quedas con nosotros, si no...».

Cesarino pasa revista en derredor y, en la inseguridad, mira a Don Rúa, que le señala al Superior. Don Bosco lo ve, se sonríe, y le dice bajito al Prefecto General: «Acéptalo, acéptalo». El niño no cabe en sí de gozo y no querría volver ya a Rosignano, pero quedan de acuerdo en que entrará como estudiante en Valdocco el próximo mes de julio.

Regreso de la Madre a Mornese

La Madre, de regreso a Mornese, es recibida como si hubiera estado ausente quién sabe cuánto tiempo. La casa está de fiesta, y se esperan las noticias de las Hermanas de Turín.

«¿En Turín? ¡Todo muy bien! Ya tienen el oratorio lleno de niñas, la escuela gratuita, la catequesis diaria y dominical y un taller muy bien organizado. Y, ya se sabe, el grupo de las Hermanas que estudian.

¡Qué gran bondad la de Don Bosco para con sus hijas! Se ha dignado enseñarles cómo parar a las niñas por la calle, entablar conversación con ellas y regalarles alguna estampita y algún caramelo para invitarlas luego al oratorio.

Nuestras queridas Hermanas, creyendo haber comprendido a la letra la idea de Don Bosco, los primeros días hicieron cosas curiosas. Sor Elisa, como Directora, y alguna vez también las otras, atisbaban por entre las dos hojas de la puerta de la calle. Si no había nadie o

pasaban personas mayores, se retiraban sin más; si pasaban niñas o jovencitas, abrían la puerta de par en par y aparecían allí. Las niñas, sorprendidas ante un tipo de religiosas nunca visto, se paraban a mirar y la Hermana les dirigía entonces alguna buena palabra; si eran niñas pequeñas, les ofrecía algún caramelo o estampita; si no, les hacía preguntas afectuosas y luego las invitaba a entrar, y con palabras cordiales y afectuosas se las hacía amigas.

Aquellas niñas volvían al día siguiente, volvían el domingo y hacían propaganda.

También algún salesiano de enfrente se dio cuenta de la estrategia y dijo que las Hermanas "cazaban" a las niñas. Ahora las niñas son ya bastante numerosas. Van siempre que quieren, especialmente en los recreos del mediodía y de la tarde. Van para entretenerse con las Hermanas, para saludarlas antes de irse al trabajo y contarles sus cosas.

Todas las Hermanas que están libres y especialmente la Vicaria Sor Catalina Daghero —porque la Directora estudia—, se entretienen con las niñas que se quedan por la tarde —ahora que los días son largos—, casi hasta la hora de las oraciones de las Hermanas.

Don Bosco es tan bueno y tan paternal que les manda siempre los mejores sacerdotes y ha encargado al profesor Don Cipriano que dé clase de matemáticas a las estudiantes.

Para las demás asignaturas, pobrecillas, se arreglan con su buena voluntad o con la señorita Sala. ¡Cuántas gracias tenemos que dar a Don Bosco y a los salesianos!»

Curación instantánea

El domingo, día 21, la Madre quiso que también la pobre Sor Laurentoni, que seguía enferma, tomase parte en el triduo de María Auxiliadora, y la hizo llevar a la iglesia, en un cochecito, detrás de todas las demás, junto a la puerta.

Se puso a su lado con Sor Inés Ricci, que atendía a la portería y a la enferma.

Mientras el sacerdote expone el Santísimo Sacramento, se cae el freno del carrito y Sor Inés, temiendo por la enferma, se apresura a levantarlo. Al cabo de un momento se renueva el hecho por segunda y por tercera vez. La enferma se agita, se pone roja, tiembla. Sor Inés, asustada también ella, llama reiteradamente a la Madre, que hace señal de volverse como para decir: «No molestéis mientras está el

Santísimo expuesto». Pero Sor Inés no se da por aludida y la llama en alta voz: ¡Madre!

La Madre vuelve la mirada hacia Sor Laurentoni y le dice con firmeza: «¡Rápida! Levántate, sube la escalera y vete a vestirte». Sor Teresa se levanta por sí misma y va sin que nadie la acompañe, ni siquiera Sor Inés. ¡Qué asombro en todas cuando al cabo de unos minutos aparece Sor Laurentoni alegre y sana como antes de la enfermedad.

Fiesta de María Auxiliadora

El 24 es día de fiesta grande y de inmensa alegría.

Preside la solemne misa cantada el octogenario canónigo Fossati, bienhechor del Instituto; la función de vestición y profesión la realiza el canónigo Agustín Carozzi, también él bienhechor de la casa, asistido por el Director, por Don José Campi y por Don Miguel Fassio.

Las vesticiones son siete y las profesiones cinco.

Debería haber recibido también el hábito la postulante Agustina Simbeni, pero no ha sido admitida.

Agustina Simbeni

Esta había sido recomendada a Don Bosco por persona muy influyente, a la que no se podía decir que no. Hay quien cree que es hija de un deportado político en Siberia; parece que viene de Roma, que estuvo también un poco de tiempo en Turín, en el *Refugio*, y que ha hecho la prueba del postulante en otro Instituto de donde debió salir por hechos extraños.

Se gloria de conocer a muchos prelados y de haber tomado café en la misma taza del Santo Padre.

Parece inteligente y sana; tiene una voz dulce, modales finos, tipo esbelto, cabellera rubia y un indefinible atractivo en toda su persona.

A Don Bosco se la recomendaron, pero sin presentársela personalmente. Apenas llega a Mornese se la pone a estudiar, mas no satisface, aunque no haya en ella motivo de reprensión.

En casa es apreciada y como parece poseer una piedad por encima del nivel común es considerada santa por alguna Hermana. Más aún,

la buena Sor Teresa Pampuro, apenada de ver el colegio sin Director toda la cuaresma (ya que había ido a Gavi para la predicación cuaresmal), dice: «Suerte que el Señor nos consuela con una santa en casa».

Pero estudia poco, no tiene energía para el trabajo, ni se somete a hacer las labores humildes de muchas Hermanas, ni a las mortificaciones comunes en la comida; antes bien, cada día acude a la Madre Petronila para que le dé al menos un poco de entrepán para la merienda.

Esto causa impresión a alguna y la joven Sor Marieta Rossi se acusa de haber dicho para sí más de una vez: «Pero... si fuera realmente buena, en vez de compadecerme porque limpio siempre el pórtico y las escaleras (que a mí me va muy bien, porque me da ocasión de moverme), me envidiaría por los méritos que me puedo ganar, y... ¡me echaría una mano!».

Además, le gustan poco los recreos en un grupo animado: prefiere pasear con alguna, diciendo aquí y allá palabras llenas de unción y de impulsos fervorosos; pero esto no le hace mucha gracia a la Madre, que la vigila mucho, a la par que recomienda que estemos unidas y hagamos el recreo a lo salesiano.

Sea para robustecer sus fuerzas, dejándola un poco más al aire libre, sea para probar la voluntad, se la encarga de acompañar al pasto a una ovejita en el terreno del colegio.

Un día, mientras ella hacía de pastorcilla, viene el párroco de Rosignano monseñor Bonelli a ver a sus feligresas y se entretiene un poco en el bosquecillo con ellas. A poca distancia está Agustina, de modo que les viene espontáneo a las hermanas Rossi hablarle de la santidad de esta joven y del alto concepto en que se la tiene. El párroco, conocido de todos por su prudente caridad, se limita a decir: «¡Ah, sí!». Hace llamar después a la Vicaria y le recomienda que vigile mucho a esta joven, que tiene, según él, actitudes que no son de santa: y para justificar, quizá, el buen concepto que tiene de ella el Director, añade: «Habiendo vivido siempre en ambientes santos, no puede tener todavía la experiencia de un viejo...».

No hacía falta más para que la Madre, ya poco tranquila respecto a Agustina, se encontrara a su lado más a menudo, procurando que las otras no se le acercaran demasiado.

Las pequeñas le tienen miedo

Pero las hermanas Rossi, aunque lo hayan oído todo, se guardan muy mucho de hablar para no correr el peligro de recibir alguna reprimenda del Director, que no admite juicios negativos sobre nadie. Ellas lo saben: las educandas más pequeñas, que por su sencillez experimentan una sensación de miedo al ver a Agustina y huyen de ella lo más aprisa que pueden, han recibido una buena filípica.

A Angelina Sorbone le ocurrió algo peor. Más de casa y más pequeña, se hizo el ánimo y dijo en nombre de todas: «No nos gusta; tiene ojos de mala y nos da miedo». Cuando se intentó hacerle hablar de distinta manera, ella continuó en su afirmación y entonces se le hizo un paquetito con sus cosas y se la condujo a la puerta de la calle para que se fuera a su casa.

El Director esperaba vencer de ese modo el juicio tajante de aquella inocente, pero fue sólo una prueba, y la niña, que pasó apenas unos instantes fuera de la puerta, fue inducida a pedir perdón.

Pidió perdón para no disgustar al Señor, pero no quiso rectificar su afirmación de no tenerle ninguna simpatía a Agustina.

«Probadla en la humildad»

A la muerte de Sor María Grosso, Agustina demuestra participar en el dolor de todas, pero es evidente que su corazón permanece extraño; más aún, parece desechar la persuasión general de que aquella alma haya sido admitida en seguida en el cielo.

¿Se da cuenta, quizá, de que está desazonando el corazón de todas con sus dudas? Lo cierto es que un día, en el taller, comienza a agitarse, a ponerse roja, luego pálida, a sacar la lengua después como quien, abrasado de sed y de fuego, busca un poco de refrigerio.

Hermanas y postulantes la miran impresionadas y le preguntan si necesita alguna cosa, pero ella lo rehúsa todo y se deja caer en una silla, casi exhausta, diciendo con un hilo de voz: «Estoy sufriendo el purgatorio por Sor María Grosso».

El hecho se repite varias veces, con angustia de la comunidad y con temblor de la Madre, que procura mantener a las postulantes y a las Hermanas jóvenes lejos de estos espectáculos. Al día siguiente, llena de alegría, Agustina grita: «¡Oh, Sor María Grosso está ya en el paraíso! ¡También Don Pestarino está en el paraíso: miradlo, yo lo veo, yo lo veo!».

Su fama de santidad va ganando terreno: el Director se queda admirado. La Madre, en su aprensión por lo extraordinario, advierte a Agustina que si continúa así tendrán que despedirla. Agustina suplica que la pruebe un poco más; promete hacer todo lo posible para ser como las demás; dice que quiere prepararse a hacer un mes de mayo verdaderamente fervoroso, para obtener de la Virgen la gracia de quedarse para siempre.

La madre cede y Agustina reza, trabaja, observa la Regla y se informa de todo lo referente a la próxima vestición.

El día en que se reúne el Capítulo para decidir las que serán admitidas a recibir el hábito religioso, se llama a Sor Emilia Mosca para sustituir temporalmente a la Maestra Sor María Grosso. La interpelada no oculta su opinión nada favorable a la extraña conducta de Agustina Simbeni, que entretanto está en el taller agitadísima y dice a la Hermana que tiene a su lado: «¡Rece conmigo tres avemarias para que no me manden a casa!». Se diría que está realmente deseosa de quedarse.

No habiendo sido admitida entre las que van a vestir el hábito, la Madre obtiene del Capítulo —y por tanto también del Director— el poderla despedir.

Agustina parte; pero, después de haber estado fuera solamente un día, vuelve muy contenta.

Dice que se ha encontrado con Don Bosco y le ha dicho que vuelva, porque tiene que hacerse santa.

Y se comporta tan bien, que quita toda duda y deja admirados de sus virtudes a aquellos que ya la miraban con estupor y santa envidia.

En este lapso de tiempo, la administración de las colonias balnearias de Liguria llama a las Hijas de María Auxiliadora para hacerse cargo de un asilo de verano en Sestri Levante; la Madre, al expresar las dificultades de la obra y los peligros en que podrán encontrarse las Hermanas, pregunta a Agustina Simbeni: «¿Qué pensará a este respecto tu *bambina*?».

No se sabe quién fuera esta *bambina*, pero parece que Agustina reciba de ella órdenes y contraórdenes.

Por el concepto de santidad que se ha fabricado Agustina Simbeni y por las pruebas indudables de conocer lo que para otros está oculto, se ha tomado un poco la costumbre de consultarla en las cosas de mayor importancia.

He ahí el porqué de la pregunta de la Madre, la cual, verdaderamente, en ocasiones especiales, hace lo mismo con las educandas me-

jores, diciendo ora a esta ora a aquella: «Vete a preguntarle a la Virgen si está contenta de que se haga esto o aquello». Nada de extrañar, pues, que esta vez haya querido también la respuesta de la inspirada postulante, conservando su libertad, como siempre, de atenerse o no a dicha respuesta.

Agustina se toma tiempo para responder, después dice con toda autoridad que la *bambina* quiere que vayan.

La Madre, que ha ido a Turín y ha oído el parecer de Don Bosco, comunica después a la comunidad los nombres de las Hermanas elegidas para la colonia. Agustina está conforme con las dos primeras, pero sostiene que su *bambina* no quiere en absoluto que vaya Sor Enriqueta Sorbone.

No se le hace caso, aunque se la vea montar en cólera, firme la Madre en las palabras de Don Bosco respecto a la visionaria: «¿Habrá que darle crédito? ¡Probadla en la humildad! Si resiste...».

Sor Mina va a Turín

Pasada la fiesta de María Auxiliadora y realizado el acto de la vestición, profesión y clausura del mes de mayo, el Director va a Turín acompañando a la novicia Sor Dominga Mina, enferma de tisis.

«Hace tres años que no me encuentro bien —afirma la querida Hermana—, es decir, ya antes de entrar, pero... quería ser religiosa y...»

La Madre, afligida por el mal que amenaza a esta joven promesa, decide sacarla de allí antes de que se ponga peor. Se tiene ya en casa a Sor María Belletti, atacada del mismo mal y vecina suya en el dormitorio, que parece correr hacia la tumba. Un hilo de esperanza la sostiene, mientras dice para sí: «Quién sabe si los aires de su tierra..., los excelentes médicos de Turín... llegan a tiempo todavía...».

Sor Enriqueta elegida para la colonia de Sestri

Don Bosco escucha de boca del Director las novedades de Mornese y está a punto de confirmar la elección de Sor Enriqueta Sorbone para la colonia de Sestri, pero piensa hacer una visita al Instituto de Santa Ana, convencido de que una palabra de la Superiora decidirá quizá mejor al respecto.

Se ve rodeado allí de las buenas Hermanas y al descubrir también entre ellas a Sor Elisa y a Sor Enriqueta, que habían ido para hacer un sencillo examen, dice dirigiéndose a esta última: «¿Sabes que el Señor sólo ha querido de ti el sacrificio de la voluntad? En efecto, ahora —aunque estés muy cercana a la meta— estás destinada a otra cosa... Lo bueno es que tienes que salir hoy mismo, porque Mornese te espera para pedirte un nuevo sacrificio. ¡El Señor te quiere mucho, Sor Enriqueta! En tu puesto, por ahora, se quedará con nosotros Sor Carolina».

Esta acababa de llegar, acompañando a su hermana y a Sor Elisa. Al ver disiparse inesperadamente la esperanza de convivir algún tiempo con su querida Enriqueta, desanimada, le dice a Don Bosco: «No me haga estudiar, Padre, porque no sacaré nada, no haré más que gastar dinero y perder tiempo». Y él, señalando a Sor Enriqueta, le dice: «Dejémosla marchar, ella va por un camino no ordinario. Tú estudia y estate tranquila».

Salida para Sestri

En Mornese se hace fiesta a la llegada de Sor Enriqueta, que se presenta diciendo: «Aquí me tenéis, después de salir de Turín ante la sorpresa de las queridas Hermanas de Santa Ana y de las demás estudiantes. También esta vez Don Bosco ha querido librarme de una humillación».

En casa hierven los preparativos para la próxima salida con dirección a Sestri. Sor Enriqueta tiene mucho trabajo. Agustina está de pésimo humor porque no le han consultado en la elección del personal y, además, porque no se hace caso a su *bambina*, que no quiere que Sor Enriqueta vaya a aquella colonia.

Las Hermanas parten para Sestri el martes, 5 de junio, acompañadas por las oraciones de las Hermanas y las calurosas recomendaciones de la Madre.

Otras extravagancias de Agustina

Agustina preocupa cada vez más. Se entrega a un ayuno riguroso y no hay autoridad que la haga desistir. Dice que su *bambina* la alimenta con rocío del cielo y es realmente extraordinario que se mantenga lozana y sonrosada como de ordinario.

Después, repentinamente, se declara enferma; se mete en la cama

y al cabo de un momento se pone en las últimas. Está inmóvil, cadavérica; ha perdido el uso de los sentidos; está casi sin pulso y sin respiración. Se manda llamar al médico de Mornese y al de Lerma, los cuales, completamente al margen de las anomalías ya notadas en Agustina, después de reconocerla atentamente y de extrañarse de que hubiera llegado a ese extremo, dicen que su muerte es inevitable, inminente.

Se van los dos médicos. Agustina continúa unos momentos en aquel estado de catalepsis. De pronto, con un hilo de voz, dice: «Dentro de un cuarto de hora veréis un milagro». En presencia de la Madre, de la enfermera y de otras Hermanas, Don Costamagna toma el reloj y espera: a los quince minutos exactos la moribunda se levanta repentinamente y exclama: «¡Estoy curada!». Y verdaderamente recupera su color y su vivacidad.

«Bien, si estás curada —le dice el Director— nosotros nos retiramos; vístete y baja».

Al cabo de un minuto Agustina baja corriendo por las escaleras, como si nunca hubiese estado enferma.

Dice que la ha curado su *bambina*, la cual es para algunas la Virgen y para otras, Santa Sabina.

Parece que con la curación haya recibido también el don de profecía, de revelación y de éxtasis.

El Director debía ir por estos días a Lanzo, pero ella le dice: «No vaya: habrá un choque». El Director sale lo mismo, para demostrar que no da demasiada importancia a sus palabras, pero cambia de itinerario. El tren en que debía viajar sufre realmente un choque en el que hay varias víctimas.

Un día, el Director llama a Agustina y le pregunta de pronto: «¿Qué hacen ahora en Sestri...? ¿y ahora...? ¿y en este momento?» Y toma nota de cuanto ella dice, sabiendo él de antemano el horario de aquellas buenas Hermanas.

Cuando fue a visitarlas les interrogó minuciosamente y se convenció de que eran exactas las palabras de la joven.

El Director le hizo también otras preguntas:

—¿Quién es en el Instituto la Hermana que más agrada a Dios?

—Sor Rosalía Pestarino —fue su respuesta.

Una Hermana tenía que ir a Serravalle. El tiempo era buenísimo y el cielo estaba sereno. Dice Agustina: «Dentro de dos horas se desencadenará un temporal». Hubo risas. Pero llegan los relámpagos, los truenos, el granizo: un pandemónium.

Algunas veces este saber más que los demás es también causa de aflicción. A una pobre Hermana le habían matado a su padre. La pobre se dirige a Agustina para saber si al menos se había salvado.

—Está en el infierno —le responde sin un hilo de piedad.

¡Y cuántas lágrimas en aquel pobre corazón!

También lloran otras a causa de Agustina. Afirmado ya el concepto de su santidad, dice que su *bambina* está irritada porque en casa existe el pecado. Hermanas y niñas habrán cometido alguna falta y la habrán llamado en la confesión.

A la pobre Sor Teresa Laurentoni la tiene particularmente entre cejas; un día, en plena conferencia, ha sido amenazada de expulsión por el Director. La pobrecita se ha humillado hasta arrodillarse delante de todos.

Y no hablemos de Sor Emilia Mosca, que no es santa de su devoción, pues Sor Emilia se resiste a creer en la extraña santidad de la visionaria.

Un día en que se acusa de esto, se gana dos sonoras bofetadas.

No obstante, Agustina realiza maravillas. Por la mañana, durante la misa, se eleva hasta la altura de los candeleros y, durante la comunión, canta con bellísima voz:

«Vien —mi disse— o mia diletta
lascia il mondo ingannator
Oh, beato chi si getta
nelle braccia del Signor!»*.

A veces los cabellos, que le caen sueltos por la espalda, se le alargan prodigiosamente; el rostro se le vuelve blanco, etéreo y cae en deliquio, permaneciendo como muerta. Cuando vuelve en sí profetiza.

Uno de estos días se decía por ahí que Agustina, a cambio de no haber sido admitida a la vestición, tenía que hacer los desposorios con Jesús, pero en el mayor secreto, en presencia únicamente del Director, de la Madre y de Sor Emilia.

Sor Marieta Rossi y otra, deseosas de ver el portento, se ponen al acecho, a la expectativa del momento oportuno, sin decir nada a nadie, y se esconden en la sacristía para ver sin ser vistas, descalzándose incluso para no hacer ruido. Pero, cuando acaban de ocultarse apenas en el rincón más a propósito, Agustina grita fuertemente:

* Ven —me dijo— amada mía, — deja el mundo engañador. — ¡Dichoso quien se reclina — en los brazos del Señor!

«Señor Director, el Señor no puede darme el anillo divino porque hay gente espiando».

Es de imaginar el susto de las curiosas y su rapidez en escapar...

Entretanto en el colegio se hacen grandes preparativos para la hermosa fiesta del *Corpus Christi* (15 de junio).

La noche anterior, a la media noche en punto, Agustina obliga a la comunidad a bajar a la capilla diciendo en alta voz que «así lo quiere su *bambina* y que así lo quiere Dios». A las educandas se las deja en la cama, pero bajan las Hermanas y los sacerdotes, a quienes se va a llamar expresamente, y viene también Cravero, el ocurente zapatero, que después de haber meditado el «¡siempre! ¡jamás!» de Santa Teresa, hace esta aplicación: «Igual que en Mornese: siempre patatas, jamás carne, jamás nada nuevo».

Después de un poco de oración, Agustina entra en éxtasis, se eleva del suelo y empieza a entonar en francés un canto tan melodioso y sublime que deja a todas embelesadas.

Terminado el canto exclama: «¡La santa, la santa: veo a la santa! La *bambina* me mira, me habla...».

La postulante Felicina Masera, rayana ya en los cincuenta y cinco años, otro fruto de insistente recomendación, es toda de Agustina y está siempre a su lado. De improviso, también ella se pone a gritar: «¡También yo, también yo la veo...!, ¡qué hermosa es!». Todas las Hermanas se levantan para ver; entre susurros, hay una agitación en todas y un temblor que paraliza y no deja sentir al buen Dios.

Quien permanece tranquilo es el zapatero Cravero, poco accesible a conmociones de este género. Durante el éxtasis y el canto, él ha reanudado el sueño interrumpido, y ahora, despertándose al grito de Agustina, murmura fastidiado: «¿Pero aún no termina esta comedia?». Lo mismo que por la mañana, cuando los raptos de Agustina Simbeni suceden durante la misa, murmura invariablemente: «¡Dios mío, qué música! ¿Cuándo acabará?».

Por la mañana toda la casa está engalanada para la procesión, en la que toman parte las Hermanas y las educandas. Acude también Agustina, vestida de blanco, con los cabellos ensortijados y la cruz sobre sus hombros.

Ha sido encargada de vestirla y peinarla Sor Emilia, según órdenes de la *divina bambina*, órdenes que Sor Emilia, nada devota suya, pero buena, ha cumplido con delicadeza y edificación, no sin ganar en humildad. A un cierto punto, cuando los cabellos de la *vidente* se resisten a dejarse moldcar, la buena Hermana prorrumpe en un vivo:

«¡Qué paciencia!», pero en seguida, dirigiéndose a Agustina, reconoce: «He hecho mal en decir esto, ¿verdad?». Y la otra: «Si no lo hubiera dicho, hubiera sido mejor».

Agustina, en la procesión, está devota como un ángel. Todos pueden ver cómo la cruz, sin que ella ni nadie la sostenga, se mantiene en su sitio y la acompaña sin rozarle apenas el hombro. De modo que todos los del pueblo, a su paso, repiten conmovidos: «¡La santa, la santa!».

De regreso al colegio permanece todo el día así ataviada y durante la comida va al comedor de las educandas a obsequiar a cada una con un clavel blanco y un beso. Por la noche aparece con el hábito de novicia. El Director, convencido aún más de su santidad por lo ocurrido durante la noche y luego en la procesión, ha realizado una vestición especial para ella.

Pero la Madre no permite que se le corte el cabello. Una vez vestida con el sagrado hábito, Agustina dice que tiene orden de convertir a cierto señor de Gavi, ateo muy conocido. El Director ordena que la acompañen las superiores. También él se encontrará allí. Son gratos huéspedes de la señora Verdone: aquí Agustina se entrevista con dicho señor y le habla reiteradamente, dando cuenta de todo a Don Costamagna. El ateo se muestra cortés, respetuoso, pero irremovible, y la comitiva regresa como ha ido.

Agustina no se queda mortificada por esto y durante el camino asegura que en su ausencia se ha presentado San José en Mornese, pero la portera no le ha recibido. Llegan al colegio cuando las Hermanas están ya descansando. Don Costamagna manda llamar a Sor Inés Ricci y le dice a quema ropa:

—¡Muy bien, Sor Inés! ¿Sabes que has mandado a la calle a San José?

—¿A San José? ¡Si yo no lo he visto!

—Sí —apremia Agustina— ha venido tres veces a pedir limosna.

—¡Ah! ¿Ese era San José?

Y Sor Inés cuenta: «Vino un viejecito vestido pobremente, pero muy limpio, de aspecto sereno y me pidió algo de comer. Le dije que no estaba la Ecónoma, que no estaba ninguna de las superiores y que yo no podía dar limosna. Volvió por segunda y tercera vez. Al final me dijo: "¿No puede darme nada? ¡Paciencia!" Y se fue mortificado, pero sereno. ¿Quién podía pensar que fuera San José? Si lo hubiera sabido, no le hubiera despedido, con tanto como le rezamos y le necesitamos!».

El Director sonríe y todo termina aquí.

Don Bosco, advertido nuevamente de lo que ocurre, ha vuelto a decir: «Probadla en la obediencia».

¿Obedecer? Agustina no ha aprendido todavía este arte y parece poco dispuesta a entrar en esta escuela.

Denigra el carácter sacerdotal con alusiones indignas; rompe cadenas de hierro y las restaura a la perfección; en sus raptos dice palabras que no se pueden repetir. La emprende sobre todo contra Sor Emilia Mosca, con chismes y sustos, llegando incluso a entrarle en la habitación por el hueco de la cerradura en forma de moscardón para recuperar su propia figura apenas dentro.

En cambio, está siempre junto a Sor Teresa Laurentoni y quiere saber cómo se sentía y cómo sucedió el milagro, interpretando el hecho de tal modo que a la pobre Sor Teresa le hace entrar duda acerca del carácter prodigioso de su curación; agobiada finalmente por el temor de haber pecado deteniéndose voluntariamente en esta duda, y no satisfecha con las respuestas del Director y de la Madre, habla con Agustina. Ella lo sabe todo —se dice para sí—, así es que sabrá también esto. Agustina, después de tomarse algún día de tiempo, le responde que vaya ella sola a Gavi, al santuario de la Guardia, esa misma tarde y rece una *salve*, después de lo cual se le perdonará la duda.

Naturalmente la Madre no otorga este permiso; entonces Agustina aconseja a Sor Teresa que se lleve consigo a una Hermana mayor, pero que no deje de ir esa misma tarde. Tampoco así permite la Madre esta salida, por el contrario, impone a Sor Teresa que esté tranquila, sin preocuparse por el pasado.

Esa misma tarde, en el camino del santuario de Gavi, son agredidas y golpeadas cinco personas.

Pero Agustina, que quiere a viva fuerza ganarse las simpatías de Sor Laurentoni, trata de conseguirlo adulándola en su amor propio:

—Tú eres la preferida del Sagrado Corazón de Jesús, le dice un día.

—Y tú eres un demonio, responde sin titubeos Sor Teresa Laurentoni.

Agustina se excita y Sor Teresa, que con razón teme las consecuencias de su ira, acude a la Madre a acusarse y a pedirle consejo sobre lo que debe hacer.

La Madre no desaprueba mucho el que haya dicho lo que, según ella, procedía de una voz interior, pero le recomienda más prudencia y le ordena que no se quede nunca sola con quien turba de este modo su espíritu.

Pasados algunos días, Agustina, al ver que la Madre está a punto de salir para Gavi con Sor Petronila y con Sor Teresa Laurentoni, le pide y le suplica que la lleven también a ella. La Madre escoge entre dos males el menor y la complace. Van a saludar a la señora Molina, la cual, como siempre, las invita a tomar algo antes de reemprender el camino. Agustina, en contra de su costumbre, se muestra muy cortés y ayuda a la dueña de la casa a servir un poco de vino blanco y a repartir los vasos. La Madre, que la sigue siempre con la mirada atenta, le dice bajito a Sor Teresa, que está sentada a su lado:

—¡No bebas!

Sor Teresa no lo entiende y como las dos superiores y Agustina beben, se dispone también ella a saborear aquel vino dorado, pero la Madre, resuelta, le da un golpecito en la mano y le dice:

—¡No bebas! Ya sabes que a ti el vino blanco te hace daño.

Y le aparta el vaso.

Agustina se molesta, pero calla; después se supo que el vaso contenía veneno.

Ahora el Director, cuando da la comunión, al llegar a ella la salta, siempre que puede hacerlo sin llamar la atención de las demás.

Una mañana vemos salir a Sor Emilia con Sor Teresa Mazzarello y Agustina, vestida esta de seglar. La llevan a Serravalle —dicen— para ponerla en el tren que va directo a Sampierdarena, donde los salesianos la acompañarán al barco que parte para Roma. La comunidad se alegra.

Las dos Hermanas le sacan el billete, la aposentan en el departamento, están con ella hasta que parte el tren y vuelven sin detenerse al colegio; pero cuando suben al dormitorio se encuentran a Agustina tranquilamente en la cama.

Su *bambina* la ha traído de nuevo «porque —dice ella— yo no quiero irme, y antes que yo tendrán que marcharse muchas otras».

Y empieza a ir y venir, como dueña y señora, sin querer hacer nada. Las Hermanas están aterrorizadas; el Director decide dar bendiciones especiales a la casa.

Lo que más preocupa a la Madre es la mala impresión que pueden recibir las postulantes, y este año han entrado ya dieciocho.

Cómo la Madre se preocupa de las postulantes

Siempre ha sido una ternísima madre para las nuevas llegadas; pero ahora se ha añadido el temor de que, por las tretas de Agustina,

pueda frustrarse la gracia del Señor en el alma de estas jóvenes. Redobra, pues, su vigilante bondad y las rodea de afecto para inducir las a superar toda otra impresión.

Sale a recibirlas a su llegada, les hace hablar y las deja llorar junto a ella por lo que han dejado; sin insistir en el deber, ofrece en sí misma el ejemplo vivo de lo que ellas deberán hacer después. Observa el horario y las normas de la casa aún a costa de sacrificios; se da, como de costumbre, la primera, y más que ninguna otra, a los trabajos humildes y bajos, haciendo con ellas recreos animadísimos, en los cuales les pregunta amablemente. De este modo transcurre la mayor parte del día con ellas, las encariña consigo misma y con el Instituto, al mismo tiempo que las estudia atentamente para no errar en su opinión acerca de ellas. ¡Con cuánta bondad e incluso con cuánta alegría excusa sus faltas!

La postulante Dominga Telinelli, al intentar sacar agua, se le cae el cubo al pozo. Se presenta compungida a la Madre para exponerle su fallo. La Madre se echa a reír: «¿Por eso te preocupas? —le dice—. El cubo está seguro allí dentro, ya lo recuperaremos».

A pesar de su afectuoso interés no faltan quienes, atemorizadas, querrían irse: dicen que en el colegio, además de haber poco que comer y mucho trabajo, se reciben continuos sobresaltos.

Verdaderamente basta ver a Agustina a la hora de entrar en la iglesia para ponerse a temblar. Se desploma, se revuelca agitada por convulsiones, y parece que se estire como una culebra.

La Madre conduce a Agustina Simbeni a Don Bosco

La Madre quiere oír una vez más el parecer de Don Bosco, y así, aprovechando el momento en que la misma Agustina manifiesta deseos de hablar con el Fundador y de que este se halla en Borgo San Martino para la fiesta de San Luis, se la llevan.

El Director las acompaña hasta Borgo; Sor Petronila, sólo hasta Gavi. Aquí, en espera del tren, son huéspedes como de costumbre de la señora Verdone.

La señora Momina quiere que coman y que vayan después a descansar un poco. Agustina se acuesta y parece que duerma. La Madre y Sor Petronila se van al pasillo a hablar de sus cosas. A un cierto punto, la Madre Petronila dice en voz muy baja, sabiendo de quién se trata y sin nombrarla en absoluto: «¿Es posible que no podamos librarnos de ella?».

Aún no ha terminado la frase y ya tiene a Agustina a su lado en actitud de querer estrangularla. Tuvieron que acudir en su ayuda. En Borgo San Martino Don Bosco no necesita que le hablen para saber quién es.

Le basta el modo de presentarse ante él, ya que a la entrada misma de su despacho, Agustina da un empujón a la Madre, entra y con suma altanería le cierra la puerta.

Don Bosco la entretiene poquísimo y advierte a la Madre que la despidan en seguida: «Liberaos de ella lo antes posible. Escribiré a Don Albera para que os eche una mano en este asunto».

La Madre decide que no vuelva a Mornese y para evitar escenas desagradables la confía a las Hermanas de Borgo, para que la acompañen al tren, y por la línea de Casale-Alessandria la manden directamente a Sampierdarena.

La Madre a Mortara por equivocación

La Madre parte en seguida para Mornese, mas se confunde de tren y cuando viene a darse cuenta va en dirección a Mortara, pero ya es demasiado tarde. Baja en Mortara cuando ya es de noche. No hay esperanza de otro tren y —lo que es peor— a la pobre Madre no le queda dinero. Se dirige al párroco a exponerle su caso y a rogarle que le dé hospedaje en la casa parroquial o le indique una familia que pueda hospedarla por esa noche.

El párroco desconfía; no la admite en la parroquia ni quiere comprometerse con nadie. Le dice que... hay una pensión para dormir, que es de fiar, donde van los pobres del pueblo o que están de paso. La Madre se ve obligada a pasar allí la noche, sentada en un rincón apartado y seguro, y entregada a la oración no encuentra largas ni siquiera aquellas horas de incomodidad.

Al día siguiente, muy temprano, va a oír la santa misa, recibe la comunión y acude a continuación al párroco para pedirle que le dé por caridad dinero para el viaje, asegurándole que se lo devolverá apenas llegue. Le dice quién es, a dónde va; pronuncia, aunque costándole, el nombre de Don Bosco... El pobre párroco no se deja vencer, no la cree, y sólo cuando se la ve postrada de hinojos se decide a darle la ayuda indispensable.

La «bambina» devuelve a Agustina Simbeni a Mornese

En su sed de humillaciones, la Madre ha encontrado esta vez una buena fuente: no se vuelve a equivocar de tren, pero cuando por la tarde llega a Mornese entre sus hijas, estas, con el corazón excitado, le comunican que Agustina ha llegado antes que ella, hacia el mediodía. Y la misma Agustina, fresca como una rosa, la saluda con su habitual estribillo: «¡Me ha traído aquí la *bambina*!». La Madre dice para sus adentros: «El diablo me la ha hecho buena esta vez. ¡Después de lo de Mortara, también esto!».

Y cuenta su caso entre los ¡oh! y los ¡ah! de las Hermanas, preocupadas todas por ella, mientras ella se ríe muy a gusto.

En tanto que se apresura a saldar la deuda con el párroco de Mortara, viene a saber la continuación de las aventuras: Agustina, cuando se dio cuenta de que la Madre había salido de Borgo, se puso furiosa, arrojó un cuchillo a una Hermana y desapareció.

Finalmente, la liberación

El mes del Sagrado Corazón termina con la salida definitiva de la famosa Agustina.

Después de hacer rezar a toda la comunidad para obtener la gracia tan deseada, la Madre da las órdenes oportunas para que Agustina esté a punto a la mañana siguiente, muy temprano, para encontrarse a tiempo en Serravalle y tomar el tren para Génova.

Va ella misma a despertarla: «¡No, yo no me levanto. Yo no me voy, yo tengo que estar aquí!».

La ayudan a vestirse, pero una vez vestida ninguna consigue moverla. Entonces acuden también Cravero, que siempre se mostró duro con la *impostora*, y el albañil Vallino; entre los dos, un poco por las buenas y otro poco por las malas, logran bajarla a la planta baja. Después, como entre dos guardias fornidos y en formación, el *raro sujeto* prosigue hasta Sampierdarena, donde está esperando Don Albera, que después de recibir la carta de Don Bosco ha hecho las oportunas diligencias para su embarque en el buque que la llevará de Génova a Roma.

Esta vez no vuelve atrás; quizá su *bambina* ha perdido el camino.

El onomástico de la Madre

Puesto que ya se han liberado de la preocupación que desde hacía meses pesaba sobre la casa, el Director quiere que el 5 de julio se celebre el onomástico de la Madre: es la fiesta de Santa Dominga. No habrá solamente ofrecimiento de la santa comunión y cariñosas felicitaciones como los demás años, sino también cantos, poesías y composiciones, que hacía tiempo iba preparando el corazón, pero que las circunstancias parecían querer impedir.

Las Hermanas y las educandas están contentísimas, pero no así la Madre, hasta el punto de que cuando todo está preparado, busca por aquí, busca por allá, no se encuentra a la festejada, la cual, no considerándose obligada a aceptar este género de humillaciones, cree que puede evadirse escondiéndose en el desván.

Descubierta finalmente se ha visto obligada a aceptar las cariñosas demostraciones de sus hijas, sin excluir una buena reprimenda del Director por haberse hecho buscar de ese modo.

El día termina con un alegre pasco al santuario de las Roquetas, honrado por la compañía del arcipreste y de los marqueses de Oria, de Mornese.

Tercera carta de la Madre a Don Cagliero

El día 8 la Madre escribe de nuevo a Don Cagliero.

Muy reverendo y buen Padre:

Si no recuerdo mal, antes de que partiera le decíamos: Cuando esté en América, sus ocupaciones le harán olvidarse de las pobres Hijas de María Auxiliadora. Parece que lo hayamos adivinado, porque no contesta nunca a nuestras cartas, ¡y eso que le hemos escrito muchas! Si supiera cuánto deseamos tener noticias tuyas, no nos las haría suspirar tanto.

Hemos sabido, no sé cómo, que ha estado enfermo; esta noticia nos dio una gran pena, pero esperamos que a estas horas ya estará restablecido.

Escríbanos al menos una vez, ¿no nos dará este consuelo? Lo esperamos.

De nuevo tengo que anunciarle una muerte. Lo siento, pero ¡qué le vamos a hacer! El Señor quiere llenar la casa del Cielo. El día 13 de abril (Jueves Santo) a las 6,30 de la tarde moría la querida Madre

Maestra. Habló casi hasta el último momento y murió diciendo: *Fiat voluntas tua*. Nos edificó a todas con la resignación que mostró durante la enfermedad, que duró tres meses.

Desvesticiones, fuera de las que le dijimos, no ha habido más, gracias a Dios. Han sucedido, en cambio, cosas extraordinarias y estrepitosas que exigirían quince días por lo menos para hablar de ellas sin parar; escribirlas es imposible. Sería preciso haberlas visto...

Intentaré contarle algunas lo mejor que pueda. Hemos tenido éxtasis, raptos, revelaciones de cosas ocultas, pero de conciencia, que estaban sepultadas en lo profundo del corazón de algunas. Y todo esto por medio de una joven romana, enviada por Don Bosco para sacarla de la boca del lobo. No me entretengo en contarle todo lo que hizo desde el principio; bástele saber que la mandamos fuera porque era muy peligrosa. Ella, encomendándose muy de corazón a la Virgen durante el mes de mayo, obtuvo la gracia de volver después de un solo día de ausencia (cómo sucedió, esto se lo contaremos cuando vuelva). Entonces empezó a hablar de una jovencita, visible a ella sola, que estaba siempre a su lado. En un principio se creyó que estaba loca, después se puso gravemente enferma y fue curada instantáneamente por la Virgen (según decía ella).

Después de este milagro empezó a revelar cosas ocultas, y no se puede negar que hizo un gran bien a muchas almas de esta casa. Después comenzaron los éxtasis, un ayuno absoluto de varios días, durante los cuales era alimentada con un manjar celestial por la jovencita. Decía que veía a la Virgen y nos hizo arrodillar varias veces a todas (también al señor Director) para recibir su bendición; de todas estas cosas nos dio pruebas tan ciertas que todas la creíamos verdaderas y hasta Don Bosco les prestó fe.

Pero luego la escena cambió y nos dimos cuenta de que estaba poseída del demonio y no encontrando ningún remedio, por orden de Don Bosco, la mandamos a hacer algún milagro a Roma. Venga pronto y le contaremos todos los detalles de esta comedia; por ahora basta con esto.

No hay otras novedades; hubo vesticiones el 24 de mayo, ya se lo escribí.

Sor Teresa Laurentoni está completamente curada; ahora tenemos enferma de los pulmones a Sor Mina. No se extrañe de esto; ella misma confesó que hacía tres años que padecía este mal y al venir a este clima más fuerte se ha agravado. La mandé a Turín y de allí la envió Don Bosco a Pademonte, con la madre de Sor Elisa. Va vestida de monja y totalmente resignada a la voluntad de Dios. Tam-

bién Sor María Belletti tiene el mismo mal; las demás, gracias a Dios, están bien y alegres y por lo que veo son también buenas.

A primeros de junio se abrió una casa en Sestri Levante, es decir, no una casa, sino que han ido siete Hermanas a asistir a los niños y niñas escrofulosos que van allí a tomar los baños... Entre las Hermanas están Sor Enriqueta y Sor Angelina (la del secretario); a las otras cinco no las conoce. En septiembre volverán al nido.

¿Y usted, cuándo vendrá a ver el nido? Nosotras le esperamos pronto. ¡Si viese cómo ha aumentado el número de las Hijas de María Auxiliadora! Son 30 postulantes, 10 novicias, 36 profesas y 30 educandas. Puede venir a escoger un buen grupo para llevárselas a América, pues casi todas quieren ir; venga pronto, que le esperamos con todo el corazón.

Ahora escuche lo que le voy a decir: guárdeme, pero de veras ¿eh?, un sitio en América. Es verdad que no sirvo para nada, pero la polenta la sé hacer y estaré atenta con la colada para no gastar mucho jabón; y si quiere, aprenderé también a cocinar; en fin, haré todo lo posible para que estén contentos, con tal de que me deje ir. Para dar gusto a las Hermanas tendría que decirle una palabra de parte de cada una, pero como no es posible, le dejo que las interprete a todas y encomiendo a cada una en particular a sus oraciones. Todas le saludan, asegurándole que rezan a la Santísima Virgen para que bendiga sus trabajos y le conserve aún muchos años.

Rece de manera especial por mí, que yo le recuerdo siempre que voy a la capilla. Dígnese enviarnos su bendición y créame su

humildísima hija en Jesús
Sor MARÍA M. ⁷

Mornese, 8 de julio de 1876

P. D. Tenga la bondad de entregar el billetito adjunto a la señora Borgna; dígale si puede pagar algo; son tres niñas desprovistas de todo; la más pequeña aún no tiene ocho años, por consiguiente, no es capaz de hacer nada; tendría que pagar al menos por esta.

Aquí hace calor ¿sabe? Si pudiera mandarnos un poco del fresco que tienen ahí, y nosotras mandarles el calor de aquí... En cambio, ahí tienen que soplarse los dedos y nosotras aquí, abanicarnos. ¡Así está el mundo! Se busca siempre lo que no se tiene, pero en el cielo

⁷ Original en el Arch. Centr. Sales.

no será así. ¡Qué felicidad cuando estemos allí! ¡Allí sí que amaremos de veras a Jesús!

¿Se acuerda todavía de que hay aquí una Hermana que se llama Sor Emilia?⁸ Tenga la bondad de rezar por ella. ¡Si supiera cuánto lo necesita! Las demás son ya todas santas o casi santas, pero ella sigue siendo mala. Todavía no ha aprendido a amar a Jesús. Las demás están todas enfervorizadas y ella está siempre como el hielo. ¡Quién sabe cómo terminará! Rece de veras. También las educandas querrían escribirle, pero esta vez no es posible; acepte su buena voluntad y bendígalas. Le escribieron en otra ocasión y lo mismo que nosotras no han recibido respuesta alguna.

El espíritu turbulento de Agustina

Se diría que el espíritu de Agustina vuelve de tanto en tanto a Mornese para divertirse y turbar la paz del colegio. Nada más irse ella, empezó a venir casi todas las tardes un gatazo, que al acercarse alguien desaparecía. De noche, se oyen toques de campanas, maullidos, aullidos y voces extrañas que no se sabe de dónde vienen, pero que dan miedo.

El Director ha bendecido la casa, aunque sin resultado alguno; se ha llamado incluso al párroco para que dé una bendición solemne, y las visitas nocturnas continúan. Todos piensan que será el séquito de Agustina Simbeni y de su *bambina*, que la busca para darle sus órdenes.

Cuestión espinosa

Esto, en casa. ¿Y fuera de casa...? ¿Y en Mornese mismo? Es triste decirlo: cierto señor Pastore, que se había beneficiado no poco de la caridad de Don Bosco en el Oratorio de Valdocco, al volver a su pueblo natal se creyó nacido para cargos especiales y de importancia.

En efecto, conseguido el puesto de concejal del ayuntamiento insistió para recibir apoyos y recomendaciones, con objeto de subir más alto. Don Bosco se había ocupado de esto, pero sin resultado. Pastore entonces concibió el propósito de vengarse, proponiendo al consistorio destituir al Salesiano y a la Hermana de sus propias escuelas para poner en su lugar elementos seculares sobre los cuales poder

⁸ Sor Emilia Mosca: la misma que escribe, al dictado de la Madre.

ejercer más libremente su autoridad. Estaba para ganar la partida cuando Don Bodrato, enviado expresamente a Mornese, dice claramente a sus paisanos que este paso sería el colmo, porque obligaría al paciente Don Bosco a trasladar a otra parte su obra femenina: aunque sólo fuera a Gavi, Serravalle o Novi, centros más importantes que Mornese que, además de pequeño, está muy a trasmano. Esto sería un perjuicio para el pueblo, tan poco preparado para entender el beneficio de contar con un Instituto educativo semejante.

Esta amenaza, antes de que saliera del corazón apenado de Don Bodrato, había salido del corazón siempre fiel del notario Traverso, concejal en estas fechas del ayuntamiento de Gavi. Prueba de ello es la carta que escribe a Don Bosco el 3 de julio, con la sugerencia de preparar otra sede para las Hijas de María Auxiliadora: él colaboraría con todos los medios a su alcance. Sobre el mismo tema escribía también Don Costamagna en una carta del 2 de julio, que lleva a pie de página la apostilla de Don Bosco para la relativa respuesta ⁹.

La franca declaración de Don Bodrato parece apaciguar la cuestión, pero es fácil suponer cuánto punzaría al corazón de la Madre.

Onomástico del Director y paseo al Tobio

La comunidad, habiendo aprendido a celebrar el onomástico de los superiores, el martes, día 25, fiesta de Santiago apóstol, quiere celebrar el del Director.

Fiesta en la iglesia, lectura de alguna composición, poesías recitadas por las educandas: cosas pequeñas y sencillas, pero ricas de verdadera y cordial gratitud.

Después, parten todos de paseo hasta el Tobio.

Salen de buena mañana. Las Hermanas y las niñas, con la Madre; el Director y el arcipreste, después de bendecir al grupo, se van por su cuenta.

Se hace un descanso en la falda del monte, donde el grupo más sosegado y cansado prepara la comida, mientras las más atrevidas no dudan en seguir hasta la cima.

A Sor Macario, subiendo la cuesta a gatas, se le rompe la única botella de vino que llevan de provisión. El incidente no turba el buen humor. Desde la cumbre, Don Costamagna grita y las Hermanas

⁹ Anexos n.º 16 a, 16 b.

más cercanas le hacen coro: «¡Viva Jesús!»; las demás, desde abajo, responden: «¡Siempre en nuestros corazones!». Cuando Don Costamagna añade: «Marmotas», las de abajo repiten: «Siempre en nuestros corazones». Las risas se vuelven sonoras, disipando incluso la seriedad del arcipreste. Después bajan, deslizándose por el otro lado, y las Hermanas les salen al encuentro contentas, con la comida preparada. Para resarcirse de la botella rota, Sor Tersilla, con un vestido viejo y un pañuelo prestado en casa de los Romiti, se hace pasar por una pobrecita y se acerca a pedir limosna a los dos reverendos que, al no reconocerla, depositan en su mano algunas monedas.

Después de comer, los sacerdotes se marchan; la Madre mantiene santamente alegres a sus hijas y después las invita a descansar a la sombra de unos arbustos, velando ella misma sobre el grupo.

Una vez más da pruebas de su amor: Durante el regreso, una Hermana pone un pie en falso, pierde el equilibrio al borde de un precipicio y va dando tumbos hacia el barranco. La Madre, sin dudar un momento, se echa de lado y, experta como es en estas cuestiones, con la fuerza que le da su amor de madre, atraviesa por un intrincado zarzal y logra detenerla en la carrera y subirla arriba incólume. Ningún incidente más en el resto del camino, que se continúa con alegría y recogimiento entre cantos religiosos y el rezo del santo rosario, con gran contento del alma por la fraterna unión de los corazones.

Ejercicio de pobreza y amor religioso

También en Turín se festeja el día 9 a la Directora Sor Elisa. Lo comunica la Vicaria Sor Catalina Daghero: «En preparación al onomástico de la Directora, las Hermanas pudimos reunir dos liras y media de donativos. Pero en la duda de poderlas retener algunos días y disponer de ellas conforme pensábamos, nos aconsejamos con Don Rúa, el cual nos respondió: "¡Vosotras ya sabéis si la pobreza religiosa permite o no tener depósito de dinero!". De modo que por la noche, al irnos a la cama, sin decir una palabra, yo le tiro la bolsita del dinero a Sor Laurentoni, que duerme en la misma habitación, y ella me la tira a mí. La bolsita, muy juiciosa, va a parar debajo de la cama y allí se queda toda la noche, librándonos del remordimiento de llevar dinero encima. A la mañana siguiente salimos en seguida a hacer la gran compra: estopilla y laua para un par de zapatillas y una funda para el reloj. Y luego, para hacer estos trabajos, ¡cuántos pretextos y cuántos subterfugios! La Directora se daba siempre el

gusto de venir a sorprendernos, ora aquí ora allá. Yo he tomado un firme propósito: no seré nunca Directora, pero si por desgracia lo tuviera que ser, en estos casos dejaría a las pobres Hermanas que hicieran lo que quisieran».

De Sestri se reciben óptimas noticias. Los niños y niñas que antes eran unos auténticos golfillos, van respondiendo muy bien a la labor de las Hermanas, no dan ya malas contestaciones; no hablan y obran tan libremente; aprenden el catecismo, las oraciones y cantos, y a la par que robustecen su cuerpo con las curas marinas, los paseos y la buena comida, fortifican su espíritu con el amor de Dios y con la santa comunión.

Don Bosco ha enviado a aquellos afortunados niños un paquete grande de rosarios y medallas bendecidas; ha habido para todos y aún han sobrado.

Qué hermoso es tener quien colabore así en el trabajo de las almas, especialmente cuando se necesita una ayuda muy fuerte, como en el caso de un ambiente peligroso y lleno de insidias como es, según dicen, el del litoral en la estación balnearia.

Los Ejercicios Espirituales de las señoras

Agosto trae una novedad: en vez de una sola tanda de Ejercicios Espirituales habrá dos: una, llamada de las señoras; la otra, la de las Hermanas. Es una disposición providencial, ya que, mientras ofrece la buena oportunidad de dirigir a los dos grupos distintos la palabra más apropiada para cada uno, ofrece a Don Bosco la ocasión más favorable para comenzar, según el programa de acción salesiana, el trabajo con los seglares.

Efectivamente, cuando Don Bosco en marzo último presentó a Pío IX el programa de los cooperadores salesianos, en el que no se mencionaba a las cooperadoras, el Papa le dijo: «¿Y por qué no agregáis también a las cooperadoras a esta obra? No las excluyáis. Incluid también a las cooperadoras. Las mujeres tuvieron siempre una parte importantísima, incluso por inclinación natural —en las obras buenas y en la Iglesia misma—, en la conversión de los pueblos. Ellas son generosas y emprendedoras tanto o más que los hombres.

Excluyéndolas os privaríais de la mejor ayuda»¹⁰.

¹⁰ Cf MB XI, 74.

Don Bosco recogió con devota e incondicional obediencia esta autorizada y paternal indicación del Pontífice; y se organizan los Ejercicios Espirituales para señoras: almas piadosas, reunidas bajo el manto de María Auxiliadora, para bien espiritual propio y, por consiguiente, también ajeno. ¿Qué medio y qué momento mejor que este para conseguir una fecunda difusión de vida salesiana en la familia y en la sociedad?

La primera tanda comienza el martes, día 8, y como los predicadores Don Ascanio Savio y monseñor Scotton quieren trabajar mucho y las señoras son pocas, se unen a ellas las postulantes, que son más de treinta, y algunas Hermanas de Turín, para la oportuna suplencia de las Hermanas de la comunidad.

Se comprende que el tema de los Ejercicios Espirituales para señoras —no importa que sean de familia acomodada o no— es de suma importancia para Don Bosco, puesto que difícilmente va a hablarle una de ellas sin que al final, especialmente por los meses de mayo y junio, no le diga Don Bosco:

—¿Irá este año a Mornese?

—¿A qué?

—¡Uu poco de campo! ¡Si viera qué lugar tan encantador!

—Yo ya voy al campo en el Monferrato.

—¡Precisamente, precisamente! Se va hasta Novi, o hasta Serravalle; y después se monta en... Hay una diligencia y en seguida se llega a Mornese. Es un... ¡veraneo espiritual el que se hará allí!: ya hay otras señoras y señoritas; usted entraría en ese número.

Las señoras y señoritas acuden, efectivamente, pero la Madre ve que son pocas. Calculando un número, que sólo podía sugerirle el ardor de su celo, había preparado a las Hermanas para que dejaran a disposición su propia cama y durmieran ellas en el suelo. A la cabeza de las más generosas se encuentra ella que, para contentar a sus hijas, totalmente contrarias a verla dormir sobre un saco, se prepara una alfombra de ramaje de habas y asegura que nunca ha dormido tan a gusto.

Para la clausura de los Ejercicios y para la vestición, llega el día 14 Don Rúa, en representación de Don Bosco, que no puede ausentarse de Turín. Lo retienen asuntos de vital interés para toda la Pía Sociedad: la organización de la *Pía Unión de los Cooperadores Salesianos y la obra de los Hijos de María Auxiliadora*, apoyadas ambas por especiales Breves pontificios de fecha 9 de mayo de 1876. Está también en curso la actuación de un proyecto para una publicación periódica, como vínculo fraterno entre los Cooperadores Salesianos... Entre-

tanto se piensa en una colonia italiana en la Patagonia y en buscar personal y medios materiales para una segunda expedición misionera a América del Sur.

Nueva variación en el hábito

La mañana del día 15, diecisiete postulantes reciben el hábito de novicias con una nueva variación.

El velo, que ya no es rectangular sino un poco redondeado por abajo, está más acoplado a la cabeza mediante dos pliegues con alfileres, que lo sujetan a la gorra, y con el borde anterior doblado de forma que caiga un poco hacia la cara y los hombros; la esclavina es redonda, con un cuellecito blanco, igual que la adoptada en la vestición de 1875; y se añade una doble manga, más ancha y más larga, debidamente doblada.

Este tipo de manga lo había adoptado ya la comunidad de Mornese desde el pasado mes de junio, con ocasión de la procesión del *Corpus Christi*. La idea había surgido después de observar que todas las religiosas de la ciudad, por un sentido de modestia religiosa, iban por la calle con las manos ocultas en las mangas.

Las señoras asisten conmovidas a la función y escuchan con reverencia la plática de clausura, a cargo de monseñor Scotton.

Después de una calurosa invitación a servir a Dios con fidelidad, para conseguir el fin por el cual hemos sido creados, dirigiéndose especialmente a las nuevas novicias, concluye: «Haceos santas, porque este es el fin principal de toda religiosa; y no digáis nunca "me hago religiosa para salvarme": esto sería demasiado poco».

Monseñor Scotton cambia de opinión

Al salir de la iglesia, en medio de tantos corazones en fiesta, también monseñor Scotton se siente conmovido. A cada palabra deja escapar su asombro por el progreso del Instituto y declara abiertamente que sus dudas de tres años atrás acerca de la posibilidad de éxito, se han trocado en la firme certeza de verlo recorrer un largo camino.

En los días pasados no le ha faltado ocasión de pronunciarse sobre el buen espíritu de la casa.

El Director Don Costamagna, animado por su celo habitual por la perfección de las almas confiadas a su ministerio sacerdotal y por

un admirable candor de sencillez, no amaestrado todavía por la experiencia personal, trata a las Hermanas y a las niñas con paternal libertad en presencia de cualquiera, cosa no muy del agrado de la Madre, sobre todo con vistas al futuro. Decírselo, le parece irreverencia y hasta un despertar inoportunas sospechas; se industria, pues, para prevenir lo mejor posible los casos menos conformes, permaneciendo unos instantes con el ánimo en suspenso como para preguntarse si conviene o no.

A la mirada sagaz y profunda de monseñor Scotton no le ha pasado inadvertido todo esto, y la Madre se ha dado cuenta; de modo que, llevada de sencillez y de humildad al mismo tiempo, le dice a la Vicaria de Turín, que ha llegado para los Ejercicios: «¿Quieres acompañarme al locutorio?» Y allí, en presencia de la Hermana, expone al eximio sacerdote, consultado por todos y tenido por santo, la idea que le preocupa, exponiendo las cosas con tal delicadeza que resalta más las virtudes del Director y de la comunidad que sus secretos temores maternos, que, por otro lado, la invitan a expresarse así: «Ya lo sabe, monseñor, no quisiera que por mi culpa se introdujera por principio lo que ahora no significa nada, pero que con el tiempo podría degenerar en un abuso y en un peligro». De este modo constataba él personalmente el valor moral de aquélla que al comienzo del Instituto le había parecido inepta para el gobierno del mismo; y el número de Hermanas tan activas, piadosas, observantes y heroicas en los sacrificios de cada día, lo persuadía de que Don Bosco leía el porvenir cuando, a sus poco halagüeños pronósticos, respondió: «Ya veremos lo que hará de ellas la Virgen».

Fiesta de premios

Al día siguiente, 16, la casa está todavía adornada de fiesta como en las grandes ocasiones. Las educandas, con su mejor vestido, esperan en el salón con cierta ansiedad a las señoras y a los Superiores.

Por primera vez tiene lugar la solemne distribución de premios a las alumnas que se han distinguido durante el año por conducta, religión, estudio y trabajo.

El Director lo ha preparado todo al estilo salesiano: hay poesías, diálogos, composiciones, y finalmente el obsequio de un libro, más o menos elegantemente encuadernado.

Las alumnas y sus familiares están satisfechos; las señoras prome-

ten volver el próximo año con otras amigas; parten también los predicadores con Don Rúa.

Interés paternal de Don Rúa

Don Rúa ha trabajado intensamente en Mornese: ha confesado, ha transmitido el parecer de Don Bosco sobre algunos puntos de la vida interna y externa y sobre la aceptación de la obra propuesta por monseñor Leto en Biella. Ha dicho finalmente su palabra acerca de la oportunidad de algún cambio de personal; se ha informado de la marcha moral y del estado económico de la comunidad, comenzando por los registros de contabilidad y siguiendo por la cocina, la lavandería y la viña. Ha visitado las clases y el taller; ha sido amplio en explicaciones y estímulo para remediar las dificultades mayores y sostener los ánimos en medio de tan grande y persistente pobreza.

Debió captar bien las estrecheces de la casa, pues cuando le ofrecieron un plato de natillas se excusó de tomarlo, y demostraba siempre su desagrado ante cualquier plato preparado especialmente para él.

Otra Hermana al Paraíso

Don Rúa ha ido también a ver a la pobre Sor Luisa Giordano consumida por el tifus; le ha dado el consuelo de hacer la profesión perpetua y le ha administrado la extremaunción.

Mucho le debe haber costado a la Madre, siempre ocupada en estos días con las señoras y con las nuevas vesticiones, mostrarse serena y alegre, cuando su corazón sufría por la buena Sor Luisa que, sana y vigorosa en otro tiempo, se acercaba ahora rápidamente a la tumba.

La Madre puede sentarse ahora a su lado y vigilar por si en algún momento el delirio da paso a un poco de calma. Es un delirio revelador: Sor Luisa, que estando en buena salud repetía muchas veces de día y de noche la comunión espiritual, en la gravedad de la enfermedad no habla de otra cosa, no repite otra cosa.

Hacia el anochecer del mismo día 16, la pobre Hermana deja de existir.

La Hermana de la observancia y del buen ejemplo no se ha contradicho en el último instante: ha expirado diciendo: «Comunión espiritual».

Paternidad siempre vigilante

Los preparativos para el entierro y alguna que otra cosa más bien urgente, retrasan la hora del descanso de algunas Hermanas. Naturalmente, también está en pie la Madre, y mientras dura el trabajo siente la necesidad de darles alguna norma y de permitirles un parco y silencioso intercambio de palabras.

La luz encendida pone en guardia al Director; los pasos que se oyen fuera revelan a las Hermanas que ha advertido la irregularidad y está a punto de echarles una de sus reprimendas. Se miran unas a otras alarmadas: ¡es tan severo en lo tocante al silencio...!

Una vez, para hacer un trabajo urgente en la viña, se pasó por alto el corto recreo de las 16,30, concediendo la Madre media hora de expansión al final del mismo. No se lo había advertido al Director, por lo cual, al oír hablar fuera de hora, se presentó en el patio y reprendió tan fuertemente a la Madre que esta se echó a sus pies de rodillas para pedirle perdón y una penitencia.

En otra ocasión parecida, el Director corrigió de tal modo a la Madre que algunas Hermanas desaprobaron esta actuación. La Madre, pobrecilla, se arrodilló delante de sus hijas por temor al pecado y dijo: «¡Por caridad, no murmuremos!».

¿Qué sucederá en este caso, a estas horas de la noche y en tiempo de silencio riguroso?

Las Hermanas se ponen a temblar, más por la Madre que por ellas mismas, y esta quiere evitarles a ellas el peligro de una irreverencia, y al Director, la ocasión de un rapapolvo, aunque sea desde el patio, ya que la puerta está cerrada. De modo que, hace una señal a las Hermanas para que callen y con una graciosa sonrisa da un sopli-do a la vela y la apaga. ¡Silencio por ambas partes! Cuando en el patio dejan de oírse las pisadas, la Madre vuelve a encender la luz y, conteniendo la risa, dice a las Hermanas: «¡Pobre Director, cuánto le cuesta formarnos verdaderas religiosas!».

Los Ejercicios para las Hermanas solas

El día 22 llegan al colegio varias Hermanas de las demás casas; a todas se las recibe con alegría. La Madre advierte: «¡Han trabajado lejos de nosotras, pobrecillas, y quién sabe cuánto lo han sentido! Hagamos de modo que nos encuentren afectuosas, verdaderas Hermanas y si es preciso cedámosles con gusto nuestra propia cama».

Naturalmente que es ella la primera en ceder su humilde lecho.

Llega también uno de los predicadores, el teólogo Belasio; el otro es el propio Director Don Costamagna. Antes del anochecer reina ya el silencio en toda la casa.

También las educandas que se han quedado en el colegio van y vienen en silencio, y a la hora del recreo salen de paseo o se retiran a un extremo del patio, lejos de las ejercitantes, que esta vez son sólo Hermanas.

No asiste ningún superior a la función de clausura y recibe las quince profesiones el teólogo Belasio, asistido por el Director y por otros sacerdotes.

Intercambio de gratas noticias: de Mornese

Una vez fuera de la iglesia se da desahogo a las serenas expansiones de familia y es hermoso ese intercambio de preguntas y respuestas, de relatos y recuerdos que la devoción filial a la Madre y la afectuosa curiosidad fraternal ponen en labios de todas:

—La Madre ¿sigue yendo a lavar al Roverno?

—Siempre que puede y más de lo que puede, conduciendo el asnillo y preparándonos la comida, cuando no consigue ponerse a lavar con nosotras.

—En el recreo sigue siendo la misma: quiere que participemos en juegos animados y juega también ella a hacer llevar el serrucho, a la llave o a la barra rota. Algunas veces finge caerse al suelo para besar los pies a las Hermanas. Y entonces... ¡cuántos jah! y cuántos joh!...! ¡y cuánta vivacidad! Continúa su costumbre de preguntar de improviso durante el juego, ora a una ora a otra, sobre la meditación de la mañana, o bien entona algún canto sagrado con gran fervor. De este modo volvemos del recreo santamente impresionadas.

Una joven profesa, de naturaleza inquieta, sale de vez en cuando del taller para ir a columpiarse. Cierta día Don Costamagna va a buscarla para ensayar el canto y no la encuentra... La Madre se hace la inocente y deja que la busque por toda la casa, mientras ella se dirige a toda prisa a los columpios:

—¡Baja en seguida! Ven, escóndete detrás de mí, entra en el taller y quédate agachada a mi lado.

Al momento vuelve a entrar Don Costamagna:

—¡Bueno!, ¿dónde está ese diablillo?

Y la Madre:

—Ha estado hasta ahora aquí, a mi lado —dice mirando a derecha e izquierda. Al verla acurrucada en el suelo, para que no la riña, le dice:

—Ponte de pie sonriente.

La encausada se levanta de puntillas y, levantando los brazos, dice:

—Estoy aquí, señor Director, ¿no me ve?

—¡Ah bribona!, con que te he buscado por todas partes y estás ahí!

Y todo termina en una carcajada general.

—¿Sabes lo que dijo el otro día la Madre? Que a ella le gustaría mucho predicar y confesar a los santos. Predicar, ¡figúrate!, ya predica y de qué forma... En cuanto a confesar a los santos bien que ganaría, porque encontraría algún pecado para confesárselo como suyo, pues yo creo que se las ve y se las desea para descubrirlos en su conciencia.

—Se acusará de falta de mortificación, ¿sabes? porque no es capaz de comerse los *gusanos* como el resto de la comunidad...

—¿Pero qué dices?

—Vosotras no sois ya de Mornese: cuando pasó por aquí Don Albera y vio las estrecheces de esta casa, debió hablar del asunto con sus hermanos de Sampierdarena aconsejándoles que nos mandaran, cuando hubiera ocasión, un poco de verdura de su huerto. Y nos llegan grandes sacos de coles, ensalada, acelgas y espinacas.

Naturalmente la verdura no llega limpia y las postulantes no siempre saben lavar cierta clase de hortalizas, o no se fijan demasiado. Y así va a parar a la olla, y después, cuando todo está cocido... ¡buen provecho! Dichosos los ojos que no ven y los estómagos que no se rebelan.

—Y aquí está precisamente el pecado de la pobre Madre: aún no ha conseguido hacerla entrar en su estómago, y cuando se entera de la gran fortuna que ha llegado de Sampierdarena, con toda sencillez pregunta: «¿Quién ha limpiado hoy la verdura...?» Si sabe que la ha preparado Sor Rosina Mazzarello, se la come sin más; de lo contrario, dice sonriendo: «¡Yo no, yo no!» y en castigo se queda sin comer.

De Borgo San Martino

—¿Y la Madre Felicina, continúa tan santa en Borgo San Martino? ¿También este año os ha hecho la propuesta de pasar toda la cuaresma de vigilia...? Lo recuerdo como si fuera ahora: las Hermanas estábamos todas contentas y el Director Don Bonetti más contento aún que nosotras, aunque se le viera con los ojos llenos de lágrimas. ¡Qué fervor en aquel santo sacerdote!

—Siempre lo mismo: la Madre Felicina, un serafín; un santo, todo fuego y todo llamas, Don Bonetti, que nos hace gozar alegrías de paraíso cuando viene a hacernos una visita, mientras remendamos la ropa, y nos habla del Señor y de cosas celestiales.

De Bordighera

—También de Bordighera, con tanto recomendarnos conservar la pobreza de Mornese, la Madre ha conseguido bastante su fin.

De vez en cuando nos regalan fruta y verdura, y entonces nos quedamos por la noche en la despensa a repasarla concienzudamente para evitar desperdicios, poniendo a parte la que está a punto de estropearse, que es la que se gasta en seguida.

Cuando salimos de casa recogemos todo lo que puede servir para encender la cocina: cañas, estacas y ¡cuánta fiesta le hacemos a quien nos regala la cosa más insignificante! Figuraos que hasta queríamos cocinar con agua del mar para ahorrar...

Hasta las migas

—¿Queréis que os cuente yo también lo mío? Sabéis que los días de ayuno, así como los sábados, no se entra en el comedor por la mañana. Y sabéis también —y a quien no lo sepa se lo digo yo ahora— que la Madre me encargó a mí de vaciar los sacos del pan en el cajón cuando llegaba de Ovada. Pues bien, un día, que me encontraba con un hambre atroz, me dio pena recoger las migas del fondo del cajón para echárselas como de costumbre a las gallinas. Pensaba para mis adentros: ¿y por qué no me las como yo? Más valgo yo que una gallina... Pero después..., para quedarme tranquila, tuve que ir a decírselo a la Madre, la cual, en vez de regañarme, se mostró muy bondadosa conmigo y me dijo: «¡Pobre hija, haz todos los días como has

hecho hoy, y si no te bastan las migas del cajón toma también las de los sacos!». ¡Es realmente una gran cosa vivir con una Superiora que es una verdadera madre!

Con las postulantes

—Lo entienden también las postulantes, que apenas llegan sienten los efectos de su amor maternal. Y eso que no usa guantes tampoco con ellas cuando hay que corregir algo que no está bien.

—Por ejemplo, dice muchas veces: «Mientras exista la vanidad en el hablar y en el vestir no habrá piedad verdadera. No envidiéis a las que en la iglesia suspiran y derraman lágrimas delante del Señor y luego son incapaces de hacer un pequeño sacrificio o adaptarse a un trabajo humilde. ¿Sabéis, en cambio, a quién debéis envidiar? A las que, con verdadera humildad, saben adaptarse a todo y están contentas de ser como la escoba de la casa».

—Sí. Nuestra Madre no hace más que insistir en las virtudes que ella practica: la humildad, la mortificación, el espíritu de sacrificio, y si consigue hacernos como ella quiere, Don Bosco podrá estar contento.

De Turín

—Don Bosco viene siempre que puede a decirnos dos palabras de exhortación, dejando a nuestro confesor Don Rúa el atendernos en las cosas de cada día.

Para el *rendiconto*, generalmente vamos con él, que nos recibe siempre con mucha bondad y en pocos minutos nos deja tranquilas y serenas.

Un día el buen Padre me preguntó qué daba de comer a las Hermanas. Yo le respondí: «Un poco de sopa y el segundo plato, como en Mornese», y él añadió: «Haced de vez en cuando unas natillas».

Don Bosco es verdaderamente un padre para nosotras: se ha apresurado a comunicarnos el buen éxito de los exámenes de Sor Elisa Roncallo, queriendo que nos alegráramos, tanto más que la noticia llegó el día 24.

También la Madre estaba contenta de ello.

Para quien está al frente de una casa como la de Turín, no es de depreciar un título más, y de grado superior...

Este intercambio de noticias ¹¹ estrecha cada vez más los vínculos fraternos, mientras la vida de familia hace llevadero cualquier sacrificio aceptado por amor de Dios.

Cambios de personal

Mientras las Hermanas se entretienen alegremente unas con otras, ayudándose también en los trabajos de casa y sucediéndose en las visitas espontáneas al Santísimo Sacramento, las Superiores, reunidas en Consejo, estudian los destinos y determinan el traslado de las Hermanas.

Al día siguiente se comienza a gustar el sabor salesiano de los cambios imprevistos.

Sor Felicina Mazzarello no vuelve a Borgo; se queda en Mornese para ir a la casa de Biella, que se abrirá pronto. Como Directora, en su lugar, va a Borgo Sor Ursula Camisassa. Las Hermanas ya son nueve y hacen mucho bien. A Bordighera será enviada como Directora Sor Rosalía Pestarino.

Primera misa de Don Fassio

El día 3 de septiembre se abre con la primera misa del maestro comunal Don Miguel Fassio, y por consiguiente con abundancia de oraciones y de gozo espiritual; después se continúa en el mayor recogimiento, porque las educandas son pocas y las externas están trabajando en el campo.

Regreso de Sestri

A últimos de septiembre regresan las Hermanas de Sestri. Están satisfechas de su trabajo y no terminan de contar el bien conseguido de aquellos niños, que se han aficionado a las Hermanas como si hubieran estado siempre con ellas.

Los administradores de la colonia —señores correctísimos y sistemáticamente adversos a la religión— las han llamado a su despacho,

¹¹ De las varias declaraciones de la Madre Petronila Mazzarello, Sor Carlota Pestarino, Sor Inés Ricci, Sor Rosalía Pestarino, Sor Josefina Quarello y Trecina Mazzarello de Antonio.

les han agradecido cordialmente las atenciones que han tenido con los niños y las han querido obsequiar con pastas y vino blanco, pero, con una chispa de educada ironía, le han dicho varias veces a Sor Enriqueta: «¡Animo, Sor Enriqueta, sírvase, que esto no es pecado!».

La buena Sor Luisa Gallo dice que cuando llegó a Sestri comprendió la obstinación de Agustina en no querer que fuera allí Sor Enriqueta: sin su ojo atento y vigilante, si bien en su maravillosa sencillez, y sin su prudente valor, las Hermanas se hubieran encontrado realmente con graves inconvenientes y peligros.

Rastros de Agustina Simbeni

En Mornese parece que la presencia de Sor Enriqueta cause disgusto a los espíritus malignos: a su regreso, las iras de los visitantes nocturnos parecen despertar de nuevo.

Está la sobrina de María Bacchialoni, una joven educanda que por un excesivo miedo y por excitabilidad nerviosa no hace más que ver animales y oír ruidos. Para evitar que degenera en enfermedad y que sugestione también a las demás, la mandan a casa. Pero también Sor Enriqueta asegura que en el dormitorio, tanto ella como las niñas, han oído fuertes rumores como de truenos, y hasta han visto una gran luz roja que atravesaba todo el dormitorio. El párroco ha recurrido a los exorcismos: se espera que vuelva la calma.

También Sor Mina se va al cielo

El día 2 de octubre la buena Sor Dominga Mina, cada vez más próxima a su última hora, emite los votos religiosos en manos del Director Don Costamagna, de paso para Turín. Nada le ha aliviado: ni los aires de su tierra, ni la libertad de la vida familiar. Su alma está preparada para el cielo.

El 5, en efecto, llega la noticia de que el día anterior, miércoles, la querida Sor Mina ha muerto dulcemente, como había vivido: sin una queja, antes bien, tratando de ocultar a todos —y también a su pobre madre— que iba sintiendo cómo le faltaba la vida.

A los 21 años recogía la palma eterna.

La fundación de Biella

Nueva expansión del Instituto. En uno de sus viajes, Don Bosco se encontró este año con monseñor Leto y al saber por él mismo que buscaba religiosas para la cocina y ropería de su seminario, le dijo:

—¡Yo le mandaré las más!

—¿Pero usted tiene religiosas?

—Sí, Monseñor, y pienso que podrán servir para su caso.

Se daban, pues, los pasos para la fundación.

El día 7, las destinadas abandonan el colegio y parten para Biella con el ánimo dispuesto al sacrificio, resueltas a evitar todo lo que pueda apartarlas del espíritu de Mornese.

Encargadas del seminario diocesano no tendrán relación con los Salesianos: por eso la Madre pone al frente del grupo a Sor Felicina, su hermana, que ya ha hecho una buena práctica en Borgo, y le asigna Hermanas bien formadas: Sor Rosina Mazzarello, Sor Carlota Pestarino, Sor Angela Denegri, Sor María Maccagno, la novicia Sor Teresa Moretta y la postulante Marta Vietti.

Esperando a las Hermanas se encuentra en la estación el mismo monseñor Leto, que las recibe benévolamente y promete ser para ellas un verdadero padre. Se lia interesado él mismo por la casa que les ha sido asignada, para que fuera higiénica, alegre, bien provista de todo, hasta de capilla privada exclusivamente para ellas.

Las Hermanas están conmovidas por tanta bondad, pero al mirar en derredor y no ver por ninguna parte la imagen de María Auxiliadora, de la que les parece no poder prescindir, se les escapa esta sencilla exclamación: «¡Ay, Monseñor, entre tantas cosas no vemos por ninguna parte el cuadro de nuestra Virgen!».

A Monseñor le parece justificada su pena, y para consolarlas les dice: «Tenéis razón, tenéis razón. Conozco a un joven pintor que está dando sus primeros pasos en la carrera del arte. Os lo mandaré, y vosotras mismas le explicaréis cómo es vuestra Virgen Auxiliadora; así la tendréis en un hermoso lienzo. ¡También yo quiero mucho a la Virgen de Don Bosco!».

Esta promesa, y más aún la bondad de Monseñor, es un consuelo para las Hermanas, que empiezan en seguida con todo empeño su nuevo trabajo.

La fundación de Alassio

La Madre no ha terminado todavía de disponer las cosas de Biella y ya ha de pensar en la fundación de Alassio, proyectada hace tiempo. Es una casa salesiana en la diócesis de Albenga, de donde es obispo monseñor Pedro Anacleto Siboni, párroco, el reverendo Don Francisco Della Valle, y Director, el profesor Don Francisco Cerruti.

Va como Directora Sor Josefina Pacotto, a quien la Madre ha avisado mientras jugaban: «Sor Josefina, en el recreo, cuando juguemos, ponte a mi lado». La Hermana, contenta de este rasgo maternal, no se aparta un instante de ella. En el momento de mayor animación del juego, la Madre le dice:

—Sor Josefina, ¿me harías un favor?

—Sí, Madre.

—Es un poco difícil, pero el Señor te ayudará. He pensado mandarte de Directora a Alassio.

El golpe ya está dado; la Hermana se queda mirándola, en la duda de haber entendido bien, pero la Madre añade:

—¡Animo!, atenta al juego.

La pobre Hermana se queda casi sin aliento, y sigue jugando, pero con el corazón oprimido.

Llegado el momento de partir, Sor Josefina llora sin consuelo: ¡está tan encariñada con la Madre...!

El nuevo grupo abandona Mornese el jueves 12 de octubre. Las acompaña hasta Gavi la Madre y Sor Petronila; Don Costamagna va con ellas hasta Alassio. Las Hermanas elegidas para esta casa tan querida para Don Bosco, y por consiguiente también para la Madre, son, además de la Directora: Sor Catalina Mazzarello como Vicaria y las novicias Sor María Cappelletti, Sor Filomena Bologna, Sor Josefina Brunero y la postulante Rosalía Ronchail ¹².

La casa es pequeña, insuficiente, sin ninguna comodidad, sin una mesa siquiera para comer: de modo que cada una ha de tomar su plato y acomodarse lo mejor que puede.

Nada extraño si las pobrecitas, aunque llenas de buena voluntad, tienen los ojos arrasados de lágrimas pensando en Mornese.

¹² Anexo n.º 25 c.

Noticias de Don Cagliero

La Madre escribe otra larga carta a Don Cagliero, en la que no falta el apéndice de Sor Emilia Mosca y de Don Costamagna.

¡Viva Jesús! ¡Viva María! y ¡Viva San José!

Muy reverendo señor teólogo y nuestro buen Padre:

Me pongo a garabatear yo, con la ayuda de otras. Por fin recibí ayer un escrito suyo. Me apena lo que dice de que tiene pocas noticias de esta casa, porque yo le he escrito varias veces informándole de todo lo ocurrido después de su partida, tanto de las desvesticiones y profesiones como de lo que ha sucedido de particular. Pero si por una parte me duele, por otra me consuela, porque veo que todavía se interesa por estas pobres hijas suyas, porque yo creía que con tanto trabajo y preocupaciones ya no se acordaría de nosotras, y me parecía deducirlo de su largo silencio.

Ahora reconozco que estaba equivocada, de lo cual me alegro mucho. Lo primero que tengo que decirle es que hasta ahora ha reinado en todas la paz, la alegría y la buena voluntad de hacerse santas, por lo que doy gracias a Dios.

A decir verdad me quedo maravillada y al mismo tiempo confundida al ver a todas estas hijas siempre alegres y serenas.

Se ve que a pesar de mi indignidad nuestra querida Madre María Auxiliadora nos concede grandes gracias. Rece para que se conserve este espíritu y aumente cada vez más y para que las virtudes que florecen sean más internas que externas.

Ahora tenemos seis casas abiertas: en Mornese, en Borgo San Martino, Bordighera, Turín, Biella, Alassio y dentro de uno o dos meses se abrirá una en Lanzo y otra en Mati.

Me olvidaba de la casa que tenemos en el Paraíso, que está siempre abierta; el Director de allí no tiene ninguna consideración, ni con los superiores ni con el Capítulo, toma a quien quiere y ya tiene siete. Después de la Madre Macstra se llevó a Sor Luisa Giordano y a Sor Mina; la primera murió el 16 de agosto, de tifus, en siete días; la segunda fue a Turín para estudiar y probar si con aquel clima mejoraba, pero murió tuberculosa el 4 de octubre, después de un día o dos de profesión.

Aquí somos cerca de sesenta, entre Hermanas y postulantes. De las educandas no puedo decirle aún el número, porque la mayoría no han vuelto aún de las vacaciones. El año pasado eran veintinueve;

esperamos que este año crezca el número, pero va despacio, por la distancia del ferrocarril.

El cargo de Madre Maestra lo desempeña ahora la Madre Vicaria Sor Petronila, ya que el oficio de Vicaria le ocupa poco; por eso (a Sor Pacotto) la hemos (mandado) de Directora a Alassio y cumple muy bien su encargo; la comunidad está contenta de ella. Hemos añadido una Asistente en el Capítulo; la primera sigue siendo Sor Emilia, y la segunda, Sor Enriqueta. Cuando tengamos las personas adecuadas entonces se arreglará todo.

En (Borgo) San Martino son doce: la Directora es Sor Ursula Camisassa, de Caramagna; la cocinera del colegio es Sor Angelina (antigua sirvienta del secretario señor Traverso) y están muy contentas de ella. En Bordighera son tres: Sor Rosalía es la Directora, Sor Ana Oberti, y Sor Justina, cocinera; hacen un gran bien.

Tenemos una postulante allí. La hija del dueño de la casa vino a hacer los Ejercicios; le gusta este Instituto y seguramente se vendrá con nosotras. En Turín son diecisiete Hermanas; entre ellas está también Sor Laurentoni. La Directora sigue siendo Sor Elisa, pero ¡pobrecita!, tal vez el buen Jesús la necesite para dirigir la casa de arriba y temo que convendrá dejarla ir y resignarnos a su voluntad; tiene la misma enfermedad que las otras, es decir, agotamiento.

En Biella son siete; la Directora es mi hermana Sor Felicina. En Alassio son otras siete: Sor Josefina Pacotto es la Directora. A Lanzo irán probablemente Sor Angelina Deambrogio y una tal Sor Margaritha Sacco, de Caramagna.

Sor Tamietti irá de Directora a Lu con Sor Vicentina Razzetti como maestra de Asilo infantil y una tal Maritano, de Cumiana, que volvió otra vez en el mes de abril, de ayudante. Sor María Belletti se está preparando para ir al cielo y puede ser que cuando reciba esta carta haya partido ya.

Los santos Ejercicios Espirituales se han hecho en dos tandas: para los de las señoras vinieron monseñor Scotton y el hermano de Don Savio; lástima que fueran tan pocas. Para nosotras vino el teólogo Belasio. Hubo diecisiete vesticiones y quince profesiones; ninguna desvestición y esperamos que no haya ninguna más. Las Hermanas que fueron a Sestri volvieron sin ningún daño, ni en el alma ni en el cuerpo, y todos quedaron contentos de ellas.

Sor David, después de haber vuelto a casa por consejo de Don Bosco, obtuvo la curación de la Virgen y volvió con nosotras; ahora está aquí, en Mornese. Físicamente está bien y parece que vaya también bien de espíritu.

¿Se acuerda de rezar alguna vez por sus hijas de Mornese? Pero principalmente por mí que lo necesito más que ninguna; no le cuento todas mis ruindades porque necesitaría varios pliegos... Pida al Señor que me haga de una vez como quisiera ser... También nosotras rezamos siempre por usted, para que el Señor le bendiga y nos lo devuelva pronto. ¡Si supiera cuánto deseamos su regreso! No pasa día que no se diga: ¿Cuándo vendrá Don Cagliero? ¡Ojalá venga pronto!, y otras expresiones parecidas. Así es que venga pronto a satisfacer nuestro ardiente desco.

Hay muchas Hermanas que le piden que les reserve un sitio en uno de los dos nidos preparados. Entre otras está Sor Magdalena Martini, Sor Celestina, Sor Turco, Sor David, Sor Cagliero, etc. y hasta una postulante que es maestra elemental. Hace pocos días que está aquí, pero parece de buena voluntad, es joven y robusta; a ésta la preparamos para América.

Basta. Animo y tenga cuidado de su salud. Espero que venga pronto. Le esperamos para enero.

El señor Director está bien, pero hace poco estuvo algo fastidiado. El quisiera vernos a todas santas, y nosotras, que estamos aún muy lejos de serlo, le disgustamos y se pone enfermo; por esto no le damos permiso para ir a América; además, aquel clima le haría daño. Finalmente acuérdesc de que usted es nuestro protector, y si el señor Director se va a América a usted le toca venir a Mornese.

Por ahora estamos tranquilas porque el personal que debe partir ya está destinado, pero hemos pasado nuestro miedo. Estudió el español, después se fue a Lanzo y no volvía nunca.

Por hoy basta. Ahora queremos de veras amar mucho a nuestro buen Jesús. Usted pídale que encienda su amor en nuestros corazones.

Reciba los saludos del señor Director, de toda la comunidad y especialmente los míos; dígnese mandarnos una bendición a cada una. Por último bendígame a mí, que al besar respetuosamente su mano me profeso

humildísima hija en J. y M.
Sor MARÍA MAZZARELLO

¡Viva Jesús!

Mi buen Padre:

¿Se acuerda todavía de Mornese y de que en este pueblo está una tal Sor Emilia? Pues bien, esta quisiera poderle decir que ya es casi

santa, que puso en práctica sus consejos, etc., pero en cambio debe confesar para confusión suya que sigue siendo la misma, por no decir peor. ¿Qué hacer?

Pero no quiero desanimarme. Usted tenga la bondad de rezar por mí, y yo empiezo ahora a amar de veras al Señor. ¡Oh si pudiera llegar a amar a Jesús tanto como le he ofendido! Amelo usted por mí, que sabe amar, y pídale que me lleve consigo al portal de Belén para aprender la humildad, el desprecio de mí misma, la sencillez y tantas otras virtudes de que carezco y que El enseña tan bien desde aquel pesebre.

Tenga la bondad de volver pronto a la hermosa Italia, que ya es hora ¿no le parece? ¿Está bien que un padre esté tanto tiempo lejos de sus hijas? *Ruegue por todas las monjas y por mí* que tanto lo necesito (esto no lo sé decir ya en español). Si me quiere en América le advierto que sé comer la polenta, esto ya es algo ¿no le parece? Otra cosa no sé hacer, pero quiero aprender a amar a Jesús desde este momento.

Bendiga entretanto a la última de sus hijas.

SOR EMILIA

Muy querido Don Cagliero:

¡Dos palabras...! Acabo ahora de conducir acá y allá las monjas tuyas: nuestras. La semana pasada me presenté con siete delante al obispo de Biella. Ojalá todos los obispos y arzobispos fuesen así como el de Biella. ¡Oh qué corazón! Esta mañana llegué aquí después de (ilegible) de las monjas de Alassio; aún un poquito y veremos otra casa a Lanzo y en Mathi; y todo el mundo hablará de ellas. Hágame usted el favor de escribirme algunas cosas de allí; y no piense v.m. que mi corazón sea lleno de frío por mis hermanos de América; antes yo quisiera salir luego por América, si no fuese el padre don Bosco que me manda de quedar aquí. Así sea. Amén.

Es justo, justísimo, pues no hay hombre (puede ser en el mundo) que tenga mayor número de pecados que mí, en proporción de las gracias recibidas; luego yo tengo que hacer penitencia.

Ahora tome usted noticias de aquí. Primero sepa v.m. que murió la hija de Tunin Traverso, y le dejó en un mar de llanto toda la familia.

Segundo: el zapatero Cravero (señor-caballero) tiene muchas lunas o más bien muchas variantes, menguantes, etc. Yo acabo solamente ahora de verlo todo alborotado... que llama y grita con llena voz; ¡ah, Tonín! Oh, contas... esas brayas cortas me hacen girar la cabeza! Luego, su hermano

y su sobrino, y su madre de v.m., que yo tuve el placer de ver en Castillo nuevo cuando fui a los Becos, saludan con todo corazón, y hacen lo mismo la familia Turco, Bosio, Callero, etc.

Rece v.m. por mi alma... se recuerda de verdad, porque no hay hombre más menesteroso de sus oraciones de v.m. que

su querido
Don YAGO ¹³

Muchas cosas al padre Barena, don Belmonte.

Otros cambios de personal. Dos nuevas Asistentes Generales

Informada por el Director, al regresar éste de Alassio, de la necesidad de reforzar el personal de dicha casa, la Madre Emilia envía el día 19 a Sor Inés Ricci, a Sor Catalina, a Sor María Succetti y a Sor Catalina Nasi.

Con la salida de Sor Pacotto, la Vicaria, Madre Petronila, se encarga también de la asistencia de las postulantes. Con la aprobación de Don Bosco, Sor Emilia Mosca asume definitivamente el cargo de primera Asistente del Capítulo superior y Sor Enriqueta, el de segunda; con esto se puede dar también a ellas el título de *Madre*.

Noviembre lleva un cambio de Directora en Biella: Sor Felicina Mazzarello no puede resistir aquel clima, por lo que se la sustituye por Sor Ursula Camisassa, que ya la había sustituido en Borgo. Las Hermanas están contentas de tenerla nuevamente en Borgo San Martino y el paternal Don Bonetti, que la ve tan delgada y tan cansada, aprovecha la ocasión para decir a las Hermanas: «En la comida, servíos también vosotras dos platos, como los salesianos». No admite razones en contra, porque con todo el trabajo que hacen quiere que se alimenten suficientemente.

«Las vocaciones, aunque sean pobres...»

Viendo la necesidad de mandar una ayuda a Borgo para la próxima fiesta de San Carlos, la Madre envía a alguna Hermana en compañía de la Madre Petronila.

¹³ Originales en Arch. Centr. Sales.

Don Bosco no va nunca a Borgo sin pasar por las Hermanas, más aún, sin bajar a la cocina y subir a la ropería a saludarlas en sus quehaceres y a pedir excusas por el aumento de trabajo que conllevan las fiestas: «La satisfacción, para los demás, ¿verdad?, pero nosotros la tendremos en el paraíso», repite de uno u otro modo, sin pensar que las Hermanas, con verle a él y oír sus santas palabras, ya tienen bastante satisfacción.

El buen Padre se alegra de ver a la Madre Petronila; quiere saber noticias de Mornese y si van llegando postulantes. La Madre Petronila, animada por su bondad, responde: «Padre, las postulantes vienen, pero todas sin nada, o casi nada. ¿Cómo se hace para mantenerlas?».

Don Bosco la mira pensativo, levanta los ojos al cielo y, como inspirado, responde: «¡Oh si supierais qué cosa tan grande es una vocación! No rechazamos jamás a ninguna por el hecho de ser pobre. Si pensamos en las vocaciones, la Divina Providencia pensará en nosotros. Algunas veces lo pasaremos mal, quizá, pero Dios no nos abandonará. Decidlo en Mornese, decídselo a todas: las vocaciones, aunque sean pobres, harán rico el Instituto».

Las «dos raciones» juntas

Las Hermanas aprovechan la presencia de Don Bosco para exponerle el caso de los dos platos, que les ha impuesto el Director, y expresan su pesar por una atención que les parece superflua.

El buen Padre sonríe y reflexiona unos instantes antes de responder. Después les dice: «Como tenéis que trabajar mucho y a veces habéis de restar tiempo al descanso, sí, es mejor que comáis lo mismo que los superiores. Pero hacedlo así: juntad los dos platos y haceos la idea de que es uno solo. Decídselo también a las Hermanas de las demás casas, que están o estarán en las mismas condiciones que esta».

En seguida se pone al corriente a la Madre y aunque aquello no satisfaga mucho su espíritu de heroica mortificación, dice: «¡Si es un orden de Don Bosco, así sea!».

No había pasado mucho tiempo del «sueño de los diamantes», en que se le proponía el lema «trabajo y templanza»¹⁴. Pero Don Bosco sabía muy bien la aplicación que de él hacían sus hijas.

¹⁴ Cf MB XII, 463-469.

La casa de Lu Monferrato

El miércoles, día 8, tiene lugar la salida de otro grupo de Hermanas para la nueva casa de Lu Monferrato: Sor Ana Tamiotti va de Directora; Sor Adelina Ayra, de maestra de labor; Sor Teresa Mazzarello, de maestra del jardín de infancia.

Yendo Don Bosco de paso para Borgo San Martino, el 26 de diciembre, se le presentaron los esposos María y José Rota para suplicarle que les concediera algunas Hermanas para abrir en Lu, su pueblo natal, un jardín de infancia, un taller de costura y un oratorio.

A falta de vivienda propia, las Hermanas habitarían en una parte, casi independiente, de su casa, y para el taller y el jardín de infancia alquilarían dos aulas en los alrededores. Don Bosco aceptó la propuesta.

Acompaña a las Hermanas, como de costumbre, el Director, verdaderamente incansable y, aun costándoles mucho la separación de Mornese, van contentas pensando que tienen cerca a las Hermanas de Borgo.

Los buenos señores Rota las reciben con afecto, y por el esmero que han puesto en prepararles alojamiento y rodearlas de atenciones, dan a entender que las consideran como hijas.

Por espacio de tres años el alquiler de las dos aulas correrá a cargo de la señora Francisca Pastore, la asidua ejercitante de Mornese, y las Hermanas pueden recibir en seguida a los niños y niñas del jardín de infancia.

Muerte de Sor María Belletti

El sábado, día 11, la querida Sor María Belletti vuela al cielo. No era posible que durara mucho una existencia pasada, repentinamente, de la intolerancia a toda sujeción a la más humilde obediencia, transformada hasta el punto que no se volvió a encontrar en ella rastro alguno de los hábitos de la vida pasada. La naturaleza no pudo responder a la fuerza del espíritu generoso y tuvo que sucumbir.

Un sueño la había inducido a cambiar de vida y ahora, otro sueño le anuncia su próximo fin. Le parece ver a Jesús que, con aspecto de juez severo, le muestra todos sus pecados en dos grandes pliegos y levantando tres dedos de la mano derecha le da a entender que no le queda más tiempo de vida en la tierra.

Sor María, asustada, sin comprender el significado de esos tres

dedos, pide perdón y tiempo para hacer penitencia, por lo que Jesús, cambiando de aspecto, se le muestra como un padre amable, depositando en su mano, blancos y hermosos, los dos folios que anteriormente llevaban escritas sus culpas. Desde aquella noche no han transcurrido más que tres meses, vividos con tal ardor de caridad que merecen a la buena Hermana terminar su vida en un último acto de obediencia.

El Director estaba comprometido para unos sermones fuera de Mornese, pero le costaba dejar en aquel estado a la pobre agonizante. Se le acerca y, como bromeando, le susurra: «Sor María, tengo que ausentarme hoy mismo; por favor, espere a que vuelva para irse al cielo».

—¡Esperaré!

Y esperó, aunque su agonía sofocante parecía troncharla a cada respiración. Tenía dieciocho años.

Hasta después de su partida continúan los efectos de su caridad.

A últimos de aquel año, en efecto, se alivia un poco la situación económica del colegio: ya ni siquiera el panadero quería conceder más créditos, y las deudas con el Oratorio de Valdocco constituían una preocupación más.

Con los bienes de Sor María Belletti, la cual había dispuesto de ellos de modo que facilitara al Instituto los trámites correspondientes, se pudieron saldar casi todas las deudas contraídas con los proveedores de los pueblos vecinos: una ayuda verdaderamente providencial.

Las Hermanas, a Lanzo

Don Bosco desea que las Hermanas vayan también a la casa salesiana de Lanzo. Aún no tienen la residencia para ellas, pero dada la necesidad urgente, dispone que vayan en seguida por lo menos dos, que se hospedarán de momento en casa de una bienhechora. Parten inmediatamente Sor Angela Deambrogio, profesora, y Sor Margarita Sacco, novicia.

Lanzo está tan cerca de Turín que podrán ir allá con relativa frecuencia, incluso cada semana, y así sentir menos el aislamiento, que se ve compensado por la satisfacción de evitar una preocupación a Don Bosco y a los salesianos de aquella casa ¹⁵.

¹⁵ Anexo n.º 17.

Fiestas de la Inmaculada y de Navidad

En Mornese, con el mes de diciembre, se llena la atmósfera de fiesta y de alegría espiritual.

Hermosísima la novena y fiesta de la Inmaculada, y no menos la de Navidad. Si para todas es un reavivar el amor divino, para las once candidatas a la vestición es como una tanda de Ejercicios Espirituales.

La función tiene lugar la víspera de la gran festividad: la realiza el Director, asistido por Don José Campi.

A media noche se celebran las tres misas, con las primeras comuniones de algunas educandas. Al día siguiente tiene lugar el desfile de niñas, postulantes y Hermanas a besar el pie del Niño Jesús, como es costumbre, y a hacerle la promesa de corregirse del defecto que más le desagrada.

El Director dice que si cada año desaparece un enemigo, la victoria está asegurada.

Otra vez noticias para América

Antes de terminar el año, la Madre escribe de nuevo a Don Cagliero: un documento de tanta sencillez y humildad no debe perderse.

¡Viva Jesús y María!

Rvdo. señor teólogo y mi buen Padre:

He esperado a escribirle para darle noticias de las fiestas de Navidad. Antes de notificarle otras cosas, le hablaré de ellas lo mejor que sepa.

Tenía que haber habido vesticiones el día de la Inmaculada, pero no las hubo porque el señor Director fue a predicar unos Ejercicios a Balangero. La víspera de Navidad, que era domingo, hubo once vesticiones. En la misa de medianoche, cinco niñas hicieron la primera comunión y todas juntas pedimos de corazón al Niño Jesús por nuestros queridos misioneros salesianos: le hemos pedido que bendiga sus trabajos y les consuele con la conversión de todas esas almas de América.

El día se pasó con santa alegría, en compañía del Niño Jesús.

Ahora que me acuerdo, ¿tienen Niño Jesús en América?; si no,

se lo llevaremos nosotras. No crea que rezo por ustedes sólo alguna que otra vez; le puedo asegurar que no voy una vez ante el Señor que no rece por usted, mi buen Padre, y lo mismo harán todas las demás. Y usted, ¿se acuerda todavía de sus hijas de Mornese? Creíamos que vendría para las fiestas de Navidad, pero nos dijeron que... ¡quién sabe cuándo vendrá! Ya es hora de que venga, pues hace tiempo que se fue. ¡Si supiera cuántas Hermanas y postulantes hay que usted no conoce! Tendría que venir a verlas. Al menos, si no puede venir, llámenos pronto. Entre nosotras hay muchas que quieren ir, siete ya están preparadas, que son: Sor Magdalena Martini, Sor Emilia Borgna, Sor Adela David, Sor Celestina Riva, Sor Carmela de Ovada, Sor Clotilde Turco y Sor María Mazzarello, es decir, yo.

El señor Director nos dice siempre que somos demasiado jóvenes, pero a mí me parece que somos ya bastante mayores. Yo ya estoy sin dientes, sólo me quedan dos tan largos que dan miedo y tengo muchos cabellos blancos; menos mal que la gorra los tapa. Para asustarme me dijeron que en América hay quienes se comen a los cristianos, pero yo no tengo miedo, porque estoy tan seca que no me querrían. Es cierto que no valemos para nada, pero con la ayuda de Dios y la buena voluntad creo que podremos hacer algo de provecho.

Así es que llámenos pronto. Si nos dice cuándo hemos de partir, prepararemos un bonito trabajo para llevarle. Otra cosa: nos tendrá que mandar dinero para el viaje, porque no tenemos nada. ¡Qué alegría si el Señor nos concediera la gracia de llamarnos a América! Aunque no pudiéramos hacer otra cosa que salvar un alma, nos daríamos por satisfechas de todos los sacrificios.

Le doy las gracias por su carta, que recibí a últimos de noviembre; no puede imaginarse la alegría que nos dio. Sólo sentimos que escriba tan de tarde en tarde, aún más, puedo decirle que es la única carta que he recibido de usted. Tampoco Don Bosco nos escribe una palabra... Escribanos usted alguna vez y no nos haga suspirar tanto por sus cartas.

A primeros de diciembre abrimos una casa en Lanzo, con dos Hermanas, Sor Angelina Deambrogio, de Valenza, y Sor Margarita Sacco, de Caramagna. Casi al mismo tiempo se abrió otra en Lu; allí son tres: Sor Ana Tamietti, Directora, Sor Teresina Mazzarello y Sor Adelina Ayra, que dan clase a niños y niñas. No es un jardín de infancia, pero casi; enseñan también a trabajar y tienen mucho que hacer. De modo que tenemos ya ocho casas y gracias a Dios hasta ahora van todas muy bien: se observa la santa Regla y también sus recomendaciones, es decir: no ofenderse. Reina también la caridad

en todas partes. Que Dios nos conceda la gracia de continuar siempre así y aún más, que podamos adquirir muchas virtudes y sobre todo su santo amor.

Mi hermana ya no está en Biella, porque aquel clima no le iba bien. Volvió a San Martino, y allí fue Sor Ursula, que estaba de Directora en San Martino.

Tenemos muchas postulantes que representan también célebres comedias. Una, que es maestra, hace de payaso en el escenario y nos hace reír a todas. Vino también otra maestra muy alta, pero con muy poca voz.

Tengo otra muerte que comunicarle: el día 11 de noviembre, fiesta de San Martín, moría Sor María Belletti después de una larga enfermedad y de habernos edificado a todas con su paciencia y resignación.

Ahora no tenemos ninguna enferma: ¿quién sabe cuál será la primera en ir a la casa del Paraíso? ¿Seré tal vez yo? ¡Dichosa de mí si así fuera!

Pero aún no estoy a punto, porque no quisiera extraviarme, como sería yendo a Mortara, sino que quiero entrar en seguida en aquella deliciosa casa. Pida de veras que me haga digna de ella muriendo a mí misma y a mi amor propio. ¡Tengo tantísimo, que a cada momento tropiezo y caigo al suelo como un borracho!

Pida también por todas las Hermanas, que se encomiendan a sus oraciones y desde las profesas a las educandas todas me encargan que le salude en su nombre y quisieran decirle muchas cosas.

Me olvidaba decirle dos cosas: una, que ya hemos pagado las deudas de Turín y, de veintemil liras, no quedan más que dos o tres mil. La otra, es que no ha habido profesiones porque aún no están maduras.

Uno mis respetos a los del señor Director y beso su mano. Le pido su paternal bendición, y en el Corazón de Jesús me reitero su

humildísima hija en Jesús
SOR MARÍA MAZZARELLO ¹⁶

¹⁶ Original en el Arch. Centr. Sales.

P. D.

Mi buen Padre:

La Madre le ha puesto el nombre de siete Hermanas. También yo deseo ir de todo corazón, pero me faltan dos cosas: humildad y amor de Dios. Si supiera... no puedo decirle nada porque me falta tiempo.

Rece por mi conversión y llámeme también a mí a América.
¡Viva Jesús!

Sor EMILIA

«Cada religiosa, una copia de la santa Regla»

En casa hay ya un número bastante notable: unas sesenta entre Hermanas, novicias y postulantes. A la ejemplar regularidad de la vida contribuye mucho el mural que ha preparado el Director con el siguiente reclamo: «Cada religiosa debe ser una copia de la santa Regla», que aparece expuesto en el pórtico y en las escaleras.

Hasta las paternales reprimendas del Director a las Hermanas y ciertas *sacudidas* que sabe darles para formarlas en la piedad y conducir las con firmeza a la virtud, revelan su deseo de verlas perfectas y atraen sus corazones, tanto más ahora, que habla tan a menudo de las misiones y emplea incluso expresiones españolas que, al tiempo que divierten, recuerdan a todas la necesidad de una gran fortaleza espiritual para poder cruzar el océano.

La Madre está en todo: deja a Sor Emilia la responsabilidad de las clases y de los estudios, da la primacía a la piedad sobre la ciencia y el trabajo manual, y estudia las soluciones mejores para responder a las necesidades nuevas del personal para Alassio, Lanzo y Lu Monferrato.

Carnaval en el colegio: teatro y mortificación

Entretanto la proximidad del carnaval produce una alarma.

Los empresarios de los bailes de Mornese, con la experiencia de los años anteriores, saben que pueden contar con pocas muchachas, porque la mayor parte van al oratorio o se quedan en casa disfrutando de un poco de descanso; por eso inventan la nueva fórmula del baile de beneficencia. ¿Quién podrá resistir a una cosa tan extraordinaria en el pueblo y, además, justificada por la caridad?

La Madre intuye inmediatamente el peligro y se siente impotente para impedirlo. Pero el Director, cuyo celo está reavivado ahora por la noticia de los excepcionales asuntos que Don Bosco lleva entre manos en Roma, la tranquiliza:

—No tengáis miedo: organizad unas representaciones teatrales vosotras mismas. Invitad gratuitamente a los parientes de las jóvenes. ¡Ya veréis cuánta gente acude!

—Pero, ¿qué vamos a representar?

—Algo cómico. Yo os lo preparo en seguida.

Y ahí lo tenemos componiendo cantos fáciles y escenas divertidas de teatro.

El 10 de febrero vuelve Angelina Jandet como postulante. Se admira y se valora su esfuerzo contra el innato amor propio; se quiere confiar en ella, pero no faltan las perplejidades: si no ha podido resistir ni siquiera en el Cottolengo...

Entretanto las jóvenes, y con ellas las Hermanas, ensayan la primera representación músico-dramática. ¡Cuántas caras nuevas en el teatrillo del colegio y qué aplausos jamás soñados! El fin se puede decir que se ha logrado plenamente: ni una muchacha pone el pie en el baile de beneficencia.

Pero, para que el éxito de la iniciativa sea completo, la Madre sugiere y la comunidad aprueba que del ya escaso alimento se estudie el modo de hacer alguna reducción: por ejemplo de un poco de fruta que, vendida después, puede permitir hacer celebrar alguna misa en sufragio de las almas del purgatorio. Es una forma de seguir la enseñanza habitual de Don Bosco, mientras que la pequeña mortificación tiene por fin ofrecer al Corazón de Jesús un acto de reparación por los excesos propios del carnaval¹.

Este ofrecimiento es del agrado de Jesús, ciertamente, y la alegría reina en todo el colegio.

Pero afuera, salen de nuevo a la superficie las iras latentes contra Don Bosco, por el colegio destinado a las jóvenes en vez de a los muchachos, aunque el verdadero pretexto del momento sea evidentemente el fracaso del baile. No pudiendo hacer otra cosa, el malhumor se desata en invectivas triviales durante toda la noche delante de las ventanas del colegio y de casa Carante.

La Madre sufre, no por ella, sino por esos pobrecitos —que se revelan tan poco accesibles al bien— y por el nombre salesiano, objeto de tales irreverencias.

¹ Cf MB VII 49. 615; VIII 8.

El miércoles de ceniza pone fin también a las luchas del carnaval. Hermanas y alumnas se encuentran un poco cansadas, pero seguras de haber trabajado por la gloria de Dios.

La idea de Don Bosco acerca de la visita a las casas

El mes de marzo es portador de un nuevo incremento en la devoción a San José: este año se trata de manifestarle la propia gratitud por haber correspondido a las responsabilidades encomendadas como *ecónomo* de la casa.

Entretanto la Madre se dispone a hacer su primera visita a las casas de Biella y Borgo San Martino.

Ya ha comunicado a Don Bosco, por medio del Director Don Costamagna, que Don Bonetti la ha invitado a hacer una auténtica visita a Borgo, pero que como ella ya estuvo allí de paso y volvió para el caso de Agustina, no le parece tener que pasar más tiempo donde las Hermanas tienen ya al Director por padre y guía.

Don Bosco, a su vez, la exhorta a ir y permanecer con ellas algún día. Cuando haya alguna fundación más, ella misma se persuadirá de que las casas de un Instituto van bien cuando el Superior tiene de vez en cuando la maleta en la mano como un representante. La Madre Superiora es ella, y conviene que vea cómo son tratadas sus hijas, si necesitan algo, si están contentas y si trabajan como el Señor quiere: sin perder tiempo, pero sin descuidar las prácticas de piedad y la salud; si el horario se acomoda, cuando es posible, al de ellas, etc. «Vaya, vaya, que Don Bonetti estará contento: y de este modo si también él tuviera alguna dificultad, o algún consejo que dar, o algún deseo, podrá exponérselo. El ir de acuerdo da siempre buenos resultados al alma y al cuerpo. Lléveles los saludos de Don Bosco y dígales a todas que las bendigo de corazón.»

Don Bosco, a las hijas de Alassio

La presencia de Don Bosco en Alassio a últimos de febrero levanta los ánimos, dando a las Hermanas de aquella casa energías nuevas para continuar en el cotidiano ejercicio de las virtudes. Y no pueden por menos de escribirle a la Madre:

«Nuestro buen Padre Don Bosco no ha dejado de visitarnos. Aunque el tiempo de que podía disponer no se lo permitía, supo, quizá,

que teníamos tres enfermas: Sor Catalina Mazzarello, Sor María Succetti y Sor María Cappelletti y vino a vernos.

Nada más llegar nos preguntó:

—¿Cuántas sois?

—Trece, Padre.

—¡Qué mal número! Una de vosotras tendrá que morir o marcharse.

Esto lo decía de broma, pero nosotras le dijimos en seguida que éramos trece porque nos habían prestado alguna para suplir a las tres enfermas. Pero él, como si no se diera por entendido, siguió preguntando:

—¿Tenéis mucho trabajo?

—¡Ohhh...! —que quería decir: ¡muchísimo!

—Pues bien, mirad: cuando voy por las casas y me dicen que tienen mucho trabajo, me quedo tranquilo, porque donde hay trabajo no entra el demonio. ¿Se puede ver a estas enfermas?

—¡No faltaría más, Padre!

Todas suben detrás de él a ver a las tres pobrecillas, que no se esperan semejante visita. El Padre les dice una buena palabra y después, dirigiéndose a todas, nos pregunta:

—¿De qué virtud queréis que os hable?

Nosotras, que con nuestro continuo ajetreo no sabemos todavía estar en la presencia de Dios continuamente, como dice la santa Regla, casi a coro le contestamos:

—¡Enséñenos cómo estar constantemente en la presencia de Dios!

Y el buen Padre repuso:

—Sería realmente hermoso que las Hijas de María Auxiliadora estuvieran continuamente en la presencia de Dios, pero, mis buenas hijas, podéis hacerlo así: renovando la intención, cada vez que cambiáis de trabajo, de hacerlo todo a mayor gloria de Dios.

Nos dijo otras cosas muy hermosas sobre este punto, y terminó diciendo:

—Como veis, no es difícil formarse el hábito de la continua unión con Dios.

Cuando se disponía a marchar, la Directora le pidió su bendición, especialmente para las enfermas, y sobre todo para Sor Catalina Mazzarello, a quien quería ver sana en seguida. Don Bosco le dijo:

—¿Sabes que eres una madre sin corazón?

—¿Por qué?

—Porque las madres hacen muchos sacrificios por la felicidad de sus hijos, y tú no eres capaz de hacer el sacrificio, por amor de Dios,

de dejar marchar a una de tus hijas a gozar de la verdadera felicidad.

La pobre Directora insistía humildemente y aducía sus razones. Don Bosco, siempre bueno, terminó diciendo:

—Pues bien, mandadla a Mornese y asunto concluido.

Al marcharse y pasar por donde algunas mujeres estaban planchando la ropa de los niños, todos de familia distinguida, el buen Padre nos preguntó cuánto se les pagaba por día.

—¡Cinco liras, Padre!

A lo que replicó:

—¡Cinco liras! Haced lo posible por aprender también vosotras a planchar y así podremos evitar este gasto.

Después añadió:

—Mirad, Don Bosco tiene que ir a Francia a buscar el pan para sus hijos. Si no necesitáramos comer, se estaría en casa más tranquilo; en cambio, no tiene más remedio que ir.

Cuando Don Bosco se fue, comentamos aquellas palabras suyas: «Mandadla a Mornese y asunto concluido» y si el Director no nos hubiera tranquilizado, hubiéramos puesto los medios para mandarla a Mornese.

Llegado a Marsella, entre el 1 y el 12 de marzo, Don Bosco da a entender que ha notado en sus hijas de Alassio algo que debería evitarse en el porvenir y ello constituye el sexto punto de la carta que escribe a Don Rúa: «Cuando haya que mandar Hermanas a alguna casa, no se elijan todas de la casa madre, sino, como hacemos con los salesianos en Turín, buscar alguna Hermana adecuada de las casas ya abiertas haciéndola suplir por otra nueva y mandar a aquélla a la dirección de la nueva casa. De esto hablaremos cuando vaya a Turín...».

La Madre en Biella

A mediados de marzo, la Madre, alentada por las palabras y la paternal bendición del Fundador, comienza por Biella sus visitas a las casas.

Por temor a que desmereciera el Instituto con una «Superiora como ella» —así se expresa—, y tratándose de tener que presentarse a un obispo, toma por compañera a Sor Emilia Mosca, que está al corriente igual que ella de todo lo referente al Instituto, y a Sor Magdalena Martini, con la media intención de dejarla allí, en caso de necesidad. Para la escuela de Mornese, si fuera preciso, ya se proveería.

¡Qué alegría para las Hermanas de Biella, las únicas que no tienen el apoyo y la guía de los salesianos!

Una vez allí, se le ofrece a la Madre la oportunidad de visitar el santuario de Oropa: se encuentra con que hace frío y viento y como tienen que pernoctar allí para hacer al día siguiente la santa comunión, la Madre va tranquilamente a proveerse de un haz de leña para calentar un poco la habitación. Sor Emilia la mira asombrada.

—¿Este haz tan grande? —le pregunta— ¿Y quién nos lo llevará a casa?

—Nosotras.

—¿Nosotras, Madre?! ¿Delante de toda esta gente? Si fuéramos vestidas de seglar, pero de religiosas...

—¿Y qué tiene que ver? A nosotras ¿qué nos importa de la gente? No hacemos mal a nadie. Déjame, yo lo llevaré con más desenvoltura que vosotras.

Sor Magdalena Martini se adelanta para cargárselo ella, roja como la grana, pero Sor Emilia Mosca, venciendo la natural repugnancia, se anticipa y carga con él.

A la mañana siguiente, después de una fervorosa comunión delante de la milagrosa imagen de la Virgen de San Lucas, la Madre permite a las dos Hermanas que vayan a visitar las distintas capillas, mientras ella permanece rezando en la penumbra de la iglesia recogida y casi silenciosa.

Bajan de nuevo a Biella y cuando se hallan todas juntas en la huerta durante el recreo del mediodía, mientras la Madre se informa de la hora de visita, el obispo, monseñor Leto, entra en la huerta sin ningún aviso previo. Ha sabido por las Hermanas que llegaba la Superiora General y quiere adelantarse a saludarla. La Madre pide excusas por este involuntario descuido. Monseñor elogia a las Hermanas, llenas de buena voluntad, y después le pregunta:

—Entonces, Madre, ¿cuántas hijas tiene?

—Excelencia, entre profesas y novicias, vivas y difuntas, somos más de un centenar de Hermanas.

Monseñor se la queda mirando: la humildad de la Madre no le pasa inadvertida.

Pero ella regresa con una espina en el corazón: Biella presenta demasiadas comodidades para las Hermanas. Es verdad que también el trabajo es mucho, pero la comida y la casa son señoriales y teme que el espíritu se resienta por todo esto, y quizá ya se ha resentido, porque hay alguna que tendrá que cambiar de casa.

La Madre en Borgo San Martino

De Biella la Madre pasa a Borgo, según el consejo de Don Bosco, y allí se detiene dos días. También aquí habla con cada una de las Hermanas, visita la casa, participa en todos los trabajos, va a la cocina y a la ropería, lo ve todo, se interesa por todo, recomendando a todas la alegría y la sencillez de corazón.

A la buena Sor Robustelli, nueva todavía en la casa y muy tímida, le levanta la moral y le infunde ánimos: «Sé que te entiendes bien con mi hermana. Estoy contenta, sigue adelante con tranquilidad: procura ser siempre puntual, fiel al horario y así darás gusto, en primer lugar, al Señor, y también a los Superiores».

La misma recomendación hace más o menos a todas las Hermanas, porque suele decir: «Cuando se cae en alguna falta, si uno es sincero, resulta más fácil levantarse y enmendarse».

Y sin embargo esta casa, modesta como toda casa salesiana, pero muy cómoda comparada con la de Mornese, aumenta su temor, ya vagamente sentido por las cartas de las Hermanas, de que el espíritu pueda decaer. Religiosa y superiora ejemplar no sabe disimularlo; por eso en las conferencias generales y particulares repite sus recomendaciones sobre la observancia de la santa Regla, especialmente en lo que se refiere al espíritu de pobreza, que debe conservarse como en Mornese: la mortificación de la comida, al menos no tomando nada fuera de hora; el trabajar con celo en el propio oficio y con las niñas del oratorio y del taller, pero siempre y únicamente por amor de Dios; el amarse y ayudarse recíprocamente. Son más o menos las mismas recomendaciones que hace en cada carta a la Directora, con la cual puede hablar aún más libremente que con las demás, pero ¡con cuánto gusto la escuchan las Hermanas y con qué sincero afecto le prometen obrar mejor en lo porvenir!

La Madre vuelve a Mornese.

Sor Ana Succetti cae enferma y muere

La Madre hubiera querido pasar de Borgo a Lu Monferrato, pero en Mornese se ha agravado Sor Ana Succetti y decide, por tanto, volver a casa.

Nada más llegar a Mornese escribe a su hermana Felicina remachando la recomendación de mortificarse también en las cosas necesarias... obedeciendo, sí, a los superiores y al médico, pero haciendo

asimismo, por el bien de nuestra alma, lo que agrada al Señor.

Al darle noticias de Sor Ana Succetti, que está realmente grave, mantiene la exhortación hecha: «A la hora de la muerte estaremos tanto más contentas cuanto más nos hayamos mortificado».

Sor Ana Succetti es una Hermana de la que suele decirse que habla poco, no dice una palabra inútil, trabaja mucho y reza incesantemente. Compañera y alumna de oficio de la querida Sor Asunción Gaino, pudo secundar sin contraste su inclinación natural al silencio, al trabajo y a la humildad. Y lo consiguió hasta el punto de que aun sintiéndose mal no dejó sus ocupaciones ni estimó necesarios los cuidados que se le ofrecían. Pero al final, la naturaleza se impone a la voluntad y la pobre Hermana ve acercarse la hora del descanso eterno.

El 24 de marzo la muerte obtiene su victoria. María Auxiliadora, en un sábado, víspera de la Anunciación, se lleva consigo a esta humilde hija suya.

Poco antes de dejar a sus queridas Hermanas, la buena Sor Ana, delicadísima de conciencia, pasa por un momento de tristeza. Delante de las que la rodean, dice con un profundo sentimiento de dolor: «Madre, una vez, mientras ordeñaba la vaca, tomé en el hueco de la mano unos sorbos de leche. Hacía mucha calor y estaba muy cansada, pero no tenía permiso. ¡Perdóneme!».

Se lo había confesado quién sabe cuántas veces, pero quería terminar su vida aquí abajo con un acto de delicada humildad.

También Sor Paulina Guala deja esta tierra

Aún no han transcurrido quince días de la muerte de esta querida Hermana, cuando el 9 de abril la sigue la buena Sor Paulina Guala. Parecía un coloso. Donde un trabajo duro requería dos brazos fuertes, allí estaba Sor Paulina; donde una obediencia cualquiera parecía ofrecer alguna dificultad, Sor Paulina encontraba energías nuevas, tanto que se la podía llamar «la obediencia personificada». Y con toda esta actividad ¡qué recogimiento y qué devoción! Alegre y viva por naturaleza, ella era la que, de novicia, durante el recreo, se aislaba de vez en cuando para acercarse a la puerta de la capilla, porque le daba pena que Jesús estuviera tan solo. Pero desde que la Madre le dijo que a Jesús le hacen compañía los ángeles, participó alegremente en los recreos.

¡Cuántas veces la Madre le besó también a ella los pies siendo postulante y novicia!

La comunidad simulaba no darse cuenta de ello, pero cuando Sor Pacotto, más atrevida que las demás, le preguntó el porqué de este acto de humildad, precisamente con Sor Gaino y con Sor Paulina, la Madre le contestó: «Porque son las más humildes de la casa».

También en su breve enfermedad, Sor Guala supo mortificarse. Abrasada por la fiebre, bebía sólo cuando le acercaban el vaso. ¡La casa echará en falta estos santos ejemplos!

Nuevas novicias y profesas

El día 12 llega Don Ghivarello como confesor extraordinario y para predicar el triduo de preparación a las vesticiones y profesiones.

El mismo, el día 15, asistido por el párroco de Mornese, da el hábito a dieciséis postulantes, y recibe en nombre de Don Bosco los votos trienales de tres novicias.

En la plática de ocasión dice que las frecuentes muertes de Hermanas no les angustian solamente a ellas, sino también a Don Bosco, el cual desea que después de la divina gracia se pida la salud, que es un elemento indispensable para cumplir los deberes impuestos por la vocación religiosa.

Cuando falta la salud, se ha de recurrir a las excepciones. La Regla se resiente y el espíritu desaparece, sin que se recupere la salud, porque es un tesoro tal que una vez perdido difícilmente se recupera. Y repite algunas normas prácticas que Don Bosco le ha dado para las Hermanas: por ejemplo, emplear todos los medios que estén al alcance de las religiosas para impedir las enfermedades más corrientes; recordar siempre que una vez hecha la profesión, la salud ya no es nuestra, sino de la Congregación y que por lo mismo, se ha de cuidar de ella como de algo que pertenece a todas, no arruinándola con imprudencias.

Don Costamagna fue también a Bordighera como confesor extraordinario y predicó una breve tanda de Ejercicios Espirituales. El mismo día 15 recibió los votos de Sor Ana Oberti y de Sor Agustina Calcagno.

Modificaciones en el hábito: el «modestino»

Llega de Turín una hermosa novedad. Hasta personas autorizadas dicen que el hábito de las Hijas de María Auxiliadora es demasiado fúnebre, que se necesita algo blanco que mitigue esa sensación de

luto. Por eso la Directora Sor Elisa escribe sobre el particular a Mornese, donde se hace materia de estudio entre las Superiores de la casa, y también objeto de alegre entretenimiento en el recreo, sin que la comunidad conozca sus pormenores.

Un buen día, la Madre, en plan de broma, dice a las profesas: «Cuentan las abuelas que cuando San Vicente de Paúl fundó a las Hijas de la Caridad, no sabiendo qué forma dar a su velo, dijo: "Echémoslo en alto: la forma que tome al caer se considerará como la querida por Dios". Y ahí tenemos a las Hermanas con sus hermosas alas, que las hacen parecer palomas.

¿Hacemos también nosotras la prueba? Este velo nuestro tan corto, con estos dos pliegues, dicen que es incómodo, y verdaderamente no está nunca en su sitio y molesta. Tomemos un trozo de tela más grande y echémoslo en alto».

¡Dicho y hecho! Pero la tela cae sin ninguna forma, ora sobre la cabeza de una, ora sobre las espaldas de otra, o como colgando de una percha sin gracia alguna.

No son para describir las risas de todas, hasta que la Madre concluye: «Quiere decir que debe ser apropiado a unas pobres como nosotras. Empezaremos por quitar los dos pliegues y así ganará en longitud y soltura». Fijado el nuevo modelo, lo manda a Turín para que Sor Elisa vea si es oportuno presentárselo al Padre, que ya ha regresado de Francia.

Sor Elisa, por su parte, se había fijado ya en los hábitos de las religiosas de la ciudad, con objeto de lograr un conjunto que permitiera la libertad de movimientos en el trabajo y en el juego. Al recibir ahora el velo de Mornese, con las palabritas de la Madre, corta y confecciona un *peto* apropiado al mismo. Después ruega a una Hermana que se presente a Don Bosco con el nuevo velo y el *peto* para oír su parecer.

¿Pero quién va a presentarse delante del Fundador de esa forma tan distinta? ¡Y nada menos que en Turín...! ¡y en el Oratorio...! Con todo, alguien tiene que hacer de modelo, y la humilde Sor Catalina Daghero, aunque muerta de vergüenza, accede resignada a presentarse así. Don Bosco la mira sonriente, mueve ligeramente la cabeza, la mira de nuevo y, tras un momento de silencio, dice: «¡Vaya, no está mal...! ¡podéis hacer la prueba! Después de todo, sois vosotras las que lo tenéis que llevar... ¡Probad!».

Sor Elisa escribe a Mornese enviando el velo y el *peto* avalados por la aprobación de Don Bosco.

La Madre dispone entonces que, en secreto, se ponga a cada una encima de su cama el hábito negro, el velo nuevo con la *frontera* blan-

ca y el *peto* almidonado para el jueves anterior al día de Pentecostés. Al domingo siguiente, las Hermanas de Turín y de Bordighera, a las cuales se ha enviado ya lo necesario, vestirán como Don Bosco ha aprobado. Mornese debe ir por delante de las casas filiales en todo, por consiguiente...

Y todas suben al dormitorio a ponerse el hábito nuevo, más o menos negro, pero que, en esencia, pretende ser negro, y estrenan la *frontera* y el *peto* blanco.

Sor Enriqueta, la única que se ha quedado asistiendo a las niñas, invita a éstas a preceder a la comunidad en la iglesia, minutos antes de tocar la campana, les recomienda que estén buenas con su Ángel de la guarda, y sale corriendo a ponerse también ella *de blanco*. Con una de sus graciosas ocurrencias, llena un barreño de agua y lo coloca en medio del patio exclamando: «¡Venid, Hermanas, que hoy nos podemos mirar al espejo!». Acuden todas corriendo, incluso la Madre, contenta del buen humor general. Así, al toque de la campana para la visita —naturalmente retrasada—, las Hermanas, desfilando ordenadamente, entran en la capilla con toda naturalidad ante las miradas de las educandas, que ahora se explican las prisas de Sor Enriqueta y se complacen de la novedad.

De las Hermanas de Bordighera dirá Sor Rosalía Pestarino, al ir para los Ejercicios Espirituales: «Vimos que llegaba un hábito completo para cada Hermana, con un papelito que decía: "Para ponérselo el domingo de Pentecostés, 20 de mayo". Ponérselo, se dice pronto, pero aparecer en la iglesia delante de toda la gente con el nuevo hábito... y que nos vieran así por la calle aquellos señores protestantes... ¡que nos quieren tanto! Cuántas sonrisitas a nuestras espaldas y cuántos comentarios: pero la obediencia...».

Compra del convento de Nizza

El mes de mayo de 1877 prepara otras novedades mucho más importantes: Don Bosco habla de ellas a la señora Pastore de Valenza, en una carta confidencial del día 6.

Muy estimada señora Francisca:

...

Usted sabe que la casa de Mornese, conveniente por varios motivos, es verdaderamente incómoda, y muy costoso llegar hasta allá.

Ahora se ha comprado una en Nizza Monferrato, a donde usted podrá ir cuando y como le plazca, y muy cómodamente. El antiguo convento e iglesia de la Virgen estaban convertidos en un almacén de vinos. Y donde antes se cantaban alabanzas a María, se ofrecían ahora libaciones a Baco, resonando blasfemias, etc. Después de largas y difíciles gestiones, se ha podido comprar... (*aquí un agujero en el original*).

Pongo esta carta bajo la protección de María Auxiliadora; usted haga de manera que la Santísima Virgen no quede en mal lugar delante de... (*ilegible*).

¿Vendrá a celebrar con nosotros la fiesta de María Auxiliadora? Su habitación y su puesto en la mesa lo tiene preparado en la casa de las Hermanas.

Que Dios la bendiga a usted y a toda su familia. Ruegue por este pobrecillo, que le será siempre en Jesucristo

humilde servidor
JUAN BOSCO, Pbro.

P. D. En Mornese no saben aún nada de esta compra porque fue concluida definitivamente ayer.

Y en Mornese, en efecto, no se dice una palabra sobre el particular.

Sor Catalina Mazzarello, de Alassio al cielo

El día 14 llega la noticia de que la muerte ha sabido encontrar a las Hijas de María Auxiliadora también en Alassio y se ha llevado a la buena y querida Sor Catalina Mazzarello.

La Madre quisiera tener alas en los pies para ir a llevar un poco de consuelo a aquellas pobres hijas, pero no siendo posible se apresura a mandarles la ayuda de las buenas novicias Sor María Fiorito y Sor Teresa Gedda, con la promesa de ir pronto también ella a verlas.

Se piensa en las Hermanas para las misiones

Con el Director, que regresa de Bordighera, se confirma la noticia de que en Turín hierven los preparativos para las misiones y de

que pronto se llamará también a las Hijas de María Auxiliadora: Don Cagliero ya las ha pedido varias veces ².

Don Bosco ha recomendado, por tanto, que alguna al menos empiece a estudiar también la lengua española y todo lo que haga falta para hacer el mayor bien posible a las almas.

Todas —se puede decir— querrían estudiar, porque las misiones representan un ideal sublime, pero hasta que la voz de la obediencia no diga nombres, se reza y se espera.

Es 24, fiesta de María Auxiliadora: en Valdocco hay un entusiasmo indescriptible, también a causa de la curación instantánea de una niña paralítica presentada a Don Bosco y bendecida por él ayer, víspera de la fiesta.

También en los paseos la Madre es... madre

En Mornese, las circunstancias aconsejan trasladar la fiesta, haciéndola coincidir con la clausura del mes de María.

Para no dejar pasar este día sin una nota de fiesta familiar, la Madre conduce a la comunidad a uno de los pascos más deseados: a Lerma, al santuario de las Gracias.

Mientras las Hermanas, en un momento de descanso, se sientan en un ameno bosque haciendo corro a la Superiora y cantan, gozando del encanto de la naturaleza y del recíproco afecto, aparece una niña harapienta y sucia, vivo retrato de la miseria. La Madre la llama, le hace algunas preguntas, le ofrece un poco de pan para comer y después, dirigiéndose a las Hermanas, les dice:

—¿Queréis que hagamos un acto de caridad?

—Sí, Madre, responden a coro.

Entonces dice a una de las presentes:

—Lleva a esta pequeña al arroyo cercano, lávala bien y vuelve después.

² Se deduce de la frecuente correspondencia entre Don Cagliero y Don Bosco (original en el Arch. Centr. Sales.):

Don Bosco a Don Cagliero, enero de 1876: «Para octubre procuraremos enviar treinta Hijas de María Auxiliadora con una decena de Salesianos...» (Cf *Epistol.* III, 11; Cf también III, 42, carta a Don Rúa del 16 de abril de 1876).

Don Cagliero a Don Bosco, el 4 de abril de 1876: «... como le escribí en la penúltima expedición, antes de pedir a las Hijas de María Auxiliadora hay que prepararles el nido...»; el 5 de diciembre de 1876: «... en mis últimas cartas pedía seis de nuestras Hermanas...»; y el 18 de diciembre añadía: «... esperamos en marzo la llegada de nuestras Hermanas con algunos salesianos...».

Luego, dirigiéndose al grupo, añade:

—Veamos quién tiene la falda más nueva para hacerle un vestidito.

Mirando en derredor fija la mirada en la de una novicia. Y en medio de la alegría general se pone a cortar y luego a coser, ayudada por las más expertas de sus hijas. Ninguna, ni siquiera hoy, va desprovista de tijeras y de lo necesario para coser, pues todas saben muy bien que, aun en el descanso de los paseos, se debe tener alguna cosa entre manos para ocupar el tiempo.

Cuando vuelve la niña, la Madre la sienta a su lado y mientras ella trabaja le pregunta sobre religión, le hace repetir alguna oración y le hace estar alegre hasta que ha terminado el trabajo y la ha vestido casi de nuevo. Le entrega después los retales sobrantes para cuando los necesite, le da pan y companage para llevar a sus hermanitos, le da saludos para su mamá, le recomienda que sea buena, que ame al Señor y a la Virgeu, que haga siempre con devoción la señal de la cruz y que recé a menudo el avemaría que acaba de aprender tan bien. Después la despide contenta.

Fiesta de María Auxiliadora y vesticiones

El día 28, después de un triduo de preparación, se celebra la solemne fiesta de María Auxiliadora, coronada por nueve vesticiones. La preside el Director de la casa, en medio de la serena alegría que reina en todos los corazones: parece que se respiren las gracias de la Virgen y que un trozo de cielo haya descendido sobre Mornesc, igual que en Turín.

El jubileo episcopal de Pío IX en el colegio

El mes de junio trae una fiesta nueva.

Según el pensamiento expresado por Don Bosco, hace ya algunos días que el Director saca tema del próximo jubileo episcopal de S. S. Pío IX y de las oraciones sugeridas a tal fin en las casas salesianas, para expresar la gran devoción que debe profesar al Papa todo cristiano y más aún el religioso, y particularmente todo hijo de Don Bosco, el cual tiene una ternura filial y un ilimitado respeto al Santo Padre.

El mes del Sagrado Corazón, con las florecillas diarias que conservan y alimentan el fervor del mes de mayo, es ya de por sí un mes

de acendrada piedad. La plática del Director en preparación a la fiesta del domingo día 17 despierta un nuevo amor y devoción por el Papa. Educandas, Hermanas y alumnas externas de la escuela, del taller y del oratorio están todas comprometidas para la comunión general y los cantos y oraciones según las intenciones del Santo Padre.

Por la noche hay iluminación en las ventanas del colegio y fuegos artificiales, concluyendo la velada con la elevación de un globo aerostático. Mientras el globo se eleva llevando al cielo el eco de la fiesta, Hermanas y niñas alternan cantos religiosos con aclamaciones de «¡Viva el Papa!, ¡Viva el Santo Padre!, ¡Viva el Vicario de Jesucristo!».

Como recuerdo de la fiesta se distribuyen a todos los presentes estampas de Pío IX.

La Madre en Alassio

La Madre, que no deja de seguir con el pensamiento a sus hijas lejanas, siente el apremio de las palabras de Don Bosco: «En Alassio necesitan un poco de consuelo». Acompañada por Don Costamagna va a ver a sus hijas de Alassio que se encuentran abrumadas aún por la pena de la muerte de Sor Catalina Mazzarello.

Era una de las once primeras profesas, una de las más adictas a ella desde niña, la que con sus abundantes provisiones acudía en ayuda de las Hijas de la Inmaculada. Y había sido la primera en tocar el famoso organillo que atraía a las jóvenes del taller y de las reuniones dominicales, arrancándolas del baile público.

Convaleciente de una erisipela, que durante todo el mes de abril la había tenido en peligro de muerte, no dejaba duda alguna acerca de su curación: dormía ya en el dormitorio común.

La noche del 13 al 14 de mayo se le oyó lanzar un gemido y repetir muy bajito: «¡Oh Jesús, ayúdame!». Por la mañana no pudo levantarse, y pareciendo estar casi en las últimas a causa de la debilidad, le fueron administrados los últimos sacramentos. En un momento en que parecía dormida, un golpe repentino de tos la arrebató de esta tierra mientras se hallaba sola con Jesús.

Don Bosco envió a la Directora palabras de consuelo, con la esperanza de una visita de la Madre; y la Madre ya está ahora aquí para ellas.

Habla con cada una, las anima, las alienta a tener cuidado de la salud, a no dejarse llevar por el desaliento, a hacer lo que puedan, con calma y sin angustia. Al ver a una muy cansada, le promete que

después de los Ejercicios la mandará a una casa de montaña, donde podrá reponerse.

De regreso a Mornese anuncia a las Hermanas un hermoso regalo y después de la comida se lo distribuye. Son confites de Alassio, blancos, pequeñitos... más bien duros y nada dulces. «¡Piedrecitas!», exclaman las más rápidas en saborearlos, «piedrecitas de la playa».

La Madre le dice muy bajito a Sor Juana Borgna: «Toma, para cuando estés en América». Y Sor Juana no sabía aún que era del número de las elegidas.

Las fiestas de la gratitud

El mes de julio lleva a Mornese dos fiestas de familia: el onomástico de la Madre y el del Director.

Esta vez la Madre no se refugia en el desván para sustraerse a las demostraciones de afecto de sus hijas sino, con toda sencillez, en el confesonario. Ninguna la podía suponer allí dentro. Pero una vez descubierta, recibe lo que era de esperar: las duras palabras de Don Costamagna, que no admite semejantes escapatorias de humildad, especialmente cuando los corazones sienten mayor necesidad de manifestarse en el día de la gratitud y del amor filial.

Entre la fiesta de Santa Dominga y de Santiago, queda tiempo para preparar alguna alegre sorpresa. Y para que las dos fiestas onomásticas dejen un recuerdo más vivo, se repite el hermoso día de campo junto al Tobio.

El calor de la estación y el largo camino de subida despiertan una grau sed. La Madre se apresura a buscar agua para satisfacer a las demás, pero ella no prueba una gota, sabiendo excusarse hábilmente cuando se la ofrecen.

Como siempre, si encuentra alguna niña por el camino se acerca a ella, le hace preguntas del catecismo y si no sabe contestar se lo enseña, siguiendo con ella un trecho de camino, y la invita a ir el domingo al oratorio.

Alegres noticias

Las seis estudiantes de Turín, Sor Catalina y Sor Rosa Daghero, Sor Carolina y Sor Angelina Sorbone, Sor Juana Borgna y la postulante Angelina Buzzetti, que se han presentado a los exámenes de

magisterio elemental en Mondovì, han aprobado todas felizmente, por lo que a su regreso a Turín, el *Deogratias* se eleva de todos los corazones como la nota más dulce del común agradecimiento. Casi inmediatamente regresan a Mornese Sor Rosa, Sor Carolina y la postulante, y la comunidad se recrea gratamente con los relatos de las neo-maestras. Pero las mornesinas no se dan por satisfechas, desean recibir también noticias detalladas de Turín.

Entonces Sor Carolina cuenta, con pelos y señales, la instantánea curación de Josefina Longhi, la niña paralítica presentada a Don Bosco para que la bendijera la víspera de María Auxiliadora. Describe los aplausos y la alegría general cuando la comunidad se enteró del milagro. Se conmueve al decir que, al recibir después a Don Bosco, les parecía a todas ver a Nuestro Señor cuando paseaba curando las almas y los cuerpos.

No deja tampoco de contar la fiesta onomástica de Don Bosco, en presencia del arzobispo de Buenos Aires monseñor Aneyros y de su secretario. Termina con un entusiasta «¡Vivamos nosotras, las afortunadas Hijas de María Auxiliadora y de su apóstol Don Bosco!».

La Madre está emocionada y a duras penas puede añadir su última palabra: «Sí, ¡vivamos todas nosotras!, repitémoslo muy fuerte, porque después de nosotras, otras lo cantarán, si somos cada vez menos indignas hijas de tal Madre y de un Padre tan bueno y santo».

Don Bonetti y monseñor Ceccarelli, predicadores de los Ejercicios Espirituales

El mes de agosto comienza con los Ejercicios Espirituales para las señoras y maestras, que tienen lugar del miércoles día 1, al domingo día 5; las señoras invitadas por Don Bosco son muchas. También esta vez, antes de que se vayan, se las invita a asistir a la sencilla fiesta de la premiación de las alumnas.

Con el tiempo justo para arreglar de nuevo la casa, empieza otra tanda de Ejercicios Espirituales el miércoles día 8. Los predicadores son Don Juan Bonetti y monseñor Pedro Ceccarelli, párroco de San Nicolás de los Arroyos, que ha llegado a Italia con monseñor Aneyros y se hospeda en Valdocco.

Don Bosco, después de recibir a los dos huéspedes argentinos, ruega a monseñor Ceccarelli que se quede algunos días para enseñar un poco de español y dar algunas orientaciones sobre el nuevo trabajo al personal destinado a las misiones.

Toman parte en los Ejercicios todas las Directoras, muchas Hermanas de la casa, todas las Hermanas de Borgo y de Lu y la mitad del personal de Biella, de Bordighera y de Alassio.

Las que no participan ahora en estos Ejercicios irán a Turín: así lo ha dispuesto Don Bosco, para dar a todas la posibilidad de participar en ellos, ya que no se puede detener la marcha de las casas.

Las pláticas de Don Bonetti son un canto al amor de Dios, mientras el misionero enciende en los corazones el entusiasmo por la evangelización: son días de gracia y de ardor espiritual para Mornese.

Virtudes austeras y amables de la Madre y de las hijas

No hay una Hermana procedente de las casas filiales, especialmente Directoras, que en los momentos de expansión no se interese por saber si la vida de Mornese sigue siendo la misma, con el mismo clima de pobreza, y si la Madre sigue siendo tan mortificada y tan madre con todas; si las niñas son como las de los primeros tiempos, etc., etc.

Sí, la pobreza sigue siendo la misma: en la mesa hay más apetito que otra cosa; los días de ayuno y los sábados no se prueba bocado hasta el mediodía, a no ser que la mano piadosa de la Madre recoja algún pedacito de pan para repartirlo cordialmente entre las más jóvenes, las más endebles, las más agotadas por los trabajos pesados. Y, a falta de otra cosa, les hace probar la comida, un hervido de habas, guisantes o alubias con un poco de sal y vinagre, para que resulten más agradables y apetitosas.

¡Pobre Madre! ¡Cuánto debe sufrir por toda esta penuria!

Un día, sintiéndose desfallecida, va a la cocina y consiente tomar una sardina con un pedazo de pan, pero por temor a escandalizar a alguna va a comérselo debajo de la escalera.

Otro día, no puede negar que está extenuada de fuerzas. A quien le pregunta si se encuentra mal, le responde con una sonrisa y nada más. Finalmente debe confesarlo: ¡tiene hambre! Se busca un pedazo de pan y no se encuentra. Corre la Economa con otra Hermana a pedirlo prestado a casa de un vecino, volviendo a toda prisa para dárselo a la Madre, que con toda sencillez se lo come acompañado de un sorbo de agua fresca.

También ella experimenta los efectos de la pobreza general, pero sufre especialmente por las demás. Viendo que no queda nunca en la mesa ni un mendrugo sobrante después de las comidas, le asalta el

temor de que sus pobres hijas se queden con hambre, y dice a la Economa: «Habrá que aumentar la ración ¿sabes?». Pero siempre lo mismo. Se levanta de vez en cuando de la mesa, para acercarse a las Hermanas, y les dice con afectuoso pesar: «¡Ya no tenéis nada delante! Decidme si necesitáis algo más. No quiero que os pongáis enfermas o que sufráis. Si necesitáis algo más, diré que os lo traigan».

Pero ¿quién no sabe que en la casa no hay más que pobreza? Y entonces, antes que aumentar la pena de la Madre, vale más la respuesta de las hijas, cada vez más hijas: «Quédese tranquila, Madre, no necesitamos nada más».

No es raro el caso de que, al volver cansadas del río, entren las Hermanas en el comedor y, terminada la bendición de la mesa, den gracias sin haber probado bocado, o porque no hay nada, o porque quieren ahorrar para alguna otra que, de otro modo, se quedaría sin nada. Ciertamente que les vienen a la mente las palabras de Santa Teresa, oportunamente repetidas por la Madre a la comunidad cuando la necesidad más se deja sentir: «¡Qué dicha si al ir a la mesa me encontrara sin un pedazo de pan!».

Un día, la cocinera se olvida de echar sal a la sopa, que no es más que un simple caldo de cebollas hervidas. La Madre Emilia, como todas las demás, no dice una palabra. Cuando la Madre, que llega un poco más tarde, se da cuenta al tomar la primera cucharada, dice: «Esto no tiene ni una pizca de sal. Hermanas, esperad, no sigáis tomando la sopa, porque se os atragantarán». Y manda a buscar un poco de sal para que las que aún tienen algo en el plato se la pongan: en el último que piensa, naturalmente, es en el suyo.

De la harina para el pan de la comunidad separa, además de la flor para las hostias, la del pan para las enfermas y para los salesianos de la casa. Por consiguiente, lo que resta no es más que salvado. En efecto, al pan que resulta se le llama *pan de salvado*.

Una mañana sale tan bien, que con el hambre y las ganas de probarlo viene a faltar un panecillo. Por la noche, se preguntan unas a otras si será posible hacer la santa comunión con semejante *pecado*. Y las responsables no se van a acostar sin confesárselo a la Madre.

Ante esta manifestación, hecha con tanta humildad, la Madre en vez de reñirlas sonríe: «Habéis hecho muy bien, pobrecitas; si tenéis apetito, comed en buena hora, os doy todos los permisos, pero no se lo digáis a nadie, ni ahora ni después».

A los pocos días, por inadvertencia, se le cae al fuego a una de

ellas el paño de cubrir el pan. Su pena es grande, porque no había otro en casa. Recurre como de costumbre a la Madre, recibe palabras de consuelo y se remedia el pequeño incidente sin que nadie lo note.

Cuando la Madre va a lavar al río y vuelve a casa con el hábito mojado, no se cambia hasta haber proporcionado lo necesario a todas las demás, cerciorándose de que a ninguna le falta nada.

Es igualmente solícita en lo referente al alma de sus hijas, especialmente de las nuevas y de las más jóvenes; las escucha con benevolencia siempre que lo necesitan, especialmente cuando las ve turbadas o agobiadas por escrúpulos o melancolía; les enseña a descubrir en todo la mano adorable de Dios y las anima a adquirir las virtudes religiosas: las quiere ver sonrientes y sabe endulzar hasta las penas y las mortificaciones.

Alguna se ha atrevido incluso a preguntarle cómo puede tener tanta paciencia para escuchar a quien le cuenta siempre las mismas cosas. «Mira —le contesta—, las cosas que a ti te parecen pequeñeces, hacen sufrir mucho a quien las guarda en el corazón.»

Una de estas almas vacilantes y siempre inquietas fue un día más angustiada que nunca a prepararse para la confesión, en el lugar más oscuro de la iglesia. La Madre, que conocía su estado de ánimo, al no hallarla por ninguna parte, la buscó calladamente con preocupación.

Al encontrarla le preguntó:

—¿Dónde estabas? Te he buscado hasta en el pozo.

—¿En el pozo, Madre?

—Sí, mira: cuando el sufrimiento de los escrúpulos llega a cierto punto, puede asaltar la tentación de arrojarse en un pozo, para acabar de una vez.

—Madre, me asusta tanto la muerte que no sólo no iría a buscarla al pozo, sino que haría lo imposible por alejarla de mí cien años más.

Este encuentro terminó en risas, una vez serenados los ánimos de ambas.

Da siempre suma importancia a la obediencia, incluso en las cosas más pequeñas, y cuando no halla esta virtud, expresa claramente su pensamiento sin rodeos.

Una postulante, con el fin de llegar antes a buscar una cosa, pasa por un lugar distinto del indicado. La Madre le dice al momento:

¡Qué bien te has apañado! Pero... ¡vaya obediencia la tuya! Das a entender que no estás hecha para la vida religiosa y que puedes prepararte para volver a tu casa: nosotras no sabemos qué hacer con personas así».

La pobrecilla pidió perdón con tanta humildad que todo quedó arreglado, pero aprendió a obedecer.

Si algunos episodios de las pobres postulantes, incapaces de adaptarse al principio en medio de tantas privaciones, se representaran un día en el teatro, harían reír y llorar, ciertamente, pero explicarían también el gran ascendiente de la Madre sobre los corazones y las voluntades.

Cuando la tentación general del hambre asalta a una que acaba de llegar, la Madre está atenta a los primeros signos, e interviene con resolución cuando sabe que cuenta con el *pañó* de una verdadera vocación: «¿Quieres irte? ¿Cómo responderás a quien te pregunte por el motivo de tu resolución? Tu mismo confesor, que te ha mandado aquí creyéndote tan buena y tan generosa con el Señor, te dirá: "¡Pobre de mí, qué vocación!"».

De este modo, el sentido de responsabilidad ayuda a reflexionar sobre la impulsiva resolución de marcharse. Después sigue la admiración por las virtudes de la Madre y, en consecuencia, el afecto: vence el amor de Dios y las vocaciones perduran.

Las virtudes de la Madre son la expresión de su humildad.

A quien hace aspavientos cuando la ve cumplir su penitencia del recreo, de besar los pies a Sor Asunción Gaino o a Sor Margarita Ricci a su vuelta del gallinero o del huerto, le dice al instante: «¡Son almas que viven siempre unidas al Señor! Su virtud es la que atrae las bendiciones de Dios sobre nosotras. ¡Yo no soy digna de tales hijas!».

Convencida de que es verdaderamente indigna de pertenecer a una congregación de Hermanas tan santas, y maravillada de que los Superiores no la echen fuera, más de una vez se arrodilla en tierra diciendo: «Yo soy la última de vosotras, la más indigna de todas. No merezco estar en esta casa. ¡Hermanas, rogad por mí!».

Si hace ejercicio de lectura en público, pide que la corrijan cada vez que se equivoca; cuando lee por su cuenta en el taller y no acierta a comprender el significado de lo que lee, pregunta a una y a otra, aunque sea una novicia o postulante, para que se lo expliquen. Cuando tiene que escribir algo, no le importa pedir ayuda en presencia de sus hijas, a veces instruidas y muy jóvenes; cuando dicta a otras, no per-

mite que se empleen palabras rebuscadas. No se preocupa absolutamente de ocultar que no sabe mucho de lo que, como Superiora, tendría que saber; cuando incurre en una falta, aunque sea sin importancia, no deja de hacerla notar con una actitud que conmueve.

Una noche, al recomendar el fervor y la humildad en la santa comunión, habla sin darse cuenta de sí misma: «Yo me imagino que soy un pobre gusanillo que, arrastrándose, se esfuerza por unirse a los espíritus bienaventurados que están en adoración a Jesús sacramentado. Entonces me parece que mis actos de adoración y de reverencia son más gratos a Dios y mis peticiones más fácilmente escuchadas».

Cuando habla de la comunión, deja traslucir siempre un particular fervor, y una no se cansa de oírle repetir que hemos de ir a Jesús con espíritu de humildad y de amor y que el imaginarnos ser como un gusanillo delante de Jesús es la mejor manera de obtenerlo todo de El, porque la humildad es silencio, es retiro, es sacrificio: virtudes muy semejantes a las del Santísimo Sacramento en nuestros tabernáculos.

Clausura de los Ejercicios Espirituales

El día 15 tiene lugar la clausura de los Ejercicios, con ocho vesticiones y catorce profesiones. Todas lamentan que no esté presente el Fundador. Ahora que conocen el estrepitoso prodigio obrado por él la víspera de la fiesta de María Auxiliadora, muchas se imaginan verlo nimbado de una aureola especial. Pero todas saben que se encuentra en Turín, muy atarcado y abrumado por los trámites para la apertura de nuevas casas, la expedición de nuevos misioneros y otros graves asuntos. Por tanto, la devoción filial se expresa en la oración y en el ofrecimiento espontáneo al Señor de sacrificios callados.

Las Hermanas que parten de Mornese se van con el corazón renovado por las santas impresiones de su primera casa religiosa y con la firme voluntad de seguir viviendo, según el espíritu de la Regla, en la práctica de la pobreza, cada vez más amada, y del trabajo y el sacrificio hecho por Dios y por las almas.

A las que parten por primera vez de Mornese, les cuesta mucho separarse de la Madre. «¡Cuánto siento tener que dejarla tan pronto —dice llorando Sor Dominga Telinelli—; pensaba que iba a estar siempre con usted!» La Madre sonríe por esta ingenuidad, pero la consuela con un afecto igualmente sencillo y con una halagüeña pro-

mesa: «¡Pobre hija, me da pena que sufras!, pero mira, en la nueva casa estarás muy bien con la Directora, mi hermana Felicina. Iré pronto a verte... ¡Vete alegre y contenta, el Señor te bendecirá!».

Esperando cruzar la frontera

Don Bosco ha traído también, desde Francia, novedades para sus hijas, que deben prepararse a cruzar la frontera. Se establecerán por ahora en Niza Marítima. Si en el próximo Capítulo General Salesiano no falta Don Cagliero, se puede dar por segura la primera expedición de Hermanas a América. Habrá que pensar en la elección de las mismas. La Madre, con su fe en Dios, afrontará también esta nueva prueba. ¿Qué importa que a sus hijas les falte una preparación cultural y carezcan de experiencia?

«Si Don Bosco habla —dice— es porque la Virgen le ha hablado a él, y la Virgen sabe muy bien con qué hijas cuenta para las obras de su divino Hijo; por consiguiente...»

Alguna reunión con su Capítulo, algún consejo de Don Bonetti que le expone el pensamiento de Don Bosco: se esperan cambios de Hermanas aquí y allá; se proponen algunos nombres para que Don Bosco elija y bendiga, y... ¡adelante *in nomine Domini*!

Los primeros Ejercicios Espirituales en Turín

El lunes, día 27, comienza en Turín la otra tanda de Ejercicios Espirituales predicados también por monseñor Ceccarelli y por Don Bonetti. Toman parte en ellos todas las Hermanas que no participaron en la primera tanda, contentas de ir a aquella casa que, después de la de Mornese, es la más deseada por todas.

La Madre no falta: tiene interés por exponer verbalmente a Don Bosco todo cuanto ha notado de más relieve en las casas visitadas, y por encontrarse con todas sus hijas; quiere asegurarse también de la organización material de una casa en la que faltarán aún muchas cosas para hospedar y acomodar a tantas Hermanas.

Pero al llegar, recibe la sorpresa de encontrarla totalmente a punto, porque de la casa de Don Bosco les han prestado camas, sillas y vajilla y para cualquier necesidad se puede contar con su ayuda.

Las hijas rodean festivamente a la Madre, que se muestra a su vez cordialmente expansiva con todas.

Con las nco-maestras, tan necesitadas de un poco de descanso mental y físico y no obstante generosamente disponibles para los trabajos más humildes de la casa, se prodiga en maternales atenciones.

Al contarle éstas el trato exquisito recibido de las Hermanas Dominicanas de Mondovì, donde estuvieron hospedadas, la Madre saca esta resolución práctica: «Hagamos nosotras lo mismo. No olvidemos nunca que si nos tratan tan bien es porque somos hermanas e hijas de Don Bosco».

Aunque los Ejercicios no se han acabado, los preparativos para la convocación del primer Capítulo General Salesiano en Lanzo Torinese, imponen la salida de alguna Hermana para atender a la cocina de aquel colegio.

Por tanto, el 1.º de septiembre, se pone regularmente en marcha la casa de Lanzo con Sor Angela Deambrogio de Directora, cinco profesas y tres novicias.

Primera fundación en Francia

También para Niza Marítima se debe apresurar la partida, y la Madre envía de Directora a Sor Rosina Fecchino, profesas hace unos pocos meses pero madura en edad y en virtud; van con ella las dos novicias Sor Teresa Guglielmetti y Sor Rosalía Ronchail.

A las Hermanas que salen para Lanzo, les siguen al cabo de pocas horas las que parten para Niza Marítima: las ejercitantes confirman una vez más su propósito de estar prontas a la señal del divino querer.

En las exhortaciones de la Madre durante los serenos recreos de aquellos días, predomina la idea de la necesidad de hacer bien lo que hay que hacer, y de no perder tiempo ni energías en lo que no es de obligación.

«Las Hijas de María Auxiliadora —recomienda— no deben abarcar muchas cosas en cuestión de devoción, sino que deben estar atentas a poner todo el fervor en lo que están haciendo. Si, por ejemplo, subimos una escalera, renovemos el desco de subir más alto en la perfección; si bajamos, pidamos la gracia de saber bajar cada vez más en el conocimiento de nuestra propia miseria.

Cuando veamos Hermanas más virtuosas que nosotras, propongámonos practicar las virtudes de las cuales nos dan ejemplo; si caemos en algún defecto, renovemos en seguida el propósito de no volver a recaer en él.

Al ir a confesarnos, examinémonos bien sobre estos puntos, sin

perdernos en fantasías y temores infundados. Debemos ser siempre sinceras y sencillas, especialmente cuando hablamos con los Superiores y, sobre todo, en la confesión.

Si tenemos caridad unas con otras, si somos mortificadas y estamos animadas por el espíritu de sacrificio, si nos mantenemos fieles a nuestras Reglas, podremos decir con verdad que somos hijas amantes de la Virgen y no tendremos tanta dificultad para ser sinceras en la confesión y fuera de ella».

Llegada de Don Cagliero

El día 3, clausura de los Ejercicios Espirituales, doce novicias hacen la profesión religiosa en manos del mismo Don Bosco. Mientras él corona a las nuevas profesas, llega Don Cagliero para el Capítulo General. Atisba desde la sacristía y mira complacido al Padre en el altar, rodeado de un numeroso grupo de Hermanas. Pero cuando se da cuenta de que es motivo de distracción para quien lo ve, se retira inmediatamente.

Apenas terminada la función, ¿quién puede contener a las Hermanas que salen a su encuentro? Y en todas partes se habla de lo mismo, conveucidas de que, finalmente, comenzarán las expediciones de Hermanas a América. Es un fermento de gratitud y de ardor apostólico, que agrada a Dios y hace sonreír a la Madre, intérprete de todas ante Don Bosco. Un breve encuentro, y el Padre se retira después con el festejado y amadísimo misionero en jefe de las Misiones, para proseguir con él hasta Lanzo.

Espíritu de observancia en Turín

Al día siguiente, domingo, la Madre es recibida también con filial expansión por las niñas, cuyo número continúa aumentando. Goza al ver la casa abierta a toda esa juventud popular y constata el trabajo asiduo, caritativo, espontáneo y sereno no sólo de sus hijas, sino también de algunas jovencitas.

En los serenos encuentros de familia, la Madre advierte la gran luz que les llega a sus hijas de la proximidad del Fundador y de la acción formativa suya y de sus colaboradores.

La observancia religiosa en la casa es muy consoladora: sencillez y buena voluntad en las Hermanas, que responden a la irradiación de santidad y al celo incansable del Director Don Rúa.

Un día la Directora le preguntó:

—¿Podemos seguir tomando fruta también al desayuno? Nos regalan mucha y tenemos en cantidad.

—¿Qué dice la Regla?

—Que se puede tomar café con leche o fruta.

—Dice o y no y, por consiguiente...

—Pero es que se estropea, señor Director.

—Es preferible que se estropee la fruta antes que la observancia de la Regla. Y además, con la fruta que sobra, ¿no podríais socorrer alguna necesidad y ayudar a ser más buena a alguna niña?

De aquí la recomendación de la Madre: «¿Veis cómo hacen los santos? ¡Pobres de vosotras, las que estáis en Turín, si no os aprovecháis también por nosotras, que no tenemos vuestra suerte de vivir en Valdocco!».

«En las casas de Don Bosco ninguno está a la fuerza»

Al dar cuenta a Don Bosco de la casa de Biella, la Madre le había expresado su duda de poder continuar allí, dado que las Hermanas no estaban muy a gusto. El Padre le respondió: «En las casas de Don Bosco ninguno está a la fuerza; si las Hermanas de allí no quieren estar, se las cambia, pero la casa no se cierra».

Había recogido, pues, la advertencia y se servía de ella frecuentemente para hacer una cordial llamada: «Recordemos, Hermanas, que Dios ama al que da con alegría: una Hermana que quiere ser verdadera Hija de María Auxiliadora, debe estar contenta en la ocupación y en la casa a que la destinen, y toda casa de Don Bosco debe ser la casa de la santa alegría».

Sor Elisa Roncallo y el Sagrado Corazón

Para unir entre sí a las niñas de mejor voluntad y despertar la emulación de las demás, Sor Elisa ideó una asociación dedicada al Sagrado Corazón y la puso a prueba ³.

³ Es sabido que Sor Elisa, cuando era jovencita, formaba parte de la asociación de la comunión reparadora, y que ahora le gustaba firmarse «Sor Elisa del Sagrado Corazón». Al saber que Don Bosco había instituido entre sus jóvenes la *Compañía del Santísimo Sacramento* para disponerlos a la frecuente comunión, promovió esta iniciativa.

La Madre, que había sido informada de ello a su debido tiempo, valoró la iniciativa y la hizo suya, apoyándola en todo. Sor Elisa misma contaba cómo había nacido la asociación y cómo se desarrollaba prometiendo buenos frutos:

«Para animar a la piedad a nuestras jóvenes, sentíamos la necesidad de hacer algo más. Viendo que Don Bosco organizaba con sus jóvenes del Oratorio asociaciones y compañías diversas —entre ellas la del Santísimo Sacramento—, pensé redactar un sencillo reglamento de pocos artículos, adaptado a las posibilidades de nuestras jóvenes, y dediqué la asociación al Sagrado Corazón. Después se lo presenté todo a nuestro Director Don Rúa; él lo comunicó a Don Bosco y Don Bosco lo aprobó.

Entonces me animé y un domingo de esta primavera pasada, reuní a las chicas mejores y a las mayores en el cobertizo donde guardamos la leña. Allí, sentada sobre una garba, comencé a hacerles reflexionar sobre la necesidad de reparar las muchas ofensas que se infieren al Sagrado Corazón; en el deber que tienen los buenos de reparar a este Corazón divino mediante la fuga del pecado, las buenas y frecuentes comuniones y la colaboración en la salvación de las almas por las cuales Jesús dio su vida.

Al ver delante de mí a aquellas jóvenes tan conmovidas y bien dispuestas, no tardé en revelar el secreto. Les hablé del reglamento apenas esbozado, pero ya aprobado por Don Rúa y por Don Bosco. Les propuse ponerlo a prueba en seguida, si a ellas les parecía bien, prometiendo hacerlo imprimir si daba buenos frutos y mandarlo incluso a Roma para la aprobación del Papa.

Debo decir, en honor a la verdad, que el terreno estaba preparado.

La novicia Sor Adela David, que tuvo que volver de Mornese a Turín por motivos de salud, no estuvo aquí de brazos cruzados, sino que, guiada por los salesianos, fue un verdadero apóstol entre las jóvenes del barrio, de modo que mi propuesta fue bien acogida por un discreto número de jóvenes capaces de seguirme en la realización. Así es que pusimos manos a la obra en seguida. Ahora, en las que prometen más, tenemos verdaderas ayudas en la asistencia, dentro y fuera del oratorio. Si se continúa así, pienso que dentro de un año podremos tener la asociación bastante bien organizada.»

La Madre, que vive del pensamiento del Fundador, goza íntimamente pensando en los buenos frutos que se esperan de esta iniciativa, entre las Hermanas y entre las alumnas.

Una cartita del colegio

A su regreso de Turín, la Madre comunica con alegría a sus hijas las buenas noticias de Valdocco. En Mornese, halla a la comunidad en su habitual ritmo de fervor y de celo operante. La Madre Emilia atiende con esmero a las maestras y a las alumnas. La Madre Enriqueta, en su cargo de asistencia, sigue a las educandas y sabe obtener una serena disciplina que las hace parecer otras tantas novicias.

También las alumnas externas y las oratorianas dan pruebas de buena voluntad, y las familias no pueden por menos de reconocerlo y alegrarse de ello. En todo el ambiente del colegio se respira un clima de oración y de familiar serenidad, que no conoce descanso ni siquiera durante las vacaciones de verano. Las niñas, en efecto, se quedan muy a gusto, incluso durante este período, y ellas mismas invitan a sus amigas o hermanas, y expresan espontáneamente a sus padres la alegría que sienten de estar en Mornese.

Un ejemplo de ello, la carta de las hermanitas Bosco a sus padres:

¡Viva Jesús!

Queridos papás:

¿Qué pensaréis de nuestro largo silencio? Tened por seguro que aunque no os hayamos escrito más pronto, no nos hemos olvidado de vosotros. El primer motivo es porque tenemos mucha pereza y el segundo, porque somos unas cabezas vacías. Nuestra salud, gracias a Dios, es óptima y así pensamos con alegría que será la vuestra.

Estad seguros, queridos papás, de que no dejamos pasar ni un solo día sin decir por vosotros alguna palabrita al Corazón de Jesús y a nuestra Madre querida, la Santísima Virgen.

También vosotros, queridos papás, tened esta caridad de pedir al buen Jesús que se digne hacernos todas suyas, para poder estar un día en el cielo por toda la eternidad (con vosotros, se entiende).

Entretanto rezad por nosotras, porque los exámenes están cerca, y quién sabe cómo los pasaremos. Sí, rezad mucho para que los podamos superar con éxito, primero para dar gloria a Dios y también para daros algún consuelo a vosotros y a nuestros Superiores.

Pedid también para que el Señor nos dé ganas de estudiar y de progresar cada día más en la virtud.

Por hoy basta: sólo nos queda deciros que saludéis a nuestras com-

pañeras y a nuestras hermanitas y que digáis a José que nos escriba alguna vez.

En el Corazón de Jesús y de María

Afmas. hijas
MARÍA y EULALIA

Mornese, 12 de julio de 1877

Don Bosco anuncia la primera expedición de misioneras a América

El 8 de septiembre, fiesta de la Santísima Virgen, se comunica a la comunidad que Don Bosco ha decidido enviar la primera expedición de Hijas de María Auxiliadora a América: su meta será el Uruguay.

Ante esta hermosa noticia, brota un himno de alegría de todos los corazones: todas dan gracias a la Virgen por haber escogido a sus humildes hijas para cruzar el Océano e ir a redimir a tantas almas sedientas de luz, de bien y de vida eterna.

Pero toda esta alegría se ve ofuscada por otra noticia: ¡También Don Costamagna ha sido elegido para las misiones de América!

Escribe él mismo a este respecto: «El señor teólogo Cagliero, obtenida la primera expedición de Hermanas misioneras, ha obtenido también que el mirlo de Mornese acompañe a las Hermanas a Montevideo. Así termina la dolorosa historia: ¡Isaac se encamina al monte Moria!».

Si todas las Hermanas querrían ser del número de las misioneras, con mucha más razón querrían estar en el grupo guiado por el Director, pero la Madre repite el trozo de carta que expresa claramente el pensamiento de Don Bosco: «Las que deseen consagrarse a las misiones extranjeras, para cooperar con los salesianos a la salvación de las almas, y particularmente de las niñas, hagan su petición por escrito: después se elegirá».

Hay una porfía general para hacer la petición y cada cual se expresa con los términos más convincentes, esperando ser contada entre las elegidas.

Con la vuelta de Don Costamagna a Mornese, después del Capítulo General ⁴, se intensifica en casa el estudio del español; alguna estudia también el francés, porque ya está próxima la fundación de

⁴ Anexo n.º 18.

Saint Cyr, en Francia, y se trabaja preparando lo necesario para las que habrán de partir.

Entretanto está todavía vivo en Mornese el eco de la conocida cuestión de la escuela del pueblo, en la que dan clase un Salesiano y una Hermana con título de maestra ⁵. Alguien, que conserva todavía en el corazón el antiguo resentimiento hacia Don Bosco, está insinuando hipótesis y consideraciones más bien pesimistas: ¡Tienen tanta facilidad para trasladarse o para morirse estos curas y estas monjas de Don Bosco...! El municipio pierde autoridad cediéndoles la enseñanza y dejando que esta se imparta en los locales del colegio.

«Nosotras callemos y recemos —dice la Madre a quien le hace alguna confidencia—. La Virgen y Don Bosco lo saben todo. Nosotras fiémonos de ellos y vivamos en paz.»

Las primeras misioneras

El 27 de septiembre se comunica finalmente el nombre de las elegidas para América: Sor Angela Vallese, de Lu, Directora del grupo afortunado; Sor Juana Borgna, natural de Buenos Aires; Sor Angela Cassulo, de Castelletto d'Orba; Sor Angela Denegri, de Mornese; Sor Teresa Gedda, de Pecco (Turín) y Sor Teresina Mazzarello, apodada Baroni.

Las elegidas se cuidan en seguida de obtener el correspondiente permiso de su familia, siendo un deseo de Don Bosco que los padres participen con plena y cristiana adhesión del nuevo y más grande sacrificio de sus hijas y de su mérito.

Sor Magdalena Martini, a Biella Sor Catalina Daghero, a Mornese

En la primera quincena de octubre, con el nuevo cambio de personal, Sor Magdalena Martini va de Directora a Biella y la Vicaria de Turín, Sor Catalina Daghero, vuelve a Mornese para hacer un año de prácticas en la escuela comunal que funciona en el colegio. Al mismo tiempo, Sor Catalina dará clase a las educandas, ayudará a Sor Emilia a preparar a las postulantes que estudian y a Sor Petronila en la asistencia de las mismas en el dormitorio. Finalmente, por si esto fuera poco, estudiará francés, bajo la guía de Sor Emilia.

⁵ Anexo n.º 19.

Satisfecha de su estado, Sor Catalina parece ahora contenta, tanto con las Hermanas como con las niñas, sobresaliendo por su actividad serena y por un criterio práctico nada común revestido de gran modestia.

La clara intuición de la Madre había acertado realmente al no dejarla volver a su casa.

Vocaciones preanunciadas por la Madre

El eco de las próximas expediciones misioneras a América llega también a Alice, próximo a Gavi, donde se conoce al Director Don Costamagua y un poco también a las Hermanas de Mornese. Por eso, durante el tiempo de la vendimia, un grupito de jovencitas se anima a dar un paseo para ir a despedir a las Hermanas escogidas por la Providencia para las misiones.

Son seis: las dos hermanas Adela y Rosina Gemme; otras dos hermanas, Violante e Inés Caratto y dos amigas suyas, Catalina Grosso y otra.

Mientras se entretienen hablando un poco con ellas, la Madre les pregunta sonriente: «¿Quién de vosotras quiere hacerse religiosa?, y se las queda mirando fijamente. Después, señalándolas una por una, dice: «tú, tú, tú...», precisamente a las que ya tenían en germen la vocación religiosa.

La Madre, a Lu Monferrato

La uovicia Sor Vicenta Razzetti, maestra de párvulos en Lu Monferrato, está ya en vísperas de la profesión religiosa. Irá a recibir sus votos el Director de Borgo, Don Bonetti, y también la Madre, que aprovechará la ocasión para visitar aquella casa.

Es 24 de octubre. La iglesia parroquial, aunque no sea domingo, está abarrotada de fieles que asisteu devotamente a la función, totalmente nueva para ellos. La Madre, en medio de dos Hermanas, ha ocupado un lugar en el presbiterio. Sor Vicenta lleva sobre su cabeza la corona de rosas. Todos están atentos para escuchar el diálogo ritual que se entabla entre el sacerdote y la neo-profesa. Después, Don Bonetti, desde el púlpito, comenta el Evangelio, sacando tema del mismo para lanzar a la juventud la semilla de la generosa adhesión a la divina llamada: al Señor le agradan las primicias de la adolescencia.

La Madre, totalmente de acuerdo, goza en su interior y ofrece su oración por ello.

Se apresura después a regresar a Mornese, donde hierven los preparativos para la salida ya próxima.

Llegada del nuevo Director Don Lemoyne

El día 25 llega el nuevo Director de la casa, Don Juan Bautista Lemoyne. Recordará, sin duda, aquel 10 de octubre de 1864, cuando fue por primera vez a Mornese en compañía de Don Bosco, apenas conocido y ya escogido como Padre. ¿Quién le hubiera dicho entonces que al cabo de trece años Don Bosco mismo lo enviaría como Director de aquellas jóvenes convertidas hoy en religiosas?

Ahora llega de Lanzo, donde era Director muy querido y donde se lamenta mucho su marcha. Pero Don Costamagna debe partir y Don Bosco lleva tan dentro de su corazón a Mornese, que no puede por menos de mandarles a uno de sus hijos más devotos de la Virgen, uno de su máxima confianza que, formado muy cerca de su corazón, pueda formar a las hijas de la Virgen según su espíritu.

Despedida de Don Costamagna

El día 28, Don Costamagna, haciendo un esfuerzo supremo, da una conferencia de despedida a la comunidad, desarrollando los siguientes puntos: el mundo bajo los pies; Jesús siempre en el corazón; la eternidad en la mente.

Que cada una sea una copia viva de la santa Regla; el camino más corto para ir al cielo es la obediencia; rezar los unos por los otros, para que nos encontremos un día todos juntos en el cielo.

Al día siguiente, sábado, sale para Turín y de allí, para Caramagna, a despedirse de su madre.

Más que una despedida, la suya es una fuga: su corazón no le permite decir ni recibir palabras de despedida. Deja escrito en unas sencillas páginas de crónica: «Hoy es el día del desprendimiento: que el Señor me dé fuerzas para hacer en todo su santa voluntad, y yo, después de haber cantado con Job: *Sicut Domino placuit, ita factum est: Sit nomen Domini benedictum* (c. I, vers. 31), doy el primer paso y mi triste adiós a esta santa casa, donde por más de tres años la misericordia de

Dios quiso poner ante mis ojos ejemplos tan buenos, de los cuales yo no he sabido aprovecharme.

¡Adiós, pues!

"Io parto per l'America
ma no che non t'oblio:
vado ma qui rimangasi
il cuore... suore, addio!

Di là dal vasto oceano
pregando il sommo Iddio
sempre v'avrò nell'anima
scolpite... suore, addio!

Don SANTIAGO COSTAMAGNA"» *

Las Hermanas, con los ojos llenos de lágrimas, elevan oraciones por él, nacidas de la más viva gratitud.

Porfía de humildad para el viaje a Roma

Habiéndose fijado el día 9 para la audiencia pontificia, los expedicionarios deberán hallarse en Roma la víspera. Las misioneras, por consiguiente, saldrán de Mornese el día 6 por la noche. Es hora, pues, de decidir también quién deberá acompañarlas.

Al no poder ser la Madre, afectada de reumatismo agudo en la cabeza, con fuertes dolores de oído, le correspondería a Sor Petronila, pero ésta no ha viajado nunca y cede el puesto a Sor Emilia Mosca, con más disposición para ello. Sor Emilia, que iría a Roma volando, siente compasión de las misioneras, que tendrían que ir solamente con ella.

En esta hermosa porfía de humildad, la Madre dice resueltamente: «Iré yo: me corresponde a mí, el Señor proveerá». Y sin dar oídos a los consejos de la humana prudencia, se prepara para partir.

Función de despedida

De las seis misioneras que parten, sólo dos irán como representantes a Roma, para recibir la bendición del Santo Padre: así lo imponen las condiciones económicas.

* Yo parto para América — pero no te olvido, no: — me voy, pero aquí dejo el corazón — hermanas ¡adiós! — Allende el Océano — orando al buen Dios — esculpidas en el alma os tendré siempre — hermanas, ¡adiós!

Puesto que Sor Angela Vallese y Sor Juana Borgna no volverán a Mornese, sino que se quedarán en Génova para embarcar, Don Lemoyne prepara una función de despedida, como se hace en Turín con los salesianos.

Por eso, la tarde del martes, día 6, la capilla está abarrotada de familiares y amigos. Se cantan Vísperas como en las grandes solemnidades; siguen unas palabras inspiradas de saludo y de aliento, que el buen Director dirige a las que se van y a las que se quedan, recomendando a todas que pidan unas por otras, para que conserven el espíritu de unión y de caridad.

Después de la bendición con el Santísimo Sacramento, entona el coro la oración por los viajeros.

Al final, la Madre se levanta y se dirige a la puerta de salida: las Hermanas la siguen, dando libre curso a las lágrimas contenidas hasta entonces.

Todos lloran y se acercan a decir una palabra a las Hermanas, a las maestras, a las amigas. Las misioneras se encuentran tan serenas ante el sacrificio de los más entrañables afectos, que sus padres, aunque entre lágrimas, las bendicen y dan gracias a Dios por haberles concedido un don tan grande.

La Madre y las dos misioneras, de Mornese a Roma

Por la tarde, la Madre y las dos misioneras salen de Mornese hacia Sampierdarena, donde se reunirán con los salesianos que van a Roma.

Pasan la noche con las mujeres encargadas de la cocina y ropería de aquel internado, donde son recibidas con gran alegría y servidas con esmero. ¡Qué alegría para Sor Vallese encontrarse allí con Don Cagliero, al que aún no había visto después de su regreso de América!

Durante la cena, mientras se toman los últimos acuerdos para el viaje, la Madre le dice a Don Cagliero: «Señor Director, ¿no le parece que yendo yo a Roma va a desmerecer el Instituto? El Santo Padre esperará ver en la Superiora General a una Hermana instruida, educada, y en cambio no verá más que a una pobre ignorante».

Don Cagliero sonríe con aquella sonrisa suya característica, y anima a la Madre a ir igualmente. Después, volviéndose a las dos Hermanas y a los presentes, incluidos Don Costamagna y Don Pablo Albera, Director de la casa, dice en voz baja: «Aprendamos la lección».

A la mañana siguiente parten para Roma en compañía de Don Juan Cagliero.

En Roma

Llegados a Roma, hallan buena hospitalidad en el albergue de los peregrinos, en apartamentos separados para los Salesianos y las Hermanas; pero no encuentran nada para comer, porque el albergue ofrece una sola comida a las dos de la tarde.

¿Qué hacer? Los Salesianos tienen más hambre que apetito. Las Hermanas no dicen nada, pero... Entonces la Madre, sin ningún miedo de la oscuridad ni de las novedades de Roma, toma consigo a Sor Borgna y como si estuvieran en Mornese, va a las tiendas más próximas a proveerse de fruta, pan y queso para todos.

A la mañana siguiente, viernes, día 9, las Hermanas se levantan muy temprano, oyen varias misas en la capilla del albergue, desayunan y se van a visitar la basílica de San Pedro, antes de subir las escaleras del Vaticano para la audiencia pontificia.

Sobre las doce, están todos a la espera del Santo Padre.

Precedido por un movimiento de gendarmes, guardias pontificios y prelados, aparece el Papa, llevado en la silla gestatoria. Su rostro está marcado por el sufrimiento, a causa de la salud notablemente resentida.

Tomando el tema de la dedicación de la archibasílica lateranense, festividad del día, el Santo Padre habla de la bondad de la Iglesia para con sus hijos obedientes y de la severidad divina para con los hijos que no quieren reconocerla por madre.

Habla extensamente de Don Bosco y de la gracia grande de ser hijos e hijas de tan buen Padre. Muestra su complacencia y su admiración al oír que todo aquel grupo que está postrado a sus pies pide la bendición papal para dirigirse después a las misiones de América, y pregunta a Don Cagliero: «¿De dónde saca Don Bosco toda esta gente?».

—Santidad, se la manda la divina Providencia.

El Papa junta las manos, mira al cielo y exclama: «¡Oh, divina Providencia!».

Al llegar a este punto, la Madre, conmovida y humilde, dice en voz muy baja, sin apartar la mirada de la venerable figura de Pío IX: «¡Oh Señor, bendecid a vuestro Vicario!».

Don Cagliero presenta luego a la Superiora General de las Hijas de María Auxiliadora y el Santo Padre se congratula con ella y con las Hermanas. Dice con gran ternura que son las afortunadas y bendecidas por el Señor, por ser hijas de Don Bosco; que también ellas tendrán un vasto campo de trabajo evangélico y que, como verda-

deras madres solícitas y amorosas, harán un gran bien, preservando del mal a muchas niñas abandonadas por sus padres y salvarán a muchos pobres salvajes enseñándoles a conocer, amar y servir a Dios en esta tierra para gozar con él eternamente en el cielo.

Termina bendiciéndoles: «Que nuestra Bendición Apostólica, mis buenos hijos e hijas, descienda sobre vosotros, sobre vuestros padres y parientes, sobre vuestros hermanos y hermanas, para que se extienda la gloria de Dios, el bien de la Iglesia y la salvación de las almas. En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén».

A continuación, el Papa da a besar su anillo a todos los presentes.

A las dos misioneras les dice que deben ser como las grandes conchas de las fuentes, que reciben el agua y la derraman en beneficio de todos: es decir, conchas de virtud y de sabiduría en beneficio de sus semejantes. Y poniendo las manos sobre la cabeza de cada una, añade paternalmente: «¡Que Dios os bendiga, para que podáis hacer mucho bien!».

Las misioneras están conmovidas y asombradas. La Madre no habla: su alma está toda en sus ojos; incluso al salir, cuando las Hermanas le preguntan acerca de su impresión personal, no sabe hablar de otra cosa que de la gran bondad del Papa.

Después, rápidamente, se dirigen al albergue para la comida. Les espera la carroza que un cooperador ha puesto a su disposición para las visitas a Roma, acompañadas por el salesiano coadjutor Musso, maestro zapatero y neo-misionero.

Por la tarde, van todos juntos a las catacumbas de San Calixto. Aunque en Roma el clima suele ser generalmente templado, el frío se deja sentir bastante y la pobre Madre, a la que el reuma no abandona un momento, se ha cubierto la cabeza con el chal para evitar consecuencias.

Pero en la visita a las catacumbas se ha dado cuenta de que el clérigo salesiano Carlos Pane tiembla de frío, a causa de un ataque de fiebres palúdicas que lo atormenta desde hace unos meses. Toma su chal y se lo pone al clérigo, rogándole que no se lo quite, para evitar consecuencias mayores.

El buen clérigo lo rehúsa cortésmente, pero se ve obligado a aceptar, por la insistencia de la Madre y la necesidad de abrigarse.

El chal cambia, pues, de dueño: las Hermanas miran con pena a la Madre enferma. Ella les sonríe, saca del bolsillo un pañuelo negro de seda con franjas moradas y protege con él su cabeza dolorida, sin quitárselo ni siquiera cuando salen por Roma.

Cuando regresan al albergue al anochecer, la Madre, que piensa que tanto los Salesianos como las Hermanas se tomarían muy a gusto un bocadillo, sale otra vez de compras con Sor Borgna, proveyéndose también para el desayuno. Y de este modo, las hermosas calles de Roma contemplan a una Superiora General con aquel pañuelo a la cabeza, cargada de pan y de fruta. Ella no piensa en sí misma; sus cuidados y atenciones son siempre para los demás. Menos mal que en el albergue no faltan almohadas que proporcionen un poco de bienestar a su pobre y dolorida cabeza: En Mornese no dispone de tanto. Cuando le ataca el reumatismo y el dolor de oído le hace sufrir, se contenta con un cajoncito de madera que le permita tener la cabeza levantada. Y si alguna va en busca de algo más blando, la ataja diciendo: «No, esto es suficiente para mí. ¡Somos pobres!».

Los restantes días los emplean en visitar las basílicas y monumentos de la Roma cristiana.

Tienen también la suerte de asistir, en San Juan de Letrán, a la consagración de varios obispos y de oír una misa cantada en gregoriano. La Madre sabe sacar de todo motivo de filial devoción al Papa y de veneración profunda a los santos apóstoles y mártires que allí, en Roma, confesaron a Jesucristo derramando su sangre por la fe. Y ante tantos tesoros de arte y de religión, exclama sin cesar: «¡Qué hermoso será el paraíso!».

Espera y llegada a Sampierdarena

El 12 por la tarde salen de nuevo en tren para Génova y el 13 llegan a Sampierdarena.

Al no encontrar allí al resto de las Hermanas, que deberían haber llegado ya de Mornese, la Madre teme que les haya ocurrido alguna desgracia.

Pero estas llegan, finalmente, acompañadas por Sor Emilia Mosca y Sor Enriqueta Sorbone.

—¿Cómo llegáis a estas horas...?

—Hubiéramos llegado ayer por la tarde, de no habérselo impedido una espesísima niebla primero, que no permitía ver a la distancia de pocos metros, y luego, una lluvia tan torrencial y continua, que dejó anegadas las calles. Finalmente, un viento tan terrible que hacía inútil cualquier esfuerzo. Sor Petronila y el Director no nos permitieron salir en esas condiciones.

Entonces, como el tiempo apremiaba, se intentó buscar una ca-

roza que nos llevara al menos hasta Ovada, para pernoctar allí y salir a la mañana siguiente muy temprano.

Pero con aquel tiempo, ninguno se movió a ningún precio. Todos nos decían que era exponerse a la muerte. No obstante, había que partir al menos por la noche. A la Madre Ecónoma, ¿qué se le ocurrió? Pidió prestado un carro con su pareja de bueyes y lo colocó debajo del pórtico; después, con ramas unidas unas a otras y colocadas en arco sobre el carro, formó una especie de toldo, cosiendo a los arcos unos buenos cobertores, los cuales, cayendo de un lado y de otro, hacían que el carro no pareciera el mismo, y era cómodo y resistente, con sillas y paja por asientos. Ponernos en viaje sin probarlo, no era conveniente; entonces algunas de nosotras entramos en la nueva arca de Noé; otras, armadas de faroles y entonando cantos a la Virgen, rodearon el carro para ver el resultado de la prueba. Una hermosa diversión que, dada la noche excepcional, duró hasta las diez y media. Después, el rezo de las oraciones, y a descansar todas, también nosotras, aunque sólo por unas horas.

La lluvia seguía ininterrumpidamente y el Director no sabía qué decisión tomar. Aquel carro era una protección muy débil para aquel diluvio; la corriente de agua podía arrastrarlo quién sabe a dónde; en la mejor de las hipótesis, el paso lento de los bueyes nos haría probablemente perder el tren.

En ese momento, apareció el secretario Traverso que, conocedor de nuestro apuro, se ofreció a llevar a la mañana siguiente, de madrugada, en su cochecito, a la Hermana más débil que no pudiera resistir aquella caminata. ¡Ya era algo!

A media noche nos levantamos y fuimos a la capilla a rezar y a hacer la santa comunión. No había tiempo que perder. Seguía lloviendo, pero no con la misma fuerza. Después de un silencioso adiós a nuestra querida casa y a Mornese, y recibida nuevamente la bendición del Director, encendimos los faroles y nos pusimos en camino.

Un buen cooperador salesiano se nos acercó y nos dijo: "Vengo para acompañarlas. No teman. Usted, señor Director, esté tranquilo: conozco el camino y llegaremos felizmente".

Salimos con el nuevo San Rafael, realmente práctico y seguro, y al amanecer nos alcanzó el cochecito del señor Traverso. Y ahora ya estamos aquí.

¡Qué buenos son los cooperadores salesianos! Madre, dígale a Don Bosco que ellos nos han sacado de apuros, incluso en la cuestión de los pasaportes, y no han escatimado pasos, ni en Novi ni en Génova.

En el hospicio todo el mundo está atareado con los misioneros y con la llegada de Don Bosco, y también las Hermanas se afanan en preparar y empaquetar todo lo necesario para la celebración de la santa misa en el barco.

El cuadro de María Auxiliadora acompaña a las misioneras

Antes de que Don Costamagna abandonara Mornese, desapareció de la capilla del colegio el cuadro de María Auxiliadora, el mismo que Don Pestarino se había hecho regalar y bendecir por Don Bosco para su querida capilla.

Era una de las primeras y pocas reproducciones de la Virgen de Valdocco, la primera imagen en la que sus hijas veían representada a la divina inspiradora de la Obra Salesiana. Todas pensaban que el Director se lo habría llevado a casa Carante para consolarse delante de María Auxiliadora de la pena que le causaba la despedida, esperando una pronta restitución. Don Costamagna, en cambio, se lo entrega ahora a Sor Teresa Mazzarello con el ruego de no cederlo a nadie, de guardarlo hasta la llegada a tierras americanas, ya que piensa llevarlo a su nuevo destino y conservarlo como recuerdo de Mornese. ¿Quién es capaz de impedirselo? Por otra parte, también las misioneras se alegran, y custodian el cuadro como un precioso depósito, casi como un talismán.

Poco después, mientras todas hacen corro a la Superiora en estos últimos momentos de despedida, aparece Don Cagliero con otro hermoso lienzo que representa a María Auxiliadora con un gracioso niño sonriente en sus brazos. «Lo robé de la sacristía de Valdocco, dice graciosamente, lo robé para vosotras. Lo pintó un señor, enfermo de la vista y a punto de quedarse ciego. Recurrió a Don Bosco, el cual, después de guiarle un poco el pincel sobre el lienzo, lo bendijo. En aquel momento, el enfermo se sintió perfectamente curado y nos ha regalado esta Virgen tan hermosa».

Es, por consiguiente, un cuadro milagroso. ¡Sólo verlo da alegría!

Don Bosco lo ha bendecido de nuevo y se lo manda a las misioneras.

«Lleváoslo, y que la Virgen os bendiga y os acompañe en este largo viaje».

Recuerdos, bendiciones y lágrimas de despedida

Llegada la hora del descanso, la habitación que ocuparon días atrás las que iban a Roma, debe bastar ahora para las nueve. No hay más que dos camas, pero se arreglan echando los colchones al suelo y acomodándose lo mejor que se puede, sin quitarse más que el hábito y los zapatos. Ninguna duerme: son las últimas horas que pasan juntas.

La mañana del día 14, miércoles, Don Bosco celebra muy temprano, confesando después a las misioneras que acuden a recibir la última absolución y su último recuerdo.

Sor Juana Borgna, sin poder casi contener las lágrimas, nada más salir de la iglesia comunica al grupo silencioso y recogido: «El buen Padre me ha dicho: "No olvides que vas a América a declarar la guerra al pecado". Y también: "Reza tres *Angele Dei* todos los días durante el viaje, hasta que lleguéis a vuestro destino". ¿No os parece una penitencia muy hermosa para mis grandes pecados?».

Afuera, llueve aún y sopla el viento; no obstante, a las nueve y media, las Hermanas y los Salesianos se encuentran ya en el barco. La Madre visita camarote por camarote, litera por litera, para asegurarse que nada falta de cuanto pueda atenuar a las Hermanas las incomodidades del viaje. Después, como si el corazón sintiera la necesidad de darse sin medida a sus hijas, a quienes piensa que no volverá a ver más, se entretiene con cada una en particular, les habla a todas juntas y se ingenia para llevarlas ella misma a donde está Don Bosco, para que vuelva a decirles algunas de sus palabras tan inspiradas y eficaces. Don Bosco sonríe, les habla, les anima, mientras Don Cagliero procura alegrar a todos con la promesa de conquistar innumerables almas, y con un próximo «hasta la vista».

Pero ya es hora de descender. Se ha repetido la orden a los no pasajeros de abandonar el barco, y hay que obedecer.

Los Salesianos y las Hermanas se arrodillan en torno a Don Bosco y el Padre levanta su mano para bendecirlos.

Todos lamentan no poder disponer de una máquina fotográfica. Pero todos saben también que se alzaría una vez más la voz de Don Costamagna, repitiendo como en los días de su despedida de Mornese a quien le proponía hacer fotografiar a las Hermanas misioneras: «¡Sí, sí, esto para cuando estemos a cinco metros debajo de tierra...!».

Los ojos del Fundador están arrasados de lágrimas; se dirige hacia la escalerilla para enjugar, sin ser visto, el llanto que no puede

contener, y le tiembla la mano de tal modo, que al querer meter el pañuelo en el bolsillo se le cae al suelo. Entonces, Sor Borgna, rapidísima, se lo cambia por uno limpio, mientras besa devotamente aquel pañuelo bañado por las lágrimas del Padre: sabe muy bien que son lágrimas de un santo. Ese pañuelo enjugará después muchas lágrimas en América...

También la Madre les dice su último adiós: las Hermanas responden con un ahogado grito: «¡Madre, Madre!». Está ya en el último peldaño de la escalilla, poniendo el pie en la barca a donde han subido ya las dos que la acompañan y la esperan.

Acomodados todos y hechos ya a la mar sobre las olas agitadas, el viento se lleva el sombrero de Don Bosco: suerte que Sor Emilia, atenta al menor movimiento del Superior, consigue hacerse con él antes de que llegue al agua.

Desde el puente, el grupo conmovido sigue saludando: Don Bosco les dirige una última y prolongada mirada. La Madre a duras penas puede contener las lágrimas. Don Cagliero querría contar algo gracioso para levantar los ánimos, pero no puede.

«Yo quiero amar a María...»

De pronto, llega del mar una onda sonora: es Don Costamagna, sentado al piano, que acompaña el coro de las misioneras: *Yo quiero amar a María*. El canto se pierde a lo lejos.

¡Dulce recuerdo! El día en que Don Costamagna lo estaba componiendo en Mornese, dado que en casa Carante no había instrumento, se quedó en la sacristía. Allí probaba y repetía, una y otra vez, las primeras notas, especialmente, que no acababan de salirle: «Yo quiero amar a María...». La casa estaba tan saturada de aquel sonsonete, que en el taller no había modo de entenderse como no fuera levantando la voz. La Madre, que mientras trabajaba hablaba a las postulantes y novicias, tuvo que cambiar varias veces de sitio, pero aquella cantinela: *Yo quiero amar a María* parecía seguirla a todas partes: al final, con una amable sonrisa y una expresión de graciosa impaciencia, dijo: «Id a decirle al señor Director que no sólo él quiere amar a la Virgen, que también nosotras queremos amarla. ¡Y que sea bueno...!».

«Padre, ¿iré yo a América?»

El regreso a Sampierdarena se hace en silencio, porque, naturalmente, el corazón de los que se quedan está en el barco con los que se van.

Suben todos al mismo tranvía y, a la salida de un pequeño túnel, Don Bosco dice sonriendo: «¿Cómo se nota que estamos hechos para la luz!».

Entonces la Madre, siguiendo su propio pensamiento, le pregunta:

—Padre, ¿iré yo a América?

—¿Tú? ¡Irás cuando vaya yo!

El tema aviva los deseos de las dos jóvenes compañeras de la Madre, y Sor Emilia le pregunta a su vez:

—¿Y yo, Padre, iré?

Don Bosco responde, en voz muy baja, algo que escapa a las demás; a continuación le pregunta también Sor Enriqueta:

—¿Y yo, Padre?

—¿Tú? ¡Te mandaremos a las Indias!

«Sí, te salvarás y se salvarán...»

Antes de regresar, la Madre y sus compañeras van a despedirse nuevamente de Don Bosco. Sor Emilia se queda un momento a solas con el Padre y le pregunta con filial confianza: «¿Me salvaré?».

Tras un instante de reflexión, Don Bosco responde: «Sí, te salvarás». Y luego, reflexionando nuevamente, añade: «Y no irás tú sola al cielo, sino también todas las Hijas de María Auxiliadora que mueran en el Instituto y todos sus familiares, hasta la cuarta generación». Y al cabo de unos momentos, continuó: «Y se salvarán también todas las alumnas que mueran en nuestras casas».

Si las misioneras hubieran oído esta consoladora afirmación, hubieran gozado aún más del sacrificio que ofrecían al Señor, pero ya se enterarán también ellas por las primeras cartas que saldrán de Mornese para América.

Primeras noticias del viaje

Noviembre se clausura con las buenas noticias de los misioneros y misioneras, que hacen escala en el estrecho de Gibraltar.

Han sufrido las primeras consecuencias del mar revuelto, pero sin verse privadas de la comunión diaria. Han participado en la misa de precepto celebrada por Don Costamagna sobre cubierta, a la que asisten también los pasajeros católicos del *Savoie*.

Por la cortesía de algunos señores, casi todos españoles, han pasado a primera clase, hacia popa, donde están más libres para hablar y entretenerse entre ellas con la habitual alegría mornesina. Algunas buenas señoras ya se les han acercado, y todos los días, a distintas horas, pueden entretenerse con los pequeños, alegrarlos con algún juego, ocuparlos en algún trabajito y, sobre todo, catequizarlos.

Cuando se retiran por la noche al saloncito puesto a su disposición, y entonan las canciones de Mornese, especialmente *Surcando el mar airado...*, los viajeros se acercan a escuchar desde fuera el canto a la Santísima Virgen.

Entre las benévolas atenciones generales de que son objeto, sienten también a su lado los corazones de los seres queridos que han dejado en la patria. Entonces cobra más fuerza la esperanza de un gran bien en su «tierra prometida». ¡Qué acendrados recuerdos para la Madre, las Hermanas y los seres queridos! ¡Qué deseo de ser recordadas en la oración de todos y especialmente en la del santo Fundador y Padre Don Bosco! ⁶.

Don Bosco bendice y cura a Sor Josefina Quarello

De Turín llega también una grata noticia. La novicia Sor Josefina Quarello había sido enviada para sustituir en la clase a Sor Catalina Daghero, trasladada temporalmente a Mornese. Pero al poco tiempo cae enferma y es desahuciada por el médico, el Dr. Albertotti. Mientras se prepara para la eternidad, suplica que la lleven a Don Bosco para que le dé una bendición que le asegure una santa muerte.

Satisfacen su deseo y la acompañan con gran esfuerzo a la habitación del Padre. Antes de que ella diga una palabra, el buen Padre la previene: «¿Quieres irte al cielo? Espero ir también yo, si la misericordia de Dios así lo quiere. Pero tú tienes aún mucho que hacer»

Y mientras dice estas últimas palabras, pronunciadas muy lentamente, levanta su mano en acto de bendecir..., pero con la palma

⁶ De la carta de Don Costamagna a Don Bosco del 19 de noviembre de 1877, cf *Bollettino Salesiano*, enero de 1878, p. 3 (original en el Arch. Centr. Sales.).

vuelta hacia su corazón, añade Sor Quarello, la cual pensaba para sus adentros: «Esta vez Don Bosco se equivoca».

Pero los hechos dicen que no se equivocaba, porque Sor Quarello mejoró y ya está dando clase como si nada hubiera pasado.

Fiesta de la Inmaculada. Vesticiones y profesiones

Con la querida novena de la Inmaculada, diciembre regala la fiesta de las vesticiones y profesiones. El recogimiento de la comunidad es grande. En el triduo final, el Director Don Lemoyne desarrolla estos temas: Vayamos a María - Amemos a María - Imitemos a María. Y prepara los corazones para la gran fiesta.

El día 8 por la mañana, después de la misa y de la comunión general, el mismo Director, como delegado de Don Bosco, da el santo hábito y recibe los votos religiosos.

Las nuevas novicias son catorce, comprendida Sor Aurelia Barisonzo, que había recibido ya el hábito el 15 de agosto de 1876, pero habiendo vuelto con su familia por motivos de salud, prueba de nuevo.

Las nuevas profesas son seis. A ellas se añade Sor Catalina Daghero, que emite ella sola los votos perpetuos.

Contando dos años escasos de profesión estaba muy lejos de esperar esta gracia. Muy afanada, con su hermoso delantal blanco, se hallaba adornando el comedor para la fiesta de las nuevas profesas, cuando, a toda prisa, se le acerca la Madre y, mostrándole un telegrama, le dice: «Rápido: Don Bosco ordena al Director que reciba también los votos perpetuos de Sor Catalina Daghero. Rápida, que en la iglesia están todos esperando a Sor Catalina».

Sor Catalina sonríe, se quita el delantal y acude inmediatamente a la iglesia a repetir delante de la comunidad los santos votos ofrecidos al cielo quién sabe cuántas veces en voluntaria y total donación. Y vuelve al lado de sus Hermanas con la simbólica corona de rosas. Ahora se ríe de los pasados temores, y de su experiencia personal sabe sacar argumentos eficaces para consolar y alentar los ánimos dudosos.

Por la noche, después de Vísperas, hace la plática el Director Don Lemoyne. Habla con tal ardor de María Inmaculada, que toda la comunidad y todo el auditorio queda contagiado de sus mismos sentimientos. Por todas partes se comenta: «¡Cuánto ama a la Virgen!».

No faltan lágrimas de emocionada ternura al recordar a las Hermanas misioneras, que pasan en alta mar esta querida fiesta mariana.

Una educanda que da quehacer

La víspera de la Inmaculada entran dos nuevas educandas, Emma y Oliva Ferrero, enviadas por Don Bosco.

Emma tiene dieciocho años y es de extraordinaria belleza. Ha sido educada muy finamente en Turín, en un instituto religioso; al volver después con la familia, ha asistido a teatros y bailes con compañías ligeras, hasta que después de un revés de fortuna su padre se ve obligado a acudir a Don Bosco en demanda de ayuda.

Don Bosco se ofrece a colocarle a las tres hijas: la más pequeña, en Turín, confiada a la Directora Sor Elisa Roncallo, y las otras dos, en Mornese.

Emma obedece, sustrayéndose de este modo a la vergüenza de la miseria, pero su espíritu se subleva. Invitada a confesarse para poder celebrar también ella con alegría la fiesta de la Virgen, responde con una sonrisa despectiva e irónica, y con la misma actitud participa en las funciones de iglesia. Su conducta durante la comida y el recreo ha sido de una impertinencia insólita en Mornese. La Madre, Sor Enriqueta y Sor Emilia, han intentado razonarla, pero les ha correspondido con un encogimiento de hombros.

Ahora continúa lo mismo: come poco y duerme poquísimo. No trabaja, no reza, está siempre de pésimo humor, siempre inquieta, siempre arisca. No se preocupa de otra cosa que de su baúl.

Para impedir el mal en el resto de sus asistidas, Sor Enriqueta rodea a Emma de vigilantes y afectuosas atenciones. Sin perder de vista a las que juegan, la entretiene con preguntas y relatos, sin influir aún lo más mínimo en el ánimo de la esquivia jovencita, que no hace sino despertar la envidia de las compañeras.

El sufrimiento de Sor Enriqueta es grande, porque comprende que tiene junto a sí a una pobre alma rebelde también a la gracia de Dios. Todo el mundo reza por ella, que aparece turbada quién sabe por qué pensamientos.

Una mañana le llevan la correspondencia a la Madre, que se encuentra en la cocina con Sor Enriqueta. Hay una carta para Emma. Quien la escribe dice ser una profesora de Turín y le manda su fotografía con frases tan melifluas que la Madre dice: «No me parece oportuno dársela», y la arroja al fuego siguiéndola con la mirada para verla desaparecer. Pero..., al contacto con el calor, la fotografía se encrespa y permite distinguir un papel blanco que va tomando color y ofrece caracteres nítidos e inteligibles. Rápidamente, la Madre la rescata del fuego, segura de tener en su mano la clave de un misterio: en efec-

to, lee con Sor Enriqueta la extraña carta, escrita al limón: la propuesta de una fuga y el modo de efectuarla. Es de lamentar, pero es también para dar gracias a Dios. Descubierta el cabo de la intrincada madeja, sacando valor del providencial descubrimiento, habrá que multiplicar los actos de vigilante y prudente paciencia. Habrá que pasar por alto los inevitables golpes del humor rabioso de Emma y de sus cómplices, pero rezando... se puede esperar el golpe de la gracia. Navidad se acerca; quién sabe...

La Madre, al señor Francisco Bosco

La seria preocupación que les da a todas esta pobre joven, no impide a la Madre aliviar a otros corazones de alguna preocupación, y escribe al padre de las tres hermanas Bosco, educandas.

¡Viva Jesús!

Muy estimado señor:

No quiero dejar pasar esta propicia ocasión sin darle noticias de sus hijas.

Clementina no se mareó en el viaje, está muy bien y a gusto; está alegre, parece que toda la vida haya estado aquí. Diga a su madre que no sufra, que hacemos todo lo posible para que crezca sana y santa. Lo mismo le digo de María y Eulalia, las cuales están bien: trabajan, estudian, rezan por sus padres, están alegres y esperan su visita. Si las tres siguen así, serán ciertamente su consuelo.

Les desco buenas fiestas de Navidad y un buen fin y óptimo principio de año. Que el Niño Jesús les bendiga, junto con toda la familia, y después de una larga vida les conceda un espléndido trono de gloria en el cielo.

Ruegue por mí en estos hermosos días y créame su

humilde servidora
Sor MARÍA MAZZARELLO, Superiora ⁷

Mornese, 21 de diciembre de 1877

⁷ Original en el Arch. Gen. FMA.

Fiestas de Navidad. Súplicas ardientes

Navidad transcurre en un recogimiento sereno para la comunidad, vacía para la joven recalcitrante y muy triste para Sor Enriqueta, que no logra ver la más mínima señal de cambio de conducta en su pobre asistida. Emma no se conmueve ni siquiera con los cantos de Sor Luisa Arecco, siempre tan expresivos, aunque falte al armonio la mano experta del Director Don Costamagna.

Las súplicas de la comunidad se hacen más ardientes ante el Niño Jesús por la esperada e invocada gracia.

El día de Navidad se concluye como el año anterior: pasan primero las Hermanas profesas, a continuación las novicias y las postulantes y después las educandas, a depositar en silencio su promesa a Jesús. Se reza y se sigue esperando, pero Emma, espectadora impasible, sigue encogiéndose de hombros y comportándose como una pequeña déspota en casa ajena.

Sor Enriqueta puesta a prueba

Sor Enriqueta, alma de oración y asistente muy amada de las niñas, no consigue disimular el abatimiento que le produce la mala conducta de Emma Ferrero.

Esta parece cada vez más inaccesible a las atenciones de quien desea orientarla al bien: no contesta cuando se le pregunta, o si contesta lo hace con insolencia, incluso en público. El hecho de excusarla y de perdonarla no la conmueve, antes por el contrario, la vuelve aún más petulante; los actos de delicadeza y de preferencia la hacen reír; las compañeras, por envidia hacia ella, o por afecto a la asistente mal correspondida, no disimulan su contrariedad; las Hermanas repiten en todos los tonos que esto no puede seguir así. Entonces interviene la Madre, ora con buenas palabras, ora con un serio acto de autoridad; con Sor Enriqueta, cuya gran virtud conoce, procede libremente. Viéndola siempre solícita, o excesivamente preocupada por la obstinada joven, no es raro que termine con alguna reprimenda, incluso delante de las mismas educandas. Desea moderación en todo y por eso quiere que sea comedida también en las atenciones con Emma, la cual, por su parte, abusa de ellas en perjuicio de la autoridad y de la disciplina general.

Sor Enriqueta la escucha con respeto, conteniendo las lágrimas. Y cuando la Madre, a los pocos minutos de la reprimenda, para no dejarla bajo esa impresión, vuelve a verla y a darle muestras de afecto y de estima, la humilde religiosa, como si nada hubiera pasado, la acoge filialmente y le demuestra con los hechos lo mucho que le agradece su trato maternal.

¿Pero quién no imagina el gran esfuerzo que ha de hacer la naturaleza para sostenerse en semejante prueba?

Sor Enriqueta sufre también en su salud. En sus visitas al Santísimo Sacramento, y especialmente en sus comuniones, no hace más que suspirar. Más aún, en una de estas últimas, sin darse cuenta, ha entablado un diálogo con Jesús, con voz suficientemente clara para que las más próximas puedan captar el ardor de su amor generoso y suplicante.

De Mornese a Niza Marítima

La Madre, siempre comprensiva, recurre a un expediente que le brota del corazón y es fruto de una práctica sabiduría pedagógica: «¿Sabes lo que vamos a hacer, Enriqueta? Te vienes a acompañarme a Bordighera... y dejamos a Emma unos días en manos de Sor Emilia. ¡Quién sabe si un cambio no le hará desear tu regreso!».

A mediados de enero parten, no sin que la Madre haya hablado antes, largo y tendido, con la pobre recalcitrante.

Después de una breve estancia en Alassio, la Madre prosigue para Bordighera, siendo recibida en todas partes con conmovedora ternura. Aquí deja a Sor Enriqueta para que se beneficie de la benignidad del clima, sabiendo que en Niza, a donde debe ir, no disponen de sitio para dos Hermanas más. La casita, como se ha visto, fue abierta hace tres meses, pero en condiciones de verdadera indigencia: hay que molestar lo menos posible.

La Madre, acogida como se acoge a quien es portador de luz y alegría, con su mirada escrutadora, no tarda en intuir que sus hijas están preocupadas y se apresura a descubrir la causa: «Mis buenas hijas, ¿no tenéis cama, verdad? Yo no la necesito. Y nada de colchón. No se os ocurra pedirlo prestado a nadie. Que cada una se acueste en su cama y... ¡a callar! Ya sabéis que yo nunca duermo tan bien como cuando me acomodo a mi gusto. Vosotras mañana tenéis que trabajar todo el día; yo, en cambio, no tengo nada que hacer».

Y nadie la remueve de su propósito. La Superiora General pasa toda la noche sentada en una silla con la cabeza apoyada sobre la mesa; y a la mañana siguiente asegura que ha dormido y que se encuentra perfectamente bien.

Regreso de Bordighera y Alassio

Regresa contenta de ver a las Hermanas tan buenas, activas y piadosas, y de saber que los Superiores las aprecian y quisieran que aumentara su número.

Al volver a Bordighera goza porque encuentra también aquí una comunidad según su corazón; pobrísima y, no obstante, muy empeñada en hacer el bien a las almas, buscando la manera de no ser demasiado gravosa a los pobres salesianos.

La Directora Sor Rosalía Pestarino da clase en la sacristía: un tramo de corredor, largo y estrecho, carente de todo. En su visita de inspección, al preguntarle el Inspector de Enseñanza por el horario escolar, le contesta:

—¿Horario? Yo estoy aquí todo el día para ellas; cuando llega una y puede quedarse un rato, le enseño alguna cosa. ¡Pobrecillas...! Si esperara a tenerlas a todas juntas, no tendría a ninguna. ¿Tengo que cambiar de método?

—No, Hermana, continúe así; usted emplea el método de la caridad.

También Don Bosco, entre la ida y la vuelta de Francia, fue a verlas el verano pasado. Visitó toda la casa, desde el dormitorio hasta la cocina y la despensa; se sonrió con afectuosa compasión cuando las Hermanas le explicaron con qué cuidado escogían la fruta cada noche para evitar que se estropeará, recomendándoles que hicieran toda la economía posible, pero que no abusaran de sus fuerzas en detrimento de la salud. Las Hermanas revelan al Padre el secreto de su caridad y mortificación: destinar siempre lo mejor para los salesianos, reservando el resto para ellas, y le expresan también su gratitud hacia quien les regala alguna cosa.

Don Bosco les da su aprobación y las anima a hacer siempre así con todos, pobres y ricos. Sor Rosalía, hecha ex profeso para amenizar la conversación con graciosas anécdotas, alegra también la estancia de la Madre a base de hechos y palabras recogidas al paso de Don Bosco.

«Madre, usted bien sabe que Don Bosco se sirve de todo para demostrar su gratitud a los bienhechores. Pues bien, cuando estuvo aquí nos regalaron una hermosa coliflor que parecía un ramo de flores.

Don Bosco se quedó mirándola y con semblante sonriente me dijo:

—¿Quieres hacerme un favor?

—¡No faltaría más, Padre!

—Toma esta tarjeta de visita y mándala con esta hermosa coliflor a Turín, a la condesa Corsi. Así verá que Don Bosco la recuerda.

¡Qué buen Padre tenemos nosotras! Se lo hemos enseñado todo. Se lo hemos dicho todo, incluso que no le escribimos porque no queremos estorbarle y también porque sabemos que recibe nuestras noticias, buenas y malas, a través de los Superiores salesianos. Son ellos, en efecto, los que nos dan sus saludos y sus consejos, pero nosotras escribimos al Director de Mornese y le hacemos cada mes nuestro *rendiconto*.

Don Bosco se ha mostrado contento de nuestra sencillez y confianza filial y también —¿por qué no?— de nuestro cordial respeto».

Con su compañera de viaje, la Madre prosigue para Alassio, donde encuentra a sus hijas todavía insatisfechas de la casa, pero con tanto trabajo que no tienen casi tiempo de pensarlo, y con tanto espíritu de mortificación que hace temer que la Directora Sor Pacotto se pase un poco de raya.

Pero no será la Madre la que deje de decírselo. Por la noche, viéndola aquejada de fuerte dolor de cabeza, la manda a descansar: son inútiles las resistencias de la Directora: «¡Queda mucho por hacer! Además, usted nos va a dar la conferencia, ¿cómo va a faltar la Directora...?».

A la mañana siguiente le dice: «¿Piensas acaso que estás obligada a aguantar el dolor hasta ese punto? No, no debes hacerlo, porque las Hermanas sufren. Tienes una cara que da pena. Debes hacer todo lo posible por conservarla alegre. ¿Tienes miedo de dar mal ejemplo? Estáte tranquila, que todas están contentas y son buenas».

Finalmente Emma promete

Mornese espera a la Madre, que regresa solícita y se encuentra con una noticia muy consoladora.

Sor Emilia ha sabido presentar a Emma tales razones humanas y divinas que ha prometido hacer a su buena asistente, a la Madre, y a su alma sobre todo, el hermoso regalo de una buena confesión.

La Madre se alegra y Sor Enriqueta se siente dichosa de ver aparecer, por fin, un resquicio de cielo en aquel pobre corazón.

Otras noticias misioneras

Han llegado más noticias de las misioneras. El viaje ha sido óptimo: el mar, naturalmente, se ha hecho sentir, pero las Hermanas han conservado su alegría y se la han llevado a América, para ser también allí serenas hijas de Don Bosco.

Han tenido la suerte de poderse dedicar ya en el viaje a los hijos de los italianos que se hallaban en el mismo barco y que se acercaban a ellas para oír las explicaciones del catecismo, aunque sin el señuelo de una medalla o una estampita.

El 12 de diciembre, el *Savoie* anclaba en el puerto de Montevideo. Las Hermanas estaban ansiosas por bajar a besar la tierra donde Dios las llamaba a ser sus colaboradoras, pero se recibió la orden de pasar nueve días en cuarentena en la isla Flores, porque durante la escala en Río de Janeiro, donde causaba estragos la fiebre amarilla, varios pasajeros habían bajado a la ciudad.

«La cuarentena es una cosa muy molesta, y que resulta muy cara —escriben las Hermanas—, pero en fin, también esto entraba en el divino querer y procuramos servirnos de ella como de una escalera para subir más alto.

También el cuadro de María Auxiliadora hizo la cuarentena, pues Don Costamagna, por temor de perder lo que pasaba a ser propiedad suya, no quiso entregarlo con el equipaje a los salesianos.

La cuarentena quedó reducida a cinco días únicamente y terminó sin más inconvenientes que la molestia de las desinfecciones y los gastos desproporcionados al pobre bolsillo de los misioneros ¹, aun cuando los gastos, lo mismo que todo cuanto hizo falta para el viaje, corrió a cargo de la generosa señora Elena Jackson, bienhechora uruguaya, que para conseguir a las Hermanas anticipó el importe de los viajes a Don Cagliero cuando este partió para Italia.

Una vez en tierra, después de separarse de nuevo del Director y de la sagrada reliquia de Mornese, las Hermanas son acompañadas «en cómodas carrozas» al palacio episcopal, donde monseñor Vera las acoge con bondad y les anuncia que se hospedarán entre las religiosas de la Visitación, por no estar aún en condiciones la casa destinada para ellas.

Las Hermanas de la Visitación las han colmado de atenciones,

¹ De esto habla ampliamente una carta dirigida a la Madre Mazzarello desde la isla Flores, firmada así: «Sus afectísimas hijas desterradas en la isla Flores, las Hermanas americanas». La fecha es del 14-12-1877, la misma de la carta de Don Costamagna a Don Bosco, que subraya otros particulares (los originales en el Arch. Centr. Sales.).

pero en la carta que escriben las misioneras se lee entre líneas el deseo de tener pronto su propia casa, aunque sea muy pobre, más pobre que ellas seis, que encierran toda su fortuna en dos pequeños baúles —llevados a Italia por las hermanas Borgna— sin más equipaje de mano. Aquí, están todas para ellas y allí, estarán ellas para todos. En la espera, que llamaríamos forzosa, terminan así la carta: «En el barco hemos podido darnos cuenta de la gran necesidad de hacer conocer y amar a Dios, y ardemos en deseos de darnos a las almas» ².

Primera visita al ex-convento de Nizza Monferrato

A primeros de febrero se presenta a Sor Enriqueta otra favorable ocasión de hacer un breve viaje con la Madre para visitar el ex-convento de Nizza Monferrato.

Don Bosco —como ya se ha visto por la carta de mayo del pasado año a la señora Pastore di Valenza—, al hacer esta compra pensaba mandar allí a las Hermanas y abrir un colegio, pero había mantenido en secreto su proyecto para no levantar obstáculos y poder realizar lo más serenamente posible los trámites correspondientes.

Entretanto había pedido las debidas licencias a la Santa Sede ³ y obtenido el correspondiente decreto, con la firma del obispo de Acqui, Delegado de la Santa Sede, con fecha 27 de septiembre de 1877 ⁴.

Los actos preliminares —desde el contrato del 30 de abril ⁵ hasta el acta notarial otorgada en Savigliano el 12 de octubre ⁶— fueron orientados por Don Bosco con denodada prudencia y solicitud, sostenidos siempre por la confianza en la divina Providencia. Prueba de ello son las cartas dirigidas por él a algunos amigos y bienhechores insignes ⁷, y la circular distribuida entre los cooperadores para recabar las ayudas necesarias para la conclusión del proyecto ⁸. Por lo tanto, después de casi un año de negociaciones y correspondencia, el proyecto podía hacerse público y era urgente comenzar los trabajos de restauración y adaptación.

En el mes de febrero, Don Bosco, desde Roma, manda aviso a

² Como resulta por la carta escrita durante el viaje, reproducida en el *Bollettino Salesiano*, enero de 1878.

³ MB XIII 938-939.

⁴ Anexo n.º 20 a.

⁵ MB XIII 938.

⁶ Anexo n.º 20 b.

⁷ MB XIII 192-193: carta al canónigo Eduardo Martini, de Alassio; XIII 196: carta a la Condesa Corsi de Nizza.

⁸ MB XIII 197-198.

la Madre para que vaya a Nizza y ordena que acuda también, desde Turín, el Ecónomo General Don Sala.

Los Superiores están preocupados por la precaria salud de muchas de las Hermanas y lo atribuyen al clima de Mornese, excesivamente fuerte para quien no recibe una alimentación adecuada y ha de trabajar mucho. Por otra parte, aumenta cada vez más el número de familiares de las educandas a los cuales les resulta muy incómodo el viaje hasta Mornese, y aseguran que en un lugar más próximo al ferrocarril las niñas acudirían en mayor número.

Por eso Don Bosco quiere aprovechar la proximidad del buen tiempo para comenzar las obras, con el fin de que al comienzo del año escolar pueda trasladarse al ex-convento el personal de Mornese.

En la estación de Nizza están esperando a la Madre algunas señoras enviadas por el vicario foráneo Don Bisio, que las recibe en su casa. Allí se encuentran ya el Ecónomo General Don Sala y Don Bonetti, algunos sacerdotes de la ciudad y el notario De Vecchi, cuya hija ayuda a servir a la mesa, en un clima muy cordial y familiar. No hay nada ni nadie que cohíba, pero las dos Hermanas no están habituadas a un trato de esta clase y se sienten incómodas: casi no se atreven a respirar. Suerte que los salesianos están en todo y con serena desenvoltura contribuyen a disipar el apuro del momento.

Se habla del «Convento»

La conversación de todos gira en torno al convento. De este modo las Hermanas se enteran de su historia: la casa fue construida en 1476 por los frailes menores observantes; pasó más tarde a los frailes menores reformados, siendo destruida después y reconstruida a mediados del siglo XVIII.

Al oír que la actual construcción data del 1700, Sor Enriqueta le dice a la Madre en voz baja: «¡Mirémosla bien para saber cómo es el estilo del setecientos!». Se ríen las dos, habituadas a no preocuparse más que del estilo de los santos.

Pero la historia se torna más triste: expulsados los frailes de Nizza en 1802, por la supresión decretada por las leyes francesas, aquel lugar quedó desierto por espacio de quince años. Devuelto a los frailes, no ya a los reformados sino a los capuchinos, éstos fueron expulsados en 1855 y el pobre convento pasó a ser patrimonio del Estado, que lo vendió a la Sociedad Vinícola de Savigliano, después de haber sido destinado a uso profano.

Aquí la Madre deja escapar un suspiro, pero sin perder una sílaba de los elogios tributados a Don Bosco, que con incalculable sacrificio y con los debidos permisos ha sustraído al indigno comercio la iglesia y el antiguo convento para devolver la primera al culto divino y ofrecer el segundo a las Hijas de María Auxiliadora.

A la «Madonna»

Después de comer se dirigen todos al convento, a la «Madonna» —como dicen en Nizza—, porque allí era venerada la *Madonna delle Grazie* (la Virgen de las Gracias).

Visitan en primer lugar la antigua iglesia. Se conmueve el corazón al ver todavía restos de cubas de vino en el lugar donde estaban los altares. La inscripción que se lee: *terribilis est locus iste*, hace pensar en la venganza divina y proyecta una luz pavorosa sobre los bellos ángeles pintados en la gran bóveda.

Según dicen, el cuadro de la Virgen de las Gracias que allí se veneraba era una hermosa pintura de valor, aunque fuera una simple reproducción del primer lienzo pintado y cedido no se sabe si a Carlos VIII o a uno de los duques de Mantua y Monferrato. Medía 2,70 por 1,75 metros y ocupaba todo el retablo. Cuando el municipio cedió el convento a la Sociedad Enológica, trasladó el cuadro al hospital civil junto con un hermoso cuadro de San José, atribuido según dicen a Caccia, de sobrenombre Moncalvo.

—¡Pobre iglesia! ¡Qué hermosa debió ser!, dice la Madre con devota tristeza.

—Sí, era muy hermosa —responde Don Bisio— y muy bien cuidada. Pero ahora Don Bosco la restaurará como es debido, aunque costará mucho tiempo y mucho dinero.

De la iglesia pasan todos al corredor contiguo. El notario, conocedor del terreno, muestra el lugar donde el 14 de julio de 1495 se hospedó Carlos VIII de paso para la conquista de Nápoles, y la inscripción que lo recordaba. Hoy, una y otra, han sido destruidas para dar paso a los carros de vino.

Por el corredor se sale al aire libre en dirección al ex-camposanto del convento, a donde se llega atravesando la viña.

Los sacerdotes y el notario se detienen aquí y allá para discutir y planear las necesarias restauraciones. La Madre y Sor Enriqueta hablan entre ellas de sus cosas.

Para guarda del convento y cuidado de los obreros está la madre

del salesiano Don Branda. Seguirá también allí, cuando vayan las Hermanas, por deseo de Don Bosco, que quiere dar una ocupación a esta querida mamá que está sola y ofrecer a su vez a las Hermanas una persona de confianza, amiga y conocedora del lugar.

A Lu Monferrato

Después de una visita rápida y un breve intercambio de ideas, la Madre se acerca a Lu Monferrato.

Le presentan a las jóvenes del oratorio y del taller, que son muchas, y la Madre les dice entre otras cosas: «Sé que estáis muy a gusto con las Hermanas y esto es bueno. También sé que las Hermanas os saben tener alegres con juegos y funciones de teatro, para apartaros de los peligros del baile. Pero... ¿de veras no vais al baile? El baile es una invención del diablo para arruinar la salud del cuerpo y sobre todo la del alma. ¡Cuánta juventud pierde en los bailes el más sagrado tesoro: el don de la inocencia y de la pureza!».

Sus palabras deben haber causado impresión, porque la sobrina de la señora Rota —Carolina Rota—, que eludía cualquier ocasión de encontrarse con las Hermanas por miedo a que se le *pegara* la vocación religiosa, cobra ánimos y va con su madre a regalarle un hermoso cesto de fruta a la Superiora General.

Se encuentra casualmente con Sor Enriqueta y le entrega a ella misma el obsequio. Esta, siempre entusiasta y alegre, mirándola fijamente a los ojos, le pregunta sin más:

—¿Te gustaría hacerte religiosa...?

—¡Oh, no, ni pensarlo!

—Entonces toma, cómete un higo de éstos: te hará entrar la vocación.

Desde Lu regresan a Mornese, donde la Madre da a conocer todo el bien que promete esta nueva casa. Pero cada cual, sin dejar de aceptar las disposiciones de la divina Providencia, dice para sí: ¡Yo espero morir en Mornese!

Dolor y luto universal

El 7 de febrero, un telegrama de Don Bosco lleva a Turín la noticia de la extrema gravedad del Sumo Pontífice Pío IX. El eco del

dolor universal entra en las casas salesianas con la recomendación paterna de ofrecer oraciones especiales al Señor.

Pero casi a continuación llega la triste noticia. No ha terminado aún el día y ya el Papa ha dejado de existir.

En el colegio de Mornese se suceden sin interrupción las visitas al Santísimo Sacramento y el piadoso ejercicio del *via crucis*. El carnaval termina en luto y el miércoles de Ceniza la comunidad se encuentra particularmente dispuesta a la oración, a la penitencia y a los sufragios.

Emma comienza a sentar la cabeza

También Emma Ferrero parece que, por fin, quiera sentar la cabeza. Después de la experiencia sugerida por la Madre, al regreso de Sor Enriqueta ha demostrado tener un corazón menos duro que su carácter, y aunque no ha hecho gran fiesta a la llegada de su buena asistente, tampoco se ha opuesto a saludarla. Su conducta ha mejorado; no se sustrae ya a sus caritativos cuidados. Sigue hablando poco, pero ya se presta de buen grado a quien le pide un favor. Revela todavía un apego especial a su baúl y se entretiene con frecuencia sacando sus cosillas con sumo cuidado, con el respeto que se tiene a los más queridos recuerdos. Después, como presa de un sentimiento de rebeldía, lo vuelve a meter todo dentro, un poco malhumorada contra su hermana.

No ha participado mucho en las fiestas de las educandas con ocasión del carnaval, pero parece haber depuesto la actitud desdeñosa de tiempo atrás y empieza incluso a sonreír.

Pero esto aún no basta.

Júbilo en la Iglesia universal

El *Bollettino Salesiano* de marzo trae en primera página, en medio de franjas negras, la noticia de los últimos momentos de S. S. Pío IX y las normas de Don Bosco para celebrar un día de solemnes sufragios en todas las casas que dependen de él. Con verdadera conmoción se leen allí las benemerencias del Papa fallecido.

El mismo *Bollettino Salesiano* trae a continuación la noticia de la elección del nuevo Pontífice León XIII y una breve semblanza suya.

Antes de que la Pascua de Resurrección llene de regocijo a la

Iglesia universal, todos los corazones participan del gozo que viene de Dios a través de la brillante figura del nuevo Sumo Pontífice.

La primera casa de las Hijas de María Auxiliadora en América

El mes de marzo es portador de una grata noticia: las Hermanas de América han abierto finalmente su primera casa en Villa Colón, en una casa propiedad de la señora Jackson ⁹.

El Director salesiano del *Colegio Pío* de Montevideo, Don Luis Lasagna, el día 3 de febrero las acompañó, desde el convento de la Visitación a la casita destinada para ellas, muy pequeña, muy pobre, pero con una capillita habitada en seguida por Jesús. Esto sólo bastaría para hacerles grata y hermosa hasta una simple choza.

Tienen ya mucho trabajo, y en cuanto puedan desenvolverse en la nueva lengua abrirán la escuela y el oratorio.

Un mes con las religiosas de la Visitación

Las misioneras no tienen palabras para alabar la caridad con que las han tratado las hijas de San Francisco de Sales, hacia las cuales sienten una verdadera gratitud.

En la narración de Sor Juana Borgna no faltan episodios graciosos.

«Nosotras éramos las sobrinas, y las buenas y queridas Madres, otras tantas tías nuestras. Como sobrinas avisgadas e inexpertas, sabíamos dar alguna que otra preocupación a nuestras cariñosas tías.

La primera fue causada por Sor Teresa Gedda, aquejada de fuerte dolor de cabeza: un regalo del sol durante la travesía en barca por la famosa isla *Flores*; la segunda procedía del ruido que hacíamos con el recio calzado de Mornese, poco adecuado al paso angelical de las religiosas de la Visitación. La tercera, a causa de las risas reprimidas que se nos escapaban en el momento menos oportuno, cuando nos salía una frase mal entendida o peor pronunciada en la nueva lengua. Finalmente, por razón de la comunión que nosotras, sencillas y alegres como pinzones, recibíamos cada día con aquel ardor juvenil que constituía, en cambio, la admiración de aquellas graves aunque amabilísimas Madres de la Visitación, no habituadas aún a la comunión frecuente.

⁹ Anexo n.º 21.

¡Pero qué fiesta hacíamos cuando venía uno u otro de nuestros padres salesianos a sacarnos de apuros y a quitarnos cualquier tipo de escrúpulos a nosotras y a las piadosas y santas enclaustradas de San Francisco de Sales...!

Alguna que otra breve visita a la hermosa ciudad ha colmado nuestra impaciencia por conocerla, pero qué pena al tenernos que persuadir de que este no es el lugar de misión que nosotras nos habíamos imaginado... Pero bueno, si no somos misioneras en seguida entre los salvajes de la Pampa o de la Patagonia, comenzaremos —como dijo Don Bosco— a consolidar el Reino de Dios entre los fieles, a reavivarlo entre los que lo han abandonado y a extenderlo entre los civilizados que no lo conocen aún».

Don Cagliero en Mornese: nuevas vesticiones

Abril lleva a Mornese el regalo de la primera visita del Director General a su regreso de América.

Las Hermanas no se han ahorrado en preparativos. Pero... ya es de noche y se disipa toda esperanza. Verdaderamente hace un tiempo horrible, las calles están cubiertas de barro y se deja sentir el frío. Es probable que no le hayan permitido salir de Turín.

Pero el buen Director llega cuando ya es noche cerrada y a las educandas las han mandado a la cama, esta vez más pronto que de costumbre para evitar las posibles consecuencias del frío repentino. Llega, pues, con los pies llenos de barro y archicansado. Restauradas las fuerzas, comienza a mirar a uno y otro lado hasta que pregunta extrañado: «Pero ¿cómo? ¿es que ya no hay niñas en esta casa?».

Sor Enriqueta corre al dormitorio y en pocos minutos vuelve con las avispadas chiquillas, antiguas y nuevas, que le hacen corro, ansiosas de volver a verlo las primeras y de conocerlo las segundas.

También Emma se interesa: había oído hablar mucho de él a las Hermanas y a las que no son Hermanas.

Un breve y cordial intercambio de saludos; la noticia de que viene como confesor extraordinario para prepararlas a todas a celebrar una santa Pascua, y su habitual estribillo: que quiere que le den mucho trabajo, ya que ha venido para esto. Añade que se hará también la hermosa fiesta de las vesticiones, fijada anteriormente para el día de San José, pero que hubo de suspenderse por la ausencia de Don Bosco. Después de un pensamiento de *buenas noches*, se va todo el mundo a dormir.

La estancia de Don Cagliero en Mornese es una bendición para toda la casa. Emma se ha presentado a hablar con él espontáneamente. La conversación ha sido larga. Al final le ha dicho él con gran énfasis: «¡Animo, hija, aún estamos a tiempo!». Y Emma se ha confesado como para morir, recibiendo después a Jesús con visible conmoción.

Las conferencias de Don Cagliero a las Hermanas son un comentario de las palabras del nuevo Papa a Don Bosco en la audiencia del 16 de marzo: «Decid de mi parte a todos los miembros de vuestra Congregación, que no olviden nunca el inmenso beneficio que Dios les ha hecho llamándolos a la vida religiosa y salesiana para hacer un gran bien a sus almas y al prójimo».

Un fuego de ardor apostólico se enciende en los corazones: todas quieren ser realmente santas para ser instrumentos de salvación universal.

Varias anécdotas misioneras afloran a los labios del Director y en el auditorio no hay más que una respuesta: «¡Estamos todas prontas a ir al fin del mundo!».

El 4 de abril por la mañana, Don Cagliero preside la ceremonia de la toma de hábito: la familia de María Auxiliadora cuenta con trece novicias más.

En la plática de clausura, en la que está presente la comunidad, augura a todas una santa Pascua, o sea, una santa resurrección, aunque para el alma que comulga diariamente, cada día se repite la fiesta de Pascua.

La Madre va con Sor Emilia a Biella

Después de despedir a Don Cagliero, también la Madre sale de Mornese en compañía de Sor Emilia para visitar a las Hermanas de Biella. Su llegada es también un placer para monseñor Leto.

Al día siguiente, regresando de Oropa, recibe al paternal Obispo, que viene a devolverle la visita. Estando en el jardín con las Hermanas, le pregunta:

—Esta vez, Madre, ¿ha visitado todas las capillas de Oropa?

—Sí, Excelencia.

—¿También la del Sasso?

—Esa no, porque está muy lejos para mí, que tengo tanto dolor aquí, y se tocaba sencillamente los costados.

Este gesto familiar produce un poco de apuro a las Hermanas y a la Directora. Pero el Obispo, con graciosa benevolencia, le dice:

«Mire, Madre, si vuelve otra vez y se apoya en la capilla del Sasso le desaparecerá el dolor inmediatamente».

Después, a solas con las Hermanas, les dice: «¡Qué Madre tan buena os ha dado el Señor; imitadla en su sencillez».

«Tiene razón, Monseñor, responden algunas. Nuestra Madre es buena y sencilla de verdad. Si supiéramos imitarla aunque no fuera más que en sus pequeños actos de virtud, seríamos muy distintas... Un ejemplo: El año pasado, al venir de la estación, no consintió en ceder su maletín a Sor Carlota, que había ido a esperarla, porque decía: "¿Acaso no soy yo una Hermana como vosotras?". Pero al insistir Sor Carlota nuevamente, la Madre cambió su humildad en un acto de caridad: "¡Bueno, tómalo, puesto que quieres que te dé este gusto!"»

La Madre anda un poco preocupada por una Hermana que no está bien de salud, pero se pone muy seria cuando ve aparecer en la mesa algunos *grissini* para la pequeña comunidad. Le explican que no los compran ellas, que es el ecónomo del seminario quien hace las provisiones. La Madre se mantiene firme y las disuade de seguir con tales refinamientos: «¿Cómo haré yo para mantener tan delicadamente a las Hermanas?».

Comprueba una vez más que sus hijas no están muy a gusto, y que hay alguna queja a causa del excesivo trabajo. Entonces, segura de interpretar el pensamiento del Fundador, les dice con bondad y firmeza al mismo tiempo: «Queridas hijas, sí, hay mucho trabajo, pero el trabajo no debe asustar nunca a una Hija de María Auxiliadora. No obstante, si alguna encuentra verdaderas dificultades puede exponerlas libremente: nuestro Padre Don Bosco quiere que la casa continúe, y está dispuesto a cambiar a las Hermanas que no estén a gusto en ella. Animo, pues, pensad que los Ejercicios están cerca y que el Señor tiene en cuenta los trabajos y sacrificios hechos por su amor».

De Biella a Borgo San Martino

Al salir de Biella la Madre está visiblemente cansada: no obstante, su corazón no le permite pasar cerca de sus hijas de Borgo San Martino sin detenerse a saludarlas como les tiene prometido.

Va, pues, a llevar una nueva luz con su palabra y un nuevo fuego de caridad con su ejemplo. Saluda al nuevo Director Don Belmonte;

habla con cada una en particular y baja algún ratito a la cocina a ayudar a sus Hermanas.

Está al frente de la cocina la buena Sor Ursula Robustelli, que apenas le queda tiempo para hablar con la Madre. Esta, para quitarle la pena, le dice: «Tengo buenas noticias de ti por mi hermana (la Directora Sor Felicina). Estoy contenta de ti, estate tranquila. Muéstrate siempre agradecida con los Superiores, que te ahorran muchas preocupaciones de tu oficio, y trátalos siempre con el mayor respeto».

En la conferencia recomienda a todas la humildad y la piedad e insiste sobre la necesidad de estar alegres y ser sinceras: «Si somos sinceras —concluye—, aunque caigamos en alguna falta, nos será más fácil enmendarnos».

Los tres días fijados para esta visita pasan volando y la Madre regresa a Mornese, donde encuentra alguna enferma.

Siempre atentísima con la familia Bosco, se apresura a escribir al padre de las hermanitas María, Eulalia y Clementina:

Muy estimado señor:

Hace mucho tiempo que no recibe noticias de sus hijas y me imagino que las estará deseando, por eso cumplo el deber de dárselas.

María ha estado ocho o diez días en cama. Ahora se encuentra mejor, pero le cuesta reponerse: no tiene apetito y sigue un poco delicada de salud.

Eulalia pasó la erisipela hace algunas semanas, pero ya está mejor, aunque no bien del todo. Las dos están levantadas y continúan sus estudios y trabajos. Clementina está bien, contenta y estudiosa.

Esté tranquilo, que las cuidamos lo mejor posible, tanto en lo tocante a la comida como en lo demás. Se unen a mí para desearles, a usted y a su esposa, felices fiestas de Pascua y las más selectas bendiciones del Señor.

Créame en el Corazón de Jesús, su humilde servidora

Sor MARÍA MAZZARELLO
Superiora de las Hijas de María Auxiliadora ¹⁰

Mornese, 17 de abril de 1878

¹⁰ Original en el Arch. Gen. FMA.

Muere la novicia Sor Teresa Guiot

La buena novicia Sor Teresa Guiot, de Fenestrelle, hermana de un excelente clérigo salesiano, prepara a la comunidad para un nuevo luto. Había vestido el hábito el pasado mes de diciembre y parecía llamada a una virtud no común. Es posible que la flor haya perfumado suficientemente la tierra y desee ser trasplantada a la eternidad.

La Madre permanece de continuo a su lado, como si quisiera in-fundirle con su mirada y con sus cuidados la vida que se le escapa.

Pero todo ha resultado en vano. El día de Pascua, 21 de abril, la querida novicia vuela al cielo a celebrar las bodas eternas con Jesús resucitado.

Para levantar los ánimos abatidos, el Director Don Lemoyne, antes de la comunión, hace una fervorosa plática sobre el amor de Dios en el Santísimo Sacramento y, remachando la conferencia de Don Cagliero, dice que toda la vida de una Hija de María Auxiliadora debe ser una comunión continua, una ininterrumpida unión con Dios.

El martes, día 23, toda la comunidad acompaña a la difunta a su última morada, y lo hace de buena mañana, para no estorbar la alegría de los mornesinos y también para hacer notar lo menos posible la frecuencia de estas muertes en el colegio.

Mes de mayo: las «12 estrellas»

El mes de María Auxiliadora se abre en un clima de gran fervor.

La práctica de las 12 estrellas en honor de María ¹¹, introducida entre las educandas mejores, es por parte de Sor Enriqueta la expresión mejor de su gratitud por la gracia obtenida sobre el ánimo de Emma Ferrero. Esta corre ya por el camino del bien. Está atentísima a las exhortaciones de su asistente, que en las *buenas noches* prepara a las niñas para un nuevo día de amor efectivo a la Santísima Virgen. Son palabras penetrantes, instrucciones eficaces que brotan no de la sabiduría humana, sino de la sabiduría que da Dios a los sencillos y humildes de corazón.

¹¹ La práctica proponía puntos de reflexión orientativos para las adolescentes: «estrellas» luminosas son las mismas jóvenes, que se comprometen a imitar a María en la vida de cada día, a través de las virtudes propuestas.

La forma dialogal hace asequibles y prácticas las sugerencias para una vida cristiana fiel y comprometida. El correspondiente texto completo se conserva en el Arch. Gen. FMA.

Las Hermanas de la casa están casi celosas. «Id a escucharla, si os es posible —les dice la Madre—, y después venid a contarme lo que habéis oído. Así, sin que Sor Enriqueta lo sepa, iremos a porfía con las niñas a ver quién es más generosa con la Virgen.»

Querían hacer grandes cosas para la fiesta de María Auxiliadora, pero la perspectiva de un nuevo viaje de la Madre a Francia, en fecha todavía indeterminada, no permite fijar día para la celebración solemne de la fiesta de María Auxiliadora en el colegio.

Carta de la Madre a María Bosco

Una alusión a esta intensa preparación mariana se encuentra también en la carta de la Madre a María Bosco.

Queridísima María:

Qué alegría me ha dado tu cartita. Sean dadas gracias a Dios que te ha devuelto la salud. La Virgen es realmente una Madre buena. Sigue rezándole de corazón, especialmente en estos hermosos días; también nosotras pediremos por ti y espero que te conceda la gracia de volver pronto al nido de Mornese. Eulalia y Clementina están muy bien y contentas. Díselo a tus papás. Ellas te esperan, y cada día te van a buscar en el Corazón de Jesús; procura que te encuentren allí dentro. Todas las educandas te dicen a coro un ¡Viva María! de corazón; contéstales fuerte, para que te oigan.

Tus compañeras de clase agradecen el recuerdo que guardas de ellas y te esperan para resolver los problemas de quebrados.

Ahora las internas están muy atareadas aprendiendo poesías, etc., para la fiesta de María Auxiliadora, que no sé aún cuándo se celebrará.

María, consérvate siempre buena; sé buena con todos: con tus papás, con tus hermanos y hermanas; da buen ejemplo a todos los que te vean y reza de corazón. ¿Vas a comulgar? Recibe con amor a Jesús, que tanto te ama.

Animo, cuida de tu salud y ponte buena para que puedas volver pronto con nosotras. Quiero hacerte una recomendación y es que estés alegre, Si estás alegre te curarás más pronto; ánimo, pues.

Saluda de mi parte a tus buenos papás, díles que estén tranquilos, que Eulalia y Clementina están bien. Las dos les mandan saludos y te encargan a ti que les digas un millón de cosas de su parte.

Sor Enriqueta y Sor Emilia te saludan cordialmente y te piden un avemaría por ellas y tres por mí.

Son casi las diez de la noche, así es que, buenas noches. Te dejo en el Corazón de Jesús, donde seré siempre tu

afma. en el Señor
SOR MARÍA MAZZARELLO, S. G.¹²

De Mornese a La Navarre (Francia)

Aún no ha terminado el mes de mayo y ya vuelve la Madre a salir de Mornese para tomar el tren, haciendo escala en Alassio, Bordighera y Niza Marítima. Prosigue después hacia La Navarre (Francia), respecto a la cual Don Bosco ha sido favorecido con especiales revelaciones de lo alto¹³.

La acompaña Sor Emilia, que habla el francés a la perfección.

En Alassio no necesita mucho tiempo para darse cuenta, con gran satisfacción suya, de las mejoras introducidas en la sencilla vivienda de las Hermanas: realmente eran necesarias.

No obstante, encuentra a estas hijas suyas excesivamente cargadas de trabajo, con un horario denso, viéndose obligadas a levantarse más temprano y a no poder ir a descansar antes de las once o doce de la noche. Entonces, con todo el respeto y con su humildad característica, pregunta al Prefecto del colegio: «¿Conoce Don Bosco este horario? Si Don Bosco lo conoce está bien, de lo contrario procure arreglarlo».

También Don Bosco pasó por Alassio con ocasión de su último viaje a Francia y habló a sus hijos y a sus hijas. Al animarlas a la santidad les dijo: «El mundo nos quiere santos. Si por desgracia incurrimos en alguna falta, no nos la perdona, precisamente porque nos cree santos. No le hagamos creer que está equivocado; procuremos santificarnos de verdad. Sí, tened un santo orgullo y decíos a vosotras mismas: quiero ser la mejor de todas; no quiero envilecerme con el pecado, por el contrario, quiero morir si es preciso en el campo del trabajo».

Don Bosco, pues, sabía que las Hermanas estaban sobrecargadas de trabajo y quizá habría dicho a los Superiores locales alguna cosa al respecto.

¹² Original en el Arch. Gen. FMA.

¹³ Cf. LEMOYNE, *Vita*, 190-191.

Antes de partir, la Madre deja este pensamiento a la comunidad: «Estamos aún en el mes de mayo dedicado a nuestra querida Madre del Cielo. Yo creo que le agradaría mucho a nuestra celestial Reina que nos recordáramos unas a otras la confianza y la sinceridad con los superiores, especialmente con el confesor, porque la confianza y la sinceridad son los medios más seguros para corregir nuestros defectos y progresar en la virtud. También aquí tenéis que celebrar aún la fiesta de María Auxiliadora. Preparaos bien, de modo que podáis recibir aquel día la gracia de una perfecta sinceridad y de un progreso mayor en la perfección».

En Niza Marítima la espera Don Ronchail, Director de aquella casa, con quien, por disposición de Don Bosco, deberá proseguir hasta La Navarre.

Esta visita es necesaria, antes de tomar ninguna decisión respecto a las Hermanas que deberán atender a los salesianos y a los huérfanos de aquella colonia agrícola.

Es una especie de orfanato para niños de ambos sexos, y como existe mucho terreno, los niños podrán prepararse para ser buenos e inteligentes agricultores. Su fundador y director es el generoso padre Vincet, que hace tiempo admitió a colaborar con él a algunas piadosas jóvenes, haciéndolas «Terciarias de San Francisco de Asís», con hábito de tipo monacal.

Las distribuyó después entre La Navarre y Saint Cyr, segundo centro de la misma obra, para que hicieran las veces de madre a sus pobres hijos adoptivos.

Pero ahora el padre Vincet ya es anciano: sus terciarias no han encontrado otras continuadoras, y el obispo de Frejus ha pedido a Don Bosco que se preocupe también de aquellos desvalidos.

En La Navarre la Madre es recibida cordialmente por Sor María Charles, una de las terciarias del padre Vincet, que ha quedado para custodiar y consolar la miseria de la casa, incluso cuando a causa de una epidemia de tifus sus queridos huérfanos quedaron diezmados, teniendo que ser recogidos en parte en los hospitales públicos de las ciudades próximas.

La pobreza reina allí soberana, pero si —como es sabido—, Don Bosco ya ha sido conducido en espíritu a La Navarre y la Virgen le ha confiado este campo, es señal de que esta tierra será bendecida y dará frutos ubérrimos para el ciclo.

Al llegar de La Navarre a Saint Cyr, donde Don Ronchail se detiene para dirigir los trabajos de adaptación, la Madre sugiere la

separación de niños y niñas entre las dos casas. Es verdad que —como dicen— la mayoría son hermanos y hermanas, es decir, pobres hijos que no han conocido el amor de una familia ni gozarán nunca de ella. De todos modos, Don Bosco decidirá.

A la Madre no se le oculta que las Hermanas se encontrarán en una situación incómoda con quien ha estado hasta ahora al frente de la casa y continuará todavía, pero si Don Bosco así lo quiere...

Regreso a Mornese

Después de Saint Cyr, emprende el camino de regreso con una pequeña parada en Niza, Bordighera y Alassio, para saludar a las Hermanas. En esta última, viéndose precisada a tomar carne en día de abstinencia, la Madre ruega a sus hijas que no se escandalicen, pero las Hermanas no encuentran en ella más que motivos de edificación.

En Mornese la reciben al son de campanas y campanillas: todo lo que sirve para tocar está en funciones para expresar a la Madre la alegría de volverla a ver. Todas la asedian a preguntas; todas quieren saber si las Hermanas de las casas están bien y se hacen santas.

Clausura del mes de la Virgen. Fiesta onomástica anticipada

Ha pasado casi la primera quincena de junio y la Madre está extrañada de que continúen aún las funciones del mes de mayo.

«Madre, le responden, ¿cómo íbamos a terminar el mes de la Virgen sin estar usted, y celebrar la fiesta de María Auxiliadora sin su Vicaria en casa? Además, el señor Director quería terminar su... programa: se comprometió a comentar cada noche una advocación de las letanías, y las ha prolongado hasta hoy, pues aseguraba que la Madre no regresaría hasta el *sub tuum praesidium* o el *oremus*. Ahora ya está la Madre, ¡veremos cómo se las arregla! Ciertamente lo hará agrupando las advocaciones que le quedan por explicar y uniendo, con su característica destreza, el pensamiento de la Virgen con el del Sagrado Corazón...».

El 18 de junio, martes, toda la casa está de fiesta por el onomástico anticipado del Director, el cual ha comunicado que para el próximo 24, festividad de San Juan, deberá encontrarse en Turín y, po-

siblemente, también la Madre, para participar en la fiesta que allí se celebrará en honor de Don Bosco.

Se elevan al cielo oraciones fervorosas por él, y por la tarde, en una sencilla y cordial academia, demuestran al Director cuánto se aprecia su trabajo en Mornese y cuán grande es el bien que hace a las almas religiosas y a las jóvenes.

Al día siguiente se clausura el mes de la Virgen y se celebra la fiesta de María Auxiliadora: hay un gran fervor y un deseo inmenso de consolar a la Reina del Cielo y, por medio de ella, al Sagrado Corazón de Jesús.

Emma Ferrero empieza a dar verdaderos consuelos

Entre los meses de mayo y junio, Emma Ferrero ha hecho verdaderos progresos en piedad y conducta. Se acerca con frecuencia a recibir la comunión. No se observan ya caprichos o enfados en ella. Se pasa el día en el taller, activa y serena. En el recreo se entretiene alegremente con las compañeras y con Sor Enriqueta, sin escaparse a contemplar los idolillos de su baúl; y hasta empicza a humillarse en presencia de las compañeras.

Hace días vio en el huerto una zanja bastante profunda que había dejado el hortelano después de arrancar una planta. Parecía una fosa. Las educandas pasan y se ríen. Emma se queda pensativa, se mete dentro, se estira bien y dice a sus compañeras: «Tapadme con tierra, porque no merezco otra cosa».

A alguna le saltan las lágrimas. Todas han comprendido que no lo ha hecho de broma, sino por íntima convicción.

Salida festiva para Turín. Fundación de Chieri

El día 22 parten para Turín la Madre, el Director y las Hermanas destinadas a la nueva fundación de Chieri ¹⁴.

De momento no tendrán más que el oratorio y un taller de costura, especialmente para las jóvenes obreras. Sor Felicina Mazzarello será la Directora.

Las jóvenes han empezado a reunirse cada día en el patio de la

¹⁴ Anexos n.º 22 a, 22 b.

casa, cedida ahora a las Hermanas, cuidándose de ellas dos buenas señoras: Carlota Braia y Magdalena Avataneo.

Por ser sábado, parece oportuno no retardar la llegada a Chieri, después de una breve parada en Turín, con objeto de empezar lo antes posible. Les acompaña Sor Elisa Roncallo, que por deseo de Don Bosco ha ido ya a ver la casa y a estudiar con Don Sala los arreglos necesarios para que en aquel local puedan residir las Hermanas.

La acogida es cordial no sólo por parte de las dos fidelísimas y buenas señoras, sino también por parte de un enjambre de niñas avispadas y ansiosas de recibir un poco de bien.

Sor Elisa, a su regreso a Turín —regreso rápido porque en Turín se halla la Madre y el mundo salesiano está de fiesta por Don Bosco—, explaya todo su afecto filial y cuenta los pormenores de la llegada a Chieri, la fiesta que les han hecho y las características de la nueva casa. Termina diciendo: «Madre, Sor Elisa dejaría de ser Sor Elisa si no consiguiera llevarla a usted a Chieri antes de que vuelva a Mornese».

Para avalorar su invitación, toca algunos puntos de la historia, mencionados ya en parte en el *Bollettino Salesiano* del pasado mes de agosto: «Nos han puesto —dice— en un antiguo palacio. Recuerde, Madre, que era una de las propiedades de la madre de San Luis Gonzaga. Dicen que en uno de aquellos salones fue invitado a bailar el angelical San Luis. Al otro lado de la calle, enfrente mismo, al fondo del jardín, puede verse la casita donde el santo iba a esconderse para huir de la fiesta y disciplinarse. Dicen que todavía se ven las salpicaduras de su sangre inocente. ¡Figúrese cómo no va a ir!».

El palacio de los marqueses de Castiglione pasó, es cierto, a los señores Bertinetti, pero también por esto es para nosotros doblemente sagrado, porque aquellos buenos señores, que amaban mucho a Don Bosco, cuando fue a Chieri como estudiante y seminarista lo hospedaron en su casa con ocasión del examen para la vestición clerical y más tarde siendo ya sacerdote. Después, al no tener hijos y dedicarse a la práctica de la caridad, pensaron en ayudar generosamente a Don Bosco, como habían ayudado al padre Cottolengo.

Aún debe tener presente otra cosa, Madre: que Cottolengo, hallándose un día en casa de los señores Bertinetti, hizo una profecía referente a nosotras cuando dijo: «¡Aquí veo religiosas con muchas jóvenes... y de aquí saldrán muchas vocaciones!».

La Madre, presente en la fiesta de Valdocco

La Madre no dice que no, pero entretanto se queda en Turín, donde recibe buenas noticias del pasado y del presente.

Además, mañana precisamente, el Oratorio Salesiano celebra la fiesta de San Luis Gonzaga y a ella le interesa ver cómo la celebran. Esa misma noche dará comienzo para toda la Familia Salesiana la fiesta onomástica del venerado Superior y Padre. No puede, pues, ni debe faltar ella, por muy modesta y mezquina que sea su presencia —según ella—. Debe y quiere decir a Don Bosco que este año no está sólo en espíritu, con su corazón y su pobre don ante el amado Padre, sino que está personalmente presente, en representación de todas las Hermanas cercanas y lejanas, con la ofrenda individual y general de sus buenas obras por sus santas intenciones.

Desde el lugar que le ha sido asignado entre un grupo de Hermanas, asiste a las filiales y entusiastas demostraciones del Oratorio. Su porte refleja la íntima participación en la común alegría de los hijos de Don Bosco.

La Madre conserva toda su delicada poesía; repite que allí ha aprendido mucho, especialmente la sencillez de espíritu, el candor de los afectos y el principio de servirse de todo para hacer el bien; de modo que sus hijas uo hacen más que alimentar el entusiasmo de su corazón con sus preguntas.

Cuentan las Hermanas de Turín. Encuentros con Don Bosco

Ellas, a su vez, hablan con entusiasmo y alegría de sus encuentros con el Fundador:

«Si hubiese visto, Madre, cuando Don Bosco volvió de Francia: nunca había estado fuera de casa tanto tiempo: desde el mes de diciembre hasta el mes de abril.

Y luego supimos lo mucho que había tenido que sufrir en Roma, y también las cosas grandes y hermosas que había realizado la Virgen por medio de él.

¡Qué susto cuando nos dijeron que rezáramos porque Don Bosco estaba gravemente enfermo en Sampierdarena! En el Oratorio parecían todos fuera de sí de dolor, y muchos permanecieron en vela toda la noche rezando delante del Santísimo y de María Auxiliadora para obtener la curación del Padre.

Nos dijeron que muchos habían ofrecido su vida para salvar la de Don Bosco. ¿Y cuando se supo que había sanado casi instantáneamente? Son cosas que conmueven sólo al recordarlas.

También nosotras, como expresión de alegría, engalanamos el pequeño recibidor para acoger a Don Bosco y enseñarle lo que nos había regalado "madama caridad"...

No sabemos cómo le llegaría a Don Bosco la noticia de nuestros preparativos, lo cierto es que recibimos indirectamente una buena lección suya: "¡Ah no, yo no entro donde hay cortinas, cortinitas y sofás!". Entonces nos apresuramos a volver a la sencillez franciscano-salesiana.

Cuando el amado Padre vino después a nuestra casa, no nos recordó este detalle; se mostró bueno como siempre y nos preguntó en seguida:

—¿Tenéis muchas niñas en el oratorio?

A nuestro sí, coreado por todas, añadió:

—¡Qué hermoso! Nosotros estamos precisamente para esta gran obra, pero ¡atentas!, para hacer el bien a las niñas hay que estar siempre alegres, amarlas y quererlas a todas, aunque alguna no lo merezca.

—¿Continúan viniendo —siguió preguntando— también todos los días después de comer y por la noche al salir de las fábricas?

Le complacía nuestra respuesta afirmativa y nos volvía a decir que ello equivalía a muchos pecados de menos, a mucha maldad no aprendida por la calle, a muchos buenos pensamientos sembrados para la noche y el día siguiente, y no sólo entre las mismas jóvenes, sino también entre sus familiares, porque a las jóvenes, mayores y pequeñas, les gusta contar en casa todas las novedades del día.

Cada una de nosotras, mientras escuchaba aquellas palabras, repetía en sus adentros una sola constatación: ¡Nuestro Padre es un verdadero santo! El Señor lo ha suscitado expresamente para el bien de la juventud y para proporcionar a la Virgen grandes triunfos en medio de los cristianos».

Por la devoción a María Auxiliadora

Una vez, y más de una, le hemos preguntado cómo arreglárnoslas para hacer conocer y amar a María Auxiliadora. Don Bosco nos dice: «Hablando oportunamente de ella a la juventud que la Providencia nos confía y a las personas externas que se nos acercan; escribiendo sobre ella en nuestras cartas a los parientes y conocidos; invi-

tando a invocarla a quien necesita gracias especiales; contando los favores obtenidos por su mediación; distribuyendo estampas y medallas con su imagen; rezando e invitando a rezar a menudo la jaculatoria: *María Auxilium Christianorum, ora pro nobis*; cantando preferentemente cantos en su honor en los recreos, en la iglesia y sobre todo en el mes a ella dedicado; aconsejando poner el nombre de *Auxilio* a las niñas que han de ser bautizadas; solemnizando lo más posible su fiesta no sólo en la iglesia, sino también, donde sea posible, con veladas y procesiones; regalando cuadros de María Auxiliadora a las familias, parroquias... y dando este título a las nuevas fundaciones...».

Estas respuestas, naturalmente, eran y son para nosotras una verdadera luz y un punto seguro de referencia.

El *Bollettino* de junio describe la fiesta de María Auxiliadora de este año: iluminación de la cúpula, peregrinos llegados de lejos y en gran número, muchos confesores que no daban abasto, comuniones a millares, música y cantos de paraíso; quien no lo ha visto y oído no puede hacerse una idea. ¡Cuánto bien en nuestro santuario de Valdocco!

También en la capilla de nuestra casa se ha constatado el poder de María Auxiliadora. No pudimos celebrar la fiesta solemne hasta el 2 de junio (primer domingo de mes), pero dos días antes ya estábamos todas en movimiento para preparar la fiesta en la iglesia, en el patio y en el teatrillo provisional. Se trataba de celebrar tres fiestas en una: la clausura del mes de mayo y la solemnidad de María Auxiliadora, la fiesta de Santa Angela Merici, patrona del Oratorio, y el comienzo del mes del Sagrado Corazón.

Las primeras hijas del Sagrado Corazón

Ese día tuvo lugar también la admisión de las primeras inscritas entre las *Hijas del Sagrado Corazón*. Sólo cinco fueron las elegidas: la flor y nata de nuestras jóvenes. La función tuvo lugar ante la pequeña imagen del Sagrado Corazón de Jesús, muy iluminada en su altarcito engalanado de fiesta y cubierto de flores perfumadas.

El Director General, como inspirado por el Espíritu Santo, hacía mella en los corazones: «Son cinco las elegidas —dijo—, cinco gotas de bálsamo sobre las sacrosantas llagas de Jesús». Y animaba de santo entusiasmo a las que se consagraban al Sagrado Corazón, suscitando la emulación en las asistentes al acto.

Las *Hijas del Sagrado Corazón*, en su admisión a la *compañía*, han seguido un formulario parecido al que se emplea entre nosotras para la vestición y profesión. También ellas tienen un distintivo propio: la medalla con la efigie del Sagrado Corazón por una parte y la de María Auxiliadora por la otra, que pende de una cinta roja, y se la ponen en el oratorio y en las procesiones; tienen una regla, o mejor dicho, un reglamento de pocas páginas donde se exponen los deberes principales de las asociadas:

- ejemplar asiduidad al oratorio, a la catequesis y a las funciones religiosas;
- deseo eficaz de mejorar de conducta en casa y fuera de ella;
- acercarse a los sacramentos por lo menos una vez al mes, los primeros viernes o los primeros domingos, para hacer la comunión reparadora;
- asistir a la conferencia mensual del Director o de la Directora del oratorio;
- industriarse para conducir el mayor número posible de niñas a la clase, al oratorio, etc.;
- amarse y compadecerse unas a otras, ayudarse recíprocamente con gran caridad, remediar el mal y practicar el bien ¹⁵.

Una joven que se comprometa realmente y que permanezca fiel a todo esto, puede ser una gran ayuda en el oratorio y fuera de él, y quién sabe si no podrá ser también un precioso elemento para el Instituto.

«Mamá» Roncallo

La Madre escucha esta simpática relación y sus ojos, más aún que sus palabras, expresan la materna participación en las alegres vicisitudes de sus hijas.

Alguna añade: «¡Lástima que mamá Roncallo se haya querido ir antes de asistir a estas últimas y hermosas jornadas nuestras! Cuando llegó el mes de mayo, no hubo manera de retenerla un día más. ¡Con lo útil que nos era su ayuda! Trabajaba todo el día limpiando, desman-

¹⁵ El reglamento consta de 22 puntos y está completado por la fórmula del *Acto de consagración al Sagrado Corazón* (para hacerse el día de la admisión) y por la *Oración de reparación al Sagrado Corazón de Jesús*, que es la fórmula de devoción típica de las asociadas (en el Arch. Gen. FMA).

chando y remendando la ropa de los Superiores. Nos hacía estar alegres, y si veía a alguna no muy serena echaba mano a sus habilidades de *abuelita*, de modo que había que reír a la fuerza.

Pero si alguna vez —cosa que sucedía raramente— no conseguía en seguida su fin, una buena toma de rapé le sonaba a victoria.

Don Bosco, cuando la veía, le hacía mucha fiesta. Y fue Don Bosco quien la animó varias veces a quedarse un poco más.

Mamá Roncallo iba a verlo para despedirse, y él, con todo cariño, le decía: "¡Ah no!, ¡quédese un poco más con su Lisa y con nosotros, que la queremos tanto!". Y nuestra querida viejecita obedecía, hasta que la tentación de su amada Génova, más fuerte que Turín, nos la arrebató. Pero nosotras nos vengamos escribiéndole cada cartita...».

La Madre en Lanzo

Para condescender al desco de sus hijas, y animada también por Don Bosco, la Madre determina ir a Lanzo y a Chieri. El calor empieza a hacerse sentir y la debilidad física de la Madre necesita un poco de alivio. Ella no lo pide, naturalmente, pero el corazón de las hijas, en una casa como la de Lanzo, no puede dejar de ofrecerle un buen vaso de excelente limonada. «¿Es para mí esta bebida? No estoy habituada a esto, me sentaría mal. Haceos la idea de que lo he tomado. El Señor os lo pague.» Cuando cede, finalmente, a la amorosa insistencia de las Hermanas y lo acepta, comienza ofreciendo un poco a una y un poco a otra, terminando por no probarlo apenas. Su primera lección en Lanzo es, pues, sobre el ejercicio de la mortificación, tan inculcada en sus instrucciones públicas y privadas. Y no deja la casa sin preguntarles si tienen la posibilidad de ver a Don Bosco cuando viene a visitar a sus hijos:

—Lo vemos, sí, cuando es posible. A mí —dice Sor Sacttone— me dijo cuando me encontró preparando el comedor: «¡Muy bien! Pero no olvides que debes ser de buen ejemplo para todas las Hermanas».

—Cuando vino a vernos a la cocina —añade Sor Caspani—, nos dijo: «¡Marta y María! Sois Marta, pero debéis ser también María; las comidas que preparáis, ¿sabéis transformarlas en comidas de paraíso? Se necesita poco ¿sabéis? Basta santificarlas con la recta intención y con actos de unión con Dios y con la Virgen, haciéndolas lo mejor que podáis».

A la Directora, a quien se le hace algo cuesta arriba tratar con los seglares cuando en ciertas ocasiones, especialmente en las fiestas, vienen al colegio y también a la cocina y al taller o donde se guarda la ropa de los niños, el buen Padre le ha convencido de que no hay por qué temer, antes bien, que estas son ocasiones propicias para animar al bien, por lo menos con la «predicación del buen ejemplo».

La Madre saca entonces la consecuencia: «Por lo que me contáis se deduce que nuestro buen Padre, por donde pasa y allí donde está, hace siempre el bien; y nosotras, que por gracia especial de Dios somos sus hijas, ¿no haremos otro tanto? Sí, vivamos para hacernos cada vez más santas y ganar muchas almas para el Señor».

La Madre en Chieri

El 28 de junio, último viernes y fiesta del Sagrado Corazón, la Madre va como en peregrinación a Chieri. Le parece mentira poderse arrodillar en el lugar donde su querido San Luis Gonzaga derramó las primeras gotas de su sangre inocente. Siente reavivarse en su alma el ansia de mortificación. Sus hijas, en cambio, la reciben como prenda de bendición especial: elegido este día para la inauguración de su nuevo campo de trabajo, le presentan un grupo de doscientas cincuenta jóvenes obreras, toda una dorada mies para María Auxiliadora.

Emma Ferrero celebra con fiesta el regreso de la Madre a Mornese

El regreso de la Madre a Mornese señala la fecha de un triunfo de la gracia sobre Emma Ferrero. Esta, no sabiendo cómo librarse del agujón de la llamada divina a vida de mayor perfección, decide su porvenir con un acto propio de una santa. «¡Qué extraño es este modo de celebrar la llegada de la Madre...!», se dice esta y aquella, pero no se extraña, en cambio, quien está habituado a los nobles gestos producidos por la gracia.

Elegido el momento del recreo, Emma arrastra su famoso baúl al centro del patio y allí, una tras otra, prende fuego a sus cartas, fotografías, recuerdos y veleidades queridas..., serena, calma, como quien obedece a una voz interior.

Las compañeras observan y aplauden entusiasmadas. Las Hermanas no aciertan a comprender el motivo. La asistente la mira con ternura, y la anima.

Seis de julio: onomástico de la Madre

Juntamente con el regreso de la Madre se celebra también su onomástico, y las postulantes pasan este día al refectorio de las educandas. Delante de aquella masa juvenil, a Sor Enriqueta se le ocurre decir: «¿Y si mañana también Emma estuviera entre las postulantes?».

Se oye un prolongado ¡oh...! de alegría general, aunque no de sorpresa, porque Emma se ha vuelto tan buena, que todas intuyen que algo grande está madurando en ella.

En efecto, a la mañana siguiente, cuando la ven entrar en la iglesia con la esclavina puesta, todas piensan para sí: «¡Será una santa religiosa!».

A la fiesta de casa le sigue, favorecido por el tiempo, el tradicional paseo al Tobio. Es un día de fiesta en toda la extensión de la palabra; no obstante, en la platiquita de las *buenas noches*, la Madre acaba manifestando a las Hermanas una pena: «Hoy nos hemos encontrado a una pobre niña toda sucia, que daba pena, y ninguna de vosotras le ha hecho caso: la hemos dejado seguir por su camino. Esto no está bien. Nosotras estamos especialmente para las pobres, y cuando nos encontramos con alguna debemos ser las primeras en dirigirle una palabra buena y dejarle un buen pensamiento».

La Madre en el ejercicio ordinario de su caridad

Al volver de nuevo al ejercicio ordinario de su caridad, la Madre se da cuenta en seguida de que Sor Enriqueta aún no se halla restablecida del todo, y al paso que le recomienda que prepare a las educandas para el traslado de colegio y las anime a buscar durante las vacaciones compañeras que vayan a Nizza Monferrato el próximo año escolar, le pregunta con maternal solicitud: «¿No tenemos, pues, ningún remedio para curar tu pobre estómago?».

Sor Enriqueta, cada día más solícita del bien de los demás, responde:

—Si lo encuentro, ¿me mandará a América?

—No, Enriqueta. Tú te quedarás conmigo. Pero piensa a ver si hay algo que te pueda convenir y me lo dices...

A la mañana siguiente, al pasar cerca de la cocina, Sor Enriqueta percibe el olorcillo de unos fritos muy buenos que le parecen hechos de intento para su caso. Se encuentra con la Madre y se lo dice. La

Madre la mira bondadosamente a los ojos y le contesta: «¡Quita allá...! esto es cuestión de gula, no de estómago enfermo. Comerás lo que te traigan...».

Sor Enriqueta sonríe, como queriendo decir: «Ha descubierto mi capricho inconsiderado». Y se va repitiendo para sí, totalmente convencida: «Me hace más bien esta severa bondad de la Madre que todos los fritos del mundo».

En los retazos de tiempo, la Madre se pone a disposición de las que quieren desahogar con ella su corazón y manifiesta cada vez mayor afecto, prudencia y celo por la gloria del Señor, por la perfección religiosa de las almas a ella confiadas y por la salvación de la juventud.

Continúa en su sencillez, sin darse ningún tono de superioridad, y conservando su amada costumbre de sentarse en el taller en una banqueta, o en las gradas de la escalera, escuchando, elevando los ánimos, impulsando al mayor bien las voluntades generosas y los ánimos inciertos y debilucho.

Dice a cada una la palabra que más le conviene: «Este defecto que te da tanto quehacer y tanta preocupación lo tengo también yo desgraciadamente y es duro de pelar. Pero no nos desanimemos, procuremos declararle la guerra sin compasión; el Señor es tan bueno que no nos excluirá del cielo, ¡ya lo verás!».

«Mira, de esto habla sólo con el confesor y quédate tranquila con lo que te diga, sin volver a pensar más en ello.»

«No sé cuántas veces me has contado esta misma historia: me parece que ya es hora de acabar de una vez. Tómate la cosa en serio, está atenta, reza con fervor y verás cómo no vuelves a caer tan a menudo. Mira, toma esta avellana y pónela en el bolsillo, para acordarte que tienes que evitar el feo defecto de excusarte siempre.»

«¡Confía un poco más en la bondad de nuestro celestial Esposo...! Sí, es preciso que pongas más empeño en el silencio. ¿Recuerdas lo que nos dijo Don Cagliero? "Sin el silencio no hay recogimiento, ni vida interior y, por consiguiente, no hay vida religiosa". Don Costamagna, como sabes muy bien, antes de partir nos lo dejó como recuerdo al decirnos: "Imaginaos a un querido viejecito vestido de blanco con un garrote en la mano arrojando fuera a todos los demonios". ¿Quieres que te haga una confidencia? Me quedó tan grabada en la mente la importancia del silencio, que una mañana, al no encontrar el velo, preferí ponerme un pañuelo grande a la cabeza antes que faltar a él.»

«Aunque se estropee la fruta no importa: es preferible que se cche a perder la fruta a que se manche el alma con la gula.»

«Ah, querida mía, te has olvidado de lo que nos dijo Don Lemoyne en una de sus últimas conferencias: "No pidáis a Jesús un amor tierno, pedidle un amor fuerte".»

Las Hermanas salen de allí como de una confesión bien hecha y con el sincero propósito de mejorarse y sacrificarse cada vez más por el Señor.

Después de las últimas recomendaciones de Don Bosco acerca de la fundación de Nizza Monferrato, la Madre piensa que será una casa muy distinta de las otras y que decidirá grandes cosas.

En público y en privado habla sobre este particular con las Hermanas y les dice que hay que estar preparadas para todo, incluso para dejar Mornese. Hay quien se alegra y quien sufre por ello: ella va preparando el terreno y enderezando los caminos para robustecer los caracteres, reforzar las voluntades y los corazones y tener preparadas las personas que habrán de estar en condiciones de secundar las grandes esperanzas de Don Bosco y de dar a la nueva casa una base sana y segura.

En sus conferencias, ahora más que en el pasado, interroga a unas y a otras para que manifiesten libremente las faltas generales de la comunidad; exhorta a la corrección, a la perfecta observancia de las Constituciones que tiene en la mano todavía manuscritas y que besa con respeto, explicándolas después con sencillez y de forma práctica, con palabras francas y seguras, sin temor a ofender o herir a nadie. Combate enérgicamente la falta de sinceridad, la propia excusa, la ligereza, los defectos contrarios a la caridad fraterna; recuerda el deber de estar en la presencia de Dios, la rectitud de intención, la fuga del pecado, hasta del más insignificante. Tiene momentos de una unción tan santa e irradia una luz tan celestial que entenece los corazones, doblega las inteligencias y obliga a confesar: «Es realmente el Señor quien pone las palabras en su boca».

Ejercicios para las Hermanas

En agosto tienen lugar los habituales preparativos para los Ejercicios Espirituales de las Hermanas, no los de las señoras que darían mu-

cho trabajo y retrasarían el envío de los pocos y humildes enseres necesarios. Las señoras estrenarán también Nizza el año próximo, si Dios provee de lo necesario, como se espera.

Entretanto van llegando las Hermanas que han podido ausentarse de sus respectivas comunidades y todas las Directoras, porque además de los Ejercicios habrá una reunión general especial. El día 12 llega Don Bosco acompañado por monseñor Belasio, que cada día ayuda y admira más la Obra Salesiana, junto con Don Cagliero y Don José Leveratto, predicadores de los Ejercicios.

Grande es la alegría de las Hermanas cuando oyen que el venerado Padre permanecerá en Mornese los ocho días enteros y que tomará parte en la función de clausura.

Los Ejercicios comienzan el 13 por la noche. Don Leveratto predica las meditaciones, y mientras se celebra la santa misa, monseñor Belasio explica las partes de la misma, de modo que las ejercitantes profundizan cada vez más en la excelencia del divino sacrificio. Aprovecha también la ocasión para hablar de la Virgen (a quien llama *Virgencita*), proponiéndola como modelo de asistencia a la santa misa.

Al hablar de la gravedad del pecado, exhorta a repetir con frecuencia: «Señor, cúbreme con tu cruz. Escóndeme en tus llagas».

Y él mismo repite esta plegaria antes de empezar sus pláticas. En los momentos más oportunos no deja de hacer también alguna pregunta de religión, esperando la respuesta.

Don Cagliero, en sus instrucciones religiosas teórico-prácticas, explica los pequeños deberes cotidianos:

—Quien desprecia las cosas pequeñas, poco a poco caerá —repite con energía—; ¡y hay que oír con qué fuerza pronuncia el «poco a poco»!

Don Bosco, muy delicado de salud y sumamente cansado, no puede someterse a la fatiga del confesonario y a cualquier otra cosa que requiera excesiva atención. Mas él se interesa igualmente por todo, habla a menudo con la Madre y con las demás Superiores, y recibe en privado a las Directoras y a las que van a hacer la profesión religiosa. Más de una confiesa después que no le ha hecho falta hablar, porque ha experimentado que él conocía sus necesidades más íntimas y ha recibido palabras de paz, quedando libre al instante de toda perplejidad o turbación de espíritu.

Reuniones generales especiales para las Directoras

En la misma tanda de Ejercicios Espirituales, según las disposiciones del Fundador, las Superiores y Directoras presentes —unas treinta— deberán tener alguna reunión especial para tratar de las necesidades particulares del Instituto. Don Cagliero preside también estas reuniones. El es quien determina, previa la aprobación de Don Bosco, los puntos que habrán de discutirse, y quien da las orientaciones a la asamblea para tomar las decisiones más necesarias y convenientes.

En la primera reunión se establecen normas higiénicas para la conservación de la salud, tanto de las Hermanas como de las educandas.

En la segunda, se trata a fondo el tema vital: santificarse a sí mismos y cooperar a la salvación eterna de los demás, indicando los medios más conformes al fin y al espíritu del Instituto.

La tercera está dedicada a determinar las condiciones de aceptación en el Instituto y las normas para el postulante y noviciado.

La cuarta, trata del *ejercicio de la buena muerte*, del silencio moderado durante el día, de los sufragios por las Hermanas difuntas, de la parte de dote que ha de restituirse a la Hermana profesa que sale o es despedida del Instituto, de las felicitaciones y regalos con ocasión de fiestas y celebraciones especiales, del porte que se debe tener en la iglesia y del trato cortés, como medio de hacer el bien.

En la última reunión se determina el personal para la casa de Nizza —que se abrirá el próximo mes de octubre— y para la de Chieri, donde Don Bosco desea poner un internado al estilo del de Mornese.

Se redactan, además, los prospectos de admisión de internas para una y otra casa.

Don Cagliero alude también a una segunda expedición misionera a América. Deja entender que por este motivo habrá cambios de personal, y anima a actuar con generosidad por amor a Dios y al Instituto.

El acta de estas reuniones sella un momento importante en la organización general de la vida y de la actividad del Instituto ¹⁶.

Tampoco la Madre escatima su entrega

En días de tanta abundancia de gracia del cielo, la Madre no escatima los tesoros de su alma a sus hijas; en todos los momentos dis-

¹⁶ Anexo n.º 23.

ponibles, sin pensar para nada en sí misma, atiende a quien la busca y se adelanta a las tímidas, para darles la oportunidad de recibir un consuelo materno. Convertida en el centro del grupo, en los recreos de las ejercitantes o de la comunidad reunida para las *buenas noches*, derrama los tesoros de su sabiduría.

Sin olvidar que tiene delante de sí a un buen grupo de Directoras, se sirve de ello para reiterar sus recomendaciones sobre puntos capitales: «Nos encontramos, en una parte y en otra, en la circunstancia de tener que tratar, incluso fuera del sacramento, con el confesor de la casa; y el demonio, que las sabe todas, puede servirse de esto para cerrar nuestro corazón en la confesión. Por caridad, Hermanas, no nos dejemos engañar. Acusemos nuestras faltas con toda sencillez, sin tanto estudio de palabras, con el único fin de que el ministro de Dios nos conozca bien, y para humillarnos.

Hasta tal punto me preocupa esto, que he soñado incluso que veía a un ángel muy triste y le pregunté: "¿Quién eres?". Tuve valor de preguntarle porque era en sueños, de lo contrario... El me respondió: "Soy el Ángel custodio de Sor... que está en el purgatorio expiando el defecto de preocuparse demasiado de la forma de decir sus faltas en la confesión..."

Es un sueño, repito, pero estemos atentas...». La Madre, con una de sus agudezas, procura desviar la atención de las más impresionables y continúa: «¡De lo contrario vendrá Don Costamagna de América a mandarnos al infierno!».

«No obstante, siento la necesidad de deciros: valoremos el tiempo, no perdamos un solo minuto, trabajemos con esmero para merecer un hermoso lugar en el cielo, trabajemos sólo por Jesús. La verdadera piedad consiste en cumplir todos nuestros deberes a tiempo y lugar, y sólo por amor de Dios.

Practiquemos la virtud, para ser verdaderas esposas de Jesús y verdaderas Hijas de María Auxiliadora y de Don Bosco».

El día 20 se clausuran los Ejercicios con doce vesticiones, diez profesiones, cuatro renovaciones de votos y ocho profesiones perpetuas.

«¡Todas iguales!»

Las doce nuevas novicias se presentan con un hermoso pecherín blanco y con el velo más largo... Las demás, que se hallan en el pórtico porque en la iglesia no queda lugar, se preguntan extrañadas

unas a otras: «¿Hacen la profesión? ¿Van todas a América?».

La Madre sonríe y les dice: «Rápido, id al dormitorio y poneos lo que tenéis encima de vuestra cama».

Minutos después aparecen radiantes: todas tenían sobre su cama un *modestino* y un velo como las otras. Don Bosco, que había preguntado un día por qué las novicias no llevaban también el *modestino* blanco, añadió: «No, mejor todas iguales». Hoy se cumplen sus deseos consiguiendo la igualdad de color y de forma. En efecto, también las Hermanas encargadas de los trabajos más pesados se pondrán los días de fiesta el velo y el *modestino*, si es que quedan disponibles.

Preciosos recuerdos del Padre

Realiza la función de las vesticiones monseñor Belasio, asistido por Don Cagliero, Don Leveratto y Don Lemoyne. Entre las nuevas novicias se encuentra Sor Emma Ferrero, que parece estar más en el cielo que en la tierra.

Don Bosco recibe los votos y en el sermón de clausura eleva un himno a la santa obediencia: «Si a un saco se le quitan las costuras, deja escapar todo su contenido. Lo mismo le ocurre a la religiosa: sin la costura de la obediencia no puede conservar virtud alguna y deja de ser religiosa. Si sois obedientes, en cambio, cantaréis victoria sobre vuestras pasiones y recibiréis la palma eterna en la gloria del cielo».

Después de los *recuerdos* se canta el *tedéum* y antes de la bendición, por sugerencia de Don Cagliero y por cordial asentimiento del Fundador, todas las Hermanas profesas renuevan los votos delante del Santísimo expuesto.

Al salir de la iglesia, Don Bosco le dice a la Madre: «Me gustaría que en este pórtico hubiera dos carteles, uno con esta inscripción: *La mortificación es el A, B, C de la perfección* y otro, con esta otra: *Cada minuto vale un tesoro*».

Aún no se ha ido Don Bosco y ya están los dos carteles en el lugar indicado, con objeto de que las Hermanas los lean, y para dar nuevo impulso a la santidad.

El Fundador, el Padre cuya sola sombra consuela y fortifica, deja Mornese. ¿Volverá otra vez? —se pregunta alguna—. Y muchas se enternecen hasta derramar lágrimas; todas se arrodillan a recibir su bendición, que podría ser también la última bajo el cielo de Mornese.

Cambio de Directoras

Mientras continúan los filiales comentarios sobre aquella tierna y significativa despedida del Padre bueno, se confirman las noticias del traslado de algunas Directoras.

Sor Rosalía Pestarino, ya tan encariñada con Bordighera, cederá el puesto a Sor Adela David e irá a Chieri; Sor Felicina Mazzarello volverá a Borgo San Martino; Sor Magdalena Martini permanecerá en Mornese, por estar destinada a la próxima expedición misionera a América. En su lugar, quedará de Directora en Biella Sor María Maccagno, a quien con toda sencillez y libertad la Madre va diciendo: «Tú, que eres ya un poco práctica en la casa, te quedarás en el puesto de la que se va».

También a Sor Elisa Roncallo le dice: «Por ahora quédate algunos días en Mornese, para restablecerte un poco; después ya veremos si el Señor te quiere en Nizza. Para Turín se proveerá con Sor Catalina Daghero».

Nadie duda de que en Turín será muy sentida la ausencia de Sor Elisa, pero nadie duda tampoco de que a Sor Catalina la recibirán también con gran alegría. Por eso, mientras se procura mitigar a la primera el no pequeño sacrificio que ha de hacer, la Madre combate la humilde timidez de la segunda, que alega su ineptitud para el gobierno, especialmente para el de una casa como la de Turín, y le dice: «Tú no tendrás más que continuar el trabajo de Sor Elisa, dependiendo como ella en todo y para todo de Don Bosco y de quien Don Bosco os dé como guía: Comprobarás también tú los milagros de María Auxiliadora en sus obras».

Los Ejercicios Espirituales en Turín

El 24 por la tarde comienzan en Turín los Ejercicios Espirituales predicados por el Director Don Juan Bautista Lemoyne y por Don Savio. La Madre asiste también a ellos, y para evitar comentarios poco edificantes respecto al cambio de la Directora, no hace pública la noticia, sino que en los encuentros privados y en las *buenas noches* va disponiendo a las Hermanas a la religiosa aceptación de cualquier casa, superiora o trabajo.

El día de la clausura de los Ejercicios —1.º de septiembre—, Don Bosco mismo recibe los votos de cinco Hermanas temporales y de cuatro perpetuas, y una vez más asiste también conmovido a la re-

novación colectiva de los santos votos de todas las ejercitantes.

En las breves palabras del sermón de los *recuerdos* toca una vez más el tema de la obediencia religiosa, poniendo la comparación del pañuelo: «Así como el pañuelo se deja usar cuando se quiere y para lo que se quiere, dejándose lavar, planchar y arrugar sin decir nada, así debemos hacer nosotros respecto a la virtud de la obediencia religiosa. ¿Queremos estar siempre alegres? Seamos obedientes. ¿Queremos estar muy alto en la santidad y en el cielo? Seamos siempre fieles a la obediencia, hasta en las cosas más pequeñas».

Terminada la función y dispensado moderadamente el silencio para la alegre expansión de los corazones, Hermanas y niñas rodean espontáneamente a Sor Catalina, y de esta forma tan sencilla se encuentra elevada al gobierno de la casa, entre lágrimas de conmoción y sonrisas de filial adhesión a la siempre bendita voluntad de Dios.

Los Superiores y la Madre se sienten confortados y esperan un gran bien para la casa y para las almas.

Notas de profunda gratitud

Antes de que partan las ejercitantes, circula entre ellas el *Bollettino Salesiano* con la publicación del prospecto de los nuevos internados femeninos de Nizza y de Chieri¹⁷.

La Madre aprovecha la ocasión para expresar su más profunda gratitud a Don Bosco y a los salesianos: «¡Qué bueno es Don Bosco! ¡Qué buenos son los salesianos! ¡Nos consideran verdaderamente de la familia! Todas nuestras cosas carecerían de vida y de éxito si no fuera por Don Bosco y por sus hijos. ¡Pobres de nosotras si la soberbia nos hiciera creer que somos capaces de hacer algo sin ellos! Seríamos como un sarmiento separado de la vid y nada más».

Por deseo del Fundador, la Madre no vuelve en seguida a Mornese. Después de una breve visita a Chieri, continúa algún día más en Turín, al paso que envía algunas normas a Mornese para la próxima salida de las primeras Hermanas destinadas a Nizza.

¹⁷ *Bollettino Salesiano*, septiembre de 1878, año II, n.º 9, pág. 11-13.

Progresos en el apostolado de las «Hijas del Sagrado Corazón»

Para la Madre es un consuelo espiritual quedarse algún día más en Valdocco, un alivio para la nueva Directora y para toda la casa, y un seguir constantemente de cerca los admirables progresos de las oratorianas *Hijas del Sagrado Corazón*.

Sor Elisa Roncallo, en su sed de almas, se había propuesto imitar lo más posible a Don Bosco. Conocido el paternal interés del Padre por los jóvenes detenidos de la *Generala*, se propuso ir también ella a hablar con las religiosas encargadas de las jóvenes presas en las cárceles femeninas de la ciudad.

A continuación pidió y obtuvo poder visitar a aquellas infelices, pero al vérselas delante con el único apelativo de un número en la gorra y el distintivo revelador de sus delitos, no había podido contener las lágrimas.

Había dirigido a alguna menos rebelde una buena palabra; de alguna otra había recibido confidencias, respondiendo ella a la exposición fría o apasionada de ciertos delitos: «¿Pero cómo es posible...? No, por favor, prometedme que esto no lo haréis más y que cuando salgáis de aquí vendréis al oratorio de Santa Angela, en Valdocco. Nosotras os buscaremos trabajo, os enseñaremos a vivir como buenas cristianas y seréis personas nuevas».

Al llegar a casa, nada más natural que comunicar sus tristes impresiones y exhortar a Hermanas y niñas a ayudarla a salvar a tantas pobres jóvenes que corren ya por los caminos del mal, o están próximas a ser pasto de la más desoladora corrupción.

Las *Hijas del Sagrado Corazón* se ofrecieron inmediatamente a colaborar en esta obra de preservación. De ahí las industrias espontáneas de apostolado cristiano dentro y fuera del oratorio, el solícito aumento de las afiliadas a la Asociación y el brotar de la buena semilla como al soplo de una cálida primavera.

Las conferencias semanales de la Directora al grupo de afiliadas y las mensuales u ocasionales que les daba el Director, habían sido un intercambio de noticias, de iniciativas y de propuestas en favor de las almas. La santa levadura había dado buen pan y Don Bosco, desde su habitación y desde su santuario, animaba la obra y la bendecía.

Es un consuelo ver ahora a las *Hijas del Sagrado Corazón* comprometidas de lleno en orientar a las compañeras buenas a los más

altos ideales y en evitar que las más peligrosas sirvan de escándalo a las incautas.

El secreto está en las reuniones privadas que tienen los domingos por la tarde en la capilla para renovar su acto de consagración al Sagrado Corazón de Jesús. En ese encuentro recogen el lamento divino: *sitio!* para vivirlo durante la semana y transfundirlo en sus actividades apostólicas.

Es cierto que Sor Elisa Roncallo fue quien arrojó el primer grano de esta buena semilla, pero la Madre, en su profunda humildad, añade: «Sí, todo esto es consolador, muy consolador, pero recordemos que todo lo debemos a las enseñanzas de Don Bosco y de sus hijos. ¡No dejemos nunca de dar gracias a la Virgen, que al hacernos hijas suyas nos ha confiado a un santo como Don Bosco!».

De Turín a Mornese y a Nizza Monferrato

Con el fin de encontrarse en Mornese para la hora de la salida, la Madre parte de Turín a mediados de septiembre. En nombre de Don Bosco da una alegría a Sor Petronila y a Sor Elisa, anunciándoles un viaje a Génova para hacer provisiones, una visita a mamá Roncallo y de allí, a Turín, para recibir un consuelo moral antes de establecerse en Nizza.

El lunes, 16 de septiembre, les toca el turno a Sor Enriqueta Sorbone, a la Ecónoma Sor Juana Ferrettino, a Sor Hermelinda Rossi, Sor María Fiorito y Sor Teresa Moretta, que lloran al tener que abandonar Mornese y todo cuanto de más sagrado y querido encierra para ellas. «¿Por qué lloráis? —les dice la Madre no menos enternecida—, también yo iré después a Nizza y estaremos juntas hasta que Dios quiera».

Ellas van para dar los primeros toques a la casa; librarán las primeras batallas con el caos de dentro y con las incógnitas de fuera.

En la estación de Nizza las espera Don Bisio, que las acompaña al convento y les proporciona lo estrictamente indispensable, en espera de que llegue de Mornese algún mueble.

A la semana siguiente, llegan de Turín Sor Petronila y Sor Elisa Roncallo. También Sor Petronila, que habitualmente es tan moderada, cobra vida al explicar la suerte que han tenido: «Esta vez sí que hablo yo: En Turín hemos visto y hemos gozado todo lo que hemos podido. De Génova a Turín viajamos con Don Bosco. Como lo oís,

con él y con los Superiores que lo acompañaban. Es verdad que no hablamos con ellos más que en la estación de Alessandria, pero sentíamos su cercanía. Don Rúa, y hasta Don Cagliero y Don Cays, hacían como si no nos conocieran, pero nosotras nos decidimos y fuimos a la sala de espera a saludarlos. El se mostró muy complacido, como un buen Padre; nos hizo entrar en la sala donde estaban ellos, y estuvo hablando con nosotras hasta que llegó el tren, interesándose por nosotras y especialmente por la nueva casa de Nizza y por los trabajos que había que hacer. Entre otras cosas nos recomendó que rezáramos por los bienhechores y que cuando llegáramos a Nizza hiciéramos una visita a la condesa Balbo lo antes posible. Yo le pregunté:

—¿Cómo se hace, Padre, para visitar a una condesa?

Y él, sonriendo, me dijo:

—Vosotras id, es una condesa que no impone ni cohibe lo más mínimo, es muy buena.

Cuando llegó el tren, nosotras, con toda naturalidad, hicimos ademán de subir al mismo departamento de Don Bosco, para no perder un minuto de aquella gracia de Dios, pero no debe ser cosa muy oportuna, porque los Superiores que lo acompañaban, nos hicieron señal de que no convenía. Don Bosco se dio cuenta y nos invitó a subir aprisa a su departamento, y cuando fue la hora de bajar nos dio su bendición también para todas vosotras.

Sor Petronila y Sor Elisa emprendieron en seguida la tarea, junto con las Hermanas que las habían precedido, de echar una mirada al trabajo de los obreros, limpiar al menos un poco por encima la casa y desescombrar el patio para poder reunir cuanto antes a las niñas del lugar y de los contornos.

Estas, que vienen para ver a las Hermanas, divertirse con ellas y aprender alguna cosa buena, no renuncian a echarles una mano: ¡Se obtiene mucho en todo sentido!

Hecho lo indispensable, Sor Petronila y Sor Elisa se recuerdan mutuamente la visita a la condesa Balbo. Ya que Don Bosco les dijo que fueran pronto, es mejor quitarse cuanto antes esta preocupación.

La primera visita a los condes Balbo

Se presentan de parte de Don Bosco y piden hablar con los condes. El nombre del Fundador hace que las reciban no como simples

religiosas, sino como personajes importantes, y con una bondad tan sencilla que las conmueve: «¿Acordarse Don Bosco de nosotros?», repiten una y otra vez los condes.

Encuentran también allí a la condesa madre, viuda del conde de Bosnasco, siempre generosa con Don Bosco y una verdadera madre para con sus huérfanos: es la primera en preguntarles cómo se encuentran entre aquellas ruinas del convento, cómo las han recibido los niceses, cómo van a hacer para tenerlo todo a punto para el comienzo del año escolar.

Con un poco de timidez aún, pero animadas por el maternal interés de la condesa, las Hermanas responden con una sencillez encantadora: «Las primeras noches nos hacía un poco de impresión aquello. De no ser por la compañía de la familia Branda, que tiene con nosotras tantas atenciones, ¡qué miedo habríamos pasado! Respecto al trabajo, había motivos para echarse a llorar. Luego, el ánimo nos multiplicó las fuerzas y hasta las niñas y jóvenes de la ciudad vinieron, y siguen viniendo, a hacer el recreo con nosotras, es decir, a barrer, a quitar escombros, etc.; ellas, contentas, y nosotras, más contentas que unas pascuas. Por la noche, hasta que llegue de Mornese lo necesario, nos arreglamos con lo que Don Bosco nos manda de Turín y lo que la caridad de las personas buenas nos suministra.

—¿Y para comer, cómo se arreglan?

—Para comer... No nos falta lo necesario... La Providencia ya sabe que en este mundo estamos también nosotras e inspira a Don Bisio para que nos mande algo, y a otras personas, conocidas y desconocidas, y es curioso: a veces nos echan por la tapia cosas que nos vienen como maná llovido del cielo».

Devolución de visita

Las dos Hermanas no regresan con las manos vacías, y durante la semana reciben en el convento la visita de los condes Balbo.

Visitan toda la casa y descubren que aquellas pobres Hermanas viven en una pobreza rayana en la miseria. La condesa se lamenta con el conde: «¡Pobrecillas, realmente no tienen nada! Al desayuno no comen más que un poco de polenta, para economizar el pan... ¡Mira en qué condiciones duermen! ¡Aquellas son sus camas!».

El conde baja los ojos y no responde, para no avergonzarse quizá a las Hermanas, para las cuales es tan natural aquel estado de cosas, como para los ricos sus comodidades.

La condesa, al despedirse, le dice a Sor Petronila: «Para lo que necesiten, acudan a casa de la señora Cairo. El pago corre de nuestra cuenta». Y tendiéndole la mano deja caer en la suya un billete de cien liras.

Las obras, a ritmo acelerado

A la mañana siguiente, llegan unos robustos campesinos a trabajar el terreno: son los colonos del conde Balbo, el cual no se desdeña de acompañar él mismo a los hombres durante el trabajo, para asegurarse de que todo procede ordenadamente en bien de la casa. ¿El agradecimiento? Una carta de Don Bosco. Y la condesa se siente tan feliz que se apresura a comunicar la noticia a las Hermanas.

Casi al mismo tiempo, procedente de Turín, llega el arquitecto Buzzetti, para dirigir los trabajos de restauración. Colaboran caritativamente con él el perito contable Luis Terzano y algún excelente obrero de Nizza. Con las Hermanas que van llegando poco a poco de Mornese, aumenta el número de brazos que aceleran las obras de restauración.

Fundación de La Navarre y primeras noticias

La nueva casa de Francia en La Navarre se inicia el 2 de octubre. Llegan, de momento, de Mornese Sor Rosa Fechino como Directora y Sor María Gariglio. Se encuentran en la casa con las terciarias del padre Vincent, que pueden considerarse parte integrante de la comunidad.

No tardan en llegar a Mornese las primeras noticias, que la Madre se apresura a comunicar a las Hermanas: En La Navarre las Hermanas duermen bajo un techo del que se desprenden con frecuencia pedazos de yeso que van a parar encima de sus cabezas, no menos que la lluvia en el mal tiempo. En vez del griterío de las niñas, se oye el silbido del viento por entre las grietas de las paredes, y los ratones y murciélagos que entran por la noche y se pasean arriba y abajo como dueños y señores por las pobres dependencias y por la escalera en ruinas. Con todo lo que se hace, no se consigue eliminar la suciedad, y la presencia de aquellos pobres huerfanitos harapientos, con tanta hambre sin saciar, hace llorar a las Hermanas, que ni siquiera intentan pedir a los Superiores lo que es de primera necesidad. Tendrán que adaptarse también ellas a salir a pedir...

Primera vestición en América

Llega a Mornese la noticia de que han tenido en Villa Colón, el 8 de septiembre la primera vestición religiosa: se trata de la novicia uruguaya Sor Laura Rodríguez. Quisieron vestirla de blanco, para hacer lo mismo que en Mornese: pero ellas llegaron a más, poniéndole, a falta de otra cosa, un alba sin estrenar.

Comienzan a sonreír las esperanzas de ultramar.

Noticias de Nizza

Se ha solicitado a las autoridades escolares la autorización para abrir el internado de Nizza Monferrato, pero la solicitud ha sido rechazada. Presentada de nuevo, la respuesta no acaba de llegar, con incalculables molestias: por esto se reza con particular empeño, ya que octubre está al caer y las educandas están todas invitadas al nuevo colegio.

En medio de las dificultades del momento, el pensamiento vuela a las queridas Hermanas de La Navarre: «¡Están peor que nosotras —se dicen las Hermanas de Nizza— y son más generosas que nosotras! ¡No nos desanimemos! Estamos en la casa de la Virgen y todo se irá solucionando».

En efecto, Don Bosco se apresura a mandar de Turín unos buenos catres de hierro. Alguna Hermana se ofrece a ir por las casas de campo más próximas a esfoyar el maíz para recibir a cambio las hojas. Las sacas necesarias para hacer los jergones proceden de la caridad de la condesa Balbo, que les ha repetido muchas veces: «Digan a la señora Cairo que les mande todo lo necesario, que yo pagaré la factura».

En fin, para coser los jergones, las cortinas de las camas, etc., se ofrecen generosamente las jóvenes de la ciudad, especialmente las hermanas Terzano: hay en casa una máquina prestada que no para un momento en todo el día.

Con tales pruebas de la intervención de la Providencia divina, ¿quién puede cejar en el trabajo y quejarse de las incomodidades?

Las Hermanas más fuertes ayudan también a los obreros en la reparación de los locales, especialmente de la iglesia, que Don Bosco desea ver terminada lo antes posible para bendecirla y evitar a la comunidad la grave molestia de tener que acudir a la parroquia para la santa misa.

Grave molestia, realmente: el Belbo sufre frecuentes crecidas y desbordamientos, de manera que, de cuando en cuando, no les queda más remedio que subir la cuesta de la viña, tomar el camino de Vaglio y volver a bajar, dando un gran rodeo, para ir a la iglesia de San Juan a las funciones dominicales.

Gratas visitas

De cuando en cuando vuelve alguno de los antiguos frailes a constatar la restauración de su amado convento, y se alegra, reviviendo entretanto los recuerdos del pasado.

En las ramas de los robustos olmos de los pascos, revolotean y gorjean a placer los pajarillos; en un cuarto de siglo no se habían vuelto a oír y ahora, al paso del capuchino, parecen querer entonar con él el *gloria Patri* final de la pausada salmodia.

El 18 de octubre Sor Elisa escribe a su madre desde Nizza: «... la casa de la Virgen es bellísima; la iglesia, espléndida; la gente del pueblo se muestra muy amable; hasta la condesa Balbo, que está veraneando en su casa de campo, se digna darle a ella algunas clases de francés...».

Las cosas marchan bien, pues, y la iglesia está a punto.

La Madre va a Nizza para la bendición de la iglesia

No se han hecho trabajos artísticos en ella, naturalmente: ¡para éstos habrá que esperar otros tiempos! No obstante se la ha dejado en condiciones para que Jesús pueda volver allí como a su propia morada. Para el domingo, día 27, está prevista la bendición solemne.

Para esta ocasión llega también la Madre. Hubiera preferido permanecer en su amada Mornese, pero las Hermanas la reclaman, y Don Cagliero le ha comunicado que Don Bosco espera que esté en Nizza para este día.

Se traslada, pues, el sábado con Sor Emilia Mosca, la cual, después de no pocos razonamientos, la induce a aceptar una carroza que de la estación de Nizza las llevará al convento.

En el cruce de los dos paseos que conducen a la *Madonna* y a la *Bruna*¹⁸, Sor Emilia mira a una y otra parte para orientarse. Dos ni-

¹⁸ *Bruna*: nombre de la colinita en la que se levantó más tarde el noviciado «San José».

ñas, sonrientes y respetuosas, se acercan a preguntarles: «¿Van a la *Madonna*, Hermanas? Nosotras también vamos allá, vamos todos los días».

Son las hermanas Angelina y Sofía Cairo, quienes, por el recibimiento que se hace a las recién llegadas y por alguna palabra que oyen, comprenden que se trata de Superiores y echan a correr a decirlo a su madre, la cual, buena y generosa como siempre, se apresura a enviarles dos colchones y, a su hora, la comida recién hecha.

Las jóvenes que están en casa acogen a la Madre con una alegría pareja con su deseo de conocerla, porque las Hermanas hablan de ella con el afecto que las caracteriza. Además, la realidad supera toda expectativa entre las oratorianas que acuden el domingo invitadas por las Hermanas a la salida de la parroquia: llegan casi a trescientas.

La juventud nicesa se siente conquistada por la sencillez de la Madre, e incluso por su austeridad, y no la dejan ni un momento.

Bendición de la iglesia y fiesta para los niceses

El Director General bendice solemnemente la iglesia y celebra a continuación la misa cantada, asistido por muchos salesianos llegados expresamente de Turín.

Ha venido también la *Scola cantorum* de Valdocco y la banda de música: toda una juventud serena, que después de haber cantado para gloria de Dios con un fervor y un recogimiento ejemplares, se esparce alegremente por los viñedos gozando de una santa libertad.

El público, muy numeroso, ha acudido hasta de los pueblos vecinos. No faltan los chulos que, al verse por primera vez entre Hermanas tan buenas y sencillas, no piensan que están en casa ajena, y se comportan como si estuvieran en la plaza pública, hasta el punto de que Don Cagliero se ve obligado a levantarles la voz para tenerlos a raya incluso durante las sagradas funciones.

Entre los invitados, además de las autoridades, está también la condesa Balbo, mas por temor, quizá, de que le den las gracias en público, una vez terminada la misa desaparece. En efecto, también en esta ocasión ha sido extraordinariamente generosa.

Al saber por el mismo Don Bosco que vendría gente de Turín, y que también el clero de Nizza almorzaría en la *Madonna*, envió todo lo necesario: manteles, vajilla, manjares de todas clases, dulces en abundancia, fruta, vinos de mesa y licores finísimos. Con su alen-

tadora sonrisa decía a Sor Petronila: «Sírvanse de todo con entera libertad: después me devuelven lo que no les haga falta».

Por la noche tiene lugar el canto de Vísperas, la bendición solemne y una sencilla academia muy del agrado de los presentes.

Los niceses están muy satisfechos por todo y ponen en el cielo el nombre de Don Bosco. Elogian y aprecian sobremanera el opúsculo del sacerdote Francisco Arrigotti *Notizie Storiche sul convento e santuario Santa Maria delle Grazie*¹⁹, editado para esta circunstancia. Recuerdan la hermosa circular del pasado mes de marzo²⁰ a los cooperadores salesianos y la dolorosa impresión de Don Bosco que, al ver aquella casa de Dios profanada e irreconocible, había exclamado: «¡Qué pena!», añadiendo a continuación: «Sí, los buenos niceses volverán a tener su amada iglesia de la *Madonna*».

Al terminar esta memorable jornada expresan también su pesar por la ausencia de Don Bosco en su fiesta: hubieran querido expresarle mil y mil veces su devoto reconocimiento por haber conservado el título de *Nuestra Señora de las Gracias* al tesoro de sus antepasados, al convento del que tantas bendiciones y consuelos había recibido la ciudad, especialmente en los momentos de infortunio.

Primera vocación en Nizza

El día 29 entra postulante la joven María Terzano, la primera que acudió al taller con el pretexto de aprender a coser, pero que en realidad era para ayudar todo el día a las Hermanas.

Conocer el bien y amarlo, probar la bondad de las Hermanas y sentirse atraída, fue para ella una misma cosa. Desde el momento en que vio a la Madre y habló con ella —que con la mano entre las suyas le repetía con acento de verdadera convicción: «¿Amas a Jesús? ¿lo amas de verdad?—», no tuvo otro pensamiento que el de consagrarse en seguida y totalmente al Señor, sin dejarse influenciar lo más mínimo por la oposición de sus familiares.

Ni las súplicas y lágrimas de los familiares, ni la palabra autorizada del médico de la familia, que juzga intempestiva esa resolución, ni la edad y la delicada constitución física, ni los prudentes razonamientos de su madre, logran hacerla desistir de su propósito: «Jesús la quiere y ella quiere ser toda de Jesús».

¹⁹ Copia en el Arch. Gen. FMA.

²⁰ MB XIII 297.

La primera flor de la casa de la *Virgen de las Gracias* lleva también el nombre de la Virgen. ¿Cómo no tener confianza?

Las educandas de Mornese, a Nizza. El nuevo Director

El 31, jueves, apenas sale el sol, un carro descubierto transporta un alegre clamoreo juvenil. Son las educandas de Mornese, sólo las que pueden pagar la pensión, o han sido elegidas para seguir unos estudios regulares. Las otras, las llamadas *hijas de casa*, permanecen en el primer nido.

Así había sido dispuesto en las recientes reuniones generales.

Este primer grupo es acogido con gran fiesta.

—Hay que dar un buen desayuno a estas niñas —dicen las Hermanas que las acompañan—. Han perdido sueño y han pasado frío; no han ahorrado risas y alboroto...; por consiguiente, un desayuno caliente, y a la cama hasta el mediodía.

El desayuno está servido en seguida, pero... de ir a dormir ¡ni hablar!; hay muchas cosas que ver en la nueva casa, en la dichosa casa de Nizza ¡tan deseada y tan temida al mismo tiempo!

Las mil súplicas y promesas de las vivarachas educandas obtienen indulgencia y el convento se llena de sus voces jubilosas.

Por la huerta, por la tierra sin cultivar, camino arriba de la viña... palique, risas y canciones. Pero no van solas; van en grupo, para animarse unas a otras en caso de encontrarse con los *restos* de algún muerto.

—¡Atentas! ¡Aquí estaba el cementerio!

—Bueno, pero se llevaron todos los restos en el verano del 71.

—Sí, pero siempre queda algo y, excavando...

—Yo he oído decir que a los que estaban enterrados aquí se los llevaron cuando el convento pasó a la Sociedad Enológica, y que toda la ciudad tomó parte en la función del traslado al cementerio: los párrocos, el ayuntamiento, las distintas corporaciones religiosas, en fin, todo el pueblo.

—¡Qué impresión! Había muchos que lloraban (según cuentan los ancianos) y muchos que pronosticaban desgracias sobre toda Nizza.

—Sí, pero ahora ya lo han remediado todo Don Bosco y las Hermanas.

—¡Atención! No vayáis allí a molestar a los obreros, que tienen mucho trabajo.

—Está atenta tú, que te metes entre los escombros.

—Mira qué paredes tan sólidas.

—De no ser así no hubiera quedado piedra sobre piedra.

—Dicen que la iglesia estaba convertida en una cueva: los altares destruidos, el pavimento levantado, las paredes y la cúpula totalmente enmohecidos...

—Pero no recordemos cosas tristes; vale más pensar que ahora tenemos una hermosa iglesia capaz de contener a todas las Hermanas que Don Bosco ha visto y ha contado.

El 5 de noviembre Don Bosco envía al salesiano Don Esteban Chicco para el ejercicio del sagrado ministerio con el cargo de Director local. La cordial fiesta de bienvenida le hace sentir en seguida que se encuentra en una familia, en la que la formación responderá a las grandes esperanzas de Don Bosco.

Otros problemas resueltos

Llega, por fin, la esperada autorización escolar. La Madre no necesita estimular los corazones de sus hijas al agradecimiento: es muy sentida por todas la inmensa fortuna de ser Hijas de María Auxiliadora y de Don Bosco.

Al crecer la familia crecen también las necesidades. De la casa de campo de los condes Balbo llega un carro de leña y una hermosa vaca para proveer al desayuno de la comunidad.

Otra pequeña comitiva de Mornese

La segunda semana de noviembre sale otra pequeña comitiva de Mornese, al frente de la cual va el Director Don Lemoyne. La forman tres Hermanas y las educandas Gamba y Pentore. Estas, que han prolongado las vacaciones hasta la fiesta de todos los Santos, suben a su amada colina pensando llegar a tiempo para el traslado del colegio. Mas no es así. Sus compañeras ya se han ido y ellas, que se encuentran allí como perdidas, piden incorporarse a las demás.

Llegan a Nizza con su vestido blanco de fiesta, que en una época de niebla y frío como aquélla, no le pega ni con cola, por lo que las compañeras se ríen de su indumentaria tan poco adecuada.

Pero ellas experimentan tanta alegría en su alma y tienen tantas ganas de reír que se prestan felices a aquel agradable juego.

Con todo, no tardan en darse cuenta de que «a casa nueva, vida nueva». Se empieza por algunas exigencias de orden disciplinar, con las que en Mornese parecía que se podía transigir. Se proponen, por consiguiente, hablar menos y observar más. Escuchan con atención las explicaciones, acertadas o menos acertadas de las compañeras. Se animan a preguntar también algunos cómo y porqués a las Hermanas, y cuando fallan en algo saben justificarse: «¡No sabemos todavía cómo hay que hacer en Nizza! ¡Ya nos acostumbraremos también nosotras, verá!».

Sí, verdaderamente Nizza no es Mornese, y de las reuniones generales de los últimos Ejercicios han salido muchas otras normas para los internados, según el sistema salesiano y las exigencias de los tiempos.

Además, el cambio de casa se presta a hacer innovaciones que se juzgan necesarias o sólo oportunas.

Después de las reuniones generales. Nueva denominación para las Superiores

Don Bosco había dicho en 1874 que el título de *Madre* que se daba a las que constituían el Consejo de la Superiora General, podía ir acompañado del nombre de pila o de cargo. A partir de entonces, Sor Felicina Mazzarello, en vez de llamarse Madre Asistente —título aprendido de las religiosas de Santa Ana, que lo aplicaban a sus Consejeras Generales—, se llamó simplemente Madre Felicina. Al pasar ésta a la dirección de la casa de Borgo San Martino y faltar Sor María Grosso, que asumió el título de Madre Maestra, hubiera debido darse el cambio de título desde 1876 a las dos sustitutas: Sor Emilia Mosca y Sor Enriqueta Sorbone.

Pero a estas las Hermanas más antiguas seguían llamándolas: Sor Emilia y Sor Enriqueta. Las más jóvenes y las niñas, en cambio, solían llamarlas con afectuoso respeto: Madre Emilia —o Madre Asistente— y Madre Enriqueta. La Madre seguía siendo para todas únicamente *la Madre*.

Al regresar Don Cagliero de América y encontrarse Superiores del Capítulo a las dos nuevas Consejeras, dijo en tono de broma: «Sois tan *masná*²¹ que si el nuevo título no os da un poco más de importancia no sé dónde os la encontrarán».

²¹ *Masnà*: en el dialecto piamontés significa «niña».

Después, con el mismo tono, es decir, sin imponerse lo más mínimo, lo volvió a repetir, hasta que en el pasado mes de agosto, como presidente de las reuniones, contando con la adhesión de Don Bosco y de las Superiores, terminó diciendo: «Conviene que de ahora en adelante la Madre sea llamada por todas las Hermanas y las niñas *Madre Superiora* o *Madre General* o si se prefiere *señora Madre*, especialmente por los externos, y que todas, Hermanas y niñas, deis también este título de *Madre* a las del Capítulo.

Por consiguiente, de ahora en adelante, tendremos a la Madre Asistente (o la Madre Emilia) y a la Madre Enriqueta, lo mismo que tenemos ya a la Madre Petronila y a la Madre Ecónoma.

Innovaciones también en el internado

En las últimas reuniones se clarificó asimismo el punto de la disciplina reglamentaria para las casas de educación: el horario escolar bien distribuido, la fidelidad y constancia al mismo, el conocimiento y práctica de las normas de una bien entendida urbanidad son necesarios a quien está consagrado a la formación humana y cristiana de la juventud.

En segundo término, ciertamente, pero no fuera de lugar, se ha hablado de la conveniencia de hacer alguna modificación en el uniforme de las educandas, si se quiere que también este resulte agradable a la vista y al corazón de los parientes.

Todo esto, expuesto con autoridad y acogido filialmente, se traduce a la práctica con religioso deseo de perfección. Todo, en general, estaba caracterizado por un nuevo estilo y las que van llegando nuevas, en vez de desorientarse, valoran lo positivo de cada cosa y en su interior prefieren ya el beneficio que se espera de todo ello.

La Madre Petronila, Directora provisional de Nizza

La Madre Petronila ha sido designada provisionalmente Directora de la casa. Sor Elisa está encargada de las relaciones con los externos, de las visitas y de la correspondencia con los parientes de las educandas, en dependencia de la Directora, que no le impide la libre actuación y, por otra parte, «la mantiene en la humildad» —dice la Madre—, dada su juventud. La asistencia general de las educandas y la responsabilidad directa de su formación moral y práctica, siguen con-

fiadas a la Madre Enriqueta, insuperable en el ejercicio de su cargo y en la afectuosa estima de sus asistidas. Sor Rosa Daghero, de momento, se encarga de la escuela. No faltan Hermanas de buena voluntad y de ejemplar espíritu de sacrificio, dedicadas a ayudar a los obreros y al orden de la casa.

También en Nizza se cose para Valdocco

Desde junio de 1876 faltaba la señora Rúa, que había sido una segunda mamá Margarita para los pilluelos de Don Bosco. Otras piadosas y nobles señoras de la ciudad continúan su obra de repasar y reponer la ropa de la iglesia y de los Superiores, pero no son suficientes para remediar los destrozos de los muchachos, cada vez más numerosos, faltos de todo y como hechos a posta para destrozarse cuanto llevan encima.

Nizza ofrece mayores comodidades de transporte que Mornese. En Nizza hay muchas bocas que llenar, y los considerables gastos reclaman una ayuda económica que no se puede esperar que venga toda del cielo. Por eso también los sacos de ropa para remendar son bien recibidos y expresan el paternal interés de Don Bosco por sus hijas, las hijas de la Virgen. Sí, porque también ellos son un medio para disminuir las deudas contraídas con el Oratorio Salesiano, de donde llegan a Nizza todos los suministros de alguna importancia.

Aprobación diocesana

El Director General comunica a Don Chicco que se ha obtenido la aprobación diocesana para el ejercicio del sagrado ministerio en favor de la comunidad de Nizza.

Don Chicco hace notar a las Hermanas la benevolencia del señor obispo monseñor Sciandra, al destacar la catequesis y el apostolado oratoriano como una eficaz ayuda a los párrocos ²².

Apertura de la casa de Quargnento

El día 21 de noviembre se abre la casa de Quargnento. El Director General acompaña a las tres Hermanas designadas para esta nueva

²² Anexo n.º 24.

fundación: Sor Ana Tamiatti, Directora, y las novicias Sor Angelina Buzzetti y Sor Rosa Giuseppina Tamiatti.

Iniciarán allí el jardín de infancia, el taller de costura y el oratorio.

La Madre regresa a Mornese

A finales de noviembre, encarrilada ya la casa de Nizza, la Madre vuelve con Sor Emilia a Mornese.

Varias jóvenes de Nizza querrían acompañarla, conquistadas ya por la bondad de su corazón, pero sólo se lo permite a dos, una de las cuales es la ya mencionada María Terzano.

La Madre tiene dispuesto que Mornese se prepare a celebrar la novena de la Inmaculada con actos más solemnes que nunca: si la primera casa de la Congregación tiene que prepararse a morir —¿y quién no experimenta un gran dolor?—, que muera por lo menos entonando un armonioso canto de amor a la Santísima Virgen. Habrá, pues, una solemne novena. Con este fin llega Don Cagliari, entrada ya la noche, «a cuatro patas» —en expresión suya—, atajando por linderos fangosos e intrincados, con más o menos acierto. El día de la Santísima Virgen se da la máxima importancia a las funciones religiosas, en cuyo marco tienen lugar las vesticiones y profesiones temporales y perpetuas.

Fiesta de la Inmaculada. Los señores Terzano en Mornese

El 7 de diciembre, en compañía de su hija Adelina, suben los señores Terzano a Mornese para hacer el papel de tentadores de su amadísima hija María. Son recibidos con una cordialidad conmovedora, pero en lugar de ganar ellos la partida quedan vencidos, puesto que pasan allí la fiesta de la Inmaculada y el día siguiente y acceden a la cálida invitación de la Madre, que les pide que dejen una temporada a Adelina, para asegurarse de que su hermana María se encuentra bien y contenta.

Son incontables las atenciones y delicadezas de las Hermanas, y especialmente de la Madre General, con Adelina. «Me pusieron en la mesa de las Superiores —cuenta ella misma a su regreso de Mornese—, una mesa que no se diferencia en nada de la mesa de la comunidad, y cuando había algo mejor e intentaban servírselo a la reverenda Ma-

dre, ella ordenaba en seguida: "Llévdselo a mi Marieta", o sea, a mi hermana, ordenándole que se sometiera a la obediencia.

La vida es sumamente difícil en Mornesc, especialmente en la época invernal, que hace impracticable la comunicación con los pueblos de alrededor; a veces se ha de hacer de necesidad virtud y arreglarse como se puede, prescindiendo de muchas cosas que se podrían tener en otra época mejor. Pero el ejemplo de una superiora tan buena arrastra; piensa en cada una de sus hijas antes que en su propio bienestar. Está en todo, nada le pasa por alto; sabe quiénes son las más débiles de salud, conoce el grado más o menos pasable de apetito con que van a la mesa, y como es el amor el que predomina, todas aceptan de buen grado las privaciones y sacrificios de cada día y de cada momento. La llama intensa de amor divino que envuelve a la Madre Superiora se transparenta también al exterior. Yo misma he visto cómo al encontrarse con alguna, necesitada de una palabra o de una mirada alentadora, le estrechaba calurosamente la mano entre las suyas y le decía con una fuerza especial: "¿Amas mucho a Jesús?". Y después de la respuesta afirmativa, le decía con más fuerza aún: "Repíteme entonces conmigo: ¡Viva Jesús!".

La Madre estudia a fondo el carácter de las jóvenes que le ha confiado el Señor. Por esto se da cuenta de su sufrimiento callado o de las necesidades y dificultades momentáneas por las que necesariamente tienen que pasar.

A mi hermana, a sus diecisiete años recién cumplidos, y además, vivacísima, lo que más le cuesta en este principio de la prueba es el silencio de Regla; hasta parece que se resicnta su salud. Pues bien, la Madre la llamó para decirle: "Veo que te resulta muy difícil estar callada durante el trabajo. Te doy permiso para que digas alguna palabra en voz baja a tu vecina". Mi hermana, mortificada, pero agradecida, le contestó: "¡Madre, es el mejor regalo que podía hacerme!".

Yo estaba muy a gusto en Mornese. Cuando subió mi padre tenía la esperanza de llevarse también a mi hermana María, tanto más que el clima tan rígido de la montaña no favorecía en modo alguno su salud. Pero no hubo modo de convencerla: ni la autoridad de mi padre, ni mis súplicas de hermana mayor, ni la promesa de la Madre Superiora de que no le descontaría el tiempo de postulante ya hecho y la admitiría de nuevo después de las fiestas de Pascua. Ella seguía con su estribillo: "¡Jesús me ha querido aquí y él proveerá a todo lo demás!"²³.

²³ De la relación de la Sra. Adela Terzano Scuti, mayo de 1920 (en Arch. Gen. FMA).

Este relato no es más que un pálido reflejo de lo que era la vida de la casa de Mornese.

Vesticiones y profesiones en Mornese con Don Cagliero

La fiesta de la Inmaculada se ve coronada por quince vesticiones, nueve primeras profesiones y tres profesiones perpetuas. Entre las nuevas novicias destaca Sor Magdalena Morano, a quien la Virgen ha cuidado para sí en medio del mundo con un amor de predilección, y a quien Sor Elisa Roncallo puso en seguida en manos de la Madre.

Es maestra elemental. Ha entrado a los trece y un años, porque las obligaciones familiares le han impedido pensar en sí misma, pero es un alma excepcional. Los Superiores y Superiores intuyen que llegará a ser una valiosa ayuda para el Instituto. El ayuntamiento la ha uombrado ya suplente de Sor Rosa Tamiatti, que había dado clase anteriormente en las escuelas elementales de Mornese, luego en Lu y ahora en Nizza.

Entre las últimas admitidas a recibir el santo hábito, cuatro de ellas: Sor Victoria Cantù, Sor Catalina Fino, Sor María Magdaleine y Sor Josefina Vergnaud, pronuncian también la fórmula de los santos votos, ya que han sido elegidas para formar parte del segundo grupo que se prepara para ir a América.

Don Cagliero las ha preparado, con palabras llenas de ardor, al desprendimiento de todo por el ideal sublime de la conquista de las almas, lejos de la patria y entre los pueblos salvajes. Grande es también la conmoción que producen sus palabras en los asistentes a la ceremonia.

Floreceillas mornesinas

La comunidad mornesina, que va creciendo en número, continúa su camino hacia la santidad siguiendo las huellas de la virtud de la Madre.

Algunos episodios son una expresión elocuente. Hace pocas semanas la postulante Rosa Cordara, buena y sencilla ayudante de la cocinera, añade por orden de esta un pedacito de carne más selecta al plato de la Madre, que aquellos días no se encuentra muy bien de salud. La Madre echa una mirada en derredor y, al ver que su pedazo

de carne no es de la misma clase que la del resto de la comunidad, ordena a la postulante que la devuelva a la cocina. Rosa permanece inmóvil, con el rostro encendido, admirada de aquella inesperada renuncia que la lleva a pensar: «Esta bendita Madre, ¿por qué no se lo tiene que comer?».

A los pocos días vuelve al comedor con una hermosa manzana, segura de que esta vez la Madre accederá. La Madre acepta la manzana con una amable sonrisa, que parece la expresión de un gracias, pero la divide en seis trozos y la reparte entre las más cercanas. «¿Y usted? —pregunta Rosa admirada—, ¿usted nada, verdad?» Recibe por respuesta una sonrisa de las Hermanas, y la postulante vuelve a su sitio murmurando en alta voz: «¡En todos ha de pensar menos en ella!».

Hacía mucho frío. Para proporcionar un poco de alivio a la salud delicada de la Madre, las Hermanas le agencian un par de zapatillas forradas de lana. ¡Un lujo jamás visto ni soñado, probablemente, en Mornese!

La Madre se las queda mirando, esboza una media sonrisa, manda llamar a la humilde Sor Asunción Gaino, encargada de la vaca y de la huerta, y se las entrega diciéndole: «¡Toma, en tu vida habrás tenido unas zapatillas como estas!». De nada sirven las protestas de las Hermanas para hacer cambiar su destino.

Entre todos aquellos rostros serenos, contrasta un día el aspecto triste de una postulante:

—¿Por qué estás tan seria?

—No he comulgado esta mañana... y el día se me hace tan largo que no se acaba nunca... Además, con el fuego que ayer tarde encendió la Madre en los corazones... ¡Oh Jesús, perdóname! En esta casa no es posible vivir sin la comunión...

Un día, la Madre manda a buscar un poco de harina, imaginando que alguna de sus hijas estará luchando contra los estímulos del hambre. Cuando la tiene en sus manos, acude a la cocinera para que haga un poco de polenta, que reparte después entre las siete que están presentes, incluida también ella. Formaba parte del grupo la citada postulante Rosa Cordara. Al cabo de media hora, en la duda de haber dado mal ejemplo, la Madre entra de nuevo en la cocina y dirigiéndose particularmente a la postulante le dice: «¡He hecho mal! Como su-

periora no puedo obrar de este modo. Las demás Hermanas, ¿no tendrán acaso la misma necesidad que nosotras?».

La Madre tiene un carácter muy pronto, y no siempre consigue dominar el primer impulso de la naturaleza. Entonces, las palabras y los hechos aplastan el amor propio incluso delante de las niñas. Pero no da motivos de escándalo: las humilladas son tan santas, que en seguida son objeto de admiración y la Madre es tan humilde, que es la primera en derramar aceite sobre la herida, con tales atenciones maternas y previsora caridad que no permite que ningún peso en el corazón quite el sueño a ninguna por la noche.

Por su parte, las Hermanas y las niñas, con filial confianza, no dejan de recurrir a la Madre para exponerle cualquier duda, para acusarse de alguna falta o para recibir una palabra tranquilizadora antes de la comunión del día siguiente.

También en Nizza se honra a la Inmaculada

También en Nizza, como en Mornese, la fiesta de la Inmaculada pasó como un día de paraíso: es la primera que celebra la comunidad en la casa de la Virgen de las Gracias.

En la iglesia, con intervención también de los fieles, se celebraron devotas funciones, que gustaron mucho a todos por el fervor de las oraciones y de los cantos, aunque sin acompañamiento de música. «¡El año que viene será otra cosa!», se dicen las Hermanas y las niñas, consolándose mutuamente con las grandes y alegres perspectivas del porvenir.

La única nube en esta grandiosa fiesta es la inevitable nostalgia de Mornese, donde está la Madre para infundir a todas calor de piedad.

En Mornese: novena y fiesta de Navidad

Se aproxima entretanto la hora de la despedida de las misioneras. Este año no ha ido ninguno a Roma, a causa de las graves estrecheces económicas. De Mornese, sólo han ido a Turín, con Don Cagliero, las que no conocían todavía el templo de María Auxiliadora de Valdocco, o quien tienen por allí cerca a sus familiares, para despedirse de ellos.

La celebración de la novena reúne también en Mornese a las neo-

misioneras para celebrar una fervorosa Navidad. Todas quieren estar santamente alegres, y se celebran con solemnidad las tres misas de medianoche, pero se siente el vacío de las Hermanas ausentes y de las que van a partir, por lo que el alma se siente dividida entre unas y otras, mientras el corazón de la Madre, en modo alguno ajeno al entusiasmo del sacrificio, repite a sus hijas: «No os entristezcáis demasiado en las penas ni os regocijéis demasiado en las alegrías».

También de Nizza escriben que allí se hace todo como en Mornese.

Función de despedida en Mornese

El domingo, 29, es el día elegido para celebrar en la capilla del colegio la función misionera de despedida, a imitación de la del 6 de noviembre de 1877 y de la última fiesta de la Inmaculada en Valdocco.

Después del canto de Vísperas, con acompañamiento de música, el Director sube al altar y dice que ha llegado el momento de que las diez Hermanas elegidas emprendan su viaje al nuevo mundo: «Id, les dice, los ángeles de América os esperan ya para poner en vuestras manos las almas confiadas a sus cuidados y para que cooperéis con ellos en su salvación, para hacerlas eternamente felices». Comparando luego a las diez Hermanas con las diez vírgenes del Evangelio, invitadas a salir al encuentro del celestial Esposo, añade: «Que no haya entre vosotras vírgenes necias, sino que todas seáis prudentes. Y lo seréis, si procuráis mantener siempre llenas de aceite vuestras lámparas, aceite de piedad para con Dios, abandonando por su amor lo más querido en esta tierra; aceite de caridad para con el prójimo, sacrificando vuestra vida para instruirlo, para edificarlo, para salvarlo. ¡Animo, pues!: id a reuniros con las Hermanas que os han precedido en aquellas tierras, y obedeced y trabajad bajo la bandera de María Auxiliadora, de quien sois hijas.

Quizá no tarde en resonar en vuestros oídos la gran voz de que el Esposo llega: *Ecce Sponsus venit, exite obviam ei*, y entonces, sin dolor ni turbación alguna, saldréis a su encuentro a celebrar con él las bodas eternas».

Estas y otras palabras producen una alegría tan grande, y al mismo tiempo tan profunda emoción, que durante unos instantes se da libre curso a los sollozos y a las lágrimas.

Se canta también el *Ave maris Stella* y el *Tantum ergo*, y se da la

bendición con el Santísimo Sacramento. Terminada esta función, el sacerdote lee las oraciones de los peregrinos, invocando sobre el piadoso y devoto grupo la protección de Dios para el largo viaje que va a emprender.

Y como el día está declinando, la salida de Mornese se traslada al día siguiente. El resto de la tarde se emplea en el intercambio de recuerdos, en promesas de oraciones y en darse palabra de encontrarse un día todas juntas en la patria del cielo, donde estará desterrada para siempre toda pena y todo dolor ²⁴.

Ultimos recuerdos a las misioneras

Don Lemoyne, al despedirse de ellas, da a cada una una estampa de San José con los siguientes recuerdos:

1. Obediencia pronta a la voluntad expresa de Dios.
2. Alegre resignación a la voluntad del divino querer.
3. Indiferencia generosa a todo lo que no sea voluntad de Dios.

La Madre ha dado también sus recuerdos a cada una en particular, según las necesidades personales. A una, que los quería escritos, le ha puesto de su puño y letra: «Piensa a menudo: ¿a qué he venido a la vida religiosa? He venido a hacerme santa y a trabajar por la salvación de las almas. Con este pensamiento harás un gran bien. El Paraíso no está hecho para los poltrones: lo conseguiremos si nos hacemos violencia. Ten confianza con el confesor y con tu Directora y está siempre alegre».

La Madre siente la necesidad de hablar en particular con Sor Magdalena Martini, que va al frente del grupo, y que cuando llegue a América, con el cargo de *Provincial* o *Inspectora*, asumirá la responsabilidad de las Hermanas misioneras de las casas abiertas o por abrirse. Será la primera Inspectora del Instituto. Posee tesoros de virtud, pero tiene alergia a los cargos y es excesivamente tímida; por eso la Madre la anima a asumir con amor esta nueva responsabilidad y no cesa de recomendarle la vigilancia para que se conserve el buen espíritu, el trabajo ordenado, pero incansable y la dependencia, suya y de las Hermanas, de Don Bosco y de los Superiores que lo representan.

²⁴ Cf *Bollettino Salesiano*, febrero de 1879, año III, pág. 5-7.

Las diez misioneras son: Sor Magdalena Martini, Sor Filomena Balduzzi, Sor Emilia Borgna, Sor Victoria Cantù, Sor Catalina Fino, Sor Maria Magdaleine, Sor Virginia Magone, Sor Jacinta Olivieri, Sor Dominga Roletti y Sor Josefina Vergnaud. Todas están emocionadas, y hasta Sor Petronila, a quien la Madre ha llamado de Nizza para satisfacer el deseo de Sor Magdalena Martini, que tanto la quiere, se entenece visiblemente.

Alguna de las que se van, propone no acostarse y esperar en vela la hora de la salida, pero la Madre prefiere que descansen, aunque sólo sea por pocas horas. Y las hijas obedecen, a pesar de que sienten tener que *malgastar* en el sueño las últimas horas de permanencia en Mornese.

La Madre, entretanto, termina de escribir las cartas para Villa Colón.

La Madre, a las Hijas de Villa Colón

¡Viva Jesús y María!

Mi siempre querida Sor Angelina (Vallese):

Hace ya un año que no nos vemos, ¿verdad? ¡Cómo pasa el tiempo! Debemos aprovecharlo adquiriendo muchos méritos, para estar preparadas cuando el Señor nos llame. Me alegro de que las Hermanas sean buenas y trabajen; a nosotras nos toca ayudarlas a crecer en la virtud, primero con el ejemplo, porque las cosas que se enseñan con el ejemplo quedan más impresas en el corazón y hacen mayor bien, y luego, con las palabras. Anímalas a ser humildes, obedientes y amantes del trabajo; a obrar con recta intención, a ser sencillas y sinceras siempre y con todos. Que estén siempre alegres. Corrígelas con caridad, pero no transijas con ningún defecto. Un defecto corregido a tiempo no es nada, pero si se deja que eche raíces cuesta trabajo desarraigarlo.

Ahora tendréis a Sor Magdalena como Provincial: informadla siempre de lo que hacéis y de las Hermanas. Aconsejaos con ella de palabra y por escrito. También yo espero vuestras noticias frecuentes; escribidme a menudo. Rogad por mí: entrad con frecuencia en el Corazón de Jesús, que yo también entraré y allí podremos encontrarnos y decirnos muchas cosas.

Vuestros familiares están bien, pedid siempre por ellos. La madre de *Marián* ha muerto, rezad también por su alma. Tu hermana

está bien y es buena. Ahora está en Alassio de cocinera; pide mucho por ella y por todas.

Está alegre: no tengas tanto miedo de tus defectos y de no poderlos corregir todos de una vez, sino que, poco a poco, con buena voluntad de combatirlos, sin hacer nunca las paces con ellos, cuando el Señor te los dé a conocer, haz lo posible por enmendarte y verás cómo los vencerás todos. Animo, pues, ten gran confianza en Dios y desprecio de ti misma y verás cómo todo irá bien.

Da mis saludos a vuestro buen Director. Dile que aunque no lo conozco, le agradezco todo el bien que os hace y pido al Señor que se lo recompense con gracias y bendiciones. Encomendadme mucho a sus fervorosas oraciones.

Os dejo en el Corazón de Jesús y le pido que os bendiga y os haga todas suyas y os conserve siempre unidas y alegres. Rezad mucho por mí, que no os olvido nunca en mis pobres oraciones, y creedme en el Corazón de Jesús Niño, vuestra

Afma. Madre
La pobre Sor MARÍA MAZZARELLO

Las noticias de las casas de aquí os las darán las Hermanas; vosotras decidles que os cuenten muchas cosas. Procura que me estén contentas, anímalas mucho.

¡Viva el Niño Jesús! ¡Y viva María! ¡Viva San José y vivan todos los santos del cielo! ¡Y vivan todas las Hijas de María Auxiliadora! ¡Animo, ánimo, mis buenas hijas!

¡Viva Jesús, María y San José!

Mi buena Sor Laura:

Tu cartita, a pesar de estar escrita en español, la he entendido y me ha dado mucha alegría.

Aunque no te conozco, te quiero, mi querida Sor Laura, y rezo por ti. Espero conocerte un día en el cielo. ¡Qué hermosa fiesta celebraremos entonces!

Tú, que eres la primera Hija de María Auxiliadora de América, debes hacerte una gran santa, para que muchas jóvenes americanas sigan tu ejemplo.

Aunque estemos tan distantes unas de otras, formamos un solo corazón para amar a nuestro buen Jesús y a María Santísima y podemos vernos siempre y rezar las unas por las otras.

Creo que será inútil recomendarte que seas obediente, humilde, caritativa y amante del trabajo. Hace pocos meses que has hecho la vestición, por lo tanto estarás aún muy enfervorizada. Te recomiendo sólo que no dejes apagar nunca el fervor que el Señor ha encendido en tu corazón y que pienses que una sola cosa es necesaria, salvar el alma. Pero a nosotras, religiosas, no nos basta con salvar el alma, debemos hacernos santas y santificar con nuestras buenas obras a tantas almas que esperan que les ayudemos. Animo, pues; después de unos pocos días de lucha, tendremos el cielo para siempre.

Está siempre alegre, ten mucha confianza con tus superiores, no les ocultes nunca nada, ten el corazón abierto, obedece siempre con sencillez y no te equivocarás nunca.

Reza por mí y por todas las Hermanas. Todas, Hermanas y postulantes, agradecen los saludos que les mandaste y te mandan los suyos, de corazón, en el Corazón de Jesús.

Que el Señor te bendiga y te conceda la santa perseverancia y todas las gracias que necesitas para ser una buena religiosa y una verdadera Hija de María Auxiliadora.

Adiós, mi buena Hermana; créeme en el Señor tu

Afma. Madre
SOR MARÍA MAZZARELLO ²⁵

De Mornese a Sampierdarena

Aún no ha sonado la una de la madrugada del día 30 y ya la pequeña comitiva emprende su camino en medio de la oscuridad apenas rota por alguna lamparita de mano. Las diez misioneras van acompañadas por la Madre Petronila y la postulante Jacinta Borgna, hermana de Sor Emilia —una de las que parten— y de Sor Juana, que ya está en el Uruguay. ¡Cuánto dolor en su joven corazón! Pero se hace fuerte, para dar también una prueba de gratitud a la Superiora que la ha invitado a acompañar a las misioneras con el fin de que salga también ella en el grupo fotográfico, y su madre, que vive en América, pueda ver juntas a sus dos hijas.

²⁵ Los originales autógrafos en el Arch. Gen. FMA.

Ya no nieva, pero está todo cubierto de nieve, y el camino se hace muy pesado. Las primeras han subido con relativa facilidad al carro, pero las demás... El estribo, que apenas mojado se cubre de una capa de hielo, obliga a ponerse en guardia para no resbalar y caer al suelo antes de lograr acomodarse en aquel rústico carro de cuatro ruedas, sumamente alto, arrastrado por caballos y mulas. Apenas se pone en marcha, da tales saltos que algunas prefieren apearse y hacer un trecho de camino a pie, incluso para entrar en calor. Pero no pueden sostenerse sobre el hielo. Han de pasar también el torrente Albedosa, que no es profundo, pero sí ancho y lleno de guijarros. Está tan oscuro, que se ven obligadas a superar las dificultades primeras y subir nuevamente al carro.

Finalmente llegan a Serravalle. La Madre, gran experta en atajos, que salió más tarde que ellas y ha llegado antes, ya ha comprado los billetes y las está esperando.

En el tren se encuentran con el Director General, que se interesa por ellas: si tienen algo con que repararse del frío; si están provistas de todo; si necesitan algo en particular. ¿En qué no habrá pensado él? En Turín se ha preocupado de sus estudios de lengua española y les ha dado, además, normas prácticas de vida misionera; ha recomendado a la Madre que sigan estudiando también en Mornese y las prepare para toda clase de trabajos, también para la enseñanza, y para cualquier tipo de enseñanza, confiando que Dios, en caso de necesidad, hará milagros.

Agradecimiento y oración

En Sampierdarena están ya los misioneros con Don Bosco, que quiere acompañar a sus hijos hasta el barco.

En Mornese concluye el año con no pocos motivos de reflexión y de oración: diez Hermanas que acaban de partir; la Madre ausente, y la casa medio vacía; en Nizza, las educandas celebran la fiesta junto a sus queridísimas superiores. Pero estas vuelan con el pensamiento a Mornese, a la amadísima Madre, a las Hermanas que parten, y junto con el himno de su agradecimiento a Dios, elevan el augurio de un *buen viaje* a las misioneras y la súplica al Corazón divino para que la Madre establezca pronto su residencia definitiva en Nizza.

Año nuevo misionero

En Mornese, en Nizza y en Turín se vive del mismo pensamiento: la salida de las diez misioneras. Es el segundo grupo que se va lejos, y la familia siente mucho esta separación.

Las más felices son ellas, las que se van.

Han dejado Mornese, pero el silencio de la noche —fin de una jornada llena de novedades y antesala de las novedades aún mayores de la mañana siguiente—, se presta muy bien para intentar tejer la tela de su próximo futuro porvenir, ya claramente señalado en el *Bollettino Salesiano* de noviembre y diciembre pasados: fundar centros de caridad y de paz para acoger a las hijas de los queridos emigrantes italianos en los suburbios de las populosas ciudades argentinas; por medio de ellas, abrirse camino entre los salvajes; establecerse en las estepas inmensas donde aún no han resonado los nombres de Jesús y de María y entonar con los neófitos el canto de la fe y del amor, y continuar allí la obra de la redención divina.

Grandes serán los peligros, muchas las insidias, innumerables los sacrificios, pero estarán a nuestro lado los ángeles de la guarda de muchas almas que recibirán por medio de nosotras la luz del Evangelio.

De este modo, las diez misioneras, gratas huéspedes de las buenas ropas de los salesianos de Sampierdarena, entretienen serenamente su pensamiento en las silenciosas horas nocturnas que preceden a la verdadera jornada de los más dolorosos desprendimientos.

La Madre, a Sor Juana Borgna

La Madre no se acuesta sin escribir antes una carta a Sor Juana Borgna.

¡Viva Jesús, María y San José!

Mi querida Sor Juana:

Tu cartita me ha dado mucha alegría; estoy contenta de saber que tienes buena voluntad de hacerte santa. Recuerda que no basta comenzar, hay que luchar siempre, cada día. Nuestro amor propio es tan fino que cuando nos parece haber progresado un poco en el bien, nos hace dar de narices en el suelo. Esta vida es un continuo campo de batalla y no debemos cansarnos nunca si queremos ganarnos el cielo. Animo, mi buena Sor Juana, procura ser siempre un modelo de virtud: de humildad, de caridad y de obediencia, y como el Señor mira el interior, estas virtudes se han de practicar más con el corazón que con los actos externos. Si la obediencia te parece un poco dura, mira al cielo y piensa en el premio que allí te espera.

Ahora tendrás a tu hermana más cerca, ¿estás contenta? Jacinta está bien; reza para que sea buena, y estáte tranquila, que yo me cuidaré de ella. ¿Es verdad que estás *muffita*...? ¹. ¡Ponte pronto buena, porque tienes mucho que hacer! Dí al Señor que te deje tiempo para hacerte santa y ganarle muchas almas. Está siempre alegre, sé muy buena, trabaja mucho, pero todo por Jesús, y pide que un día podamos encontrarnos todas en el cielo.

Animo, reza por mí y por todas tus Hermanas. Que Dios te bendiga y te haga toda suya. En el Corazón de Jesús

Afma. Madre

La pobre Sor MARÍA MAZZARELLO ²

¡Viva María! Contéstame

El día de la salida

De buena mañana, las misioneras ya están en pie, con el rostro radiante y el corazón en fiesta. A la hora fijada asisten a la misa que celebra el venerado Fundador, recibiendo de sus manos la santa comunión y escuchando sus palabras de aliento.

A nuestras misioneras les hubiera gustado poder llevar consigo los primeros ejemplares de las santas Reglas, entregadas ya a la imprenta, así como la fotografía que se han hecho —el primer grupo fotográfico del Instituto—, con la amadísima Madre en el centro.

¹ *Muffita*, expresión dialectal que significa desmejorada, gastada.

² Original autógrafo en el Arch. Gen. FMA.

«Lo siento mucho —les dice la Madre—, tengo que mandaros tan lejos sin que las Reglas hayan salido de máquina. Pero estad tranquilas: los primeros ejemplares serán para vosotras, ¡ya veréis cómo os las podremos mandar pronto!».

El venerado Padre, muy delicado de salud, no puede acudir al puerto. Por eso, antes de que se dirijan definitivamente a Génova para embarcar, imparte a sus queridas hijas otra amplia bendición.

A quien le pide: «Padre, bendíganos para que ninguna de nosotras muera durante el viaje», Don Bosco, después de unos instantes de reflexión, le responde: «No, no ocurrirá ninguna desgracia, pero si alguna tuviera que acabar en el océano mientras viaja a las misiones, ¡dichosa de ella!, no pasaría por el purgatorio».

Cuando ve a los Salesianos y a las Hermanas alejarse del colegio, el buen Padre se conmueve y sufre tanto que decide bendecir, de ahora en adelante, a sus misioneros quince días antes de la salida.

Las diez Hermanas llegan al barco acompañadas por la Madre y por Sor Petronila, que se quedan hasta el último instante.

A las cuatro de la tarde del día 2 de enero, el *Sudamérica*, después de un disparo de cañón, deja el puerto. Las misioneras corresponden al adiós de las dos Superiores hasta que pierden de vista el agitar de los pañuelos.

El barco se aleja y las dos vuelven silenciosas al colegio, donde encuentran a Don Bosco en espera de las últimas noticias. El escucha conmovido. Después, con aspecto inspirado, extiende los brazos y exclama con celestial alegría: «¡Alegrémonos! ¡Alegrémonos! ¡La Congregación se extiende...!».

Después de tratar con el Fundador lo relativo al destino de la casa de Mornese, cada día más despoblada, la Madre regresa desde Sampierdarena para tomar las medidas necesarias para el traslado definitivo de la casa madre a Nizza Monferrato. Ya van llegando poco a poco las Hermanas que bajan del nido mornesino, y allá acuden las postulantes que quieren pertenecer al Instituto.

El «Bollettino Salesiano» presenta el Oratorio de Chieri

Con un artículo titulado *Una esperanza no frustrada*, el *Bollettino Salesiano* de enero informa sobre el Oratorio de Santa Teresa de Chieri.

«Entre las veintidós casas, que con la ayuda de la divina Provi-

dencia y con el apoyo de nuestros Cooperadores y Cooperadoras pudimos abrir el pasado año, está el llamado Oratorio de Santa Teresa, para las niñas y jóvenes de la ilustre y laboriosa ciudad de Chieri. Al informar en el número de agosto de que habíamos invitado a llevar la dirección de dicha casa a las religiosas de María Auxiliadora, pertenecientes a la Congregación Salesiana, manifestábamos al mismo tiempo la esperanza de que Dios la bendiciría y la haría prosperar. Nuestra esperanza no ha quedado defraudada.

Las jóvenes que acuden al oratorio los días festivos, especialmente por las tardes, de unas doscientas cincuenta que eran al principio, han llegado a superar las cuatrocientas.

Por la mañana temprano se abre la iglesia y se ofrece la comodidad de confesarse a las que lo desean. Alrededor de las ocho comienza la misa. Algunas de ellas, ayudadas en la preparación por las Hermanas asistentes, se acercan a recibir a ese Jesús que las ayudará a conservarse puras y las protegerá de las insidias del demonio y del mundo. Una breve plática adaptada a ellas, pone fin a la devota función.

Pero no terminan aquí las actividades de la mañana en el oratorio. Conviene hacer constar que la ciudad de Chieri alberga en su seno muchas fábricas de algodón y de tejidos, en las cuales trabajan de la mañana a la noche centenares de niñas y jóvenes. Por esta razón, especialmente en los pasados años, muchas de ellas, por no poder asistir a la escuela, son casi analfabetas y no saben ni siquiera escribir su nombre. Ahora bien, como semejante ignorancia de los primeros elementos de lectura, escritura y aritmética, podría ser hoy más que nunca un grave daño para las familias, las religiosas de María Auxiliadora han pensado eliminarlo, en la medida de lo posible, abriendo una escuela dominical gratuita, que funciona precisamente desde las diez hasta el mediodía. A esta escuela acuden más de cien niñas, de nueve a quince años, y unas cuarenta jóvenes, divididas en tres secciones, según la edad y el grado de instrucción.

Esta es, por consiguiente, la otra función del oratorio festivo los domingos por la mañana; la primera es exclusivamente religiosa, la segunda, cultural, de gran utilidad también para muchas familias trabajadoras de la ciudad.

Pero las tareas y funciones más proficuas en el oratorio de Santa Teresa se desarrollan por la tarde. ¡Qué agradable espectáculo se ofrece a la vista de quien entra, de dos a cinco de la tarde! Verá en el primer patio a unas doscientas niñas de siete a diez años; en el segundo, a otras ciento cincuenta, de once a catorce; en el tercero, a

unas sesenta, de quince años en adelante, todas como hijas de una misma familia, alegres y vivarachas, divirtiéndose juntas, unidas por el amor.

Unas corren, otras saltan, aquí cantan, allá, en un corro, mantienen una alegre conversación, asistidas siempre en sus respectivos patios por una o más Hermanas y por algunas jóvenes mayores y más juiciosas. No es, pues, de extrañar que al tiempo que estas inocentes diversiones resultan del agrado de las niñas, sean igualmente del agrado de los padres, los cuales, sabiendo que sus hijas están allí, protegidas y alejadas de los peligros, gozan sobremanera. Sabemos de una madre que al acompañar a una hija suya al oratorio y contemplar aquel espectáculo se quedó tan emocionada que lloraba de consuelo.

Después de una hora de honesta diversión, a un toque de campana, las niñas, en sus respectivos puestos, se ordenan en grupos, según la edad, y acompañadas por la propia maestra o catequista, se dirigen al lugar asignado para la media hora de catecismo. Sigue después el canto del *Magnificat* u otra alabanza a María; luego, una breve instrucción o plática apropiada y, finalmente, la bendición con el Santísimo Sacramento. Satisfechas de este modo las necesidades del alma, se prosiguen los juegos para esparcimiento del cuerpo, hasta que se hace de noche. Entonces cada una vuelve a su casa, contando las cosas hechas u oídas y esperando ansiosamente la llegada de otra fiesta.

Como puede verse, de este modo se obtienen dos frutos: se instruye convenientemente a las niñas y se las tiene alejadas de los peligros, a los que estarían expuestas muchas de ellas, sobre todo en nuestros días.

No queremos silenciar aquí la hermosa prueba de piedad que dieron al principio del mes las jóvenes mayores del oratorio y otras, conquistadas por ellas. El 8 de diciembre, fiesta de la Inmaculada Concepción, se celebraba el segundo aniversario de la fundación de dicho oratorio con la bendición y colocación de una imagen de María Auxiliadora en una modesta sala de la casa.

Se habló de celebrar este año dicha solemnidad de un modo especial, para agradecer a la augusta Madre de Dios los múltiples favores concedidos a lo largo del año. Por lo que, para preparar bien a las jóvenes, se hizo una novena predicada. Cada día, a las cinco y media de la mañana, se celebraba la misa y a continuación se hacía la plática, a modo de Ejercicios Espirituales.

La hora parecía un poco intempestiva, pero era la más propicia

para la mayor parte de ellas, que a las siete tenían que estar trabajando en las respectivas fábricas. La noticia de la celebración de la novena en el *Santa Teresa* fue esparcida por unas y otras y fue tan favorablemente acogida que el primer día se llenó la capilla de bote en bote. Para dejar sitio a las mayores, hubo que advertir que en los días sucesivos se excluiría a las menores de trece años. Pero, no obstante esta precaución, el segundo día y los consecutivos, no bajó de cuatrocientas el número de las asistentes, ya que el buen ejemplo y la novedad del acto, o mejor dicho, la gracia de Dios, atraía cada día mayor número de jóvenes de la ciudad, algunas de las cuales no habían puesto aún los pies en el oratorio. Aquella fue una favorable ocasión para hablarles de máximas y verdades muy apropiadas a su condición; sobre todo se les puso en guardia acerca de los graves peligros que corren a su edad; que se pueden compaginar muy bien la verdadera alegría y la sólida piedad; y que sólo la virtud, la sumisión a los mayores, la fidelidad al trabajo y la práctica de la religión católica, proporcionan a una joven la satisfacción del corazón y la felicidad propia y de la familia. El fruto de la novena se dio a conocer en seguida: todas, bien durante la misma o bien el día de la fiesta, se acercaron a los sacramentos con un porte sumamente edificante, de modo que muchas personas de la ciudad se quedaron admiradas y no cesan de decir: "Los señores Bertinetti estarán bien contentos al ver desde el cielo cómo en su casa se trabaja por la gloria de Dios y el bien de las almas". Pero que todo sea para gloria de Dios y de María Inmaculada.

Para completar el cuadro, tendríamos que hablar de la oposición de algunos, surgida últimamente contra el mencionado oratorio, pero, si es preciso, volveremos sobre el particular en otra ocasión.»

En estas últimas palabras es evidente la alusión a una dolorosa controversia ocasionada meses atrás a raíz de las relaciones con las autoridades eclesiásticas. La Madre no se sorprende de esto: reza e invita a rezar y anima a acrecentar el número de renunciaciones y sacrificios al Señor para obtener la gracia de la fortaleza cristiana a los más expuestos al viento contrario: Sor Rosalía Pestarino, Directora de la casa de Chieri, Don Juan Bonetti, el celoso Director del oratorio, e indirectamente Don Bosco, ausente de Turín en estos momentos ³.

³ Anexos n.º 22 a - 22 i.

Mornese revive en las conversaciones de Nizza

Las Hermanas que llegan trasladadas a Nizza revelan cuán vivo se conserva el fervor de Mornese, a pesar de la disminución del personal y de las dificultades económicas, cada vez mayores. Una prueba de que la casa de Nizza participa del mismo entusiasmo son las conversaciones alegres y animadas de las Hermanas y niñas durante los recreos.

—¿Hace falta leña? La Madre va con sus hijas a recogerla al bosque, o se queda ella en casa a preparar la polenta para llevársela a su hora. ¡Llueva o haga frío, para ella no es problema!

—¿Hacen falta brazos para lavar? Ahí están los suyos, y dígame otro tanto respecto de los trabajos de casa, actuando con tal espontaneidad y desenvoltura, que hace olvidar su condición de Superiora, hace gozar cuando se trabaja con ella y se la echa de menos cuando no está para dar una mano a esto o aquello.

—Son cada vez más estimulantes y firmes aquellas palabras suyas: «¡Animo, adelante! El Señor hermosará cada vez más nuestra alma y recompensará aquí en la tierra, y especialmente en el cielo, cualquier sacrificio hecho por su amor».

«¿Has hecho ya algo que no sea para agradar a Dios? Por caridad, no trabajes sólo porque hay trabajo, o por cualquier otro motivo. Asegúrate el mérito de lo que haces, dirigiendo a Dios todas tus acciones o sufrimientos.»

—Vosotras, que no la conocéis todavía, os extrañaréis quizá de oírnos hablar siempre de la Madre. Cuando venga a Nizza, que será pronto, como esperamos, veréis y sabréis también vosotras muchas cosas grandes y hermosas.

—Animo, Angelina, cuenta a tus compañeras todo lo que recuerdas de Mornese.

—Recuerdo que las Hermanas se metían piedrecitas en los zapatos cuando salían de paseo con nosotras, o íbamos a lavar al río. Nos hablaban tanto del Angel de la guarda y nos decían tantas veces que le dejáramos un sitio a nuestra derecha y le reserváramos en la cama la parte mejor, que algunas veces, a fuerza de escurrirnos para dejarle sitio, íbamos a parar al suelo.

—¿Te acuerdas de Luisa Verdi?

—¡Vaya si me acuerdo! Para imitar al Niño Jesús en el frío de la cueva de Belén, ¡cuántas veces se quitaba las mantas de lana por la noche, o no se abrigaba lo suficiente durante el día! En verano, por el contrario, inventaba siempre algo nuevo para abrigarse más de lo conveniente y soportar el calor pensando en el que pasaría Jesús en el desierto africano.

—¿Era muy mayor?

—¡Qué va...! Tenía unos nueve o diez años, como yo. Su madre se la llevó por miedo de que se hiciera monja. La pobre Luisa lloraba sin consuelo. Suerte que la noche anterior la preparó la Virgen para hacer aquel sacrificio, de lo contrario, yo no sé lo que hubiera hecho.

—¿La preparó la Virgen has dicho...?

—Sí, soñó que sus padres iban a buscarla y que...

—Entonces erais todas santas en Mornese, también vosotras.

—Escuchad. Luisa Verdi, para confesarse bien, se aprendía de memoria algunos trozos de exámenes de conciencia que encontraba en los libros, y después se los repetía al confesor. Se ve que el Padre se daba cuenta de esto, porque alguna vez, después de escucharla un momento, le cerraba la ventanilla... Ella lloraba como una desesperada y nosotras íbamos a consolarla. Se mortificaba mucho. Por ejemplo, cuando tenía mucha sed, nos pedía permiso varias veces para ir a beber un poco de agua. Iba a la fuente de agua fresca, pero se quedaba contemplándola y volvía sin haberla probado.

—¿Es verdad, Angelina, que el día de tu primera comunión la Virgen te dijo algo y tú te hiciste una herida en la frente?

—No fui yo. Fue Jacinta Borgna. Las niñas que hacíamos la primera comunión, estábamos ya en el altar a punto de recibir al Señor. La Madre nos había hecho esta recomendación: «Ni siquiera la sombra de un pensamiento debe empañar vuestro candor: y si uno sólo viniera a molestaros, desechadlo inmediatamente».

Jacinta debió acordarse de ello, porque empezó a mover los pies y a sacudir la cabeza y, finalmente, a pellizcarse y a arañarse hasta hacerse sangre. Lo vimos después de la comunión y lo supimos por la misma Jacinta, cuando le preguntamos por el motivo. Todas nos echamos a reír, pero ella decía muy seria: «Cuando la Madre habla, habla en serio, y yo sería capaz de arrojarme al fuego para hacer lo que ella dice».

Jacinta comprendía las cosas mejor que yo, aunque no había tanta diferencia de edad entre nosotras dos.

—Era la noche de Navidad de 1875, en la primera misa de Don Campi. Entonces no tenía yo más de siete años y recuerdo que, junto al confesonario de Don Costamagna, las más pequeñas, especialmente, llorábamos, porque nos había dicho que la primera comunión es el primer anillo de la cadena: y nosotras teníamos miedo de no hacer bien aquel primer anillo. También me acuerdo de otra cosa. Aquel día iba yo en busca de una Hermana para que me diera una estampa, y mi hermana Sor Enriqueta me dijo: «¿Cómo?, ¿el día de la primera comunión pensando en estampas? ¡Debes pensar en Jesús, en ese Jesús que tienes en tu corazón!».

—¡Dios mío, qué seriedad! ¡Yo no me hubiera quedado en Mornese ni tres días siquiera!

—Sí, esto lo dices porque no has estado allí, de lo contrario... Nos hacían también estar alegres, ¿sabes? Entre los cantos que componía para nosotras Don Costamagna y las comedias de Don Lemoyne, ¡imagínate! pasábamos unos días y unos recreos estupendos. Y además... ya veréis también aquí, cuando venga la Madre, lo bien que se está a su lado y cómo todas las cosas adquieren el sello de la más serena alegría.

—Verdaderamente todas las Hermanas y niñas que han venido de Mornese dicen lo mismo: la Madre tiene el poder de hacer agradable incluso el sacrificio. Y no se sabe de dónde saca la virtud de hacer amable hasta lo que es costoso de por sí y no sirve más que para mortificar el alma y el cuerpo.

—¿Es cierto que en Mornese, algunas que estaban más delicadas de salud y tenían que tomar leche, le echaban hierbas amargas e incluso vinagre para quitarle el buen sabor y hacer también una cura espiritual?

—¿Que si es verdad? Es la cosa más natural del mundo para las que han estado con la Madre.

—¿Qué hará en este momento nuestra amadísima Madre en Mornese?

—¡Ciertamente su papel de Cirineo y de Verónica!

—Pero, ¿de veras que es esta su tarea, ayudar a todas y enjugar lágrimas?

—¡Vaya si es verdad! Lo recuerdo como si fuera ahora. La Madre no tenía nada para la comida de las que iban a lavar al río. Nos dijo a unas cuantas postulantes de Mornese: «Mientras nosotras seguimos

adelante, id a saludar un momento a vuestras familias y mirad si pueden daros un poco de harina para hacer la polenta». Así lo hicimos, y la harina llegó. Nos paramos un momento a juntar en una bolsa los puñados que nos habían dado a cada una y se nos viene al suelo todo aquel bien de Dios. El camino estaba lleno de piedrecitas y de polvo. ¡Por poco nos da un ataque! La recogimos lo mejor que pudimos y echamos a correr hacia el río para contarle a la Madre nuestra gran pena. Ella nos miró fijamente a los ojos y con aquel modo suyo, entre serio y bondadoso, nos dijo: «¡A ver si hay motivo para llorar por esto! La harina, la tenemos, *¡Deo gratias!* Faltaba el acompañamiento y la Providencia os lo ha proporcionado por el camino. ¡Ven-ga!, que el agua hirviendo lo purifica todo.

¡Qué polenta! Os lo aseguro: no recuerdo haber comido otra más sabrosa, ya que fue condimentada con risas y buen humor mientras nos la comíamos. La Madre, a cada crujido de las piedrecitas en la boca, nos decía: «¡Atentas a la música!».

—¿Quién no recuerda la última excursión que hicimos a San Silvestre de Mornese?

—¡Qué bonita y cuánto cantamos y nos reímos recogiendo castañas, que luego nos comimos, tan ricas y calentitas! La Madre misma las coció, ¿verdad Sor Enriqueta?

—Sí, pero ahora os voy a decir lo que no os dije entonces. La pobre Madre estaba muy preocupada, porque aquel día tampoco había nada para dar de cenar: se habían terminado las existencias y no había llegado nada de Gavi.

Me dijo a mí:

—Enriqueta, ¿cómo nos las arreglamos?

—Madre, le dije, vayamos a recoger castañas, nos entretenemos un poco más y después hacemos una buena castañada que nos sirva de merienda y de cena... Después, a rezar y a dormir...

—Bien pensado, Enriqueta, hagámoslo así. Voy también yo con vosotras... ¡y que el Señor nos la depare buena!

—La Madre, ¿recordáis...? iba delante de todas y era la más rápida en llegar a buen punto, la más lista en distinguir las castañas buenas de las abiertas, y... la más lista en recoger al mismo tiempo leña seca para cocerlas al aire libre y animarnos mientras tanto a cantar y a jugar. Después de aquello, ¡qué cansancio de piernas...! y ya casi nada de apetito.

—Es verdad. Al volver a casa, nos fuimos a la cama en seguida, más contentas que unas pascuas, sin imaginarnos siquiera que las cas-

tañada había evitado una preocupación a la Madre y a nosotras nos había dado una alegría tan grande.

—De recursos como éstos habría para contar y no acabar, pero ya la conoceréis también vosotras...

La Madre, en vísperas de su traslado a Nizza

Naturalmente, estas conversaciones avivan todavía más el deseo de tener realmente a la Madre en Nizza. La Madre, por su parte, empieza a sentir la necesidad del paso definitivo, pues casi toda la comunidad está ya en la nueva casa.

No obstante, siente la pena de ver casi deshabitado el colegio, aquella obra que le había costado sacrificios sin cuento. Siente tener que dejar a las niñas, a sus compañeras, a las personas conocidas, que prevé se van a quedar sin muchas ayudas morales y espirituales con la marcha de las Hermanas.

Le parece sentir en sí misma la desolación de Don Pestarino por causa del agonizante colegio, levantado más con oraciones y lágrimas que con piedras y ladrillos. Tiene presentes, además, a sus queridos padres, de quienes es cada vez más apreciada y amada, y a los que tendrá que dejar cuando más necesitados están de consuelo y ayuda. Pero... el Señor lo ha dispuesto así por medio de Don Bosco y el sacrificio debe hacerse con mérito y alegría espiritual: por eso la Madre sonreía al pensar en Nizza, y con su ejemplo hacía que sonrieran también las pocas que quedaban en Mornese, enfermas o medio enfermas.

Entretanto, Sor Elisa Roncallo, desde el nuevo internado de Nuestra Señora de las Gracias, escribe a últimos de mes a su madre que en la casa de Nizza se puede pascar al aire libre sin cortapisas, porque la finca es enorme; que tienen una hermosa viña, una iglesia grande y bonita y una Madre Vicaria llena de afectuosos cuidados para con cada una de ellas, y que pronto tendrán también a la Madre...

Primeras noticias del segundo grupo de misioneras

La Madre recibe en Mornese noticias de las Hermanas misioneras y se apresura a hacerlas llegar a Nizza y a Turín.

La carta procede de la isla de San Vicente, donde ancló el barco el mismo día de Epifanía por la tarde. Asegura que las misioneras,

después de sufrir los mareos de los primeros días, están bien y contentas y que rezan y tienen la suerte de asistir a la santa misa y de recibir la comunión casi diariamente.

Transcurren los días trabajando, estudiando español y paseando ⁴.

Con esta visión de sus hijas, que en medio del océano, serenas y confiadas se van alejando de la patria, la Madre se prepara a la inminente y definitiva despedida de Mornese, para fijar su morada en la casa de Nizza Monferrato, preparada ya para recibirlas.

Es un gran cambio en su vida, así como en la del Instituto, que con miras más amplias se enfrenta con su porvenir.

⁴ *Bollettino Salesiano*, marzo de 1879, año III, pág. 7-9.

Anexos

ANEXO N.º 1

De los Anales y Crónicas del Instituto de Santa Ana. Turín
Vol. 1.º, págs. 103-104. Año 1873

«El último domingo del mes de enero nos fue concedido escuchar la plática del reverendísimo señor *Don Juan Bosco*, Fundador y Superior de la *Congregación Salesiana*, el cual vino a pedir a nuestra venerada madre General la cooperación de nuestro Instituto para la fundación (es decir, para la formación) de las Hijas de María Auxiliadora, dependientes del mismo señor Don Bosco.

Siendo esta una ocasión propicia para hacer a otros la caridad recibida por nuestro amado Instituto en los principios de su existencia, nuestra amadísima Madre General, con el parecer de su Consejo, accedió a la petición y mandó a Mornese a la reverenda *Sor Francisca Garelli*, actual Secretaria suya y segunda Asistente General, dándole por compañera de su importante misión a *Sor Angela Alloa*.»

ANEXO N.º 2

Para la erección del vía crucis

Infra-scriptum sacerdos de Ordine Minorum Observantium S. Francisci et guardianus Conventus S. Mariae Gratiarum Vallis prope Gavium testatur hac die in hac Ecclesia Collegiali cui titulus Sanctae Mariae Dolorum loci Mornese, sacris stationibus sanctae Viae Crucis benedixisse easque erexisse, servatis omnibus quae per decreta et constitutiones summorum Pontificum praescribuntur.

Datum ex dicto Colleg. die 27 februarii 1873

P. Fr. CANDIDUS A. GENUA

ANEXO N.º 3

Para la admisión de Enriqueta Sorbone

El que suscribe está dispuesto a admitir a la joven *Enriqueta Sorbone* de Rosignano entre las Hijas de María Auxiliadora de Mornese, dispensándola de la dote de mil francos y de la pensión anual de treinta francos al mes, con tal de que pague, los tres primeros meses treinta francos mensuales y lleve el pequeño ajuar que le será indicado. Dirigirse a: señor Don Domingo Pestarino, Director del Instituto. Mornese.

Borgo San Martino, 12 de mayo de 1873

JUAN BOSCO, Pbro.

El original en el Arch. Gen. FMA — Roma.

ANEXO N.º 4

Carta de Don Bosco a Don Rúa

Carísimo Don Rúa:

En la carta que te adjunto para el canónigo Mottura podrás ver que es conveniente que Don Savio vaya a Chieri. Acuérdate de poner el cuño a la carta.

Avisa a la señora Vicino que el sábado irás con Don Bosco a comer a su casa. Aquí disfrutamos de un clima fresco, aunque haya mucho fuego de amor de Dios. Todos te saludan.

Mornese, 3 de julio de 1873

Afmo. amigo en Jesucristo
JUAN BOSCO, Pbro.

ANEXO N.º 5

Acta de la segunda vestición

El año del Señor mil ochocientos setenta y tres, el día seis del mes de agosto, en Mornese, en la casa de las Hijas de María Auxiliadora, en presencia de los infrascritos, se redactó la siguiente acta:

El día 5 del corriente mes, después de los santos Ejercicios predicados por el muy reverendo monseñor Andrés Scotton y por el padre Luis Porrulari, hicieron profesión religiosa en dicha casa con votos por tres años las novicias: *Rosa Mazzarello*, hija de Esteban, natural de Mornese; *María Grosso*, hija de J. Bautista, natural de San Esteban de Parodi y *Corina Arrigotti*, hija de Pedro, natural de Tonco; y vistieron el hábito de la Congregación: *Virginia*

Magone, hija del difunto Juan; *María Bodrato*, hija de José; *Teresa Mazzarello*, hija de Antonio; *Carlota Pestarino*, hija de Francisco, naturales todas de Mornese; *María Gastaldi*, hija de Domingo, natural de San Esteban de Parodi; *Angela Deambrogio*, hija del difunto Basilio, natural de Conzano; *Emilia Mosca*, hija de Alejandro, natural de Ivrea; *Angela Porotto*, hija de Francisco, natural de Castelletto d'Orba; *Enriqueta Sorbone*, hija de Constantino, natural de Rosignano Monferrato.

S. E. reverendísima monseñor José M.^a Sciandra, obispo de Acqui, que también ese año se dignó honrar esta casa eligiéndola para su estancia veraniega, después de celebrar en dicho día la santa misa y distribuir la santa comunión a la familia religiosa, quiso realizar la solemne función recibiendo los votos trienales de las profesas y dando el sagrado hábito a las aspirantes.

Y para que conste, se redacta la presente acta que suscriben:

† JOSÉ MARÍA, Obispo
Don DOMINGO PESTARINO, Director
Don JOSÉ PESTARINO
FRANCISCO BERTA, Pbro.-secretario

El original en el Arch. Gen. FMA — Roma.

N. B. Al transcribir el Acta de la primera profesión —5 de agosto de 1872— (*Cronohistoria I*, 255 - 1.º ed.), por error involuntario se omitieron los nombres de:

Sor Felicina Mazzarello, hija de José.

Sor Juana Ferrettino, hija del difunto José.

ANEXO N.º 6

Primeros privilegios episcopales otorgados al Instituto

JOSE MARIA SCIANDRA

**por la gracia de Dios y de la Sede Apostólica
obispo de Acqui**

En la visita pastoral a la parroquia de Mornese hemos observado con gran consuelo nuestro que el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora, fundado el pasado año por el celo del benemérito señor Don Juan Bosco, ha sido bendecido por Dios y va prosperando rápidamente.

Con objeto de evitar conflictos, hemos establecido, como con el presente *Decreto* establecemos, las siguientes normas:

1.º El Director *pro tempore* del Instituto de las Hijas de María Auxiliadora fundado en Mornese rendrá la facultad, con tal de que haya sido aprobado por nos, de administrar en la capilla del mismo los santos sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía a quien sea, así como de aprobar la admisión a la primera comunión a las personas del colegio y a cuantas viven en él

en condición de educandas; podrá, además, otorgar licencia a todas las personas que moran en el colegio para cumplir en la capilla del mismo el precepto pascual, así como administrarles el viático en caso de enfermedad y darles la bendición papal con las oraciones de los agonizantes; cuando se haya de administrar la extremaunción a las adscritas al Instituto, o a las acogidas en el mismo, acudirá el señor arcipreste *pro tempore* de Mornese, cuando sea posible avisarle a tiempo.

2.º En el caso de muerte de alguna religiosa, novicia o aspirante, las exequias y la *misa de requie praesente cadavere*, cantada o rezada, podrá celebrarlas el Director o quien haga sus veces, en la capilla del colegio, y podrá llevarse, por tanto, el cadáver directamente y en privado al cementerio, y lo mismo podrá hacerse también respecto de las educandas que murieran en la casa del Instituto, pero en este último caso, corresponden al arcipreste de Mornese los derechos de estola negra y de sepultura.

3.º Queda permitido en la capilla del colegio el canto de la *misa de requiem* en sufragio de las personas fallecidas, pertenecientes al colegio como religiosas, novicias o aspirantes; en caso de muerte de alguna educanda, en el colegio o fuera de él, será permitido también el canto de una *misa de requiem* en sufragio de su alma, además de la celebrada *praesente cadavere*; para salvar los derechos parroquiales quedan prohibidas las *misas de requiem* cantadas, para las personas ajenas al Instituto, sin el consentimiento del arcipreste.

4.º En cuanto a las demás funciones religiosas, se permiten las siguientes en la capilla del Instituto:

a) La práctica llamada de las *cuarenta horas* —dos veces al año, si se quiere— con tal de que se establezca en época fija y a un mes de distancia de la que tenga lugar en la parroquia de Mornese; que si a dicha práctica le sigue la *misa cantada*, el tercer día le corresponderá cantarla al arcipreste de Mornese (con aplicación libre y sin limosna) e impartir al final de las cuarenta horas la bendición con el Santísimo.

b) *Las funciones de la semana santa*, así como la celebración de la santa *misa del jueves* para la comunión de las religiosas y de las personas que residen en el colegio (excluida la del viernes y sábado de dicha semana), con tal de que a estas funciones no participen personas ajenas al colegio, y se tengan a horas distintas de las de la parroquia.

c) *Las novenas y octavas de Navidad y Pentecostés*, Inmaculada Concepción, María Auxiliadora y la Dolorosa, pero siempre a horas distintas de las de la iglesia parroquial de Mornese, así como los triduos, en sustitución de las novenas y octavas arriba indicadas.

d) *El mes de María* y, con cierta solemnidad, la clausura del mismo dentro de la capilla del colegio, con tal de que los actos de devoción se hagan por la mañana, si dicha práctica tiene lugar en la iglesia parroquial por la tarde, y viceversa.

e) *El mes de San José* con la exposición de la reliquia del santo.

f) *El carnaval santificado* en honor de la Virgen de los Dolores, con la exposición del Santísimo Sacramento y de la reliquia de la Virgen los tres últimos días de carnaval.

g) *El octavario del Corpus Christi y de los difuntos*, con la exposición del Santísimo Sacramento; estas funciones se harán también por la mañana cuando tuvieran lugar por la tarde en la parroquia, y viceversa.

h) Misa rezada con la bendición de las reliquias en las fiestas de los santos Apóstoles.

Quedan, pues, prohibidas en la capilla del colegio las novenas, octavas y triduos con la bendición del Santísimo, y con las reliquias en otras épocas, o bien con percepción de limosna, salvo que esta se entregue, deducidos los gastos de cera, al arcipreste *pro tempore* de Mornese y se obtenga su previo consentimiento.

i) *La misa cantada* con ocasión de las *cuarenta horas* en la capilla del colegio y en el día dedicado a María Auxiliadora.

l) La bendición con el Santísimo todos los domingos y días festivos, terminadas las funciones parroquiales.

m) En cuanto a la predicación, que tendrá carácter privado, la permitimos sólo al Director del colegio autorizado por nos; a él autorizamos para que, a su vez, invite a sacerdotes o religiosos de óptima fama para hacer alguna plática de forma privada en la fiesta del colegio o en ocasiones extraordinarias.

Respecto a los Ejercicios Espirituales participarán únicamente las personas reunidas al efecto en la casa y serán predicados por eclesiásticos aprobados por nos.

n) Si se obtiene de la Santa Sede la facultad de celebrar la misa del gallo la noche de Navidad y de dar la comunión a los habitantes del colegio, *nunc pro tunc* ordenamos que dicha función se celebre en privado, observándose en lo demás las condiciones que ponga la Santa Sede; lo mismo se observará respecto a la facultad ya obtenida *ad quinquennium proximum* para la reserva del Santísimo Sacramento.

Se hace constar que la concesión del altar privilegiado y la facultad para cantar la misa de *requiem* en los dobles, deben pedirse a la Santa Sede.

Reservándonos hacer al presente decreto las observaciones que reconocamos útiles —salvo los derechos parroquiales—, ordenamos dar copia de él al señor arcipreste de Mornese y al señor Director del colegio, a fin de que se atengan a él.

Mornese, 19 de agosto de 1873

† JOSÉ MARÍA, Obispo
FRANCISCO BERTA, Pbro.-Secretario

El original en el Arch. Gen. FMA — Roma.

ANEXO N.º 7

Aprobación eclesiástica para la misa del gallo

El infrascrito extiende al Instituto de las Hijas de María Auxiliadora de Mornese la facultad de celebrar a media noche las tres misas de Navidad y distribuir durante las mismas la santa comunión a todos los asistentes con las debidas disposiciones, habiéndosele concedido este privilegio con la facultad de extenderlo a todas las casas de su dependencia, según el rescripto de S. S. Pío IX del día 15 de noviembre de 1872.

Turín, 18 de diciembre de 1873

JUAN BOSCO, Pbro.

Visto. En atención a la facultad apostólica obtenida a tenor de lo anterior por el reverendo Don Bosco, Pbro., permitimos su actuación en la iglesia del Instituto, pero de forma privada.

Acqui, 22 de diciembre de 1873

† JOSÉ MARÍA, Obispo

Se hace notar que la facultad de la santa comunión no se extiende ordinariamente a personas extrañas a los Institutos religiosos; para otro año scrá mejor que se nos presente el indulto, para nuestro gobierno.

† JOSÉ MARÍA, Obispo

El original en el Arch. Gen. FMA — Roma.

ANEXO N.º 8

**Del resumen expedido por Don Bosco
a la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares
el 23 de febrero de 1874 para la aprobación
de la Pía Sociedad de San Francisco de Sales**

...

16. «Como apéndice y dependiente de la Congregación Salesiana está la casa de María Auxiliadora, fundada con la aprobación de la autoridad eclesiástica en Mornese —diócesis de Acqui—. El fin es el de hacer por las niñas pobres lo que los Salesianos hacen por los jóvenes.

Las religiosas son ya cuarenta y atienden a doscientas niñas.»

ANEXO N.º 9

**De las memorias de monseñor Cagliero
Roma, 1906**

De regreso de mi visita a Mornese (marzo de 1874) y dada la relación a Don Bosco, él se mostró muy satisfecho, concluyendo: «María Mazzarello posee dones especiales de Dios: a su poca instrucción, suplen con creces sus virtudes, su prudencia, su espíritu de discernimiento y sus dotes de gobierno basado en la bondad, en la caridad, y en una fe inquebrantable en el Señor».

Por eso Don Bosco quiso que fuera yo a hablar con la señora Blengini la cual, siempre llena de afecto a las Hermanas y preocupada por su porvenir, se apresuró a preguntarme:

—¿Quién hará ahora de Superiora? ¿Quién formará espiritualmente a las nuevas religiosas?

—Don Bosco cree que María Mazzarello es capaz de hacerlo.

—¡María Mazzarello?! Es muy buena, sí; es una santa, pero le falta instrucción...; ¡su educación es muy pobre!

—Dice Don Bosco que es lo que se necesita para ser un instrumento dócil en las manos de Dios y hacer grandes cosas.

Después de darle las gracias en nombre de Don Bosco por todo lo que había hecho por nuestro Instituto, me despedí asegurándole que Don Bosco pediría al Señor que la recompensara con las gracias más copiosas y con sus celestiales bendiciones.

Escribí entonces a Mornese diciéndoles que la señora no volvería más y que la Vicaria se quedaría de Superiora. Fue una alegría para aquella casa, en la que las Hermanas admiraban a la señora Blengini por su piedad, su amabilidad y sus dotes especiales de dirección espiritual, pero antes que a la santa imitadora de la señora de Chantal, preferían a la fervorosa y humilde campesina que había sido siempre para ellas modelo de todas las virtudes.

ANEXO N.º 10

Carta-invitación para los Ejercicios Espirituales

Muy apreciada señora:

La dolorosa pérdida del reverendo Don Domingo Pestarino alteró un poco la costumbre introducida hacía algunos años en la casa de María Auxiliadora de Mornese de hacer una tanda de Ejercicios Espirituales para señoras. Pero deseando continuar las piadosas costumbres del venerable sacerdote, me complazco en comunicar a V. S. que este año tendrán también lugar dichos Ejercicios; su fecha está fijada del 20 al 29 del próximo mes de agosto. Puesto que muchas preguntan ya por la cuota de los diez días, se ha fijado entre veinte y veinticinco liras. No se puede precisar la cantidad exacta, porque

es nuestro deseo que no se pague más de lo que corresponda a una mesa frugal que satisfaga a toda clase de personas.

A quien desearé participar, se ruega avise con tiempo al que suscribe o a Don José Cagliero, actual Director de dicho Instituto.

Las vías ordinarias para llegar hasta allí son: Novi-Castelletto-Mornese; o bien: Serravalle-Gavi-Mornese.

Que Dios nos bendiga a todos. Créame en Jesucristo

Turín, julio de 1874

humildísimo servidor
JUAN BOSCO, Pbro.

ANEXO N.º 11

Don Bosco a Don Rúa

Queridísimo Don Rúa:

Procura mandar alguno para atender a Don José Cagliero y si lo crees conveniente y posible, manda al actual enfermero.

Procura propagar las circulares para los Ejercicios de las señoras y para los maestros.

Hay que rezar y rezar mucho.

Que Dios nos bendiga a todos y hasta que nos veamos el viernes, si *Domini-
mus dederit*.

(San Ignacio), 8 de agosto de 1874

Afmo. en J. C.
JUAN BOSCO, Pbro.

El original en el Arch. Centr. Sales. — Roma.

ANEXO N.º 12

Investigación acerca del colegio de Mornese

CARABINEROS REALES

Sección de Turín

Castelletto d'Orba, 12 de agosto de 1874

Al señor Alcalde del municipio de Mornese

Se ruega a V. S. tenga la bondad de suministrar a esta sección, informaciones acerca del colegio religioso femenino, sito en ese municipio, regentado por Don Bosco de Turín.

Le intereso para que me haga saber con qué gastos fue construido dicho edificio; desde cuándo funciona el colegio; si en caso de necesidad se llama al médico para visitar a las enfermas, así como si algún inspector de enseñanza

ha hecho la visita a las escuelas, como se hace en los demás centros de educación.

Dígame si Don Bosco va con frecuencia a Mornese y en qué concepto se le tiene en el pueblo.

El comandante de la sección
CIRO STAMARI, Sargento

ANEXO N.º 13

De las memorias de Teresina Mazzarello (Hermana profesora de la comunidad de Mornese)

No me encontraba muy bien de salud y echaba de menos un poco de leche por la mañana, aunque también yo había firmado la carta enviada a Don Bosco. Un día le hice esta confidencia a mi madre, a quien le faltó tiempo para mandar al colegio la vaca que había en casa, con el fin de que la Madre Superiora pudiera dar un poco de leche al desayuno a las más necesitadas.

Recuerdo un pequeño episodio de aquellos tiempos: en la misma habitación donde dormía yo, dormían también otras tres Hermanas, entre ellas Sor Teresa Laurentoni.

Esta, al oírme toser fuerte varias veces, me preguntó si la leche de mi vaca era buena y yo le respondí que sí. Entonces ella, muy despacito, bajó a la cocina, tomó una taza, y se fue derecha a la cuadra a por un poco de leche para calmar mi tos. Pero la cuadra estaba cerrada y Sor Teresa, que era muy sencilla, se puso a decir fuerte: «Vaca, vaquita, dame un poco de leche para Sor Teresita». No fue obedecida, naturalmente; entonces volvió a la cocina y hurgando en la despensa encontró tres manzanas cocidas y me las trajo radiante de alegría.

A la mañana siguiente, cuando se supo lo acaecido, todas nos reímos con ganas y hasta Don Costamagna se unió a nosotras, haciéndolo objeto de diversión.

La vaca que nos mandó mi madre siguió dándonos su producto hasta que la Madre Superiora tuvo dinero para comprar una para el uso de la comunidad. ¡Qué fiesta aquel día al vérsola entrar en el patio! Iba toda engalanada de flores, y pasó entre las Hermanas y las niñas, como cuando se recibe a un gran personaje, entre vivas y aplausos.

Mornese, 1939

ANEXO N.º 14 a

Instancia para la primera aprobación diocesana de las Constituciones del Instituto - enero 1876

Excelencia reverendísima:

V. E. sabe que en Mornese, por obra del sacerdote Domingo Pestarino, de santa memoria, se ha inaugurado un Instituto con el nombre de casa o co-

legio de María Auxiliadora, con el fin de educar cristianamente a las jóvenes de humilde condición, o bien pobres y abandonadas, para encaminarlas a las buenas costumbres, a la ciencia y a la religión, bajo la dirección de las religiosas llamadas Hijas de María Auxiliadora.

V. E. se dignó, con gran bondad, hacerse protector del nuevo Instituto, y el 5 de agosto de 1872 se dignó leer las Reglas, añadiendo las debidas observaciones y presidiendo las primeras vesticiones y profesiones. Poco después enriquecía al Instituto con varios favores y privilegios, gracias a lo cual aquel ente moral quedaba, de hecho, erigido canónicamente ante la Iglesia.

Todo ello fue como el grano de mostaza que S. E. sembró y que ha crecido maravillosamente. El número actual de religiosas pasa del centenar; y a las Hermanas les han sido confiadas las escuelas públicas femeninas del lugar; al edificio del colegio está unido un internado de niñas de clase media, como puede verse por el programa adjunto.

Ya se ha abierto una segunda casa en Borgo San Martino y otra en Alasio; la cuarta se abrirá este año en Lanzo, cerca de Turín; se reciben muchas peticiones para fundar casas en otras localidades.

Pero a este Instituto le faltará su verdadera base mientras no consiga la aprobación eclesiástica, que marca a los Institutos religiosos el camino seguro que conduce a la mayor gloria de Dios. Es por lo que, para obtener este señalado favor, presento respetuosamente a Vuecencia las Reglas del Instituto de María Auxiliadora, tal como se vienen practicando de varios años a esta parte, suplicándole que las examine y modifique en lo que su iluminada sabiduría juzgue necesario y que, si Dios así se lo inspira, dé al Instituto y a sus Constituciones la aprobación diocesana.

A mi petición se unen el sacerdote Santiago Costamagna, Director, y todas las religiosas, pidiendo este señalado favor.

Este será, por nuestra parte, un motivo más de imperecedera gratitud. Le aseguramos nuestras oraciones diarias, comunes y privadas al Dios de bondad y a su augusta Madre, la Virgen Auxiliadora, a fin de que concedan a S. E. muchos años de vida feliz y así pueda contemplar los frutos copiosos de la obra que se dignó bendecir y enriquecer con gracias espirituales, proteger y, podemos también decir, fundar y sostener hasta la fecha.

Con la máxima gratitud, tengo el honor de profesarme de V. E. Reverendísima

Afmo. servidor

JUAN BOSCO, Pbro.

SANTIAGO COSTAMAGNA, Pbro.

SOR MARÍA MAZZARELLO, Superiora

Por copia conforme con el original.

Acqui, 14 de enero de 1876

FRANCISCO BERTA, Presbítero —Sec. V. G.—

ANEXO N.º 14 b

Decreto de aprobación diocesana

Josephus Maria Sciandra - Episcopus Aquensis, etc. etc.

Miserrimis hisce temporibus, quibus consiliorum evangelicorum professio tam impiis ac innumeris modis praepeditur, ipsaque iuvenum ac puellarum christiana educatio aut prorsus negligitur, aut sceste corrumpitur, nulla plane res optatior atque iucundior Nobis offerri poterat, quam sacra in hac dioecesi erigenda domus, quae puellis Deo mancipandis ianuas aperiret cuiusque ope educationi christianae filiarum populi opportune consuleretur.

Quapropter vix conscii effecti de proposito ab adm. rev.do D. sacerdote Joanne Bosco Taurinensi piae Societatis Salesianae superiore, concepto, instituendi nempe in hac dioecesi, loco Moronisii, Congregationem *Filiarum Mariae Auxiliatricis* ad eum finem, ut in ipsam omnes illae puellae convenirent, quae tum propriae spiritali perfectioni vacare, tum proximorum salutis, filias populi praesertim christiane edocendo, promovere intenderent. Nos libenti animo enascentis Instituti Constitutiones, quibus regeretur, ad experimentum probavimus, illudque gratis et favoribus auximus.

Quum vero Institutum huiusmodi *Filiarum Mariae Auxiliatricis* iam, Deo favente, sub praedictarum Constitutionum regimine adeo feliciter creverit, ut centum quinquaginta puellis diretur, vel eidem adscriptis, vel proxime adscribendis, ac praeterea ipsa *Filiarum Mariae Auxiliatricis* Domus Gynoeceum agat filiabus populi instituendis, ac in Christi doctrina instituendis, tum ipsae foemineae scholae Pagi Moronisiensis sub *Filiarum Mariae Auxiliatricis* disciplina in dies augeantur et floreat: hinc ut novum hoc ac perutile, iudicio quidem Nostro, Institutum, meliori modo promoveatur eiusdem Constitutiones iam pridem datas ac iterum Nobis subiectas praesentibus litteris, tamquam ad Dei gloriam et animarum salutem procurandam et augendam idoneas, firmitus ac stabilius probamus ac confirmamus, ea innixi potestate, quam vicens dat praxis hoc inducta fine, ut Congregationes ad experimentum aliquod de iis sumendum prius inchoentur, quam Sanctae Sedis absoluto iudicio, ab Eaque plenissima potestate cum ipsarum regulis definiantur. Hoc vero dum facimus, potestatem tamen Nobis ac Successoribus nostris explicite reservatam volumus, variandi nempe ubi et quoties id expedire videbitur, Constitutiones ipsas, quas praesens probamus et confirmamus.

Jam reliquum est, ut Congregationem *Filiarum Mariae Auxiliatricis*, eiusdemque singula membra paternae benevolentiae ac charitati omnium Episcoporum, in quorum dioecesi vel iam operantur, vel in posterum sunt operatuae, commendemus.

Praesens Decretum una cum Constitutionibus praelaudatis, ac praesentibus litteris confirmatis, in Curia Nostra Episcopali asservabitur.

Datum Aquis die 23 Januarii 1876

† JOSEPH MARIA, Episcopus
Sac. FRANCISCUS BERTA, Secr.

El original en el Arch. Gen. FMA — Roma.

ANEXO N.º 15 a

Primera solicitud de Don Bosco al arzobispo de Turín, monseñor Gastaldi, para la fundación de la casa Turín-Valdocco

Excelencia Reverendísima:

El sacerdote Juan Bosco expone humildemente a V. E. Rvdma. que las pobres niñas del barrio de Valdocco, no teniendo lugar ni comodidad para asistir a la escuela, ni para participar en las funciones religiosas, se encuentran en gran peligro moral.

A fin de proveer, en la medida de lo posible, a esta urgente necesidad, ha preparado un local que parece apto para un oratorio femenino en el que puedan reunirse las niñas los días laborables para recibir lecciones y los festivos para las funciones sagradas, especialmente la catequesis. El local establecido para iglesia dista unos cien metros de la iglesia dedicada a María Auxiliadora, en una planta baja, con entrada pública, anexo al edificio destinado para vivienda de algunas religiosas, que con mucho gusto se harían cargo de esas niñas.

Suplica por tanto a V. E. R. se digne designar la persona que juzgue más oportuna para que visite el mencionado oratorio y, halladas las cosas según las prescripciones de la santa Iglesia, lo bendiga para poder celebrar en ella los divinos misterios.

Es gracia...

(Sin fecha.)

Humildísimo exponente
JUAN BOSCO, Pbro.

ANEXO N.º 15 b

Segunda solicitud de Don Bosco a S. E. el arzobispo monseñor Gastaldi

El sacerdote Juan Bosco, con el vivo deseo de proveer a la necesidad que se deja sentir gravemente por el abandono en que se encuentran las pobres niñas de Valdocco, propone establecer una escuela de beneficencia y confiar su dirección a las religiosas llamadas Hijas de María Auxiliadora, cuya casa principal está en Mornese, diócesis de Acqui.

A tal fin, pide el beneplácito de S. E. R. y le manda copia de sus Reglas y de los correspondientes documentos, con el ruego de delegar al sacerdote Miguel Rúa como confesor ordinario y al sacerdote Juan Bodrato, cuando aquél estuviera ausente o por cualquier otra razón no pudiera cumplir dicho ministerio.

Gracia que...

(Sin fecha.)

Humilde suplicante
JUAN BOSCO, Pbro.

ANEXO N.º 15 c

Respuesta condicionada del Arzobispo

El arzobispo de Turín está dispuesto a dar su consentimiento para que algunas religiosas de la Congregación existente en Mornese, diócesis de Acqui, atiendan a las escuelas gratuitas femeninas en el local perteneciente a la Congregación salesiana en esta ciudad, sita a poca distancia de la iglesia de María Auxiliadora, con las siguientes condiciones:

1.º Que presenten las Reglas ya aprobadas para ellas por monseñor Sciaudra, obispo de Acqui, y obtengan del arzobispo de Turín la validez para las Hermanas residentes en esta diócesis.

2.º Que dependan del ordinario de esta diócesis, como las demás religiosas residentes en ella, especialmente en lo que respecta al confesor, tanto ordinario como extraordinario, etc.

3.º Que no tengan oratorio privado sino que, dada la escasa distancia de su casa a la susodicha iglesia, asistan en esta a la santa misa y a la predicación y en esta se acerquen también al sacramento de la penitencia.

4.º Que ninguno de los sacerdotes, clérigos y otros miembros de la Congregación visite a estas hermanas, de no ser el Superior General de la Congregación y el sacerdote delegado por él para seguir a las mismas y vigilar su conducta; y que su confesor no vaya, a no ser en caso de enfermedad.

5.º Que la escuela se abra y se cierre al menos un cuarto de hora antes o después que la de los niños, si esta está cerca de aquella.

6.º Que no se haga mención de esto en los periódicos, sino que se dé a conocer simplemente desde el púlpito de la iglesia de María Auxiliadora.

Turín, 30 de octubre de 1875

El original en el Arch. Centr. Sales. — Roma.

ANEXO N.º 15 d

Decreto para la apertura de la casa de Turín-Valdocco

Viso memoriali nobis ab admodum rev.do sacerdote Joanne Baptista Bosco dioecetano nostro, Fundatore et rectore Congregationis Salesianae, die 22 huius mensis martii, quod in archivio curiae nostrae asservari praecipimus, et in quo rogamur de nostro beneplacito ad hoc, ut in hac urbe, in parte suburbii Duriae, quae dicitur Valdocco, non longe ad aebidns in quibus residet dicta Congregatio Salesiana, aperiantur scholae pro puellis illorum locorum et hae committantur curae foeminarum religiosarum sub titulo filiarum S. Mariae Auxiliatricis, quarum praecipua domus est in loco Mornisii

(Mornese) dioecesis Aquensis; nos, etsi de his foeminis religiosis, quarum institutio refertur ad annum millesimum octingentesimum septuagesimum secundum, hucusque nullam certam notitiam habuerimus, attamen fideutes in singulari prudentia, qua insignitur excellimus ac revimus D. D. Joseph Sciandra episcopus Aquensis, qui consensum suum praestitit institutioni Congregationis harum religiosarum foeminarum in sua dioecesi, et eis non dubia signa dedit protectionis suae, consensum quoque damus ad hoc, ut dictae scholae in dicto loco hisce religiosis foeminis committantur: eisque benedictionem nostram impertimur, ut reapse et uberrimo cum fructu ad Dei gloriam et animarum salutem opus suum aggrediantur et perficiant.

Declaramus vero nos per praesentes litteras dictam Congregationem in nostra dioecesi nondum approbare, neque esse approbaturus quousque per sufficiens experimentum, quid in Domino hac in re statuendum sit, nos ipsi perspexerimus.

Concedimus vero admodum rev.do rectori Congregationis Salesianae, ut ipsi liceat ad harum religiosarum foeminarum confessiones excipiendo destinare, quos de sacerdotibus professis congregationis suas ipse magis idoneos in Domino iudicaverit.

Taurinorum Augustae die Martii 1876

† LAURENTIUS, Archiepiscopus
Can.cus CAVIASSI, pro cancellarius

El original en el Arch. Centr. Sales. — Roma.

ANEXO N.º 16 a

El notario Traverso a Don Bosco

Reverendo Don Bosco:

¡Abríos, cielos!, exclamará V. S. al ver llegar esta carta mía. Tiene razón, y soy consciente de que falto muchas veces al respeto que se merece. Pero en primer lugar debe saber V. S. que si no le escribo es porque temo molestarle; en segundo lugar, porque V. S. está tan ocupado que bien pensado le molestaría escribiéndole. Pero no crea que haya echado en olvido a Don Bosco, ya que me acuerdo de usted día y noche y más cuando pregunto aquí a Don Costanagna, que me tiene siempre a sus pies como los zapatos.

Terminado este exordio, entro en materia: Ha de saber que aquí se rumorea que V. S. cede al obispo de Acqui el local donde están las Hermanas, y yo me digo: ¡Bien hecho! Esta gente no se merece por más tiempo las gentilezas de Don Bosco, porque se hace indigna de ello con su comportamiento. Se dice que hace días le mandaron un memorial para que V. S. no les haga este entuerto, pero tenga en cuenta, Don Bosco, que, salvo pocas excepciones, aquel escrito está firmado por gente capaz de traicionarle en la primera ocasión. Se dice además que V. S. tiene intención de establecer la familia en Gavi,

y yo me digo: ¡bien hecho! Primero de todo, la población de Gavi, tanto por educación como por franqueza y corazón, supera a Mornese; más aún, le da cien vueltas. El solo rumor de esta determinación suya despertó un vivo entusiasmo y muchísimas personas están dispuestas a ayudarle a levantar la casa. Como concejal del ayuntamiento de Gavi puedo prometerle (sic) las escuelas municipales de Gavi y en un tiempo no lejano, la dirección del jardín de infancia.

Debo decirle también que está en proyecto (sic) hacer un tramo de ferrocarril de Gavi a Arquata y ya ha sido designado el ingeniero para hacer los planos. Añado, por último, que ya he encontrado el lugar edificable cerca de la ciudad, a un tiro de piedra. Para detalles, diríjase a Don Costamagna. Me falta tiempo y he de terminar. Recre por mí y créame

Mornese, 3 de julio de 1876

Afmo. amigo
TRAVERSO, Notario

Rece un *avemaría* a la Virgen para que me cure, porque no estoy muy bien.

El original en el Arch. Centr. Sales. — Roma.

ANEXO N.º 16 b

Carta de Don Costamagna a Don Bosco

Mi queridísimo papá Don Bosco:

Estoy esperando una respuesta referente a Sor Teresa. Haga como crea mejor en el Señor, que nosotros estamos contentísimos de obedecerle. Ahora parece que esté dispuesta a hacer una limpieza general, ¿pero no será algo forzado?

Nactus opportunitatem, presionado por las fuertes razones de Tognin¹, el cual, según el encargo recibido escribió al Obispo y la semana pasada puso en movimiento a toda Gavi, le diré que en caso de que el obispo de Acqui adquiriera nuestros locales de Mornese, Gavi sería realmente una ciudad apropiada para nuestras Hermanas, tanto más que todos están ya dispuestos favorablemente.

El arcipreste recibirá a la institución de Don Bosco con los brazos abiertos y los cuatro maestros sólo esperan el momento de poner en manos de Don Bosco las cuatro clases elementales. El lugar está preparado y resulta comodísimo para el pueblo y para nosotros; dista del pueblo sólo unos metros; la gente se prestaría a ayudar en la construcción, más aún, algunos señores, se-

¹ Tognin: el notario Traverso, que firma la carta precedente.

gún dice Tognin, estarían dispuestos a entregarle el edificio terminado, pudiendo pagarse a plazos y a su comodidad.

Mornese ha pedido a Don Bosco que no lo abandone, pero esta petición, encabezada por el buen arcipreste, la mayor parte la firmó por respeto humano, esto es cierto.

El traslado de la casa de Mornese a Gavi no costaría mucho... la línea de ferrocarril hasta Gavi está en proyecto.

En fin, piénseselo y después decida como mejor le parezca; nosotros estaremos conformes con la decisión que tome.

Le saludo también de parte del señor arcipreste y de toda la comunidad. Rece mucho por su

Mornese, 2 de julio de 1876

humilde hijo
DON SANTIAGO COSTAMAGNA

N. B. Me olvidaba de decirle que fui a Sestri a visitar a las Hermanas. Están bien, tienen un trabajo ímprobo, se encuentran en medio de muchos peligros, pero el Señor las ayuda visiblemente.

Apenas tienen tiempo de oír la santa misa y de hacer un poco de meditación. El bien que hacen a aquellas niñas es realmente consolador y consolaría aún más si no lo impidiera una prudencia mal entendida. Pobrecitas, se encuentran realmente como peces fuera del agua.

El arcipreste, a pesar de todo, las atiende, las confiesa él mismo y no hay que temer daño alguno. Que Jesús nos bendiga a todos.

Apostilla autógrafa de Don Bosco. Procédase a los dos trámites: la venta de Mornese y la compra de Gavi.

El original en el Arch. Centr. Sales. — Roma.

ANEXO N.º 17

Solicitud de Don Bosco al arzobispo de Turín para la apertura de la casa de Lanzo

Excelencia Reverendísima:

Los grandes beneficios materiales y morales obtenidos por los que en los seminarios o en otras casas de educación han confiado a las religiosas los trabajos y ocupaciones propias de su condición femenina, me han animado a hacer otro tanto en el colegio-internado de Lanzo.

Suplico, por tanto, a V. E. Rvdma, que se digne dar su autorización para que algunas religiosas del Instituto de María Auxiliadora sean enviadas con este fin al mencionado colegio, en lugar preparado expreso, con las mismas

condiciones con que permitió que otras del mismo Instituto vinieran a dar clase a las pobres niñas de Valdocco.

Se hace constar que las ocupaciones de las religiosas se desarrollarán exclusivamente en el colegio y para el colegio y que, por cuanto respecta a las prácticas de piedad, tomarán parte en las que se celebran regularmente para los alumnos del mismo colegio.

Con la confianza de que será favorablemente atendida dicha petición, con profunda gratitud tengo el honor de profesarme de V. S. Rvdma.

Turín, 10 de septiembre de 1876

humilde suplicante
JUAN BOSCO, Pbro.

ANEXO N.º 18

**Estudio del tema «Las Hijas de María Auxiliadora»
como consta en el acta del primer Capítulo General Salesiano
(septiembre-octubre 1877)**

VII Comisión formada por Don Costamagna, Don Bonetti, Don Cerruti, Don Albera; ponente, Don Cerruti:

«Es de todo punto admirable el incremento que está tomando el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora.

Ya se han fundado muchas casas; se dedican a múltiples trabajos y comienzan a unirse a nosotros también en las misiones. El bien que pueden realizar es muy grande y completará lo que nosotros emprendamos...

En otro tiempo parecía que la *sal terrae* fuera exclusiva de los sacerdotes, pero como ahora se intenta poner maestras que cultivan muy poco los principios religiosos, por esto es preciso que también las Hijas de María Auxiliadora se preparen para el magisterio y se habiliten para la educación de las niñas de los distintos países, especialmente de las más pobres y abandonadas, a fin de que poco a poco hagan por ellas lo que los Salesianos hacen con los jóvenes. De este modo también ellas podrán ser sal de la tierra.

Establecemos, pues, que nuestras religiosas se preparen para esto.

... Pero como el Señor ha dispuesto que recibamos ayuda de tantas de estas buenas Hermanas que pueden hacerse cargo de la ropa y de la cocina de nuestras casas, sirvámonos de ellas en esto, pero con las debidas precauciones.»

Y aquí la comisión propone normas reglamentarias para las relaciones recíprocas entre Salesianos y Hermanas.

ANEXO N.º 19 a

Sobre las escuelas femeninas del municipio de Mornese

El año mil ochocientos setenta y siete, el tres de abril, en Mornese, en la sala consistorial.

El concejal Campi, al desarrollar su propuesta, dice que sería muy conveniente confiar la enseñanza de las niñas al Instituto femenino de Don Bosco existente en esta cabeza de municipio, que aquí no se trata de hacer una afrenta a la actual maestra Maccagno, puesto que ya ha manifestado varias veces su deseo de ser exonerada de tal cargo por exceder a sus fuerzas, dado el excesivo número de alumnas que acuden a la escuela. Es probable, además, que tome la escuela mixta de Casaleggio, de modo que no causaría daño alguno; observa también que, contando el edificio de Don Bosco con amplias salas y con muchas y buenas maestras, sería muy conveniente ese traslado, lo mismo en el aspecto higiénico que en el cultural.

Insta, por consiguiente, a que sea sometida a votación su propuesta, tanto en el aspecto higiénico como en el cultural, observando que de todos modos no produciría su efecto hasta el curso escolar 1877-1878 y siguiente.

Sometida a votación nominal, responden *sí* ocho concejales y *no* uno sólo, es decir, el señor Massa. Aprobada, pues, se encarga el alcalde de dar notificación de la misma a la señora Angela Maccagno y de hacer las debidas diligencias ante la dirección del Instituto femenino para que sea aceptado el proyecto.

Así se cerró la presente acta que fue leída y firmada como sigue: firm. Mazzarello - firm. Massa - firm. Traverso, secr.

ANEXO N.º 19 b

Acerca de la escuela femenina en Mornese

Ayuntamiento de Mornese - 1877

El año mil ochocientos setenta y siete, a catorce del mes de septiembre, en Mornese, en la sala consistorial.

A raíz de la notificación aprobada en la sesión anterior, se ha reunido el Consejo municipal integrado por los señores: Agustín Mazzarello, Alcalde - Valentín Campi - Lorenzo Ghio - José María Pastore - Juan Mazzarello - Juan Arecco - José Mazzarello - Jerónimo Bianchi - José Bodrato - Luis Fossati - Domingo Mazzarello - Angel Pestarino - concejales, con la asistencia de un secretario infrascrito.

El señor alcalde declara que la delegación provincial de enseñanza rechazó, como ilegal, el acuerdo de fecha 3 de abril p.p. con el que el consejo

consistorial votó el proyecto de confiar al sacerdote Juan Bosco el encargo de proceder a la instrucción femenina, por la razón de que los consejeros comunales no pueden renunciar a los derechos otorgados por la ley en cuestión de instrucción, señaladamente el de nombrar a los maestros y vigilar y dirigir las escuelas, y pide que se lea la nota escrita al respecto por el subprefecto del distrito, de fecha 2 de junio. El concejal Campi, autor de la propuesta aprobada por el consejo y declarada ilegal por la autoridad escolar, observa que con tal propuesta no pretendía que el ayuntamiento renunciara a los derechos y atribuciones concedidos por las leyes y reglamentos para nombrar a un particular, sino simplemente hacer lo que siempre ha hecho —a modo de ejemplo— el municipio de Novi, el cual ha confiado las escuelas masculinas a una comunidad religiosa, como son los Somascos, reservándose, naturalmente, el consejo el derecho de nombrar al maestro y de dirigir e inspeccionar la enseñanza; y cree que el señor alcalde debería escribir una carta al subprefecto en el sentido por él señalado, y le extraña mucho que no pueda hacer la administración de Mornese lo que hacen cada día los más conspicuos municipios de los alrededores e incluso de la provincia; que, por lo demás, no tiene ninguna propuesta al respecto, pero que está más que convencido de que, dadas las susodichas explicaciones, la autoridad escolar debería refrenar el decreto de emulación; y por esto se remite a lo que dice el consejo.

El consejo, haciendo constar en acta las observaciones del concejal Campi, declara con voz unánime que procederá al nombramiento de la maestra según las normas establecidas por la ley.

ANEXO N.º 20 a

**Decreto de monseñor Sciandra
en calidad de delegado de la Santa Sede**

IOSEPH MARIA SCIANDRA

**Dei et S. Apostolicae Sedis gratia Episcopus Aquensis
hac in parte Delegatus Apostolicus**

Viso, et qua par est reverentia, excepto Rescripto S. C. Episcoporum et Regularium sub die 14 septembris 1877, praesenti decreto adnexo.

Quum nobis constet de veritate narratorum quae laudatum Rescriptum praecedunt.

Visa item declaratione in scriptis emissa ab oratore d.no sacerdote Joanne Bosco Congregationis Salesianae rectore generali, se redditurum aedes, de quibus in precibus, cum adnexa Ecclesia, Ordini religioso Cappuccinorum, quo casu isti in dictum locum redire valeant, recepto tamen prius pretio pro emptione ab oratore persoluto.

Utentes auctoritate nobis benigne commissa, facultatem damus d.no sa-

cerdoti Joanni Bosco aedes acquirendi juxta preces ab ipso datas S. Sedi, ac servatis iis omnibus quae subsecuto Rescripto S. C. Episcoporum et Regularium praescripta fuere.

Datum die 27 septembris 1877

† JOSEPH MARIA, Episc. del. ap.
Sac. FRANCISCUS BERTA, Secret.

ANEXO N.º 20 b

Escritura de la compra del convento «Virgen de las Gracias»

Reinando S. M. Víctor Manuel II, por gracia de Dios y por voluntad de la nación Rey de Italia.

Venta de los inmuebles abajo designados, hecha por la Sociedad Enológica de Savigliano a favor del señor sacerdote Juan Bosco, por el precio de 30.000 liras. El año mil ochocientos setenta y siete, a doce del mes de octubre, en Savigliano, y en el despacho de mí, el infrascrito notario, sito en el segundo piso de la casa de mi propiedad, en la calle San Andrés, puerta n.º 5.

Comparece ante mí, Tomás Miretti, notario real, residente en esta ciudad, inscrito en el consejo notarial del distrito de Saluzzo, y en presencia del señor canónigo Andrés Davicino, hijo de Juan, difunto, y José Rossi, hijo de Mateo, difunto, propietario, naturales, este de Gambarana (Lomellina) y residente en Turín, y aquel, de Savigliano, donde reside, testigos rogados, idóneos, presentes y conocidos.

Comparecen personalmente los honorables señores Juan Bressa, hijo de Luis, difunto, tipógrafo, natural y vecino de Savigliano, socio director de la Sociedad Enológica, junto con los señores notarios caballero Javier Negro, hijo del notario Francisco, difunto, caballero ahogado Alberti de Pessinetto, hijo del también abogado Juan Bautista, difunto, notario Carlos Alfonso Lingua, hijo del caballero José, difunto, lugarteniente de infantería, como procurador general suyo en virtud del acta del 27 de octubre de 1869, rogado Lingua, registrado aquí el 15 de noviembre sucesivo, con el n.º 997, con tres liras y sesenta céntimos en su calidad de herederos del primo, caballero Francisco Antonio Lingua, naturales y vecinos de Savigliano; Hermán Becker, hijo de Luis, difunto, natural de Neuwied (Prusia) y vecino de Turín, propietario, Juan Bautista Braida Bruno, hijo de Miguel, dependiente, en calidad de heredero universal de Don Juan Derastici, difunto, hijo de Francisco Sebastián, también difunto, por testamento ológrafo del 24 de junio de mil ochocientos setenta y seis, depositado en poder del notario Devecchi con instrumento público del 26 de diciembre de 1876, registrado en Nizza Monferrato el 27 de diciembre del mismo, con el n.º 1.636, con diez liras, natural de Susa y vecino de Nizza Monferrato, aquí representado por el señor Esteban

Lanzetti, hijo de Esteban, difunto, propietario, natural y vecino de Savigliano, en virtud de poder especial de 9 del corriente mes, legalizada por Devecchi, que se manda incluir en la presente acta para el efecto de que se trata, todos socios aptos de la expresada Sociedad Enológica e investidos de todos los poderes de la misma para la cesión de los propios derechos y participación, hecha anteriormente por el otro socio, el señor Marciano Grassi, hijo de Esteban, difunto, con instrumentos del 12 de abril de 1875, rogado Jacinto Negro, notario, por una parte y por la otra el Rvdo. Sacerdote Don Juan Bosco, hijo de Francisco, difunto, natural de Castelnuovo d'Asti, vecino de Turín, aquí representado por el Rvdo. sacerdote Don Miguel Rúa, hijo de Juan Bautista, difunto, nacido y domiciliado en Turín; el 3 del mismo mes, n.º 31, con tres liras y sesenta céntimos, conocidos por mí, el notario, en virtud de la presente escritura, convienen y estipulan cnanto sigue:

La referida Sociedad Enológica, en la persona de los arriba mencionados, ha vendido, como la presente acta expresa, a dicho señor Don Bosco, aquí aceptante en la persona del susodicho señor Don Miguel Rúa, el siguiente inmueble que posee la Sociedad en la ciudad de Nizza Monferrato, consistente en una finca compuesta de terreno plantado de viñas y alfalfa, con amplio edificio en su interior, en un tiempo usado como iglesia, de unas 196 áreas, con muro de cerca, a poca distancia de la población, zona «Virgen de las Gracias», carente de plano con el que limitan a los dos lados, es decir, por el mediodía, un camino vecinal; por levante, los herederos del conde Melchor Corsi de Bosnasco, y por poniente, los herederos de la señora Josefina Morino, salvo otros verdaderos colindantes cuya variación no perjudicará la validez del contrato.

De este inmueble, con todos sus servicios, usos, servidumbres, activas y pasivas inherentes y con todos los locales, parajes y derechos, la Sociedad, al desposeerse de él, lo entrega al mencionado señor Don Bosco, constituyéndolo propietario en la forma más procedente en derecho, con las debidas promesas de evicción y franco y libre de toda hipoteca y carga impeditiva de libre venta, respondiendo solidariamente todos los socios, para la cancelación de todas las hipotecas y la entrega del correspondiente certificado.

Se declara que la venta se hace a cuerpo cierto y no por unidad, con renuncia respectiva a toda reclamación por diferencia de superficie y tal como el mismo inmueble entró en propiedad de la Sociedad por compra hecha al municipio de Nizza Monferrato en instrumento del 24 de junio de 1871, rogado Arrigotti, registrado en Nizza Monferrato el 13 del siguiente mes de julio con el n.º 768, con novecientas ochenta y ocho liras, y así, bajo todas las condiciones del mismo, resultantes como si estuvieran repetidas en el presente acto, habiendo tomado conocimiento de dicho acto el señor comprador, habiéndosle entregado, además, en este momento una copia del mismo.

El señor Don Bosco se entenderá, entrado en posesión del inmueble, a partir del día de hoy, con la carga de pagar las correspondientes contribuciones. Queda facultada la Sociedad para retirar todos los utensilios y fondos

de cualquier género para uso de la fabricación y renta de viñas que todavía se encuentran en la parte alquilada, no comprendiendo la presente venta otros efectos muebles que los que, estando fijos y adosados al edificio, se encuentran incorporados al mismo.

La presente venta está hecha por el precio total de treinta mil liras, de las cuales, quince mil liras han sido desembolsadas aquí, contadas y pagadas en moneda de curso legal, y, previo su recuento, fueron retiradas por los susodichos señores socios en presencia de mí, el notario, y de los testigos infrascritos, por lo que se le extiende recibo formal; y las restantes quince mil liras, el señor Don Bosco, en la persona del arriba mencionado, promete pagarlas a los señores vendedores, o a quien les represente, por todo el mes de abril del año venidero 1879, con el correspondiente interés anual del 6 %, pagable por semestres vencidos sin ninguna excepción en contra y bajo garantía de bienes de dicho señor Don Bosco, en forma legal y bajo pena, en su defecto, de correr con todos los daños y perjuicios.

Y para la ejecución de las obligaciones arriba asumidas, dicho señor Don Bosco, en la persona del ya mencionado y de los señores vendedores, eligen domicilio en esta ciudad y en el despacho del infrascrito notario, donde declaran válida cualquier demanda, citación, notificación y correspondiente procedimiento.

Se une a la presente escritura el poder arriba indicado en extracto.

Y requerido yo, el notario, me he hecho cargo de la presente acta cuyo contenido, además del inserto, he leído y pronunciado con voz clara e inteligible a las partes, en presencia de los testigos, como así declaran, y, previa confirmación de que lo escrito es conforme a su voluntad, suscriben todos, con los testigos y conmigo, el notario.

Esta acta, escrita en dos folios por persona de mi confianza, ocupa siete páginas.

En original: JUAN BRESSA

Notario JAVIER NEGRO

Abogado ANGEL ALBERTO

Notario CARLOS ALFONSO LINGUA

HERMÁN BECKER

ESTEBAN LANZETTI

MIGUEL RÚA, Pbro.

CANÓNIGO ANDRÉS DAVICINO, testigo

JOSÉ ROSSI, testigo

TOMÁS MIRETTI, notario

ANEXO N.º 21

Don Bosco a la señora Elena Jackson, principal bienhechora de los Salesianos de Montevideo

Benemérita señora Jackson:

...

El doctor Don Cagliero y el doctor Lasagna me habían hablado varias veces por carta de su piedad, de su amor al Papa y de su gran caridad para con el Colegio Pío. La ayuda prestada para iniciar este colegio; (...) la casa de las Hermanas de María Auxiliadora son obras que harán que su nombre sea siempre amado y venerado y se hagan oraciones especiales por usted mientras dure la Congregación Salesiana. Usted, pues, ha sido inscrita en el catálogo de nuestros insignes bienhechores y cada mañana, en todas las casas de nuestra Congregación, se harán especiales oraciones, a fin de que Dios misericordioso colme de gracias a su hermano Don Juan y conceda la gracia tan deseada para la apenada Doña Clarita (...).

Además, la obra que le proporcionará un gran mérito delante de Dios y de los hombres es la de las Hermanas de María Auxiliadora. Don Cagliero ha hecho ya la elección, y las seis designadas están estudiando con mucho interés el español y se preparan para salir el próximo mes de noviembre.

Todas las Hermanas del nuevo Instituto rezan desde ahora por usted, que hace posible su primera fundación en América del Sur. Quizá usted no comprenda suficientemente el valor de la obra que realiza. Fundar un instituto educativo en un país significa hacer un gran beneficio a todos los ciudadanos actuales y a todos aquellos que vivirán después de nosotros.

...

Turín, 13 de septiembre de 1877

humilde servidor
JUAN BOSCO, Pbro.

ANEXO N.º 22 a

Expediente para la fundación de la casa de Chieri

Súplica de Don Bosco a S. E. Rvdma. el Arzobispo

Excelencia Reverendísima:

El sacerdote Juan Bosco, en su deseo de proveer a la necesidad moral de las pobres niñas de la ciudad de Chieri, ha preparado un edificio y una capilla dedicada a Santa Teresa, en la antigua casa Bertinetti.

Ahora suplica a V. E. se digne permitir que las religiosas llamadas Hijas de María Auxiliadora puedan ir a residir en ese lugar para hacerse cargo de las niñas, como les fue concedido a las que dan clase cerca de la iglesia de Valdocco.

En segundo lugar, delegar a una persona que visite la capilla mencionada y, hallándola en las debidas condiciones, proceda a bendecirla con las fórmulas prescritas por la Santa Iglesia.

Esperando esta gracia, se profesa de V. E. Rvdma.

Turín, 10 de mayo de 1878

humilde suplicante
JUAN BOSCO, Pbro.

ANEXO N.º 22 b

Decreto episcopal para la casa de M. A. de Chieri

Laurentius Gastaldi Dei et Apostolicae Sedis gratia Archiepiscopus Taurinensis, Doctor et magnus cancellarius Collegii Theologorum. SS. D. N. Pii Papae IX Praelatus domesticus et Pontificio Solio Assistens.

Dilecto nobis in Christo Reverendissimo Domino Joanni Bosco Superiori Congregationis Salesianae salutem in Domino.

Quum per subannexum memoriale a te nobis exhibitum acceperimus, in districtu parochialis Ecclesiae S. Mariae de Scala Civitatis Cherii te domum, iisdem in precibus expressam, erexisse, ubi puellarum saluti aeternae pro viribus prospicias, tuum studium ac pietatem in Domino commendantes, tibi per praesentes, auctoritate nostra ordinaria, concedimus in dicta domo Sacellum Deo in honorem Sanctae Theresiae facultatem erigendi, quod nomine nostro, dummodo in eo omnia ecclesiasticis legibus tum generalibus, tum Dioecesanis conformia reperiantur, a Domino Curato Ecclesiae parochialis S. Mariae de Scala praedictae Civitatis, benedicendum erit.

Insuper tibi facultatem facimus aliquos ex tuis sacerdotibus deputandi, qui in hoc Oratorio sacra munia obeant, missas scilicet celebrent, confessiones excipiant, sermones habeant, atque catechesim doceant.

Tandem sit tibi pariter facultas destinandi aliquos ex Religiosis, quae se devoverunt operibus pietatis et charitatis sub titulo Filiarum Mariae Auxiliatricis, ut illuc se conferant ad curam suscipiendam praedictae domus et puellarum, quae in scholas et Oratorium conveniunt. Dum haec ex animi nostri benevolentia concedimus totis viribus te in Domino hortamur, ut omnia semper fiant cum plena satisfactione superioris Ecclesiastici localis.

Mandamus decretum hoc nostrum cum precibus in Archiepiscopalis Curiae nostrae acta referri, eorumque exemplar tradi ad effectum.

Datum Taurini die decima nona mensis junii anno 1878

† LAURENTIUS, Archiepiscopus
M. SORASIO, Secretarius

ANEXO N.º 22 c

Litigio por el Oratorio de Chieri

El jesuita P. Testa a Don Bosco - septiembre 1877

...

Se dio comienzo al oratorio femenino y se recurrió a V. R. Como sabe, el cura párroco de la catedral se posesionó de él en su casa... Eligió a tres como fundadoras: Braia, Ciceri y la hermana de Don Sona. Braia metió a dos maestras de canto que perturbaron, según tengo entendido, la buena marcha del oratorio. Procuré que las expulsaran, pero todavía no lo he conseguido; mientras tanto la señora Ciceri se retiró, y entretanto, siempre indirectamente, logré que al menos se moderaran un poco; obtuve además, por medio de Monseñor, que el oratorio no se abriera durante las funciones de iglesia porque, dije, está prohibido por el Papa. El oratorio femenino, como me consta por el mismo señor párroco, no va bien, languidece cada vez más. Espero, no obstante, poderlo mantener en pie hasta el momento que le diré a continuación.

Cuando volví de vacaciones a Chieri y me enteré bien de todo, conseguí de Roma una bendición especial del Papa, después redacté un pequeño programa de oratorio para los jóvenes y me presenté con él al Arzobispo, el cual, viendo las instrucciones que tenía de Roma, lo confirmó todo, palabra por palabra; también el nuevo personal (el antiguo que eligió y me dio el Arzobispo, no había hecho más que cotorrear). El de ahora lo compone el canónigo Sona, como Director; Don Cumino, que ha sido formado por él, como vicedirector y tesorero, y Serra, como capellán y maestro de canto. Con sólo estos y algunos consejeros *pro-forma*, se fundó la obra. Quise que estuviera adscrito a la parroquia de San Jorge, para no tener jaleos con la catedral ni con el seminario. Pero le alquilamos al padre Domingo Almando un local, a alto precio, e invitamos al párroco de San Jorge, al abad Botto y a algunos más y se abrió el oratorio con sesenta niños, todos los que cabían en el local. Allí leí el programa en nombre del Papa y lo comenté, pero dije que estaba aprobado por el Ordinario y por el párroco según los cánones y que había sido informada de todo la autoridad civil, la cual había prometido dar una subvención después de dos meses de funcionamiento. Hubo juegos, se cantó un himno en honor del Corazón de Jesús, a quien está dedicado el oratorio, y se repartieron regalitos a los niños. Hasta ahora marcha bien, pero las estrecheces del local no nos permiten recibir a los doscientos muchachos que piden entrada, para lo cual se han hecho unos carnets apropiados que se entregan vez por vez a los que cumplen los requisitos establecidos.

A los pocos días vi al párroco de la catedral, con el que tengo relación frecuente, lo mismo que con los demás de cualquier partido. Se me quejó de que lo hubiera abierto sin decirle nada. Yo, que soy muy franco y no le tengo ningún miedo, le respondí al instante:

—Mc sorprende su observación. Usted sabe que hace ya dos años que

venimos hablando de esto, y sabe también que no he conseguido nunca de usted una ayuda eficaz, por lo que me he visto obligado a recurrir a otra parte.

—Pero V. S. sabe —me replicó— que el párroco tiene el deber y el derecho de dar él la instrucción religiosa; para los de San Jorge, pase, pero a los míos me corresponde a mí.

—Perdone —le repliqué—, quizá ignora usted que yo soy doctor en Derecho por Roma y que, por tanto, conozco los límites de los derechos parroquiales mejor que los doctorados en la universidad de Turín, que en esta especialidad no tienen en Roma buena fama, que digamos. Yo digo, pues, que usted tiene el derecho de enseñar en su iglesia, y esto es verdad, pero los jovencitos de su parroquia tienen también el derecho, según el *Jus canonicum romanum*, de ir a las Vísperas cantadas y a recibir la bendición (a la que no están obligados) y a divertirse, según la clase de oratorio promovido por Pío IX, donde mejor les plazca. ¿Querría, pues, usted, por su derecho mal entendido, que se dejara a los jóvenes en medio de los peligros de las calles y plazas? Piense, más bien, en la obligación *sub gravi* que tiene de buscar la forma de oponerse a la última ley que procura impedir la instrucción religiosa: esto es a lo que se debe mirar.

Después, tomando a broma esta reprimenda, le dije: Tiene otra obligación estricta, y es la de darme un vaso de su exquisito vino, porque me ha hecho cansarme más de una hora. Y así, después de beber y de estrecharle la mano, me fui, dejándole sin ganas de hacer nunca más semejante prueba.

Me temía, por parte del teólogo Boccardo, y, por consiguiente, del Arzobispo, algo contra el oratorio por alguna expresión de Boccardo. Para conjurarlo le escribí una carta un poco dolida, que podía enseñar al Arzobispo, diciéndole que inútilmente había intentado el pasado año, con él y con los demás, la obra del oratorio, pero que me había dirigido a Roma, a pedir la bendición del Santo Padre, después al Arzobispo y por último al párroco de San Jorge, que con el nuevo personal se había abierto; que quien favorece tales obras es bendecido por Dios y quien las obstaculiza es severamente castigado; y le conté tres casos de eclesiásticos que habían pasado por mis manos. No osó responderme, pero encontrándolo casualmente, pareció extrañarse de mi recurso a Roma. Yo le respondí: «Sé el terreno que piso, pero lo he hecho expresamente y así haré siempre».

Estas son las obras ya realizadas... Y los demás deben sostenerlas hasta que V. S. pueda establecer una casa masculina y femenina.

Cuando esto se realice, ya hemos decidido nosotros y el Rvdo. P. Pellico, nuestro consejero, entregarle inmediatamente el oratorio femenino y masculino con todo lo que contenga. Si los utensilios no han sido pagados aún con los donativos gratuitos, deherán ser comprados por ellos, es decir, deberán pagar la deuda, que al presente es de trescientas liras. Sólo se le ruega que mantenga en su puesto al vicedirector Don Cumino, mientras el arzobispo lo permita. No es fácil que se pueda fundar una casa suya en Chieri así por las buenas, porque el párroco de la catedral dijo que quiere a las religiosas de Don Bosco, pero no a los Salesianos. Temo igualmente por parte de

otros, especialmente del Arzobispo. No obstante, me parece que debe hacerse así: solicitar del Papa un *breve* para la fundación de una casa en Chieri. En él debe decirse que basta dar una copia al arzobispo para que lo sepa. Sobre el número de seis padres, se pide el permiso para tres, o al menos dos; y se especifica que vienen especialmente para abrir oratorios y escuelas y dirigirlos según su instituto. De este modo, ni el Arzobispo ni el párroco ni nadie podrá impedirlo. El padre Rostagno podría redactar el *breve* o súplica, según las formas canónicas; usted podría ir después a Roma para tratarlo directamente. Rece, pues, y haga rezar para que *viribus unitis*, todos juntos, salvemos de la ruina a nuestra pobre patria y la fe de nuestros mayores.

Permítame que le bese humildemente la mano. De V. S. Rvdma. Fundador de los Salesianos,

Íntimo servidor en Cristo
P. LUIS TESTA, D. C. D. G.

ANEXO N.º 22 d

El canónigo Oddenino a Don Bosco

Honorable señor:

A principios de la semana pasada escribí a V. S. honorable rogándole una respuesta respecto a las funciones religiosas que desde hace algunos meses se celebran en el oratorio llamado de Don Bosco, erigido en el distrito parroquial de esta ciudad. Dicha carta mía estaba motivada por las prescripciones sinodales y también por nuestros acuerdos de palabra. No habiendo llegado la deseada respuesta solicitada y viendo y sabiendo por el contrario que continúan los mismos abusos, para descargo de mi conciencia, me veo obligado a prevenir de todo esto al señor Arzobispo, y comunicarle también a usted mi determinación.

Ciertamente, al condescender por consejo del señor Arzobispo, a quien manifesté las explícitas intenciones de V. S. Rvdma. manifestadas varias veces al escribiente, más aún, al solicitar con entusiasmo la apertura del mencionado oratorio, con el fin de catequizar a las niñas de la feligresía proporcionándoles algún honesto esparcimiento, no hubiera imaginado nunca tener que escribir tan desagradable carta. Procediendo las cosas en buena armonía y con el único fin que nos habíamos prefijado, no me imaginaba tampoco que, casi en su comienzo tuviera que lamentar transgresiones y abusos producidos ¿por quién...? y ¿por qué? Pero, desdichadamente, me equivoqué en mis opiniones y ahora sufro sus amargas consecuencias.

Bajo la pesadilla del dolor y de la consternación de tener que proceder en los términos arriba expresados, aprovecho la ocasión para reafirmarme con la máxima estima y con el profundo respeto hacia V. S. honorable

9 de diciembre de 1878

devotísimo servidor
ANDRÉS ODDENINO, Canónigo párroco

ANEXO N.º 22 e

Respuesta de Don Bonetti al canónigo Oddenino

Optimo señor Canónigo:

El señor Don Bosco, mi venerado Superior, no ha podido responder a su carta porque una enfermedad en los ojos le obliga a hacer reposo absoluto. Habiendo recibido yo el honroso encargo, lo cumplo significando a V. S. que las funciones religiosas que se celebran en el Oratorio Santa Teresa no van absolutamente en contra de las disposiciones sinodales. En Turín, dichas funciones tienen lugar en todos los oratorios festivos simultáneamente a las de las respectivas parroquias. Por consiguiente, mientras la autoridad competente no nos lo prohíba, creemos estar en regla y no cometer ningún abuso, como usted nos recrimina. V. S. querría que tales funciones no se celebraran al mismo tiempo que las de la catedral, pero dígame, por favor, ¿cuándo querría que las hiciéramos? Si se hacen antes, es demasiado pronto y las niñas, terminadas las funciones, saldrían del oratorio para ir a corretear por la ciudad, aún más, las mayorcitas irían a los bailes, como hacen muchas de las que no acuden al oratorio. Si se hacen después, es demasiado tarde, y en esta estación ya es de noche. En este caso ¿cómo se hace para mantener en orden a cuatrocientas niñas?

Y por otra parte, mandarlas a casa de noche ¿cree usted que estaría bien hecho?

Dígnese V. S. reflexionar en que el fin de los oratorios es doble: uno, el de instruir, y otro, el de entretener a la juventud con honestas diversiones para apartarla de los peligros. Si hacemos como hasta ahora, se recoge el doble fruto; de lo contrario no, antes bien, se corre el peligro de destruir la obra. Con toda estima

10 de diciembre de 1878

reconocido servidor
JUAN BONETTI, Pbro.

ANEXO N.º 22 f

Don Rúa a S. E. monseñor Gastaldi

Excelencia Reverendísima:

Hace días fui requerido por el señor Vicario para escuchar algunas observaciones acerca del oratorio femenino de Chieri.

Para conocimiento de S. E. Rvdma., creo oportuno darle una breve relación por escrito respecto al mismo.

Las niñas que asisten a dicho oratorio son unas cuatrocientas, de siete a dieciséis años, divididas en doce grupos. Todos los días festivos por la mañana se les da oportunidad para confesarse. A las 8 comienza la misa, después de la cual tiene lugar una breve explicación del Evangelio adaptada a ellas. A

las 10, unas ciento cincuenta de ellas vuelven para la clase dominical, hasta el mediodía, porque la mayor parte de ellas, siendo pobres, empiezan, en cuanto son capaces, a trabajar en las fábricas de algodón y de tejidos y no asisten a las escuelas estatales, por lo que son poco menos que analfabetas.

A la 1,30 de la tarde comienzan a reunirse en los diferentes patios, según la edad, y hacen un poco de recreo bajo la asistencia de las Hermanas y de las jóvenes mayorcitas y más instruidas, que colaboran también como catequistas. Alrededor de las 2,15, se distribuyen en grupos en sus respectivos patios y van al catecismo acompañadas por la respectiva maestra.

Terminado el catecismo, se canta el *Magnificat*, o bien un canto religioso; a continuación se les hace una breve y sencilla instrucción sobre los mandamientos, después de la cual se imparte la bendición. Al salir de la iglesia continúan los juegos hasta el anochecer y así se impide que vagabundeen por las calles o vayan a los bailes que se organizan cada día de fiesta en distintos puntos de la ciudad, donde, durante las funciones, por negligencia de los padres, se ven con pena jovencitos y jovencitas hasta de doce años, todos juntos en tan triste diversión.

Por lo que me dijo el señor Vicario, alguien de Chieri no querría que tales funciones se celebraran simultáneamente a las de la catedral. Yo le advertí que para esto haría falta optar por una u otra de estas dos cosas: o despedir del oratorio a las niñas hacia las 2 ó las 3 de la tarde, exponiéndolas a ir de aquí para allá por la ciudad —porque S. E. conoce muy bien los tiempos que corremos y la libertad en que dejan los padres a sus hijos—, o bien comenzar nuestras funciones al anochecer y mandar a casa a las niñas de noche, ya que las funciones en la catedral terminan sobre las 5 de la tarde. Hago constar también que las funciones del oratorio no estorban para nada las de la catedral, porque las primeras se hacen para una clase de personas —niñas de siete a dieciséis años— que no tomarían parte en las segundas, o bien participarían en ellas con poco o ningún fruto, al no hallar un pan apropiado para sus dientes.

Antes de celebrar nosotros las funciones religiosas en dicho oratorio, no iba nadie a la parroquia, y nosotros hemos seguido celebrándolas a la misma hora.

Conviene tener en cuenta que el fin de los oratorios festivos es doble, así como es también doble el fruto que se ha de recoger: instrucción y aljamiento de los peligros, que si son grandes para los muchachos no lo son menos para las jóvenes. Ahora bien, este fin y este fruto se empieza a obtener en el mencionado oratorio, por lo que muchas personas de la ciudad, así como del Exmo. Cabildo, consideran esta obra como una bendición de Dios. Si S. E. quiere informarse por los canónigos Cumino, Francisco Calosso o Sona, no tardará en saber la opinión de los buenos chierenses a este respecto.

Al someter a la prudencia de V. E. las noticias y observaciones indicadas, le ruego se sirva darnos sus altos consejos sobre el particular, que recibiremos siempre con veneración, y si viniéramos a saber que nuestra obra no es del agrado de Dios, la abandonaríamos inmediatamente.

No es, ciertamente, *ad destructionem*, sino *ad aedificationem* por lo que mantenemos en aquella casa a las religiosas de María Auxiliadora y mandamos allí todos los sábados a un sacerdote de Turín.

Aprovecho con gusto esta propicia ocasión para profesarme, con toda estima y veneración, de V. E. Rvdma.

Turín, 10 de diciembre de 1878

humilde y devoto servidor
MIGUEL RÚA, Pbro.

ANEXO N.º 22 g

El canónigo Sona a Don Bonetti

Queridísimo y muy reverendo señor:

Habiendo oído las noticias referentes a las vicisitudes del oratorio y casa salesiana establecida en Chieri, y temiendo que en esta misma semana puedan ser muy graves y funestas, esperando por otra parte que, con la ayuda y la protección de María Auxiliadora y de San José, pueda quedar todo en humo de pajas, he creído necesario manifestarle por escrito mi pensamiento, rogándole tome buena nota de todo y se lo comunique al reverendísimo Superior.

Respecto a lo que usted escribió y dijo de palabra los últimos días respecto a cuanto dispuso, es decir, de mendar a la iglesia parroquial a las niñas más pequeñas, no me corresponde a mí enjuiciar estas cosas ni señalarle las consecuencias que se puedan derivar de ello, solamente recomiendo a V. S. Rvdma. que tome nota exacta de toda palabra o escrito del canónigo párroco y del canónigo arcipreste Vicario foráneo, así como del Vicario General y del Rvdmo. Arzobispo. En fin, de todo lo que se trató, dispuso e hizo en esta ocasión, así como con ocasión de la bendición del oratorio y del permiso pedido a la Rvdma. Curia para celebrar las sagradas funciones.

Porque tengo la certeza moral de que deberá tratarse de todo esto, o ante el señor arzobispo o ante la curia arzobispal por parte del mismo señor párroco, o bien por parte del arcipreste, Vicario foráneo Lionc, haciéndose relaciones probablemente inexactas y exageradas, con la intención de hacer cerrar el oratorio o impedir por lo menos las devotas y necesarias funciones y prácticas religiosas, y todo esto en lo que queda de semana.

Ruego, pues, encarecidamente, a su caridad y prudencia, y mucho más a la caridad y prudencia maguánima y fortaleza del Rvdmo. Don Bosco, que no se desanime ni nos prive del gran beneficio del oratorio y casa salesiana de Chieri por causa de estas contrariedades.

No hay duda de que es el demonio el que levanta estas oposiciones, como levantó tantas otras años atrás en Chieri, cada vez que se trataba del bien de las almas. Por tanto, ruego encarecidamente a V. S. Rvdma. y por medio de usted al Rvdmo. Superior, que pondere bien todo y apoyándose en la ayu-

da de Dios y en las facultades y licencias obtenidas de la autoridad suprema de la Santa Sede, no deje que prevalezca el demonio impidiendo el gran bien del oratorio salesiano de Chieri. No me toca a mí sugerir el modo más prudente, pero creo que es necesario no discutir ya más ni insistir sobre el particular con el canónigo Oddenino, ni con el Vicario foráneo arcipreste Lione.

En cuanto al señor Arzobispo, yo creo que si estuviera bien informado por quien puede informarlo bien, no pondría ninguna dificultad ni decreto contra el oratorio, pues bien sabemos lo mucho que recomienda a los párrocos y sacerdotes todos estos oratorios festivos para la juventud. Además, aquí en Chieri, es algo de primera necesidad también para las jóvenes, pues aquí hay muchos peligros y escándalos gravísimos también para ellas.

Por desgracia, se dan con frecuencia bailes públicos en tiempo de carnaval y de las fiestas de la Virgen de las Gracias, así como en las ferias anuales. Y aún más, casi en cada fiesta se dan bailes públicos a las puertas de la ciudad o en los patios privados. Sí, desgraciadamente cada año las autoridades civiles registran muchos nacimientos ilegítimos, fruto de gravísimos escándalos para estas pobres hijas más mayorcitas, etc. etc. Novelas obscenas, enamoramientos, etc. ¡Para que luego digan algunos que sus feligresas no bailan! ¡Para que luego se quiera instituir la práctica de la no intervención de sacerdotes de fuera!

Esté muy atento, porque se armará un gran alboroto porque alguna niña, de las más pequeñas, ha pasado saltando a la cuerda por la plaza de la catedral al ir al oratorio. ¡Qué escándalo, Dios mío! Si es verdad que una niña del oratorio ha saltado así por la plaza de la catedral, sepa V. S. Rvdma. que también aprendieron a saltar así durante el pasado curso cuando los vicarios dirigían el oratorio y seguramente nadie las mandó nunca ir a saltar a la plaza de la catedral.

Y si alguien le dijera que el canónigo párroco plantea tales dificultades después de haber hablado sobre el particular con el Rvdmo. cabildo, sepa que esto no es verdad, ya que nunca se ha hablado de estas cosas en el cabildo reunido; pero no conviene descender a casos particulares para no enredar más las cosas.

Y así espero que el oratorio irá cada vez mejor con la ayuda del Señor; también el Rvdo. canónigo Cumino tiene buenas esperanzas, pero usted acuérdesese de sus autorizados avisos.

Que el Niño Jesús nos ayude a todos.

Chieri, 17 de diciembre de 1878

Suyo afmo. aunque indigésimo
Can. SONA

ANEXO N.º 22 h

El Vicario foráneo canónigo Lione a Don Bonetti

Muy ilustre y reverendo señor:

Ante todo debo pedirle mis más humildes excusas por no poder devolverle su memorial (era una copia del breve pontificio, 12 de septiembre de 1876) intacto, como lo recibí; un imprevisto accidente hizo que al sacarlo del bolsillo me quedara con un trozo en la mano, y lo he arreglado lo mejor que he podido.

Entrando en la cuestión de que se trata, habrá observado usted que en aquel Rescripto hay una cláusula: *servatis servandis, et sine ullo iurium parochialium detrimento*; éste es el nudo de la cuestión.

El plan que V. S. somete, casi parece la confirmación de cuanto ha suscitado la cuestión misma y no se podría aceptar tan fácilmente, ya que las personas que (sic) no serían excluidas del oratorio; sería (sic) muy indeterminado y vago y podría abarcar una infinidad de personas, que se encargarán del canto o del cuidado de las niñas; y allí declara que las jóvenes que van al oratorio, se dejarían en libertad de asistir a las funciones donde mejor les plazca, es decir, como en el pasado, lo mismo que en la casa del oratorio, respecto a los recreos, igualmente pueden quedarse para las funciones sagradas del mismo.

Por último debo hacerle notar que, habiendo tenido que escribir a Monseñor sobre la cuestión surgida y responder acerca de la medida tomada en la conversación del domingo pasado, y no habiendo recibido todavía contestación sobre el punto discutido, no puedo aceptar tan sencillamente el plan presentado por V. S.; después de esta advertencia, usted sabrá cuál es su deber en la presente emergencia.

De usted devotísimo servidor.

Chieri, 22 de diciembre de 1878

LIONE, Can. y Vicario

ANEXO N.º 22 i

Don Rúa a S. E. Rvdma. el Arzobispo

Excelencia Reverendísima:

Me ha sido comunicado que ayer V. E. Rvdma. tuvo ocasión de reunirse con varios miembros de aquel respetable Cabildo para tratar del Oratorio de Santa Teresa perteneciente a la Congregación Salesiana y sobre lo que se hace durante los días festivos en pro de las jóvenes de la ciudad. Se me ha hecho saber asimismo que S. E., habiendo conocido que se hace el bien, expresó su satisfacción y a los pocos que se mostraron contrarios les hizo ver su opinión al respecto. En la confianza de que contaremos con la gran benevolencia de V. E. Rvdma. para con nosotros, creo oportuno presentar aquí

copia de un *breve* del Santo Padre el Papa Pío IX de f. m., apoyados en el cual celebramos las funciones religiosas en dicho oratorio, lo mismo que en todas las demás casas que nos pertenecen en Italia, Francia y América. En nombre de Don Bosco, que se encuentra actualmente en Marsella, presento a S. E. la adjunta copia con el único fin de que tenga un argumento más para persuadir a los que niegan que los Salesianos están en regla, y no solamente autorizados por S. E. sino también por la Santa Sede, y por esto, por un vano temor, no se nos ponga obstáculos en el camino del bien.

Y ya que se me ofrece esta propicia ocasión, le notifico que después de la conversación privada con S. E. Rvdma. a mediados del mes pasado, hemos presentado al muy reverendo señor canónigo Lione, Vicario foráneo de Chieri, el siguiente plan de acuerdo que nos parecía razonable y que no impediría el fin del oratorio:

1.º Las funciones se tendrán al mismo tiempo que la instrucción parroquial y serán excluidas del oratorio las mujeres casadas y las solteras entradas en años;

2.º A las otras jóvenes se las dejará en libertad de asistir a las funciones donde más les agrade.

Esta propuesta, contra nuestra expectación, fue rechazada como inaceptable.

Al dar las gracias a S. E. por el favor con que nos anima a trabajar según nuestro fin en su archidiócesis, le ruego que continúe otorgándonos su benevolencia.

Recomiendo a la caridad de sus oraciones mi pobre persona, toda esta casa y especialmente al amado señor Don Bosco.

Acepte las pruebas de la profunda veneración y altísima estima con que, al besarle reverentemente el sagrado anillo, me profeso de S. E. Rvdma.

Turín, 13 de enero de 1879

humilde servidor
MIGUEL RÚA, Pbro.

ANEXO N.º 23

Acuerdos tomados durante las reuniones generales de las Superiores - agosto 1878

I

1. La limpieza y la gracia de Dios son dos cosas que se ha de procurar que vayan de la mano. El exterior debe corresponder al interior.

Habitaciones, corredores, refectorios, cocina, clases, deben, por su limpieza, hacer amable la pobreza religiosa. Mientras el interior de la casa deberá tener

lo estrictamente necesario, la sala de recibir a los externos estará arreglada de modo que no choque con las conveniencias sociales.

2. Puesto que la conservación de la salud física de las Hermanas ha de ser uno de los principales deberes de las Superiores, procúrese que en las salas no haya corrientes de aire, especialmente en invierno, y, por medio de cristales o cortinas acolchadas, elimínese un inconveniente que para algunas podría ser fatal.

3. Procúrese que la enfermería esté provista de todo lo necesario. La forma como se trata a las enfermas prueba el espíritu que reina en una casa: *infirmus eram et visitastis Me*.

4. Los recreos sean animados y alegres. El correr y saltar en esos momentos es muy beneficioso para la salud, aleja la melancolía y hace amable el cumplimiento de los propios deberes. Con este fin, organicéanse paseos frecuentes, cuando no haya obstáculos que merezcan seria consideración.

II

1. Santificarse y hacerse útiles al Instituto para gloria del Señor, son los dos fines inseparables de nuestra Congregación.

Una joven que entrara con la intención de pensar solamente en su alma, no es apta para cumplir los deberes que incumben a las Hijas de María Auxiliadora.

2. Por eso, la Superiora General ponga a estudiar al mayor número posible de Hermanas; las demás se perfeccionarán en las labores de aguja, punto, bordado y dibujo, de modo que puedan ser asimismo maestras en las respectivas labores.

Los trabajos materiales podrán dar ocupación a las que, no teniendo aptitudes para las mencionadas labores, sean robustas y gocen de buena salud. Pero todas las Hijas de María Auxiliadora deben estar dispuestas, sin excepción alguna, a hacer lo que la Madre Superiora estime conveniente mandarles. Recuerde cada una que la verdadera humildad consiste no ya en cumplir los trabajos más bajos, sino en cumplir lo que mande la obediencia, con el ánimo dispuesto a renunciar incluso a estos cuando sobreviniera una nueva orden.

3. No se descuide el estudio de la música y del canto; este estudio es una necesidad para quien desea abrir centros de educación. Hecha la elección de las Hermanas que dan esperanza de buen resultado, procúrese que tengan tiempo para capacitarse para este deber.

4. A las Hermanas destinadas a dar clase provéaselas de una pequeña biblioteca con los libros necesarios para sus estudios.

5. Búsquese trabajos de encargo para las responsables de los talleres.

III

1. Además de la bondad, las postulantes deberán poseer tres condiciones indispensables en el momento de la admisión: que sean desenvueltas, de buena salud y que sepan leer y escribir correctamente.

2. Empléese un caritativo rigor al someter a prueba a las postulantes, y mándeselas a casa si no poseen las cualidades morales y físicas requeridas por la Regla.

3. El postulante durará al menos seis meses.

4. Cuando una joven fuese baja de estatura, prorróguese dos o tres años la vestición, porque, generalmente, es indicio de una enfermedad latente.

5. Antes de admitir a una joven a la vestición, pídase el consentimiento de los padres, y si estos lo dan y no hay peligro de futuros impedimentos, procédase a la admisión al noviciado; en caso contrario, espérese hasta que la joven haya cumplido los 21 años.

6. La vestición de las novicias y las profesiones se celebrarán, por regla ordinaria, dos veces al año únicamente: en el tiempo del *extraordinariado*², hacia el mes de marzo aproximadamente, y en el tiempo de los Ejercicios Espirituales, en el mes de agosto.

7. Al admitir a las jóvenes a la vestición y a la profesión actúe el Capítulo con plena independencia de cualquier recomendación, aunque procediera de los Superiores. Los miembros del Capítulo son responsables delante de Dios del voto que dan. (El Capítulo reúname, para deliberar, un mes antes de la vestición o de la profesión.)

8. El Capítulo proceda a la admisión al noviciado, previo siempre maduro juicio y fervorosa oración. Siempre que haya duda, aunque ligera, sobre la conducta externa de una joven, pídanse informes exactos al párroco y a otras personas que la hayan conocido en el siglo. Esto en vista del gran inconveniente que habría después despidiendo a una joven que ha hecho ya la vestición.

Los cabellos cortados no recobran la longitud de antes en un espacio menor de diez años, y quien sale del convento, cualquiera sea el motivo de su regreso al siglo, es mirada en el pueblo con ojos poco benévolos y no encuentra ya, generalmente hablando, la oportunidad de casarse.

9. No se admiten las novicias a los santos votos si antes no han entregado los padres la dote convenida.

10. Fuera de casos excepcionales, no se admite a las profesas a los votos perpetuos sino después de tres años de profesión trienal.

² *Extraordinariado*: El tiempo establecido para el confesor extraordinario, durante las «*témporas*» del año litúrgico.

IV

1. El ejercicio de la buena muerte tendrá lugar los primeros jueves de cada mes. En dicho día, además de las oraciones usuales en nuestras casas, la meditación y la lectura espiritual versarán sobre este importantísimo argumento. El rosario será en sufragio de los difuntos y, en el tiempo de silencio, reflexionarán las Hermanas sobre el último instante de su vida. No se añade ninguna otra práctica de piedad.

2. En cuanto a la observancia de los tiempos de silencio durante el día, se establece que, en las horas de taller, solamente de 10 a 10,30 de la mañana y de 5 a 5,30 de la tarde, les será permitido a las Hermanas hablar en voz baja, mientras continúan sus trabajos. Un canto religioso no rompe el silencio.

3. Los sufragios tendrán lugar en tres momentos distintos:

a) Cuando el Señor llame a la eternidad a una Hermana. En la casa en la que esta habitaba, se hará al menos una vez la comunión general en sufragio de su alma; en las casas donde el número de Hermanas sea pequeño, se podrán hacer las comuniones por un mes seguido con este fin.

b) Cada año, al día siguiente a la fiesta de María Auxiliadora, se acercarán todas las Hermanas a recibir la santa comunión y rezarán la tercera parte del rosario de la Santísima Virgen por las Hermanas difuntas.

c) En cada tanda de Ejercicios Espirituales, el día antes de la emisión de los votos o de la vestición, o bien, el penúltimo día, si no hay vesticiones o profesiones, se hará la comunión general por las Hermanas difuntas.

d) Una misa de difuntos cantada y —donde no sea posible— rezada, será celebrada el día de la muerte de una Hermana, al día siguiente de la fiesta de María Auxiliadora y al terminar cada tanda de Ejercicios Espirituales. Las disposiciones particulares para el número de misas que habrán de celebrarse por las Hermanas difuntas y el modo de celebrar los funerales, se remiten al Superior General, con el ruego de disponer una regla apropiada que sirva de norma.

4. Cuando una Hermana profesa, cumplidos los votos trienales, pensara volver al siglo, no podrá exigir más que la tercera parte de la dote. Quien, después de diez años de profesión, pidiera ser desligada de su compromiso, no tendrá derecho a reclamar su dote, a menos que esta fuera superior a 2.000 liras. En este caso, la Congregación le entregará la cantidad que exceda a las 2.000 liras. Una Hermana que, olvidando las promesas hechas a Dios, merece ser despedida de la Congregación será considerada como si hubiera pedido su salida. Para las que hubieran entregado a título de dote una cantidad inferior a 1.000 liras, se computarán los objetos muebles o de vestuario como parte de la misma dote³.

³ Estas disposiciones reflejan el uso vigente en aquel tiempo en los institutos religiosos.

5. Las fiestas que se acostumbra celebrar con ocasión del onomástico de las Superiores y de los Directores, se reducirán a una carta de felicitación, o a algún canto, que podrá permitirse en las casas donde haya clase de música. Los regalos de cualquier género quedan abolidos. Las Hermanas no pueden poseer, y quien no posee no puede regalar. Deséchese la costumbre de recurrir a los parientes para obtener alguna cantidad de dinero para emplearla en regalos de este tipo. Los parientes de las religiosas, aunque accedan a ello a veces, soportan uo obstante con poco agrado los recargos de este género. Una larga experiencia confirma esta prudente decisión del Capítulo Superior.

6. En la iglesia, el recogimiento exterior debe responder a la devoción interior: reinará el máximo silencio posible, cuando no se recen oraciones o salmos, o se entonen cantos religiosos; las Hermanas procurarán entrar en el lugar santo con paso suave, como quien tiene miedo de causar molestias.

7. Procuren las Hermanas habituarse a esas formas de cortesía que tienen tanta relación con la caridad y que sirven de camino para hacer el bien.

V

1. Se establece el personal para los dos internados de Nizza y de Chieri.

2. Revísese el reglamento y corríjase lo que se refiere al equipo personal, para asegurarse de que no falta lo necesario.

3. Se establece la pensión de las educandas en 24 liras mensuales.

4. Las educandas deberán pagar todas la pensión regular y no convivirán con las jóvenes que se aceptan gratuitamente o con pensión reducida. Estas últimas será más conveuyente educarlas en la casa de Momese.

ANEXO N.º 24

Aprobación diocesana para el Director espiritual de la casa de Nizza Monferrato

Acqui, 19 de noviembre de 1878

Ilustrísimo y muy reverendo señor teólogo:

Recibo su cortés escrito de ayer y comienzo dando las licencias oportunas al señor Don Esteban Chicco, como confesor aprobado, según usted me escribe, para recibir las confesiones sacramentales de las Hermanas de María Auxiliadora y de las educandas del Instituto de Nizza, así como las de los fieles de esta diócesis. Espero el nombramiento del mencionado señor Don Chicco

para anotar en él las facultades arriba indicadas, de las cuales podrá servirse ya desde ahora.

Ruego a V. S. Ilma. me envíe con dicho nombramiento el decreto con el que concedí facultades especiales para las confesiones a los MM. RR. sacerdotes salesianos, que el señor Don Bosco destina a esta mi diócesis; yo no encuentro la copia, y, por otra parte, debo conciliar las facultades de los confesores con el rescripto de mi Sínodo diocesano.

Respecto a la predicación, convendrá regularla bajo mi aprobación, con el consentimiento de los señores párrocos de Nizza, de modo que no aleje a los fieles de las respectivas parroquias.

Será un óptimo servicio, y quizá mejor que cualquier predicación, el catequizar a los niños y niñas, previa inteligencia con los párrocos de dicha ciudad: un oratorio en la iglesia de Don Bosco en Nizza, recogiendo a los muchachos y muchachas para enseñarles la doctrina cristiana, yo lo vería con vivísima complacencia.

Mis saludos al rev. señor Don Bosco, y usted créame con gran estima,

su devotísimo servidor
† JOSÉ MARÍA, Obispo

ANEXO N.º 25

De las relaciones de los Directores salesianos en su reunión anual para la fiesta de San Francisco de Sales

a) *27 de enero de 1875.* Don Bonetti, Director de la casa de Borgo San Martino refiere: «En una casa contigua al colegio, construida expresamente para este fin, han ido a vivir doce Hijas de María Auxiliadora, que se encargan de la ropería con gran ventaja de todos».

Don Costamagna, hablando de las Hijas de María Auxiliadora, de las cuales es Director en Mornese, alaba ante todo el espíritu ferviente y perfecto de las Hermanas, añadiendo que hasta las educandas desean hacerse religiosas, estando tan apegadas a aquel internado que ni una siquiera desea salir de allí.

No obstante, lamenta el escaso número de educandas, por no ser muy conocido todavía el Instituto, o por la falta de comunicaciones, tratándose de un pueblo a trasmano, sin ferrocarril, e incluso sin ómnibus para el transporte regular de los viajeros.

En cambio, dice que el número de Hermanas y de aspirantes continúa aumentando y llegan ya a las ochenta. No dejan de decir, además, que el señor Don Bosco va actuando un designio que atraerá también a muchas educandas. La salud es óptima (MB XI, 24-27).

b) *Primeros de febrero de 1876.* Don Bonetti, Director de Borgo San Martino: «...Habiendo caído enferma la maestra municipal, nuestras Hermanas, desde la casa que habían abierto el año anterior en el colegio, iban a

dar clase a las niñas, con inmensa alegría de la población, la cual deseaba ardentemente que la instrucción femenina pasara definitivamente a sus manos. En el colegio, además, las Hermanas, con su diligencia en cuidar de la ropa, tienen contentísimos a los padres, y con sus oraciones contribuyen a la buena marcha del colegio...» (MB XII, 63).

Don Costamagna, Director de Mornese, habla al auditorio de los rápidos progresos de esta institución, verdadero grano de mostaza que se convierte en árbol frondoso.

Las Hermanas pasan ya del centenar; las peticiones de aceptación son continuas, pero, para sostenerse, tienen necesidad de la ayuda del Oratorio. Por humildad y espíritu de abnegación, estas buenas Hermanas pueden servir de modelo; se prevé que podrán ser también valiosas auxiliares en las misiones. Por desgracia, la salud deja mucho que desear; dos de ellas están al fin de su vida. La comunión se puede decir que es general cada mañana. Además de las treinta y cinco educandas, se atienden las escuelas femeninas del municipio. Monseñor Sciandra aprobó por aquellos días las Reglas del Instituto (MB XII, 65).

Don Bosco, después de las relaciones de cada uno de los Directores dijo: «... Hay también otro Instituto religioso que nos ayuda mucho, instituido para cuidarse de las muchachas, lo mismo que nosotros nos dedicamos a enseñar a los muchachos. Es el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora, unido a nuestra Congregación, y que cuenta con más de cien religiosas. Sumadas éstas a nuestros hermanos, dan un total de cuatrocientas cincuenta personas, que militan, para la mayor gloria de Dios y la salvación de las almas y animadas del mismo espíritu, bajo la misma dirección y bandera. Estas religiosas, además de la casa madre, que está en Mornese, en la diócesis de Acqui, tienen otra en Borgo San Martino, y este año se preparan para emprender el vuelo a otros lugares.

Vendrán dentro de poco a Turín a abrir una escuela delante de la iglesia de María Auxiliadora y a encargarse de tantas muchachas abandonadas de estos contornos; niñas necesitadas materialmente, porque muchas veces pasan el día fuera de casa y casi sin comer, ya que sus padres no tienen medios, y moralmente, por estar expuestas a toda clase de peligros, sin guía ni instrucción que las salve. Se está preparando otra casa para las Hermanas en Alassio, contigua al colegio, la cual no puede abrirse todavía en estos días, pues falta algún trabajo accesorio, que se ultimaré pronto. Esta casa se abrirá en el mes de marzo.

...

El año pasado se acordó con el obispo de Ventimiglia la apertura de una escuela carólica en Bordighera Torriouc. La casa ya está a punto y dentro de pocos días partirá Don Cibrario, destinado como Director, con algún salesiano que se encargará de las escuelas masculinas y algunas Hijas de María Auxiliadora para dar clase a las niñas.

Enseñarán el catecismo a los jóvenes y a las niñas, y entretanto el Direc-

tor podrá hacer algún sermón al pueblo, esparcir por toda la comarca la palabra de Dios e impedir que la gente se emponzoñe, bebiendo el agua turbia del veneno protestante. El oratorio festivo es el fin principal que nos lleva al Torrione» (MB XII, 76).

c) *Seis de febrero de mil ochocientos setenta y siete.* Don Rúa: «... En Borgo San Martino, la parte material va bien: no tienen riquezas, pero van adelante con economía, y a esto contribuyen las Hermanas, que se cuidan de la ropería y de la cocina».

...

«En Alassio se establecieron también las Hermanas para la ropería, la cocina y la catequesis a las niñas. Hay que hacer constar que en el colegio nadie se queja ya de la comida, lo que, al parecer, no es poco, pues en casi todos los colegios esto es causa de murmuración; y hasta en la mesa de los reyes hay alguien que se queja...»

...

«En Bordighera Torrione las Hermanas de María Auxiliadora consiguen buenos frutos entre las niñas. ¿Y con qué medios...? Con frecuencia falta el vino y el plato fuerte, y se disponen a tomar un poco de sopa no muy bien condimentada. Algunas veces tienen que contentarse sólo con esta. Alguna que otra vez se oye llamar a la puerta. ¿Quién es...? Una buena persona que trae un poco de fruta, de vino... Y así se va adelante gracias a la Providencia, y nosotros tenemos que dar gracias al Señor por ello. Toda la población está muy contenta de tener a los Salesianos y a las Hermanas... Tanto los muchachos como las muchachas no van ya a la escuela de los protestantes, y no quieren saber nada de ellos...»

«Las Hijas de María Auxiliadora en Mornese. Aquella casa está adquiriendo un maravilloso desarrollo. Hace dos o tres años las Hijas de María Auxiliadora eran solamente treinta, entre profesas, novicias y postulantes, y ahora son unas ciento sesenta o ciento ochenta. Entonces tenían sólo la casa de Mornese, y este año están ya en siete u ocho lugares: en Turín, en Lu, en Biella, en Lanzo, en Borgo San Martino, en Sestri Levante, en Alassio y en Bordighera. Y este Instituto pudo superar muchas dificultades que presentaban en los colegios la ropería y la cocina, al mismo tiempo que las Hermanas hacen en todas partes un gran bien a las niñas. En Mornese las recogen, las inscriben con la catequesis. El colegio para las alumnas internas está bastante floreciente, a pesar de la falta de comunicación y la distancia de la estación de ferrocarril. Están también en manos de los Salesianos y de las Hermanas las escuelas del municipio. Este año, por esta parte, se tuvo alguna oposición... pero la población se levantó en defensa nuestra... y el párroco tuvo que mandar una carta a Don Bosco rogándole que mantuviera en las escuelas al Salesiano y a las Hermanas. Don Bosco condescendió a su desco.

Tendría todavía muchas cosas que deciros sobre las virtudes de las Her-

manas, sobre las penitencias que hacen, pero no hace falta; nos hacen recordar a los antiguos monjes de la Tebaida y de otros desiertos.»

...

«En Turín nuestras hermanas de María Auxiliadora abrieron un oratorio para las muchachas y son tantas las que acuden que ya no queda sitio en la capilla y habrá que ampliarla.

Antes de que vinieran las Hermanas, se veían continuamente en esos prados muchas niñas, y ahora ya no se ve a ninguna. Los niños van por una parte y ellas, por otra...» (MB XIII, 71-77.)

PROLOGO	5
--------------------------	----------

AÑO 1872	7
---------------------------	----------

No faltan las pruebas, 7 — «Qué importa lo que digan...», 10 — La primera conferencia semanal, 10 — Admirable prudencia de Don Pestarino, 11 — La primera escuela de humildad, 12 — Postulantes nuevas y pobreza antigua, 13 — Consoladoras previsiones, 14 — Un precioso regalo del Niño Jesús, 14 — La Vicaria penetra el interior de Emilia Mosca, 15 — La novicia Clara Spagliardi se retira, 16.

AÑO 1873	17
---------------------------	-----------

Sabio proyecto del Fundador, 17 — Los primeros cuadros del via crucis en el colegio, 17 — Humilde cordialidad, 18 — La primera en pedir consejo, 19 — Confesor extraordinario. Primera cuaresma en el colegio, 19 — Primera semana santa en el colegio, 20 — Vuelven las Hermanas de Santa Ana, 21 — Ayudas providenciales, 21 — Un temor, 22 — Primer mes de la Virgen en el colegio, 23 — ¡Ver a un santo vivo!, 24 — El encuentro deseado, 24 — Consecuencias del encuentro, 26 — Enriqueta Sorbone en Mornese, 27 — Evocaciones íntimas, 28 — Larguezas mornesinas, 29 — La Vicaria reconoce la valía de Enriqueta y la prepara, 29 — Propuesta de las Hermanas de Santa Ana, 30 — Humildad desenvuelta, 31 — En previsión del regreso del obispo, 32 — Retiro espiritual en preparación a las nuevas profesiones y vesticiones, 33 — «Veni, Sponsa Christi», 33 — Angustia y victoria de Sor Corina, 34 — Llegada de Don Bosco, 34 — Don Bosco debe anticipar la partida, 36 — La corona de rosas, 37 — Se inicia el primer aniversario con el «sermón de los recuerdos», 37 — Nuevas vesticiones y profesiones. Las palabras del obispo, 37 — Otras novedades, 38 — Las coronas, a los pies de María Auxiliadora, 39 — Visita pastoral y celebración de la confirmación, 39 — Primeros privilegios episcopales, 40 — Exámenes y reparto de premios en el colegio de Mornese, 40 — Partida de las Hermanas de Santa Ana, 40 — Sor María Mazzarello insiste en pedir que manden a la superiora, 41 — Se propaga la noticia del internado de Mornese, 42 — La señora Blengini, 43 — ¿Más tiempo de oración?, 44 — ¿Y

para la comida?, 44 — Mortificación y caridad, 45 — La Vicaria, en sintonía con las ideas de Don Bosco acerca de la instrucción, 45 — Una sorpresa, 46 — La señora Blengini y Don Bosco, 46 — La primera Misa del gallo en el Colegio, 46.

AÑO 1874

49

La primera tumba, 49 — Duda angustiosa, 49 — Relación de Don Pestarino, 50 — Episodio significativo, 52 — Los «recuerdos» del Santo Padre, 52 — Próxima visita de Don Cagliero, 53 — Primeros Ejercicios Espirituales de las alumnas, 54 — «En el confesor está Dios», 55 — Disposiciones paternas, 55 — Don Bosco para la aprobación de las Constituciones, 57 — Noble porfía, 59 — ¡Pobre Corina!, 59 — Vía crucis entre lágrimas, 61 — El pensamiento de Corina, 61 — Noticias de familia, 62 — Aprobación de las Constituciones Salesianas y consecuencias para el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora, 62 — La señora Blengini no volverá a Mornese, 64 — La carta de la humildad, 65 — Otras postulantes y las pequeñas Sorbone, 65 — De las pequeñas se encargará la Vicaria, 66 — Vuelve Corina, 66 — Una postulante particularmente amada por Jesús, 67 — Alegría que entenece, 68 — El director deja la tierra por el cielo, 68 — Bueno incluso después de la muerte, 71 — Primera fotografía de Don Pestarino, 71 — Llegada de Don Cagliero, 72 — Funeral, 73 — Muere la educanda Emilia Chiara, 74 — El nuevo Director, 74 — También Sor Corina se va al cielo, 74 — Don Bosco viene personalmente a confortar a sus hijas, 75 — Primera alusión a Borgo San Martino y a la elección de la Superiora, 76 — El enemigo no duerme, 77 — Almas sencillas, 78 — Las pequeñas pruebas mornesinas, 79 — La palabra del Padre, 80 — Otra modificación en el hábito religioso, 80 — Don Bosco y los mornesinos, 81 — Don Bosco a la señora Pastore, 81 — Primeras elecciones y primer Capítulo, 82 — Disposiciones reglamentarias y disciplinarias, 83 — Una conferencia a las Superiores solas, 84 — A Turín para los exámenes..., 84 — Nuevas preocupaciones, 85 — Un regalo de la Asunción, 86 — Los Ejercicios Espirituales, 86 — Crece la familia, 87 — El director, gravemente enfermo, 87 — Vocación probada, 88 — Muere Don José Cagliero. El Director General vuelve a Mornese, 89 — Don Cagliero admira la intuición espiritual de la Madre, 90 — El nuevo Director Don Costamagna, 91 — Don Bonetti, en Mornese, 92 — Hacia la nueva colmena, 93 — Nuevas separaciones, 94 — La Madre, por primera vez en Turín, 94 — La primera Hija de María Auxiliadora nombrada maestra del pueblo, 95 — Fiesta de Todos los Santos: un pensamiento de la Madre, 95 — Un decreto episcopal, 96 — Novena y fiesta de la Inmaculada, 96 — Novena y fiesta de Navidad, 97 — Pequeñas industrias de Sor Enriqueta y graciosos episodios, 98.

AÑO 1875

101

El saludo religioso, 101 — La Madre observa, trabaja y consuela, 102 — Frutos de imitación, 103 — Pobres, pero alegres, 104 — La obra del Director, 105 — Variaciones en las prácticas de piedad, 106 — A lavar al río, 108 — El carnaval santificado, 108 — Otras postulantes. Vocación de obe-

diencia, 109 — Novena de San José. Una rosa para el cielo, 110 — Nuevas perplejidades, 110 — Fiesta de San José, 111 — María Belletti, postulante, 111 — Las llaves de la casa, a María Auxiliadora, 113 — Postulantes de Sondrio... y de Turín, 114 — La respuesta de Don Bosco, 114 — La primera estatua de María Auxiliadora en Mornese, 115 — La flor más hermosa, 115 — La serenata a María Auxiliadora, 115 — Por un hábito más alegre, 116 — El hábito blanco para la vestición, 116 — Una tonsura y una primera misa (23 de mayo), 117 — El hábito negro, 117 — Noche espléndida, 118 — El trabajo de la Madre en las almas, 118 — Un «postulante» rechazado, 120 — Dos nuevas Hermanas estudiantes a Turín, 120 — Primera visita de Don Rúa, 121 — Gratas visitas, 121 — Un paseo, 122 — Las Hermanas de Borgo San Martino, 122 — Alguna nube en la comunidad, 123 — El «avcmaría» por la paz en casa, 123 — La platiquita de las «buenas noches» en el jardín, 123 — Humillación ahorrada, 124 — Ejercicios Espirituales, 124 — Don Bosco anuncia los votos perpetuos, 125 — Primeras profesiones perpetuas. Otras profesiones temporales, 126 — Los «recuerdos» de Don Bosco, 127 — Palabras del Fundador sobre la clausura, 127 — Don Bosco revisa en Ovada las reglas de las Hijas de María Auxiliadora, 128 — Angelina Sorbone conquistada también por la bondad de la Madre, 129 — Noviembre: parrida de Don Cagliero para América, 130 — Por María Bacchialoni, la Madre va a Borgo y a Turín, 130 — Se van los albañiles, 131 — Fiesta de la Inmaculada, Don Rúa, Director General, 131 — Una defección, 132 — Primera Misa de Don Campi. Primeras comuniones en Navidad, 132 — También la segunda de las Arecco, 133 — El año termina bien, 134 — Una carta de la Madre a Don Cagliero, 135 — Escribe también Don Costamagna, 138.

AÑO 1876 141

Decreto de aprobación de las Constituciones ad experimentum, 141 — Sor Laurentoni enferma de nuevo; otras empeoran, 142 — Para poner un dique al protestantismo, 142 — Las primeras «cuarenta horas» en el colegio, 143 — Un hecho extraordinario, 143 — Salida para Bordighera, 144 — Muerte de Sor Cassini, 145 — Secreto revelado... a medias, 145 — Sor Magdalena Martini, maestra comunal, 146 — A Bordighera, 146 — Experiencia frustrada, 147 — Libradas de un pligro, 148 — Finalmente, la casa para niñas en Valdocco, 148 — Fundación importante, 148 — Noticias de Turín, 149 — Fuga de Sor Jandet, 150 — La Madre escribe a Don Cagliero, 150 — Sor María Grosso deja la tierra por el cielo, 154 — Rasgo visible de la protección del cielo, 155 — La Madre va a Turín, 155 — Regreso de la Madre a Mornese, 158 — Curación instantánea, 159 — Fiesta de María Auxiliadora, 160 — Agustina Simbeni, 160 — Las pequeñas le tienen miedo, 162 — «Probadla en la humildad», 162 — Sor Mina va a Turín, 164 — Sor Enriqueta elegida para la colonia de Sesri, 164 — Salida para Sestri, 165 — Otras extravagancias de Agustina, 165 — Cómo la Madre se preocupa de las postulantes, 171 — La Madre conduce a Agustina Simbeni a Don Bosco, 172 — La Madre a Mortara por equivocación, 173 — La «bambina» devuelve a Agustina Simbeni a Mornese, 174 — Finalmente, la liberación, 174 — El onomástico de la Madre, 175 — Tercera carta de la Madre a Don Cagli-

ro, 175 — El espíritu turbulento de Agustina, 178 — Cuestión espinosa, 178 — Onomástico del Director y paseo al Tobio, 179 — Ejercicio de pobreza y amor religioso, 180 — Los Ejercicios Espirituales de las señoras, 181 — Nueva variación en el hábito, 183 — Monseñor Scotton cambia de opinión, 183 — Fiesta de premios, 184 — Interés paternal de Don Rúa, 185 — Otra Hermana al Paraíso, 185 — Paternidad siempre vigilante, 186 — Los Ejercicios para Hermanas solas, 186 — Intercambio de gratas noticias: de Mornese, 187 — De Borgo San Martino, 189 — De Bordighera, 189 — Hasta las migas, 189 — Con las postulantes, 190 — De Turín, 190 — Cambios de personal, 191 — Primera misa de Don Fassio, 191 — Regreso de Sestri, 191 — Rastros de Agustina Simbeni, 192 — También Sor Mina se va al cielo, 192 — La fundación de Biella, 193 — La fundación de Alassio, 194 — Noticias de Don Cagliero, 195 — Otros cambios de personal. Dos nuevas Asistentes Generales, 199 — «Las vocaciones, aunque sean pobres...», 199 — Las «dos raciones» juntas, 200 — La casa de Lu Monferrato, 201 — Muerte de Sor María Belletti, 201 — Las Hermanas, a Lanzo, 202 — Fiestas de la Inmaculada y de Navidad, 203 — Otra vez noticias para América, 203.

AÑO 1877 207

«Cada religiosa, una copia de la santa Regla», 207 — Carnaval en el colegio: teatro y mortificación, 207 — La idea de Don Bosco acerca de la visita a las casas, 209 — Don Bosco, a las hijas de Alassio, 209 — La Madre en Biella, 211 — La Madre en Borgo San Martino, 213 — La Madre vuelve a Mornese. Sor Ana Succetti cae enferma y muere, 213 — También Sor Paulina Guala deja esta tierra, 214 — Nuevas novicias y profesas, 215 — Modificaciones en el hábito: el «modestino», 215 — Compra del convento de Nizza, 217 — Sor Catalina Mazzarello, de Alassio al cielo, 218 — Se piensa en las Hermanas para las misiones, 218 — También en los paseos la Madre es... madre, 219 — Fiesta de María Auxiliadora y vesticiones, 220 — El jubileo episcopal de Pío IX en el colegio, 220 — La Madre en Alassio, 221 — Las fiestas de la gratitud, 222 — Alegres noticias, 222 — Don Bonetti y monseñor Ceccarelli predicadores de los Ejercicios Espirituales, 223 — Virtudes austeras y amables de la Madre y de las hijas, 224 — Clausura de los Ejercicios Espirituales, 228 — Esperando cruzar la frontera, 229 — Los primeros Ejercicios Espirituales en Turín, 229 — Primera fundación en Francia, 230 — Llegada de Don Cagliero, 231 — Espíritu de observancia en Turín, 231 — «En las casas de Don Bosco ninguno está a la fuerza», 232 — Sor Elisa Roncallo y el Sagrado Corazón, 232 — Una cartita del colegio, 234 — Don Bosco anuncia la primera expedición de misioneras a América, 235 — Las primeras misiones, 236 — Sor Magdalena Martini, a Biella. Sor Catalina Daghero, a Mornese, 236 — Vocaciones preanunciadas por la Madre, 237 — La Madre, a Lu Monferrato, 237 — Llegada del nuevo Director Don Lemoyne, 238 — Despedida de Don Costamagna, 238 — Porfía de humildad para el viaje a Roma, 239 — Función de despedida, 239 — La Madre y las dos misioneras, de Mornese a Roma, 240 — En Roma, 241 — Espera y llegada a Sampierdarena, 243 — El cuadro de María Auxiliadora acompaña a las misioneras, 245 — Recuerdos, bendiciones y lágrimas de despedida, 246 — «Yo quiero amar a Ma-

ría...», 247 — «Padre, ¿iré yo a América?», 248 — «¡Sí, te salvarás y se salvarán...!», 248 — Primeras noticias del viaje, 248 — Don Bosco bendice y cura a Sor Josefina Quarello, 249 — Fiesta de la Inmaculada. Vesticiones y profesiones, 250 — Una educanda que da quehacer, 251 — La Madre, al Señor Francisco Bosco, 252 — Fiestas de Navidad. Súplicas ardientes, 253.

AÑO 1878 255

Sor Enriqueta puesta a prueba, 255 — De Mornese a Nizza Marítima, 256 — Regreso de Bordighera y Alassio, 257 — Finalmente Emma promete, 258 — Otras noticias misioneras, 259 — Primera visita al ex-convento de Nizza Monferrato, 260 — Se habla de «Convento», 261 — A la «Madonna», 262 — A Lu Monferrato, 263 — Dolor y luto universal, 263 — Emma comienza a sentar la cabeza, 264 — Júbilo en la Iglesia universal, 264 — La primera casa de las Hijas de María Auxiliadora en América, 265 — Un mes con las religiosas de la Visitación, 265 — Don Cagliero en Mornese: nuevas vesticiones, 266 — La Madre va con Sor Emilia a Biella, 267 — De Biella a Borgo San Martino, 268 — Muere la novicia sor Teresa Guiot, 270 — Mes de mayo: las «12 estrellas», 270 — Carta de la Madre a María Bosco, 271 — De Mornese a La Navarre (Francia), 272 — Regreso a Mornese, 274 — Clausura del mes de la Virgen. Fiesta onomástica anticipada, 274 — Emma Ferrero empieza a dar verdaderos consuelos, 275 — Salida festiva para Turín. Fundación de Chieri, 275 — La Madre, presente en la fiesta de Valdocco, 277 — Cuentan las Hermanas de Turín. Encuentros con Don Bosco, 277 — Por la devoción a María Auxiliadora, 278 — Las primeras hijas del Sagrado Corazón, 279 — «Mamá» Roncallo, 280 — La Madre en Lanzo, 281 — La Madre en Chieri, 282 — Emma Ferrero celebra con fiesta el regreso de la Madre a Mornese, 282 — Seis de julio: onomástico de la Madre, 283 — La Madre en el ejercicio diario de su caridad, 283 — Ejercicios para las Hermanas, 285 — Reuniones generales especiales para las Directoras, 287 — Tampoco la Madre escatima su entrega, 287 — «¡Todas iguales!», 288 — Preciosos recuerdos del Padre, 289 — Cambio de Directoras, 290 — Los Ejercicios Espirituales en Turín, 290 — Notas de profunda gratitud, 291 — Progresos en el apostolado de las «Hijas del Sagrado Corazón», 292 — De Turín a Mornese y a Nizza Monferrato, 293 — La primera visita a los condes Balbo, 294 — Devolución de visita, 295 — Las obras, a ritmo acelerado, 296 — Fundación de La Navarre y primeras noticias, 296 — Primera vestición en América, 297 — Noticias de Nizza, 297 — Gratas visitas, 298 — La Madre va a Nizza para la bendición de la iglesia, 298 — Bendición de la iglesia y fiesta para los niceses, 299 — Primera vocación en Nizza, 300 — Las educandas de Mornese, a Nizza. El nuevo Director, 301 — Otros problemas resueltos, 302 — Otra pequeña comitiva de Mornese, 302 — Después de las reuniones generales. Nueva denominación para las Superiores, 303 — Innovaciones también en el internado, 304 — La Madre Petronila, Directora provisional de Nizza, 304 — También en Nizza se cose para Valdocco, 305 — Aprobación diocesana, 305 — Apertura de la casa de Quargnento, 305 — La Madre regresa a Mornese, 306 — Fiesta de la Inmaculada. Los señores Terzano en Mornese, 306 — Vesticiones y profesiones en Mornese con Don Cagliero, 308 —

Floreccillas mornesinas, 308 — También en Nizza se honra a la Inmaculada, 310 — En Mornese: novena y fiesta de Navidad, 310 — Función de despedida en Mornese, 311 — Últimos recuerdos a las misioneras, 312 — La Madre, a las hijas de Villa Colón, 313 — De Mornese a Sanpierzarena, 315 — Agradecimiento y oración, 316.

AÑO 1979 317

Año nuevo misionero, 317 — La Madre, a Sor Juana Borgna, 317 — El día de la salida, 318 — El «Bollettino Salesiano» presenta el Oratorio de Chieri, 319 — Mornese revive en las conversaciones de Nizza, 323 — La Madre, en vísperas de su traslado a Nizza, 327 — Primeras noticias del segundo grupo de misioneras, 327.

ANEXOS. 329

1.	De los Anales y Crónicas del Instituto de Santa Ana. Turín (1873).	331
2.	Para la erección del via crucis (1873)	331
3.	Para la admisión de Enriqueta Sorbone (1873)	332
4.	Carta de Don Bosco a Don Rúa (1873)	332
5.	Acta de la segunda vestición (1873)	332
6.	Primeros privilegios episcopales otorgados al Instituto (1873) .	333
7.	Aprobación eclesiástica para misa del gallo (1873)	336
8.	Del resumen expedido por Don Bosco a la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares el 23 de febrero de 1874 . .	336
9.	De las memorias de monseñor Cagliero (1906)	337
10.	Carta-invitación para los Ejercicios Espirituales (1874)	337
11.	Don Bosco a Don Rúa (1874)	338
12.	Investigaciones acerca del colegio de Mornese (1874)	338
13.	De las memorias de Teresina Mazzarello (1939).	339
14 a	Instancia para la primera aprobación diocesana de las Constituciones del Instituto (1876).	339
14 b	Decreto de aprobación diocesana (1876)	341
15 a	Primera solicitud de Don Bosco al arzobispo de Turín, monseñor Gastaldi, para la fundación de la casa de Turín-Valdocco (s. f.)	342
15 b	Segunda solicitud de Don Bosco a S. E. el arzobispo monseñor Gastaldi (s. f.)	342
15 c	Respuesta condicionada del Arzobispo (1875)	343
15 d	Decreto para la apertura de la casa de Turín-Valdocco (1876). .	343
16 a	El notario Traverso a Don Bosco (1876).	344
16 b	Carta de Don Costamagna a Don Bosco (1876)	345
17.	Solicitud de Don Bosco al arzobispo de Turín para la apertura de la casa de Lanzo (1876)	346
18.	Estudio del tema «Las Hijas de María Auxiliadora» como consta en el acta del primer Capítulo General Salesiano (1877)	347
19 a	Sobre las escuelas femeninas del municipio de Mornese (1877). .	348
19 b	Acercas de la escuela femenina en Mornese (1877)	348

20 a	Decreto de monseñor Sciandra en calidad de delegado de la Santa Sede (1877)	349
20 b	Escritura de la compra del convento «Virgen de las Gracias» (1877).	350
21.	Don Bosco a la señora Elena Jackson (1877)	353
22 a-b	Expediente para la fundación de la casa de Chieri (mayo-junio 1878)	353-354
22 c-i	Litigios por el Oratorio de Chieri (septiembre 1877-enero 1879).	355-362
23.	Acuerdos tomados durante las reuniones generales de las Superiores (agosto 1878)	363
24.	Aprobación diocesana para el Director espiritual de la casa de Nizza Monferrato (1878)	367
25 a-c	De las relaciones de los Directores salesianos en reunión anual para la fiesta de San Francisco de Sales (1875-1877)	368-370